Roger Griffin

FASCISMO

Alianza editorial



ROGER GRIFFIN

FASCISMO

UNA INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS COMPARADOS SOBRE EL FASCISMO

Traducido del inglés por Miguel Ángel Pérez Pérez

Alianza editorial

Índice

AGRADECIMIENTOS

Esta breve introducción a los estudios sobre el fascismo, pero espero que también enjundiosa, está obviamente en deuda con un pequeño grupo de académicos, de gran variedad de lenguas distintas, que fueron los primeros en aplicar la empatía metodológica con el fin de entender la naturaleza del fascismo. Sus obras, que se publicaron entre la década de los sesenta y 1985, año en que inicié mi investigación sobre el fascismo, me convencieron de que las premisas con que trabajaba no eran del todo anómalas, pese al inamovible escepticismo de algunos eminentes historiadores. Este libro también está en deuda con un número más amplio de colegas que abordaron los estudios sobre el fascismo de un modo que estaba influenciado por mi teoría del «ultranacionalismo palingenésico», o bien convergían con ella con un espíritu crítico a la vez que cooperador y generoso. Las sinergias resultantes permitieron un avance tan verdadero como rápido que dejaba atrás un prolongado periodo en el que había predominado una curiosa ingenuidad metodológica, así como numerosas teorías idiosincrásicas sobre el fascismo que eran de escaso valor para los historiadores y los politólogos en activo.

Es una feliz coincidencia que la publicación de esta guía del fascismo como teoría política coincida con la creación de la Asociación Internacional de Estudios Comparados del Fascismo (COMFAS) en la Universidad Centroeuropea de Budapest, lo cual nos sirve como símbolo de que lo que antes apenas era una colección deslavazada de conjeturas arbitrarias y casi de aficionados sobre cómo escribir sobre el fascismo, ha crecido hasta convertirse en una subdisciplina llena de dinamismo y cohesión. Todos los académicos que son citados positivamente en este libro ya reciben así mi agradecimiento de forma implícita, pero, además, varios me ayudaron considerablemente a mejorar el primer borrador de este texto, en particular mi director en la

editorial Polity, George Owers, que hizo gala de una gran paciencia cuando este proyecto se prolongó más de lo pensado y ejerció una influencia decisiva en la forma final que adoptó, además de mis compañeros de aventura en este campo de la investigación del fascismo y el neo-fascismo: Aristotle Kallis, Paul Jackson, Anton Shekhovtsov, David Roberts y Jakub Drabik.

Lo que despertó mi interés por el fascismo fue la coincidencia de que Mariella Demartini llegara a mi vida y, con ella, un portal mágico por el que adentrarme en la cultura, historia y lengua italianas, justo cuando estaba dando un curso sobre «teorías del fascismo» con mi director de departamento, el doctor Robert Murray, en la que terminaría convirtiéndose en la Universidad Oxford Brookes. Él, que había combatido de soldado raso en Italia con las fuerzas angloamericanas para derrotar al fascismo, quería entender como académico contra qué había luchado y por qué. Este libro está dedicado a Mariella y Robert.

Campomorone y Oxford, agosto de 2017

1
INTRODUCCIÓN: POR QUÉ EL FASCISMO ES UN CONCEPTO CLAVE

Entonces, ¿qué es el fascismo?

Hace unos dieciséis siglos, san Agustín de Hipona escribió en el Libro XI de sus *Confesiones:* «Entonces ¿qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, sé lo que es. Si intento explicárselo a quien me lo pregunta, no sé hacerlo». El fascismo plantea un problema similar. La mayoría de las personas educadas en Occidente «saben lo que es el fascismo» de forma instintiva, hasta que se lo tienen que explicar a alguien y la definición que intentan dar se va volviendo cada vez más enrevesada e incoherente (afirmación esta que podría ponerse a prueba mandándola como ejercicio en algún seminario). La razón de que se añada este libro a una serie de manuales sobre conceptos clave de la teoría política es que no sólo es imposible establecer con facilidad «qué es el fascismo», sino que, cien años después de que surgiera la palabra para referirse a un nuevo movimiento político italiano y su programa, su definición como término de análisis político e histórico sigue siendo tan sorprendentemente variada como acaloradamente discutida. De ahí la necesidad de esta «guía para principiantes», pensada para quienes estudian ciencias históricas o políticas a cualquier nivel y han llegado al punto en que se les recomienda (o, mejor aún, ellos mismos consideran que deben hacerlo) que lean un resumen sinóptico de estudios sobre el fascismo, que proporcione una definición relativamente compacta y accesible del término y una breve perspectiva general de sus principales características, historia y evolución, al aplicar esa definición a políticas, movimientos y hechos reales.

Las guías de estudio del campo de las humanidades corren el riesgo de frustrar al lector por ser demasiado abstractas y confusas, a modo de manual de instrucciones para el ensamblaje de una mesa de ping-pong que sólo cobra sentido una vez que la mesa ya está montada y han sobrado algunos misteriosos tornillos, tuercas y arandelas (y hablo por experiencia). Aun así, espero que las páginas que siguen demuestren que, pese a que el fascismo pueda llegar a ser un tema descorazonador, por esquivo, cuando se trata de identificar los rasgos definitorios que lo distinguen de otros movimientos y regímenes de extrema derecha, quizá por esa misma razón también pueda ser un tema de estudio apasionante y gratificante. En primer lugar, el fascismo nos proporciona un ejemplo destacado del sólido principio académico según el cual, a un nivel superior, no se puede estudiar o escribir con eficacia sobre la historia de ningún aspecto de cualquier tema importante de las ciencias humanísticas si no se clarifican primero sus contornos conceptuales y no se establece una «definición de trabajo» que preste la debida atención a cómo la disciplina lo ha abordado en el pasado. En segundo lugar, si se acepta el argumento central de este volumen, surge el relato fascinante de cómo el fascismo, desde sus inicios poco prometedores en marzo de 1919 como una nueva fuerza política, pero insignificante, que fundaron un variopinto grupo de veteranos de guerra italianos, llegó a crecer en el periodo de entreguerras hasta convertirse en una arrolladora fuerza de la «historia global», que de diversos modos continúa teniendo su impacto en la historia contemporánea pese al declive radical de su base de apoyo y fuerza a partir de 1945. Por último, aunque uno no esté de acuerdo con la tesis que aquí se propone, ésta debería al menos ayudarle a ubicar su posición en el continuo debate sobre el fascismo, a formular lo que le resulte poco convincente de la que se ha convertido en la «escuela de pensamiento» dominante en el campo de los estudios comparados sobre el fascis-

mo, y a presentar con mayor confianza su propia versión de lo que es el fascismo dentro del contexto de un trabajo académico o de un programa de estudios.

Por qué el fascismo no es como un pato No obstante, por el modo en que el concepto de «fascismo» se maneja de forma tan libre y convencida, podría parecer que dedicar un libro entero (aunque sea uno corto como éste) sólo a clarificar sus connotaciones y a estudiar el tipo de fenómenos históricos que incluye es un tanto «excesivo». Muchos periodistas y comentaristas políticos tienen manifiestamente claro lo que es el fascismo. En el punto álgido de la campaña presidencial estadounidense de 2016, por ejemplo, cuando le preguntaron al candidato republicano Gary Johnson si Donald Trump era un fascista, él dio la críptica respuesta de: «Anda como un pato y grazna como un pato». Dejando aparte la alusión al personaje de dibujos animados del Pato Donald, esta réplica implicaba que se podía deducir directamente de las declaraciones políticas y comportamiento de Trump que era sin duda «un pato», o, en este caso, un fascista (Pager, 2016). Sin embargo, como debería resultar obvio tras un momento de reflexión, si no a los candidatos presidenciales cuando dan entrevistas al menos a los lectores de este libro, el fascismo no puede compararse con un ave acuática. Un pato es un ser vivo y objetivo al que se puede definir biológicamente dentro del reino animal en términos de su familia o género (Anatidae), demostrados de forma empírica, y que comprende diversas variantes (o especies) identificables objetivamente. Así pues, «pato» es un concepto taxonómico en el campo de las ciencias naturales, sobre cuya aplicación a los fenómenos del mundo real existe un consenso entre los expertos al menos en la disciplina profesional de la zoología, si bien cabe se-

ñalar que hasta la familia de los patos es proclive a ser confundida por los legos en la materia con varios tipos de aves acuáticas de otras ramas de la evolución que se le parecen, como son los somorgujos, las fochas, los colimbos, los zampullines y los calamones.

En cambio, los que se dedican a las ciencias humanísticas han demostrado de manera concluyente que no puede haber un consenso similar a la hora de definir el «fascismo», ni ningún otro concepto genérico de los que se emplean para entender la política, la sociedad o la historia [1] . Se desprende, por tanto, que el significado del fascismo, como el de cualquier concepto clave genérico de la historia y las ciencias sociales y políticas, está condenado a ser motivo de debate y desacuerdo, y que cualquier consenso entre expertos sobre su significado es inevitablemente tan parcial (ya que investigaciones posteriores arrojan luz sobre nuevos hechos, relaciones y cuestiones e identifican nuevos temas, modelos e interconexiones) como efímero (por el avance de la historia y la historiografía). Por eso, los estudios del fascismo siempre serán «trabajos en curso», y el concepto genérico clave que les es básico continuará siendo refutado mientras los académicos consideren que su caracterización se merece tanto esfuerzo intelectual.

La narración histórica del «fascismo» aquí presentada Puede que ayude a preparar al lector para lo que sigue que esbocemos la narración histórica concreta del fascismo que se presenta en este volumen a partir del modo en que aquél se conceptualiza. Lo primero que hemos de indicar es que este libro se atiene a la práctica habitual de restringir el término «Fascismo» con mayúscula al movimiento y régimen de Mussolini, y usa «fascismo» con minúscula para referirse a la amplia familia de movimientos y fenómenos

asociados a los que dio lugar en otros muchos países, y que se conocen colectivamente como «fascismo genérico». Es ese fascismo genérico, como concepto clave de la política, la materia de este libro. Una vez que se le aplica la definición académica que más se utiliza (que estableceremos en el capítulo 3), el fascismo puede entenderse como un movimiento que jugó un papel fundamental a la hora de determinar una serie de hechos trascendentales que tuvieron lugar a principios del siglo XX *como resultado directo o indirecto de la alianza de la Italia Fascista y la Alemania Nazi: la guerra que libraron conjuntamente como fundadores del «Eje Berlín-Roma» contra muchas democracias occidentales entre 1939 y 1945; la alianza del Tercer Reich y la Unión Soviética entre 1939 y 1941, cuando Europa Central y del Este quedaron divididas en dos «esferas de influencia» de acuerdo con el Pacto Molotov-Ribbentrop; y la persecución, la emigración forzosa, la esclavitud, el hambre y los asesinatos en masa sistemáticos de innumerables millones de civiles que siguieron a la ruptura unilateral del pacto por parte del Tercer Reich cuando el 22 de junio de 1941 lanzó un ataque a gran escala contra las posiciones rusas en Polonia.*

Tras la invasión nazi de Rusia y el ataque japonés contra Pearl Harbor de diciembre de 1941, que provocó la entrada de Estados Unidos en la guerra, el conflicto europeo, desencadenado por el auge del fascismo y consolidado por la colaboración con grupos fascistas nacionales en los países ocupados por los nazis y con gobiernos pro fascistas de otras partes, rápidamente se intensificó hasta convertirse en verdaderamente global, con importantes escenarios de operaciones en Europa y Asia por tierra, mar y aire. No es de extrañar que algunos historiadores hayan visto el fascismo, junto con el comunismo, como el factor principal que determinó la historia entre 1918 y 1945, hasta el

punto de que hablan de una «era fascista» o de un «movimiento que marca un hito». Eso tiene cierto sentido, ya que, pese a que sólo se instauraron tres regímenes fascistas con todas las de la ley —los de Italia a las órdenes de Benito Mussolini, Alemania a las de Adolf Hitler y Croacia a las de Ante Pavelíc, y sólo los dos primeros en tiempos de paz—, surgieron en países europeizados numerosos movimientos que intentaban emularlos, algunos de los cuales sirvieron de gobiernos títeres que, por tanto, fueron fundamentales para que el Nazismo consiguiera mantener el control del «nuevo orden europeo» todo el tiempo que lo hizo. Además, varias dictaduras de Europa y Latinoamérica se «fascistizaron» como señal de la supuesta hegemonía del fascismo y sus perspectivas de lograr la victoria final en la era política moderna.

Después de 1945, el espacio político del fascismo quedó drásticamente reducido, y hasta podría argumentarse que el concepto en sí perdió hace mucho su estatus «clave» en el mundo político contemporáneo. Sin embargo, veremos que, cuando se aplica a la historia posterior a 1945 una definición ideológica del fascismo, en lugar de otra que subraye su manifestación en el periodo de entreguerras como movimiento paramilitar uniformado o Estado totalitario, se está destacando la existencia en cualquier momento de muchos cientos de formaciones y actividades (ya sea en forma de partidos, movimientos, grupúsculos, páginas web o solitarios fanáticos) que están entregados a las ideas centrales de sus modelos «clásicos» de entreguerras, si bien esas ideas están considerablemente revisadas y actualizadas para poder combatir a los nuevos enemigos de su causa. Además, la insistencia del fanatismo fascista en despertar a fuerzas dormidas que defiendan actitudes nacionalistas radicales o racistas, aunque se trate tan sólo de un individuo aislado, representa el riesgo continuo de que se produzcan ataques terroristas contra la sociedad civil que, por muy esporádicos que puedan ser, tam-

bién son potencialmente devastadores. Esto indica que muchos miles de individuos desorientados, que se sienten incapaces de tolerar lo que consideran el caos cultural o «decadencia» del mundo moderno, persisten en la creencia de que la derrota de la portencias del Eje fue una catástrofe histórica. Inasequibles al desaliento, siguen anhelando poder participar en la inauguración de una nueva era fascista, o al menos mantener vivos los ideales fascistas, aprovechando cualquier situación o avance tecnológico que les permita transmitir la necesidad urgente de que se produzca el renacimiento nacional o racial, basado en sus ideales, de una civilización más homogénea, más heroica y más épica.

Más razones para dedicar un volumen al fascismo como concepto clave de la teoría política El «fascismo» se merece ser incluido en esta serie de libros no sólo por su impacto decisivo en el transcurso de la historia de entreguerras o porque, por mucho que la utopía fascista lleve una existencia precaria en contraculturas políticas marginales de todo el mundo occidentalizado, todavía es capaz de inspirar actos de extrema violencia. También es importante que el término se emplee de un modo preciso y argumentado siempre que sea posible, a causa de dos malos usos —o abusos— muy extendidos de él como concepto que han penetrado con fuerza en el discurso público y en el lenguaje de los medios, con lo que se pone en peligro su precisión y valor analítico. Por un lado, se ha reducido comúnmente a un coloquialismo para referirse a cualquier sistema político, política de Estado o ejemplo de convencionalismos sociales que se consideren que limitan la libertad personal, la elección individual y la expresión de uno mismo a partir de un espíritu manipulador o autoritario. La campaña para concienciar sobre el calentamiento global, la fluoriza-

ción del agua auspiciada por el Estado, las maquinaciones de las grandes empresas, la burocracia de la Unión Europea, las medidas gubernamentales para que la gente deje de fumar, la corrección política, el daño que la industria de la moda causa a la imagen que uno tiene de sí mismo y a los hábitos alimenticios saludables, e incluso el sistema tributario del Estado: todos han sido tachados de fascistas. Y esa dilución del significado del término no sólo es propia de Occidente. En 2002, el creacionista musulmán Adnan Oktar, también conocido como Harun Yahya (2002), publicó Fascismo: la ideología sangrienta del darwinismo .

Una segunda área en que el término está sometido a distorsiones es la de los comentarios, debates y protestas políticos. Llamar a los adversarios «fascistas» al instante los deslegitima y demoniza a ojos de sus críticos, ya se trate del Tea Party republicano, del presidente Obama, de Donald Trump, de Vladímir Putin, de Sadam Husein, de Bashar al-Assad, del Estado de Israel, de Estados Unidos, de la eurocracia de Bruselas o de cualquier dictadura antisocialista o fuerza antipopulista o excesivamente populista. Después del 11 de septiembre se hizo muy frecuente que se denominara al Islam político (el Islamismo o, para ser más precisos, el salafismo yihadista global) «islamofascismo», un uso refrendado por George W. Bush. Más recientemente, durante el conflicto entre Rusia y Ucrania, ambas partes se llamaron entre sí fascistas. Entretanto, algunos periodistas que escriben para la «prensa seria» nos aseguran que China ha pasado de ser un Estado comunista a uno fascista (e.g., Becker, 2002). El efecto más importante de tal uso descuidado del término «fascismo», independientemente de su efecto catártico al emplearse de forma peyorativa o como insulto, es que ha contribuido a crear la profunda confusión reinante sobre cómo describir a los defensores de unas formas concretas de políticas democráticas de derechas que atacan el multiculturalismo, la libre

circulación de personas con fines laborales, la islamización de la sociedad, los gobiernos grandes y organismos internacionales como la Unión Europea y las Naciones Unidas, pero que lo hacen *democráticamente,* esto es, desde dentro de las instituciones de gobiernos representativos que no tienen ninguna intención de desmantelar. El término que predomina para referirse a esta corriente cada vez más importante de la política contemporánea, el «populismo», plantea sus propios problemas, entre otras cosas porque con frecuencia se funde con el de «fascismo», por lo que será necesario que volvamos a él en el capítulo 5.

Debido a estas dos áreas principales en que el valor analítico y heurístico del «fascismo» se ha socavado y degradado por falta de rigor, habremos de dedicar considerable espacio en este volumen a establecer el marco conceptual que usaremos para explicar resumidamente su historia de preguerra y posguerra. Sin embargo, como ya hemos indicado, esto sólo puede ocurrir tras esbozar la «pre-historia» de los intentos contemporáneos de pulir su definición y establecer sus connotaciones y relevancia como concepto.

La estructura de este libro Como es normal, la estructura del presente libro deriva de esos propósitos. El capítulo 2 examina la fértil historia de las interpretaciones marxistas del fascismo, la primera de las cuales se publicó incluso dos años antes de que Mussolini llegara a ser Duce, y que también nos proporciona un ejemplo de la profunda confusión que, fuera del marxismo, prevaleció durante décadas en los estudios del fascismo por lo que a cuestiones de definición se refiere. El resultado de tan agudizada falta de consenso fue la proliferación de teorías idiosincrásicas sobre el término que tuvieron una mínima repercusión o aplicación

práctica tanto entre los historiadores como entre los politólogos.

A continuación, el capítulo 3 propone un modelo concreto, o lo que Max Weber denominó el «tipo ideal» [2] , de fascismo genérico, cuya adopción cada vez mayor por investigadores de todo el mundo a partir de la década de 1990 ha dado por primera vez como resultado un constante flujo de excelentes artículos, monografías y colecciones de ensayos sobre diversos aspectos del fascismo genérico o sobre movimientos particulares, con un alto nivel de coherencia interna y complementación dentro de este campo de estudio. Así pues, estos dos capítulos ofrecen una suerte de «narración histórica» de la larga y finalmente fructífera lucha para conseguir dar al «fascismo» coherencia conceptual y definitoria. Dicha narración está organizada y conformada deliberadamente para preparar al lector para las connotaciones y aplicaciones concretas que el término adquiere en el libro. (Y huelga decir que cualquier otro especialista podría haber dado al término un contorno conceptual contrastante, reflejo de su propia interpretación, que en algunos casos daría como resultado un libro radicalmente distinto).

El capítulo 4 aplica ese enfoque teórico previamente establecido al periodo de entreguerras por medio de muchos ejemplos de cómo fenómenos fascistas concretos siempre combinan elementos ideológicos comunes, identificados por el modelo genérico, con rasgos muy diversos e idiosincrásicos, síntesis esta que da a cada manifestación individual de fascismo genérico su textura y «personalidad» únicas dentro del proceso histórico.

Después de eso, el capítulo 5 ofrece un panorama sinóptico de la evolución del fascismo de posguerra y del contemporáneo, con el fin de ilustrar la auténtica variedad de especies que han seguido perpetuando el género hasta nuestros días (es decir, siempre que se acepte la «definición de trabajo» que proponemos en este volumen). Este capítulo aspira a convencer al lector

de que, pese a que la «era del fascismo» murió simbólicamente con el fusilamiento de Mussolini por parte de partisanos cerca de la orilla del lago Como, y con el suicidio de Hitler en su búnker de Berlín en abril de 1945, sus sueños de alcanzar un nuevo orden ultranacionalista perduran a una escala internacional que para ellos habría sido inconcebible, aunque a menudo con formas, modos de transmisión, contenidos, tácticas y objetivos utópicos que cualquiera de ellos apenas habría reconocido.

El libro termina con un epílogo (el capítulo 6) que sugiere qué principios básicos de los estudios comparados del fascismo deberían tener en cuenta los estudiantes para realizar sus propios trabajos. Luego se indica que incluso los neófitos en esta área especializada pueden llegar a hacer una contribución sustancial a su mayor desarrollo eligiendo unos temas de investigación que se basen en las últimas tendencias y cuestiones que ponen de manifiesto las publicaciones más recientes, y a las que este breve volumen sólo puede hacer una mera alusión. Si así lo deciden, se unirán a una comunidad académica dedicada a una subdisciplina que, tras un largo periodo de adolescencia, parece finalmente estar entrando en una fase de madurez productiva y de verdadero dinamismo internacional. Lejos quedan los tiempos en que uno de los expertos anglófonos en Fascismo italiano más eminentes de entonces reaccionó a mi tímida confesión de que estaba escribiendo mi tesis doctoral sobre la ideología fascista con las siguientes palabras tan alentadoras: «Mi querido muchacho, eso no existe. Tómese otra copa de jerez».

1 La explicación de por qué esto es así escapa al cometido de este libro, y es competencia de los especialistas en la metodología y filosofía de las ciencias sociales. Éstos pueden recurrir a varios precursores de la epistemología para explicar la imposibilidad de llegar a definiciones «objetivas» en ciencias humanísticas, como por ejemplo el sociólogo del siglo XIX Max Weber, el filósofo Heinrich Rickert, el psicólogo estructuralista Lev Vygotsky o el cofundador de la hermenéutica Paul Ricoeur (véase Outhwaite, 1983). Esa imposibilidad de llegar a definiciones objetivas de todos los términos de las ciencias humanísticas impide que se dé un consenso o unanimidad total entre los expertos acerca del significado de cualquier concepto clave, y ayuda a explicar la enrevesada historia por lo que a su definición concierne del concepto de fascismo hasta hoy en día.

2 El «tipo ideal» tiene mucho en común con los conceptos *constructo hipotético* y *recurso heurístico,* así como con términos equivalentes que se pueden encontrar en cualquier teoría del conocimiento o epistemología que enfatiza el papel activo de la mente o su facultad de conceptualización al abstraer de la realidad un modelo o pa-

radigma verbal idealizado de un fenómeno genérico. El pionero de la sociología, Max Weber, formuló primero la teoría del «tipo ideal» como un recurso conceptual de las ciencias humanísticas que se forma por medio de un proceso consciente de «abstracción utópica» de realidades empíricas a las que se denomina con frecuencia con el mismo término genérico (él usa el ejemplo de «capitalismo»). Para una breve visión general de la teoría, véase el artículo de William Outhwaite (2002: 280-282). Este artículo también habla de la teoría alternativa, aunque estrechamente relacionada, de los «parecidos de familia» de Ludwig Wittgenstein entre los distintos fenómenos a los que se hace referencia empleando el mismo término genérico (él usa el ejemplo de la palabra «juego»). Para una explicación más detallada de la teoría de Weber, véase Burger (1976). No obstante, puede que sea de interés para los que no conocen el concepto del tipo ideal leer la descripción que hace el propio Max Weber de él: «Un tipo ideal está formado por el énfasis tendencioso o parcial [exageración, *Steigerung* en alemán] de uno o más puntos de vista y por unos fenómenos individuales concretos [...] que se organizan de acuerdo con esos puntos de vista en un constructo analítico unificado [*Gedankenbild,* o imagen mental]». Dicha exageración parcial, similar a la técnica que se emplea en las caricaturas o tiras cómicas con intenciones políticas, es reconocida por Weber como una ficción heurística, o una «utopía que no se puede encontrar empíricamente en la realidad» (Weber, 1949: 90).

2
ENTENDIENDO EL FASCISMO: LOS ENFOQUES DEL MARXISMO Y DEL LIBERALISMO TEMPRANO

En busca de una definición El intento de encontrar una definición del fascismo que resulte satisfactoria ha sido comparado con la búsqueda mística del Santo Grial (Blinkhorn, 2000: 5), con la entrega del prospector a «descubrir finalmente una veta pura» de oro léxico (Bosworth, 2009: 5) y, lo que es aún más descorazonador, con «la búsqueda de un gato negro en una habitación a oscuras y posiblemente vacía» (Whittam, 1995: 1). En este capítulo examinaremos una de las dos rutas principales que ahora siguen los intrépidos viajeros que, sin dejarse intimidar por esos escépticos, se han embarcado en esta expedición después de que, en marzo de 1919, Mussolini fundara la primera de la red que planeaba de Fasci italiani di combattimento (Ligas italianas de combate) en la ciudad de mayor empuje económico de Italia, Milán, con el fin de mantener vivo el espíritu de las trincheras.

El programa fascista, que se anunció a un pequeño público congregado en un salón de reuniones de las oficinas centrales de la Alianza Industrial, en la Plaza del Santo Sepulcro, dejó claro que la intención del joven movimiento era dar lugar a una vanguardia combativa que se dedicara a transformar Italia por completo a partir del espíritu del *combattentismo,* el patriotismo radical y abnegado de unos veteranos de la Primera Guerra Mundial, y en particular de aquellos de las tropas de asalto de élite del ejército, los Arditi (u Osados), que habían conseguido sobrevivir a las espantosas condiciones de la guerra de trinche-

ras en las montañas para presenciar la victoria de la Triple Entente. No tardó mucho en llamarse a esa nueva fuerza política italiana «Fascismo» —las connotaciones del símbolo romano de la autoridad del Estado, los fasces, llegarían más tarde—, y de ese modo un nuevo término genérico, «fascismo», pasó a formar parte del léxico político.

La primera ruta, que se remonta a los primeros días del Fascismo, está compuesta de enfoques marxistas, todos los cuales, aunque pueden llegar a ser extremadamente matizados y originales en sus detalles, dan por sentado que el fascismo está inextricablemente relacionado con la reacción antisocialista de la burguesía, las élites financieras, las grandes empresas y el capitalismo global. Tales vínculos son tan axiomáticos para la izquierda revolucionaria que Max Horkheimer, uno de los miembros más destacados de la Escuela marxista de Fráncfort, hizo la famosa advertencia en su ensayo *Los judíos y Europa,* publicado en *Zeitschrift für Sozialforschung* en 1939, de que «quien no esté preparado para hablar del capitalismo, también debería guardar silencio sobre el fascismo» (citado en Kellner, 1989: 67).

Además, este capítulo examinará brevemente otra categoría de respuestas al problema de definir el fascismo, la cual, por tan dispar e infructuosa, no se considera ni «tradición» ni «escuela»: la de los académicos «liberales» (término genérico para designar a un amplio grupo de investigadores y académicos no marxistas) que, durante casi siete décadas, ofrecieron interpretaciones y paradigmas muy idiosincráticos y a menudo incoherentes que no se pueden clasificar adecuadamente en diversas subcategorías (para un intento continuado de categorización, véase Hagtvet y Kühnl, 1980). Como es lógico, demostraron tener poco valor a la hora de satisfacer las pragmáticas necesidades interpretativas y definitorias de los historiadores y politólogos que estaban investigando los fenómenos de extrema derecha de la era moderna.

La escuela marxista: el fascismo como vanguardia de la reacción capitalista Hemos visto que, a diferencia de lo que ocurre con la mayoría de conceptos políticos, los orígenes del término «fascismo» se remontan simbólicamente a una fecha y lugar concretos, a saber, el 23 de marzo de 1919 en Milán. Conviene que destaquemos que el nuevo Fasci era sucesor directo de la Liga de Acción Revolucionaria (Fascio d'Azione Rivoluzionaria), que Mussolini había creado en 1914 como grupo de presión que ayudase a conseguir el apoyo popular a la participación de Italia en la Primera Guerra Mundial en el bando de la Triple Entente. Sus miembros pasaron a jugar un papel destacado en el movimiento «intervencionista», en el que pronto se les llamó «Fascisti» . Así pues, desde el principio el término «Fascista» tuvo para sus seguidores unas connotaciones progresistas, modernizadoras y revolucionarias, y no reaccionarias ni conservadoras.

No obstante, al principio el término se refería específicamente al nuevo movimiento de Mussolini, y fueron los intelectuales italianos de izquierdas, convencidos de su naturaleza represiva y reaccionaria como ataque violento al movimiento proletario, los que llevaron a cabo el primer intento de interpretarlo como un fenómeno político más sustancial y general. El contexto para el interés por entender su naturaleza como nuevo factor de la vida política de Italia, y posiblemente de la vida política moderna, habremos de hallarlo en la derrota del socialismo revolucionario durante el *biennio rosso* (1919-1920), el «bienio rojo» en que las tensiones entre la izquierda revolucionaria y los militantes nacionalistas llegaron a su punto culminante en algunas partes de Italia del norte y central. El conflicto que siguió con los *Fasci* locales que habían surgido para derrotar al «bolchevismo» y el socialismo combativo tuvo lugar en un momento de profundo caos económico, político y social que afectó a diversas

partes del país, sobre todo en las zonas rurales, al término de la guerra. En 1922, el socialista reformista italiano Giovanni Zibordi publicó *Crítica socialista del fascismo,* en la que al principio identificaba tres componentes radicales que operaban en el ataque de los Fascistas a la izquierda: la contrarrevolución de la «gran» o *haute* burguesía contra la revolución «roja», la revolución de las clases medias contra el régimen liberal y la revolución (para)militar contra el Estado. Sin embargo, la conclusión de Zibordi desprendía excesivos matices cuando pasaba a definir de forma reduccionista el fascismo como «un movimiento sociopolítico de la gran burguesía, o al menos un movimiento que ésta ha usado y explotado eficazmente» (Beetham, 1983: 88-96).

Este análisis sentó las bases para la enorme cantidad de otros análisis del fascismo hechos por socialistas, y en especial marxistas, que llegan hasta nuestros días, todos los cuales dan por sentado de forma axiomática el carácter *capitalista* del fascismo, ya sea (a lo sumo) contrarrevolucionario y parcialmente autónomo o (cuando menos) extremadamente reaccionario y controlado por la burguesía. También se anticipaba a la hora de expresar la incertidumbre de si las clases capitalistas habían creado directamente el fascismo como arma contra el socialismo revolucionario (la teoría del «agente»), o si bien se habían apropiado de él con ese fin después de que surgiera de forma independiente (la teoría «bonapartista»). En lugar de modificar su teoría dual (heredada de los escritos de Marx y Engels) de la guerra revolucionaria del socialismo contra un único antagonista o archienemigo, el capitalismo, por lo general los marxistas siempre han negado que en el periodo de entreguerras se tuvieran que enfrentar de pronto a una fuerza rival revolucionaria y, en el fondo, *anticapitalista* y *antiburguesa* (véase Pellicani, 2012), que reivindicaba una visión alternativa y totalizadora del bolchevismo, es-

to es, una nueva forma de sociedad moderna que no estuviera basada en el socialismo radical, sino en el nacionalismo radical.

Habida cuenta de la seguridad con que Zibordi predijo que el fascismo sería algo efímero, el fructífero intento de Mussolini de conseguir el poder con la «Marcha sobre Roma» de octubre de 1922 provocó el desconcierto de los comunistas y socialistas radicales europeos de todo tipo de convicciones con respecto a la trascendencia de tan inesperado giro de los acontecimientos. Eso se reflejó en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista (el Comintern), controlada por los soviéticos, que se celebró en Petrogrado y Moscú en noviembre y diciembre de 1922, justo a la vez que el futuro *Duce* daba inicio a su mandato de primer ministro. La reacción de Grigori Zinoviev fue incoherente, pues al tiempo que descartaba el Fascismo italiano como una mera «farsa» que no tardaría en pasar a la historia, también preveía que hechos similares ocurrirían en el centro de Europa. Amadeo Bordiga predijo que, después de ganar poder hasta el punto de que Mussolini se había convertido en jefe del gobierno, el Fascismo sería en líneas generales «liberal y democrático», y sólo se darían algunos episodios violentos esporádicos. Antonio Gramsci se mostró menos optimista y advirtió de que los Fascistas italianos, como consecuencia del apoyo a Mussolini de las escuadras de camisas negras (los *squadristi),* ya habían «tenido en sus manos todos los pilares del Estado» incluso antes de tomar posesión del cargo. Entretanto, Karl Radek calificó el nombramiento como primer ministro de Mussolini como «la mayor derrota que han sufrido el socialismo y el comunismo» desde 1917 (Riddell, 2012: 106; véase también Riddell, 2014).

La teoría del agente Pese a todas las reacciones individuales contradictorias, las piedras fundamentales de la interpretación ortodoxa soviética de lo que era el fascismo gené-

rico se pusieron en la resolución final del Congreso de 1922. En ella se concluía que la función del fascismo era la de actuar de agente directo del capitalismo que se encargara de la represión de clases, además de ser la fuerza por medio de la cual la burguesía llevaba a cabo su ofensiva contra el proletariado, en la que los soldados paramilitares fascistas hacían las veces de «guardia blanca» de la contrarrevolución. Al mismo tiempo, el fascismo buscaba conseguir seguidores de clase obrera haciendo uso de una «demagogia social». Sin embargo, imbuidos de su marxismo-leninismo, los socialistas veían claramente que «el insensato ascenso de la organización fascista era la última carta con que contaba la burguesía» y demostraba que el gobierno burgués ya sólo era «posible en forma de una dictadura sin ambages sobre el proletariado». Ciertamente era posible que se recurriera a esa solución pseudo-revolucionaria por la impotencia del gobierno liberal para reprimir el auge del movimiento obrero en otros lugares, y ya había señales visibles de que se avecinaban amenazas fascistas en «Checoslovaquia, Hungría, casi todos los países balcánicos, Polonia, Alemania, Austria, América e incluso en países como Noruega». Sin embargo, a la larga el intento del fascismo de detener el avance del socialismo estaba condenado al fracaso (Cuarto Congreso del Comintern, 1922). Cuando se celebró el quinto congreso del Comintern en julio de 1924, seis meses antes de la toma de posesión del Duce y su régimen, la «teoría del agente» sobre la naturaleza del fascismo ya había tomado forma. Se afirmó que era «el instrumento de la gran burguesía para luchar contra el proletariado, cuando los medios legales de que dispone el Estado no son suficientes para someterlos». Como tal, representaba «el brazo fuera de la ley de la gran burguesía para imponer y extender su dictadura» (Beetham, 1983: 152-153).

Una importante implicación de ese enfoque del fascismo que se materializó en los dos congresos fue que todo el sistema democrático liberal de Occidente, entregado por sus orígenes burgueses al mantenimiento del capitalismo, estaba *de facto* en connivencia con el fascismo, una suposición que parecía quedar corroborada por el hecho de que Mussolini hubiera sido jefe «democrático» de un Estado parlamentario liberal entre 1922 y 1925 antes de la fluida transición por la que se convirtió en dictador de la Italia fascista de corte radicalmente nacionalista e imperialista, y por lo tanto antimarxista y antiproletario. Concuerda con esa premisa no sólo el que las administraciones conservadoras que gobernaban cuando Hitler subió al poder tras el crac de Wall Street de 1929 fueran llamadas fascistas por el Partido Comunista de Alemania (KDP), sino que los socialdemócratas del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania), en lugar de ser tratados por los comunistas como sus aliados naturales en la lucha contra el nazismo, fueron rechazados por aquellos por considerarlos también colaboradores de los fascistas, o «socialfascistas». Esa actitud ya había quedado de manifiesto en el quinto congreso del Comintern de 1924, en el que tanto Zinoviev como Trotsky estuvieron de acuerdo en que «el fascismo y la socialdemocracia son dos caras del mismo instrumento: la dictadura capitalista». En la misma línea, Stalin los describió simplemente como «gemelos» (Saba, 1979: 196-197).

La equiparación de la socialdemocracia con el fascismo tendría serias consecuencias, y especialmente en Alemania, donde impidió que se formase ninguna alianza táctica entre el KPD y el SPD contra Hitler, e incluso llevó en 1931 a una colaboración temporal entre nazis y comunistas para hacer caer al SPD en Prusia. Fue únicamente con la brutal persecución del Tercer Reich de comunistas y de todo el movimiento socialista tras la llegada de Hitler al poder cuando, en 1935, empezaron a haber con retraso llamamientos para formar un «frente popular», retó-

rica que quedó repentinamente silenciada de nuevo con el anuncio del «pacto Ribbentrop» entre nazis y soviéticos de 1939. Entretanto, en Rusia, Stalin insistía en usar el término «fascista» de vez en cuando para desacreditar a aquellas versiones del marxismo-leninismo que él rechazaba. Los enconados conflictos entre diversas facciones de izquierdas, en las que se incluían los socialdemócratas y variedades rivales de marxistas, sobre la cuestión del fascismo, también tuvo como consecuencia que debilitó la campaña militar del gobierno de España durante la Guerra Civil para defender su República de izquierdas del ataque del general Franco (al que la teoría marxista identificó como encarnación del fascismo).

Mientras oscilaban las opiniones sobre el parentesco de la socialdemocracia con el fascismo, los pronunciamientos oficiales del Comintern sobre su naturaleza reaccionaria se iban convirtiendo cada vez más en los análisis más matizados y pluralistas de principios de los años veinte, hasta que surgió una postura que reducía el fascismo a una de las principales manifestaciones del capitalismo, y le negaba cualquier autonomía del aparato de Estado tradicional que era la base del dominio capitalista (o «hegemonía»). En 1931, en el informe sobre el fascismo que Dmitri Manuilski presentó al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC), se afirmaba que «el régimen fascista no es sólo un nuevo tipo de Estado; es una de las formas de dictadura burguesa que son características de la época imperialista. El fascismo se desarrolla de modo natural a partir de la democracia burguesa» (Beetham, 1983: 157-158). La idea de que el fascismo era el agente del capitalismo, hasta el punto de identificarse totalmente con él, tuvo su formulación definitiva en la afirmación de gran influencia del búlgaro Georgi Dimitrov, en el séptimo congreso del Comintern de 1935, de que «el fascismo es una manifiesta dictadura terrorista de los elementos más

reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero» (Dimitrov, 1935).

Hasta el desmoronamiento de la Unión Soviética, la teoría del fascismo como agente, de acuerdo con la formulación de Dimitrov, fue el rígido dogma que adoptaron todos los libros de texto e investigaciones históricas a lo largo y ancho de todo el imperio soviético. Esto llevó a la sorprendente situación de que, durante más de cuatro décadas, el Telón de Acero que había entre Alemania Occidental y Alemania Oriental no sólo dividía dos sistemas ideológicos, políticos, económicos y sociales totalmente distintos, sino también dos factorías académicas muy prolíficas, aunque completamente opuestas, que se dedicaban al análisis del nazismo y del fascismo genérico. En la República Federal de Alemania, a excepción de algunos destacados historiadores de izquierdas que consideraban al nazismo un miembro más de la extensa familia del fascismo, la corriente dominante se ocupaba principalmente de reconstruir los orígenes y desarrollo únicos del Tercer Reich, con tan sólo mínimas referencias al debate sobre el fascismo internacional o a los paralelismos entre el NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) y otros movimientos y regímenes, siendo el historiador de derechas Ernst Nolte, autor de *El fascismo en su época* (1965), una rara excepción en este sentido. Mientras, en la República Democrática Alemana, se trataba de forma rutinaria al nazismo como la manifestación más brutal y destructiva del fascismo, y, por lo tanto, como algo que estaba latente en potencia en cualquier sistema capitalista y que guardaba una profunda afinidad con todos los movimientos y regímenes racistas, expansionistas o anticomunistas, tanto en el periodo de entreguerras como después de 1945, de cualquier parte del mundo.

En el pasado, tal polarización llevó a que hubiera «puntos ciegos» en ambas partes, ya que muchos estudiosos marxistas eran remisos a aceptar que el nazismo pudiese ejercer ninguna

atracción de peso sobre segmentos del «proletariado» urbano o rural, mientras que los «liberales» se inclinaban por rechazar la importancia de examinar la connivencia, tan real como compleja, que algunos sectores de las finanzas, las grandes empresas y la burguesía comercial alemanas tuvieron con el Tercer Reich. Esa connivencia fue especialmente notoria en áreas como la de la creación de la economía de guerra del Reich, el desarrollo de su complejo militar e industrial, la despiadada represión de la libertad del socialismo, el comunismo y el movimiento obrero en Alemania y su imperio europeo, su expropiación «legal» de enemigos raciales y su utilización de mano de obra mal pagada y de la de los campos de concentración por lo que tenía de rentable y productiva [3] . Sin embargo, fuera del extenso «campamento marxista» de estudios, tales fenómenos no se consideran pruebas de la esencia capitalista del fascismo (Payne, 1995: 443-445).

La tesis bonapartista Hemos visto que, ya en fechas tan tempranas como 1923, Zibordi indicó que el fascismo podría ser una fuerza política autónoma «usada y explotada» por la burguesía. Esta percepción se desarrolló hasta convertirse en líneas generales en una fuerte corriente alternativa del pensamiento marxista que no comulgaba con el Comintern, y a la que se conoció como la teoría «bonapartista» del fascismo. En su ensayo El 18 de brumario de Luis Bonaparte (1852), Marx había reflexionado sobre el fracaso de la izquierda socialista para abrirse paso tras los sucesos revolucionarios de París de 1848, así como sobre el rápido ascenso de Luis Napoleón Bonaparte de presidente republicano a emperador Napoleón III. En él describía los reinados de Napoleón I y Napoleón III como formas de dictadura militar autónoma que, pese a su popularidad,

aplastaron los movimientos obreros progresistas y, por lo tanto, pudieron servir a los intereses burgueses al tiempo que conservaban su poder sobre la burguesía.

Cuando se emplea para el análisis del fascismo, el «bonapartismo» proporciona a los marxistas una forma elegante de usar un concepto, que tiene sus orígenes en el análisis histórico marxista ortodoxo, para hacer encajar el fascismo dentro de un esquema de la historia que le niega cualquier novedad ideológica, base populista o dinámica revolucionaria verdaderas, con lo que deja el avance hacia la consecución definitiva de una sociedad socialista libre en teoría de todo obstáculo que le pueda suponer un «nuevo» enemigo ideológico. Un rasgo característico de la aplicación del término es que incita a los marxistas a ver cualquier régimen fascista (que para ellos abarca la mayoría de dictaduras anticomunistas y regímenes racistas) como un Estado de excepción o «excepcional» producido por las fuerzas imperialistas del capitalismo (véase Biver, 2005). Es una solución *ad hoc* a una crisis que, aunque en un principio podría ajustarse a ciertos elementos de la burguesía y conseguir un apoyo interclasista por su retórica populista y nacionalista, termina demostrando ser intrínsecamente poco firme y condenada al fracaso por sus contradicciones internas de clase (Linton, 1989: 109-116; Kitchen, 1973).

A los recién llegados a la materia a los que interese conocer las variantes significativas de la teoría bonapartista del fascismo que reconoce su autonomía parcial del capitalismo, los instamos encarecidamente a que tengan en cuenta a cuatro ideólogos en particular —August Thalheimer, Otto Bauer, Leon Trostsky y Antonio Gramsci— dentro del contexto más amplio de la lucha antifascista del marxismo tal y como la documenta Beetham (1983). Thalheimer, por ejemplo, que había sido ideólogo del Comintern y activista, argumenta en su ensayo de 1930 *Sobre el fascismo* (muy influenciado por su experiencia del auge

del nazismo) que, al usar la violencia extrema no sólo contra los trabajadores, sino también contra el parlamento burgués, el fascismo representó un «salto repentino» que iba más allá tanto del bonapartismo como de otras formas anteriores de represión del Estado. Así pues, lejos de ser un agente de la burguesía, al final el fascismo resulta ser hostil a ésta (véase Kitchen, 1973). Otto Bauer, socialdemócrata austríaco que murió en París en el exilio tras el infructuoso levantamiento socialista de 1934, no sólo reconoció la naturaleza relativamente autónoma del nazismo con respecto a la burguesía, sino que consideró que era un claro síntoma de una crisis más amplia de la civilización que no se resolvería por medio de la lucha de clases, sino por medio de la guerra (Linton, 1989: 122-123).

Mucho menos elaborado, pero más influyente que los análisis de Thalheimer o Bauer, fue el breve artículo de 1934 de Leon Trotsky «Bonapartismo y fascismo», en el que arremetía contra «la teoría estalinista del fascismo» por ser «uno de los ejemplos más trágicos de las consecuencias prácticas perjudiciales que pueden derivarse de la sustitución del análisis dialéctico de la realidad [...] por unas categorías abstractas formuladas a partir de la base de una experiencia histórica parcial e insuficiente» (Trotsky, 1934). Trotsky se muestra especialmente mordaz al hablar de la costumbre del Comintern de etiquetar indiscriminadamente a cualquier forma de régimen o movimiento de derechas como «fascista».

La teoría de Trotsky se basa en la distinción que establece entre dos formas de bonapartismo. Según él, existe un «bonapartismo preventivo» en el que la burguesía insta al Gobierno a suspender el proceso democrático con el fin de evitar el peligro de una toma del poder por parte de los fascistas, como en el caso de la dictadura presidencial que precedió a Hitler (y es de suponer que en el del mandato parlamentario de Mussolini como primer ministro previo a la creación del Estado fascista ita-

liano). Además, está el «bonapartismo de origen fascista» (similar a lo que Thalheimer llama «fascismo»), que se da cuando la reacción deja de ser una fuerza populista y nacionalista para endurecerse y convertirse en un Estado militarista que se impone al conjunto de la sociedad, incluidas las fuerzas paramilitares de la burguesía que lo encumbraron al poder. Aunque introduce importantes matices nuevos en su interpretación del bonapartismo, Trotsky sigue compartiendo la suposición axiomática del Comintern de que tanto el bonapartismo como el fascismo «sólo pueden ser el gobierno del capital financiero», e incluso afirma que a Hitler las tareas «le son asignadas por el capitalismo monopolista» (Trotsky, 1933). También refleja la complacencia marxista entonces imperante acerca del triunfo final del socialismo al afirmar que «toda la historia muestra que es imposible mantener al proletariado encadenado tan sólo con la ayuda del aparato policial» (Trotsky, 1934).

Algunos de los análisis marxistas más perspicaces del fascismo previos a la Segunda Guerra Mundial se deben al comunista italiano Gramsci. La elaboración y sofisticación cada vez mayor de su análisis de cómo el fascismo llegó al poder en 1925, cuando, según la teoría del Comintern, las condiciones materiales objetivas apuntaban en cambio a una victoria socialista, han sido examinadas exhaustivamente por algunos especialistas en la materia (e.g., Adamson, 1980; Roberts, 2011; Santoro, 2012). Éstos han mostrado con considerable detalle lo mucho que Gramsci se apartó de las toscas teorías deterministas del conflicto de clases, el materialismo dialéctico y la revolución socialista, además de documentar su reconocimiento, también cada vez mayor, de la relativa autonomía de la ideología (la «superestructura») con respecto a la «base» socioeconómica, y del papel jugado por las crisis espirituales y culturales como impulsoras de las reacciones y cambios históricos.

Entre su gran cantidad de escritos teóricos, destacan dos puntos en el contexto de esta guía del fascismo. En primer lugar, Gramsci, ya en su última fase, dijo que en Italia el periodo posterior a 1918 había estado lleno de posibilidades para que se diera una revolución marxista, pero Mussolini supo explotar la crisis social con mayor efectividad al anunciar la inminente creación de un nuevo y poderoso orden nacionalista y ético y fomentar deliberadamente el «cesarismo», en el que un líder encarnaba en su persona un vigor carismático. A diferencia del bonapartismo de la Francia de finales del siglo XIX , el cesarismo era capaz de tener una dinámica progresista y antirreaccionaria, como había quedado más que demostrado por parte de Lenin (Santoro, 2012: 277-286). En segundo lugar, Gramsci analizó la crisis de 1929-1933 en Alemania, que llevó a Hitler al poder, como un nuevo ejemplo en que el potencial revolucionario de izquierdas fue bloqueado por el poder de las fuerzas de la superestructura: por factores ideológicos como son la prensa capitalista, una sociedad civil y un sistema educativo reaccionarios, el nacionalismo conservador y la religión institucional. Éstos garantizaron que no fuese una izquierda profundamente dividida la que triunfara, sino otro líder carismático de derechas, Adolf Hitler, que supo ofrecer convincentemente al pueblo el objetivo de lograr la utopía reaccionaria y socialmente represiva del Estado racista al que él aspiraba presentándola como una revolución nacional, una revolución de todo el *Volk* (Overy, 2001).

Desde una perspectiva no marxista, podemos considerar que todos estos teóricos marxistas se apartaron del dogma del Comintern sobre el fascismo de modos tan creativos como importantes, pero también siguieron siendo fieles al axioma de que el socialismo era la única fuerza histórica progresista, liberadora y revolucionaria que continuaba en activo tras la Segunda Guerra Mundial. Eso tuvo como consecuencia que no fueran capaces de enfrentarse a la posibilidad de que el fascismo estuviera mo-

tivado por los ideales utópicos de un nuevo orden y una modernidad alternativa con los que quería sustituir tanto al liberalismo como al marxismo, y por lo que, *dentro de sus propios términos,* podía reivindicarse como una revolución rival.

Desarrollos posteriores de la teoría marxista En las décadas transcurridas tras la muerte de Gramsci, las dos corrientes principales de la interpretación marxista del fascismo se han perpetuado. La teoría del agente siguió siendo el dogma oficial del Comintern hasta su último congreso de 1943, y, como hemos visto, luego fue adoptada, y casi siempre sin ser cuestionada, como el axioma incontestado de toda la investigación que se llevó a cabo en los regímenes marxistas hasta la desintegración del imperio soviético [4] . Mientras, la mayoría de los muchos movimientos socialistas del mundo siguen acogiéndose al análisis de Trotsky del capitalismo como base de su activismo y de su teoría revolucionaria (Biver, 2006), con lo que es su variante del bonapartismo la que se suele aplicar al estudio de la evolución de las constantes crisis del capitalismo y el continuo surgimiento de soluciones de derechas que aquellas provocan. Como resultado, las dictaduras militares anticomunistas (como la de Pinochet en Chile) y las formas populistas de políticas de extrema derecha (como el Frente Nacional de Le Pen) son automáticamente descritas por la prensa de izquierdas como fascistas, por muy lejana que sea su relación con el fascismo o con el nazismo (e.g., Ira, 2016). En el Reino Unido, por ejemplo, tanto la Liga Antinazi, creada por el Partido Socialista de los Trabajadores en 1977, como el libro El fascismo (1999), de David Renton, que ofrece una importante crítica marxista de recientes

análisis no marxistas del fascismo, son de inspiración trotskista.

Sin embargo, hemos de resaltar que, en el pasado, el enfoque «liberal» y no marxista del Tercer Reich se enriqueció con varios extensos análisis que se basaban, en términos generales y poco rígidos, en premisas bonapartistas de carácter idiosincrásico. El primero fue *Behemoth: la estructura y la práctica del Nacional Socialismo 1933-1944* (1942), de Franz Neumann, que este insigne miembro de la Escuela marxista de Fráncfort escribió en su exilio en Estados Unidos después de que buscara asilo en Nueva York huyendo del Tercer Reich en 1935. En él lleva el principio de la autonomía del Estado fascista a su conclusión lógica. Según Neumann, el régimen levantó la fachada propagandística de ser un Estado poderoso, eficaz y homogéneo para ocultar su continua anarquía interna, en la que dirigentes del partido, facciones ministeriales y líderes ambiciosos se enfrentaban por el poder, mientras que únicamente los unía su aventurismo militar, su ambición personal y su empeño en acabar con el socialismo. Como resultado, la burguesía tradicional siguió siendo impotente para poder controlar lo que sucedía.

Un enfoque bonapartista más convencional del fascismo en el poder lo adoptó en la década de 1970 el eurocomunista de origen franco-griego Nicos Poulantzas, que presentó el Tercer Reich y la Italia fascista como «Estados capitalistas excepcionales». Haciendo uso de las ideas de Gramsci sobre la «hegemonía cultural», Poulantzas arguyó que la ideología y objetivos de esos Estados no dependían sólo del apoyo burgués, sino también del popular, con el refuerzo de la vasta ingeniería social que necesitaban para mantenerse en el poder (Poulantzas, 1979; véase también Caplan, 1977; Kershaw, 1989: 63-65). Analizar el Tercer Reich como un «Estado excepcional» que dependía de un amplio control social lleva el estudio del fascismo a la órbita de las teorías no marxistas de posguerra sobre el «totalitarismo», y

en especial a la de la fenomenología de la opresión que investigó Hannah Arendt (1951). No obstante, habida cuenta de las diferencias radicales entre los Estados fascista y nazi cuando ambos movimientos ostentaron el poder, es importante subrayar lo erróneo de ver el nazismo como el arquetipo, y aún menos la esencia, del fascismo, del mismo modo que es un fallo metodológico tomar el Fascismo italiano como modelo de todos los demás fascismos (e.g., Wippermann, 2009), punto este al que volveremos después.

Fue en este periodo cuando Tim Mason, el principal historiador británico de ideología marxista del nazismo, aplicó a grandes rasgos las suposiciones bonapartistas al estudio detallado del sino de la clase obrera y de las mujeres durante el nazismo, así como al análisis de la estructura económica y política del Tercer Reich y de la Italia fascista. Eso lo llevó a la conclusión, inconcebible para los dogmáticos «teóricos del agente» del Comintern, de que, lejos de servir directamente a los intereses del capital, la «primacía de la política» prevalecía sobre los meros intereses económicos. Eso significó que «a partir de 1936, tanto la política interior como exterior del Gobierno nacionalsocialista fue cada vez más independiente de la influencia de las clases económicas dirigentes, e incluso en algunos aspectos fundamentales fue en contra de sus intereses colectivos» (Mason [1966], 1972: 175-177; véase también Kershaw [1985], 2000: 49-50; Caplan, 1995). Siguiendo los pasos de Mason, pero también cogiendo algunos temas de Thalheimer, el húngaro Mihaly Vajda, en *El fascismo como movimiento de masas,* argumentó que, aunque «es una forma capitalista de dominio», una vez en el poder el compromiso del fascismo con la guerra expansionista crea «unas condiciones políticas excepcionales y sustituye la vida burguesa normal y cotidiana por otra en la que se vive una situación de constante tensión, lo cual a la burguesía le resulta cuando menos "incómodo"» (1976: 93). Vajda también

se alejó de los análisis marxistas dominantes al destacar que, para conseguir llegar al poder, el fascismo dependía de un movimiento de masas organizado en torno a fuerzas paramilitares, pero que también estaba seducido por el atractivo populista de una ideología totalitaria. Esta ideología hacía hincapié en «la exaltación de la nación», que para Vajda era el único componente recurrente en los movimientos fascistas tan variados que han ido surgiendo en el mundo. Tan inusual concesión por parte de un marxista indica al menos cierta afinidad con la teoría que sostiene que el fascismo es un movimiento revolucionario del ultranacionalismo, en la actualidad el enfoque dominante dentro de las corrientes no marxistas, y que será el tema del siguiente capítulo.

No obstante, también ha habido otras voces, aún más inusitadas, que a lo largo de los años se han dejado oír dentro de la que con frecuencia es la combativa familia de teóricos marxistas del fascismo. Los intentos de enriquecer los análisis materialistas y basados en la lucha de clases de los enfoques marxistas-leninistas convencionales del fascismo, con la comprensión de los procesos psicológicos que operan en la sumisión popular masiva a la autoridad carismática, dieron lugar a cierto número de teorías «marxista-freudianas» sobre ese apoyo popular. Dos de ellas ya habían aparecido durante el periodo de supremacía de Mussolini y Hitler, pero se conocieron mejor tras la guerra. En el mismo año en que Hitler fue elegido canciller, 1933, Wilhelm Reich publicó en alemán *La psicología de masas del fascismo,* en el que hallaba los orígenes de la sumisión generalizada del pueblo al autoritarismo militarista tanto bajo el fascismo como bajo el bolchevismo (o «fascismo rojo») en la intensa represión sexual que producía la conformidad a la ética familiar de corte puritano que, según él, predominaba en la Europa moderna.

Reich huyó a Nueva York en 1939. En 1941, Erich Fromm, que había emigrado a Estados Unidos siete años antes y trabajaba en la Universidad de Columbia, publicó *El miedo a la libertad (Escape from Freedom),* un estudio de los mecanismos psicológicos que habían llevado a tantos millones de personas a buscar refugio espiritual en la devoción a una dictadura opresora. Fromm, muy ducho en estudios eruditos del Talmud, mezcló elementos del marxismo-freudiano con una idiosincrásica interpretación de la expulsión bíblica de Adán y Eva del Paraíso Terrenal, que no veía como una alegoría de la caída del hombre tras cometer el pecado original, sino de la característica necesidad humana de establecer unos principios morales que no se basen en la obediencia ciega, sino en la libertad propia. Fromm llegó a convertirse en uno de los principales adalides del humanismo existencial y de la necesidad de alcanzar una sociedad «cuerda» basada en «ser» y amar, en lugar de en «tener» y «poseer», lo que hizo que sus obras tuvieran gran repercusión en la generación hippie.

Hacia finales de la guerra, Theodor Adorno, otro miembro de la marxista Escuela de Fráncfort, dirigió un proyecto de investigación en la Universidad de California en Berkeley sobre la propensión de la «gente corriente» a someterse a las condiciones del totalitarismo. El resultado fue la publicación de *La personalidad autoritaria* (Adorno *et al.,* 1950), famoso en su época por la «escala F», o escala de propensión al fascismo, que proponía. Algunos intelectuales marxistas interesados en la estética y mitología del totalitarismo, sobre todo Walter Benjamin ([1936] 2008) y Ernst Bloch [1935] 2009), también ofrecieron unas visiones muy originales y perspicaces de la actitud mental fascista.

Tal vez el análisis marxista más revelador del fascismo como fuerza materialista e ideológica, al menos para quienes no son marxistas, sea el capítulo «Fascismo e ideología» del argentino «post-marxista» Ernesto Laclau, incluido en su libro *Política e*

ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo (1977). Su enfoque está influenciado por la teoría de Gramsci de la hegemonía cultural y por la teoría de Althusser del poder de la ideología radical para «interpelar» (en el sentido de atraer a nivel subjetivo y afectivo) a amplios estratos de los que están desorientados en medio de una crisis (un enfoque que a su vez está influenciado por el psicólogo francés marxista-freudiano Jacques Lacan). Según el modelo causal de Laclau, el éxito del fascismo se debe en buena medida a la efectividad de su ideología, que imbuyó a tantos que se sentían alienados política y psicológicamente de la sociedad contemporánea de la sensación (ilusoria) de que eran sujetos históricos activos dotados de un propósito colectivo y pertenecientes a un mismo grupo (cf. Platt, 1980). Esta premisa, que rompía definitivamente con las explicaciones materialistas engendradas por el marxismo-leninismo, y que va más allá de Gramsci, al reconocer la hegemonía de la ideología, permitió a Laclau explicar la capacidad del fascismo para aprovecharse de las crisis del liberalismo posteriores a 1918 y, en algunos países, para convertirse al menos temporalmente en un poderoso movimiento popular que no atraía sólo a la burguesía. Las masas fueron interpeladas por el fascismo no como clase económica, sino como «pueblo» nacional. Según Laclau, el fascismo estaba condenado al fracaso como revolución porque la burguesía se apropió de su discurso ultranacionalista y lo convirtió en la defensa reaccionaria del capitalismo, veredicto que confirma el linaje marxista de Laclau.

Más recientemente ha habido nuevos análisis del fascismo por parte de marxistas anglófonos que también evitan las equiparaciones simplistas de reacción burguesa, capitalismo y fascismo, como los de Neocleous (1997) y Woodley (2009). Además de ofrecer una sofisticada interpretación de izquierdas de lo que es el fascismo, Woodley también proporciona una visión exhaustiva de la enmarañada historia del estudio marxista de la

dinámica ideológica del fascismo. Asimismo, merece la pena que mencionemos las contribuciones de socialistas de diversas tendencias al debate sobre la posibilidad de una reconciliación de las posturas marxistas y «liberales» acerca del fascismo que tuvo lugar en un número especial del *European Journal of Political Theory* (Roberts y Griffin, 2012), el cual dio pie a interesantes críticas de las limitaciones que impone a la aplicación del término la ortodoxia «liberal» (e.g., Yannielli, 2012). El modo en que Roger Markwick habla de la relación del comunismo con el fascismo (2009) es otro ejemplo de que una perspectiva de izquierdas de la historia de entreguerras puede ser enriquecedora para todos los implicados en los estudios comparados del fascismo.

La sirena política De esta visión de conjunto se desprende que la característica principal de todas las teorías marxistas sobre el fascismo, por muy variadas y matizadas que puedan ser, es la suposición axiomática de que el capitalismo produjo directamente el fascismo, con el fin de defenderse de una revolución socialista en ciernes, o bien que el fascismo surgió como una fuerza nacionalista autónoma que, pese a tener auténticos elementos contrarrevolucionarios, nunca pudo llegar a operar en el núcleo de un proceso histórico verdaderamente revolucionario, por muy efímero que fuese. Tal premisa, que los teóricos que estudiaremos en el siguiente capítulo consideran reduccionista, subyace a la referencia de Bertolt Brecht en su poema «La parábola de Buda de la casa en llamas», escrito en el exilio en 1937 tras huir del Tercer Reich, a «los escuadrones de bombarderos del capitalismo», una frase que identifica totalmente el nazismo con el capitalismo. Del mismo modo, pocos marxistas de su tiempo habrían estado en desacuerdo con el veredicto del alemán Ernst Bloch sobre las reivindicaciones

socialistas y revolucionarias del nazismo al que llegó en su ensayo «Inventario de la apariencia revolucionaria», escrito en su exilio suizo en 1933: El enemigo no se conforma con torturar y matar a trabajadores. No sólo quiere aplastar el frente rojo, sino también robarle las joyas al supuesto cadáver […] Únicamente con la quema del Reichstag no basta; el pueblo también debe creer que Nerón es el primer cristiano en persona. De ese modo se trata desde el mismo principio del infierno disfrazado con una grotesca máscara de salvación.

El nazismo, continúa Bloch, ha creado «una fachada revolucionaria adornada con símbolos de la Comuna de París». Es un «falso canto de sirena», «una ilusión», «un engaño», una «Caperucita Roja» que sólo le ha robado a los comunistas los «emblemas» de la revolución: «el color rojo», «el desfile» y los «himnos peligrosos», «la profusión de banderas» (Bloch [1935], 2009: 56-63).

Ocho décadas después, la *Enciclopedia del marxismo* de internet sigue asegurando a sus lectores, en la entrada dedicada al fascismo, que éste es «de derechas, extremadamente nacionalista, subjetivista en lo filosófico y totalitario en la práctica. Es una forma muy reaccionaria de gobierno capitalista». A continuación, el artículo enfatiza su componente pseudo-religioso, su estrategia de iniciar guerras para crear nuevos mercados, su antimodernidad, su antimodernismo, su irracional culto a la voluntad y su persecución de la izquierda, todo lo cual es consistente con su naturaleza esencial de «capitalismo en la fase de imperialismo impotente» (*Marxists Internet Archive Encyclopedia,* 1998-2008). Como hemos visto, la frase «teorías marxistas del fascismo» abarca una rica variedad de posturas matizadas, algunas de las cuales ofrecen importantes puntos de vista para los no marxistas, pero, inevitablemente, son las interpretaciones más simplistas las que todavía prevalecen en el discurso marxista domi-

nante en el periodismo de izquierdas, los análisis académicos y, lo que es más notorio, las concentraciones antifascistas.

La confusión de los historiadores liberales También para los no marxistas la dramática irrupción del fascismo en la escena de la historia moderna supuso una enorme conmoción, por ser algo que no estaba en el guion histórico ni de liberales ni de conservadores. En 1934, el experto italiano en literatura y estética alemana, Giuseppe Borgese, que poco antes había huido del régimen Fascista a la New School of Social Research de Nueva York, escribió: A lo largo de más de un siglo de profecías, ni un solo profeta que analizara la degradación de la cultura romántica, o planeara la división del átomo romántico [sic], imaginó jamás nada como el fascismo. Se preveía el comunismo, el sindicalismo y tantas otras cosas; había anarquismo y legitimismo, e incluso pan-papismo; guerra, paz, pan-germanismo, pan-eslavismo, el Peligro Amarillo, señales al planeta Marte, pero no había fascismo. Fue una sorpresa para todos, y para los propios fascistas también (Borgese, 1934: 475-476).

En pleno estado de perplejidad intelectual, los comentaristas políticos no sabían cómo entender esa llamativa nueva fuerza política, dentro del marco de los supuestos propios del pensamiento humanista dominante, por lo que respectaba al progreso racional, el individualismo y la civilización. Como resultado, la tarea de llegar a algún tipo de consenso sobre su esencia definitoria, o lo que a veces se llama el «mínimo fascista», demostró ser mucho más inextricable que para los marxistas. De hecho, produjo un prolongado efecto babel que duró más de medio siglo, en el que proliferaron definiciones en gran medida incompatibles, y en ocasiones excluyentes entre sí, de muy escasa uti-

lidad para los historiadores y politólogos que se ocupan de hechos específicos.

Lo que compartían casi todos estos intentos «liberales» de resolver el problema con los enfoques marxistas, no obstante, era la premisa de que la clave para entender el fascismo, o al menos definirlo, no radicaba en el análisis detallado de cómo los propios fascistas veían los objetivos finales de su movimiento y las políticas y acciones que eran necesarias para llevarlos a cabo. En su lugar, se trató del proceso de identificar intuitivamente los rasgos fundamentales del fascismo que más destacaban para un *antifascista* convencido. Podríamos establecer un paralelismo con el siglo que transcurrió antes de que los psiquiatras profesionales (en contraposición a los psicoterapeutas) empezaran finalmente a interesarse por el modo en que los diagnosticados con «desórdenes» psicológicos o «enfermedades» mentales perciben en realidad el mundo, un enfoque empático que no en vano se conoce como «anti-psiquiatría» (e.g., Laing, 1960). Sus trabajos sacaron a la luz las estructuras racionales *alternativas* de los procesos del pensamiento y lógicas de conducta que revelaban los testimonios de esas personas cuando se las trataba «fenomenológicamente», es decir, en términos de cómo se experimenta subjetivamente la realidad.

Así pues, hasta la década de 1990 las teorías no marxistas sobre el fascismo se caracterizaron por una extraordinaria heterogeneidad, al basarse en un estudio arbitrario que partía de lo que Alexander de Grand llamó el enfoque «de fuera adentro» (De Grand, 1996: 3). La profusión resultante de enfoques incompatibles entre sí queda patente en los estudios de éstos que se llevaron a cabo entonces (e.g., Gregor, 1974; De Felice, 1977; Hagtvet y Kühnl, 1980). Uno de los primeros, *Nazionalfascismo* (1924), de Luigi Salvatorelli, se centraba en la supuesta base burguesa insignificante del Fascismo (entendido en un sentido no marxista), tema éste que desarrollaría una década des-

pués la teoría psicológica de Harold Lasswell (1933) de cómo el «hitlerismo» se dirigía a las angustias psicológicas de la clase media-baja. Después de la guerra, Seymour Lipset (1960) presentó con mucho éxito al fascismo como el «extremismo de las clases medias» que salían perdiendo ante el ascenso de la economía y sociedad modernas, lo cual era un enfoque vagamente reminiscente de las teorías bonapartistas. No sabían, al igual que los marxistas, que la tesis sobre la importancia de la clase media en el desarrollo del fascismo y el nazismo, que figuraba constantemente en los libros de texto escolares de historia hasta no hace mucho, llegaría a ser rebatida empíricamente. Esto fue posible gracias al concienzudo análisis por parte de algunos estudiosos, como Jürgen Falter, Thomas Childers, Michael Kater y Detlef Mühlberger, del origen sociológico, escrupulosamente registrado en los archivos de miembros del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), de los que se unieron al partido antes de enero de 1933 (Mühlberger, 1991) [5] . (Una vez que Hitler fue canciller, el número de miembros dejó de ser prueba fiable de un auténtico apoyo ideológico). La teoría de la clase media tampoco tiene ninguna base objetiva en cualquier otro tipo de fascismo, todos los cuales demuestran tener una base transclasista formada por muchas categorías sociales y electores distintos, algunos de ellos predominantemente de zonas rurales y con gran número de campesinos entre sus filas (Mühlberger, 1998).

Un enfoque diametralmente opuesto era ver el fascismo como síntoma del auge de las masas que todavía tenían que encontrar una identidad cultural segura, o «lugar propio», dentro de la sociedad moderna. Como resultado, esas masas eran propensas a creerse la falsa ilusión de que el fervor ultranacionalista comunitario y las promesas de grandeza imperial les conferían un poder existencial e histórico. Es un enfoque que guarda afinidades tanto con el énfasis de Laclau en el modo en que cien-

tos de miles, o incluso millones, pueden sentirse «interpelados» por la embriagadora retórica de una inminente revolución fascista y con el análisis de Fromm de la oleada masiva de inseguridad en el momento álgido del crac de Wall Street como motor principal del fascismo. Un importante anticipo de tales puntos de vista fue el de José Ortega y Gasset ([1930] 1932), el cual, influenciado por la teoría de Gustave Le Bon de la psicología de las masas y por las advertencias de Nietzsche de la amenaza que suponía una nueva raza de «últimos hombres» nihilistas, presentó el fascismo como expresión de la «rebelión de las masas» contra la civilización avanzada. En los años cincuenta, tanto Talcott Parsons (1954) como William Kornhauser (1959) interpretaron el fascismo no como un fenómeno de clase, sino como un movimiento de masas imbuido de un radicalismo populista similar al del comunismo. Del mismo modo, Paul Brooker (1991) usó la teoría de Durkheim de la «solidaridad mecánica» para explicar el entusiasmo masivo por una nación militarizada que crearon el Fascismo italiano, la Alemania nazi y el Japón imperial, todos los cuales ofrecieron una fuerte sensación de identidad comunitaria en una época de cada vez mayor anomia. Sin embargo, en todas estas obras brillaba por su ausencia un análisis *ideológico* serio del modo en que el fascismo concebía sus proyectos revolucionarios o, más bien, un análisis que se tomara la ideología *en serio* como componente fundamental de la realidad histórica y del ADN político tan exclusivo del fascismo. Se dio por sentado que no era relevante entender el cúmulo de mitos centrales que en los años treinta permitieron que el fascismo diera rienda suelta a su extraordinaria capacidad psicológica para movilizar a elementos tanto de las clases medias como de las masas de la clase obrera (así como de las élites dirigentes) gracias a la transmisión por medio de la propaganda de su poderosa ideología.

Lo mismo podemos decir de otro enfoque que pretendía identificar la dinámica del fascismo. No se centraba en las relaciones de clase ni en la sociedad de masas, sino en la modernización o, más bien, en las disfunciones del proceso de modernización, que se entendía como una extensión del proyecto de la Ilustración de basar el progreso en una combinación de ciencia de base racional e instituciones sociopolíticas formadas por valores liberales. De nuevo encontramos aquí una plétora de explicaciones contrapuestas a las que sólo podemos hacer mera referencia en un estudio breve como éste. Comprenden el intento de Barrington Moore (1966) de analizar el fascismo como una de las vías (sin salida) para pasar del feudalismo a la modernidad socioeconómica; la representación de Henry Turner (1975) del fascismo como algo que, paradójicamente, necesitaba abrazar la modernidad tecnológica y burocrática, desde el espíritu de un «antimodernismo moderno», con tal de recrear una sociedad social y políticamente premoderna con aspecto de moderna; la idea de la modernización involuntaria (Schoenbaum 1966; Dahrendorf 1968), y la tesis de Jeffrey Herf (1984) de que los tecnócratas nazis eran la encarnación de un «modernismo reaccionario». Ninguna de esas propuestas estaba preparada para ofrecer una definición concisa de lo que es el fascismo, el cual, por lo tanto, siguió siendo un concepto curiosamente impreciso en su tratamiento de él, sobre todo por lo que se refiere a su relación con la modernidad y a sus rasgos ideológicos centrales. El experto más célebre en ofrecer una definición del fascismo, basada en la animosidad de éste hacia la modernidad, fue Ernst Nolte (1965), que lo presentó como la «resistencia a la trascendencia teórica y práctica», en la que se puede entender que la «trascendencia» se refiere a un proceso gradual de emancipación de las restricciones sociales, económicas e ideológicas tradicionales. Su análisis en profundidad de Acción Francesa, del fascismo y del nazismo que culminó en esa definición dio

después de la década de 1960 nuevo impulso a los estudios comparados del fascismo, si bien la fórmula definitoria de Nolte resultó ser demasiado abstracta y oscura para que los investigadores pudiesen darle mucho uso práctico.

Con anterioridad, tres libros importantes, redactados en la cúspide del poderío nazi o justo después de su caída, habían estudiado de forma memorable el fascismo desde un nuevo ángulo, esto es, el del nihilismo moral y la destrucción de la libertad individual que se derivó del rechazo radical del régimen nazi de los valores de la Ilustración. En *La revolución del nihilismo* (1939), Hermann Rauschning advirtió a Occidente de que la determinación nazi de crear un nuevo orden exigía la destrucción de todos los valores cristianos y conservadores; en *Los orígenes del totalitarismo* (1951), Hannah Arendt destacó el modo en que el nazismo y el bolchevismo usaban sistemáticamente la propaganda y el terror para destruir la libertad personal con el fin de potenciar al máximo el poder del Estado; mientras que en *La destrucción de la razón* ([1952] 1980), György Lukács detallaba la genealogía de los filósofos irracionalistas que habían preparado el terreno para el uso de los mitos y de las teorías de la conspiración por parte de los nazis como piedras fundamentales del nuevo orden.

Resulta significativo que ninguno de estos autores mostrara el menor interés en los problemas de definición que presentaba el fascismo genérico, y varios historiadores destacados del régimen de Mussolini, en especial Renzo De Felice (1976), A. James Gregor (1979) y Zeev Sternhell (1986), argumentarían más tarde que, en todo caso, el nazismo no guardaba relación genérica con el Fascismo italiano y, por lo tanto, con ningún otro tipo de fascismo. Entretanto, en las Alemanias de posguerra, mientras los marxistas seguían aplicando en gran parte sin ningún sentido crítico su concepto soviético del fascismo al NSDAP y al Tercer Reich, la mayoría de «liberales» prefirieron

seguir a Arendt y usar el paradigma del «totalitarismo» como concepto genérico más útil para entender el Tercer Reich (e.g., Bracher, 1973; Pohlmann, 2008).

La salida del laberinto En resumidas cuentas, durante los cincuenta años posteriores a la muerte de los dos dictadores, los estudios comparados no marxistas del fascismo estuvieron sumidos en el caos. Los modelos de fascismo que producían eran demasiado arbitrarios y carentes de fundamento empírico para ayudar a los investigadores que trabajaban «idiográficamente» (es decir, reconstruyendo y analizando fenómenos y hechos concretos) a reconocer patrones generales en su área especializada de investigación, o a distinguir entre manifestaciones fascistas y no fascistas de la extrema derecha. Hay una fábula, conocida por jainitas, budistas y sufíes, acerca de un pueblo en el que viven ciegos que, al encontrarse con un elefante por primera vez, todos se imaginan a un animal diferente de acuerdo con la parte de él que han tocado, y todos afirman categóricamente que su versión es la correcta [6] . Durante más de cuatro décadas tras el fin de la era fascista, la mayoría de los que buscaban la quimera del fascismo genérico procedieron de modo similar con tal de llegar a una teoría global. Por lo general seleccionaban o presuponían una serie de componentes, a menudo negativos, comunes al nazismo o al fascismo o a ambos (otros fascismos se solían suponer demasiado periféricos para incluirlos en el proceso), y luego los trataban como la esencia definitoria del fascismo genérico. Otros se sintieron con derecho a escribir libros enteros sobre el fascismo sin ni siquiera ofrecer una definición (e.g., Carsten, 1967; De Felice, 1977).

Un síntoma de la confusión y malestar dominantes entre los historiadores «liberales» del área de los estudios comparados del fascismo, lo tenemos en la falta de atención a uno de los primeros libros que tomó el estudio de su ideología como punto de partida para su análisis: *Variedades del fascismo* (1964), de Eugen Weber. Pese a su considerable claridad metodológica y conceptual, su accesibilidad para los estudiantes y su concisión, ese estudio cayó en el olvido. Entretanto, como hemos señalado, un libro como *El fascismo en su época* (*Las tres caras del fascismo* en su versión inglesa), de Nolte, conceptualmente difícil y poco claro, que se publicó en su edición en inglés casi a la vez que el de Weber, logró fama internacional pese a ser un callejón sin salida para cualquier investigación práctica. El prejuicio profundamente arraigado que estaba en contra de tomarse los textos fascistas en serio como fuente para comprender la visión del mundo y los objetivos del movimiento, y por lo tanto las políticas y acciones que derivaron de ellos (algo que Weber había captado), significó que los historiadores y politólogos siguieron publicando sobre fascismos individuales, pero sin ninguna idea de estar contribuyendo a una empresa de colaboración ni de pertenecer a una subdisciplina desarrollada de las ciencias históricas y políticas. El resultado fue una constante proliferación de enfoques rivales que a menudo se basaban en características externas, varias de las cuales (e.g., el liderazgo carismático, el terror, el racismo, el sistema de partido único, las políticas ritualistas, el corporativismo, el nacionalismo radical y la imaginería apocalíptica) no eran en modo alguno exclusivas de la extrema derecha. En consecuencia, los «estudios del fascismo» fueron en gran parte (y con razón) despreciados por los historiadores y politólogos a todos los efectos investigadores prácticos.

Otro síntoma de tan lamentable situación fue que las recopilaciones de ensayos sobre el fascismo que pretendían ser de ayuda para los estudiantes apenas llegaban a ofrecer una heterogé-

nea colección de análisis divergentes, que no eran de utilidad para los requisitos definitorios y taxonómicos de los estudios comparados (e.g., Woolf 1968; Laqueur, 1976; Larsen *et al.,* 1980). Al mismo tiempo, las monografías sobre fascismos nacionales concretos no contaban con una definición amplia y consensuada a la que poder acogerse para corroborar o justificar el enfoque empleado (e.g., Hamilton, 1971; Soucy, 1986; Thurlow, 1987). El dilema era aún más grave para los compiladores de diccionarios de términos políticos, a los que en ocasiones no quedaba más remedio que ofrecer comentarios disparatados de mínima utilidad para identificar si un movimiento era fascista o no, como por ejemplo que «el fascismo tenía forma de ideología, pero sin el contenido» y era «una amalgama de conceptos dispares, a menudo tan mal entendidos como extraños» (Scruton, 1983: 244-245). Tan desesperada llegó a ser la situación que Stuart Woolf, que en 1967 organizó en la Universidad de Reading el principal congreso internacional sobre fascismos individuales en que se basaban los capítulos de su libro *La naturaleza del fascismo,* hasta sugirió en su introducción que «quizá el término fascismo debería prohibirse, al menos temporalmente, de nuestro vocabulario político» (Woolf, 1968: 132; cf. Allardyce, 1979: 370).

Igual de reveladora era la oración inicial de un folleto que publicó en 1981 la Asociación Histórica británica con el título de *El fascismo en Europa* . Por más que supuestamente pretendía clarificar el concepto, esa oración inicial advertía a los lectores de que «aunque se han dedicado enormes cantidades de tiempo de investigación y de energía mental a su estudio […], el fascismo sigue porfiadamente manteniéndose como el gran enigma para los estudiosos del siglo XX » (Robinson, 1981: 1). En la misma línea, una reseña de la primera recopilación importante de ensayos sobre la sociología del fascismo, *¿Quiénes eran los fascistas?* (Larsen *et al.,* 1980), se iniciaba con la siguiente observa-

ción: «Tal vez algún día alguien formule una definición del fascismo que sea aceptable para todos, e identifique con claridad a los fascistas, pero ese día todavía parece muy lejano» (Deák, 1983: 13). A los estudiantes universitarios y de posgrado que se dedicaban al estudio del fascismo desde fuera de la tradición marxista, esa falta de consenso les planteaba serios problemas. Cada libro consultado abría otra puerta que conducía a un nuevo pasillo del laberinto, aparentemente infinito y sin centro, de enfoques en parte discrepantes, pero a veces también seductoramente convergentes, que se habían convertido en la característica principal de los estudios del fascismo.

No obstante, el gran avance que pedía Deák llegó mucho antes de lo que se imaginaba. Como es natural, una definición del fascismo que sea aceptada por todos no es posible (por el desequilibrio básico entre cualquier concepto y una realidad externa infinitamente variada, que obliga a que cada término político sea un constructo) ni tampoco deseable (ya que significaría el fin de la libertad académica y del avance científico). Aun así, estaba a punto de darse un importante grado de consenso entre los expertos académicos con respecto a un enfoque fructífero de los estudios comparados del fascismo. No es que se fuera a hallar un Santo Grial definitorio ni ningún filón de oro oculto al modo de una película de Indiana Jones, pero lo cierto es que cada vez más académicos fueron entendiendo que sí era posible identificar el «gato negro» del fascismo en una habitación que ya no estaba a oscuras por mor de la ingenuidad metodológica, sino iluminada tras darse cuenta de que el «fascismo» no es «algo» objetivo que se pueda descubrir o definir. Más bien, como todos los demás conceptos políticos, es un recurso heurístico al que se puede dar forma como definición de trabajo, si no definitiva al menos definida, a partir de una firme investigación comparada y colaborativa que anima a que se lleven a cabo a continuación otros estudios complementarios.

El rasgo principal de esa «nueva ola» de estudios del fascismo, que empezó a hacerse sentir a principios de los años noventa, fue un cambio de perspectiva tan sutil como importante del punto de vista del adversario o víctima al de los propios protagonistas (que es el enfoque habitual que se aplica a otros conceptos políticos como el conservadurismo, el liberalismo, el socialismo, el feminismo o el ecologismo). Este «cambio de paradigma» permitió al fin que los investigadores pudieran estudiar directamente a los fascistas a través de su imaginación política, histórica y humanista, como una especie de actores políticos a los que motivaba su visión particular del mundo, su ideología y su programa utópico para conseguir la transformación de la sociedad. Partiendo de esa base, ya no habría que abordar la ideología fascista como una fachada que servía de eufemismo para un material cínico y unos intereses de clase, ni tampoco como la fruta venenosa del odio y el fanatismo destructores. En lugar de eso, la «empatía metodológica» reveló que el fascismo es la expresión, si bien por lo general propagandística, de unas creencias firmes y de unos ideales de gran poder emocional y mítico sobre lo que va mal en la sociedad y lo que debería hacerse para regenerarla, con el fin de conseguir una renovación absoluta de su cultura en el sentido antropológico. Como dijo George Mosse, el precursor de ese enfoque: «La interpretación cultural del fascismo abre la forma de entender qué idea tenía el fascismo de sí mismo, y tal empatía es vital para captar cómo era visto el movimiento por la gente» (Mosse, 1999: xi).

Pocos fascistas habrían sido conscientes de las causas profundamente estructurales y de la confluencia directa de factores externos e internos que no sólo alimentaban sus odios y miedos, sino también sus sueños utópicos de conseguir una revolución ultranacionalista. Aun así, el modo en que evaluaron la amenaza existencial a su sociedad e identidad en medio de las crisis de entreguerras o de posguerra de la nación, junto con las medidas

draconianas que propusieron para resolverla, expresaban sus propias verdades psicológicas con una forma ideológica concreta. Ésta estaba lo suficientemente diferenciada de otros proyectos políticos para que finalmente los que estudiaban el fascismo pudieran definirlo coherentemente al mismo nivel que otros conceptos políticos, es decir, en términos ante todo de sus ideales positivos y no de las negaciones o «anti» dimensión que se derivaban de esos ideales (Payne, 1995: 5-7). A partir de ahí, «los interrogantes del fascismo» podían empezar a resolverse, el nudo gordiano que habían atado décadas de estudio descoordinado podía empezar a aflojarse, y los investigadores finalmente podían aplicarse a la tarea sin tener que darles tantas vueltas a sus propias definiciones y a las teorías contradictorias de otros expertos. Una definición de la cosmovisión e ideología características de los fascistas, basada en la idea que ellos mismos tenían, y que a la vez rechazara por completo la racionalidad y moralidad de las políticas y acciones que se derivaron de ellas, empezó a asentarse como la norma, al menos entre los estudios académicos.

Como resultado de ese inesperado avance, los textos que los marxistas (todavía) rechazarían por considerarlos una cortina de humo propagandística de fervor nacionalista, levantada para ocultar la explotación terrorista de las masas por parte del capitalismo, o en los que los liberales verían poco más que la retórica grandilocuente de un líder megalómano que consiguió hacerse con el poder sólo gracias al caos del periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, de pronto adquieren mucha mayor importancia. Por ejemplo, cuando faltaban unos pocos días para el séptimo aniversario de la victoria en la Primera Guerra Mundial, Mussolini, en su primer año como *Duce,* se dirigió a la Asociación nacional de heridos de guerra, precisamente el grupo de veteranos con cuyo patriotismo y valor contaba para formar lo que él llamaba la «trincherocracia» (Griffin, 1995: 28-

29): la élite heroica y joven en que se basaría un nuevo tipo de Italia moderna. Aprovechó la ocasión para compartir con sus oyentes su «gran idea», la visión que daba vigor al Fascismo, y cuyos muchos equivalentes pueden considerarse la fuerza que impulsa a todos los fascismos.

La historia gloriosa de Italia y su impacto en la civilización, les dijo, no había terminado con la instauración del Imperio Romano, la creación de la Iglesia católica romana o la revitalización durante el Renacimiento de la herencia clásica occidental que procedía de su mismo seno. Con la fundación del Estado Fascista, Italia estaba a punto de dar otro regalo más al mundo como creadora de una nueva fase de la civilización: ¡La patria no es ninguna ilusión! Es la realidad más dulce, grandiosa, humana y divina de todas. No, Italia no se agotó al crear su primera y segunda civilizaciones, sino que ya está creando la tercera. ¡Compañeros! La crearemos en nombre del rey, en nombre de Italia, con esfuerzo físico, con ánimo, con sangre y con nuestras vidas (Mussolini, 1925).

Cuando Hitler llegó a canciller, la perspectiva de una regeneración nacional provocó un sentir igual de eufórico en los seguidores de los nazis, los cuales creían estar asistiendo al renacimiento de su nación, que tan recientemente se había tenido que doblegar tras una serie de crisis. Uno de esos seguidores escribió sobre sus esperanzas de que se produjera la metamorfosis de Alemania durante la «toma de poder» en un libro dedicado al «deseo de un Tercer Reich»: «El mañana ya es hoy: la sensación de que se acaba el mundo ha dado paso a la de un nuevo comienzo. El objetivo final destaca inconfundiblemente en el panorama que ahora se abre ante nosotros, y toda fe en los milagros va unida a la transformación activa del presente» (Petersen, 1934: 1).

El enfoque empático propuesto por Mosse sugiere que tales pasajes ciertamente deben ser entendidos como propaganda,

pero no en el sentido de una manipulación cínica, sino más bien como intentos de difundir una fe, conforme al origen de la palabra en la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe *(Sacra Congregatio de Propaganda Fide)* del Vaticano, formada en 1622 y disuelta en fechas tan tardías como 1922. Una vez que se identifica que la piedra angular de esa fe de los fascistas es el inminente renacimiento de la nación o la raza en un nuevo orden posliberal, tales textos primarios funcionan como señales indicadoras del segundo camino principal que siguen los investigadores en su intento de entender el fascismo, y que es el tema del siguiente capítulo.

3 Algunas obras fundamentales en lengua inglesa que estudian estos temas son Manchester (1968), Turner (1985), Hayes (1987), Mason y Caplan (1995), Gregor (1998), Tooze (2007) y Aly (2007). 4 Para tener una visión de conjunto sustanciosa de las teorías comunistas de posguerra sobre el fascismo (en alemán), véase Eichholz y Gossweiler (1980). Laclau (1977) y Woodley (2009) también proporcionan unas útiles perspectivas en lengua inglesa. 5 Para un análisis sofisticado del viraje electoral al nazismo incluso antes de 1933, como fenómeno «normal» y transclasista de desafección con los partidos tradicionales, véase King *et al.* (2008). 6 Para la antigua parábola de los ciegos y el elefante, véase: https://es.wikipedia.org/wiki/Los_ciegos_y_el_elefante .

3
UNA DEFINICIÓN DE TRABAJO: EL FASCISMO COMO FORMA REVOLUCIONARIA DE NACIONALISMO

Una tercera vía para entender el fascismo Después de considerar el intento marxista, relativamente coherente, y el intento liberal, durante un tiempo crónicamente incoherente, de precisar dentro de los límites académicos —o, más bien, de decidir colectivamente— cuál es el escurridizo mínimo fascista, este capítulo ofrece a los lectores un marco conceptual o «paradigma de investigación» definido, más que definitivo, para estudiar el fascismo genérico como concepto clave del pensamiento político. Como explicamos al final del anterior capítulo, el «tercer enfoque» que representa se basa en el principio cada vez más aceptado de aplicar metodológicamente la empatía para «adentrarse en la comprensión de sí mismos de los fascistas» (Mosse, 1999: xi), con el fin de resolver los enmarañados interrogantes definitorios que plantea el fascismo. La razón por la que se presenta aquí como «definición de trabajo» es que, fuera de la tradición marxista, es el modelo explicativo que hasta la fecha ha demostrado tener el mayor valor heurístico para investigar el fascismo, como demuestra la abundancia de artículos, capítulos y libros escritos desde los años noventa que lo aplican, ya sea de forma explícita o no. En otras palabras, la definición que aquí proponemos, basada en dar prioridad a los testimonios de los propios fascistas, en forma de sus palabras, políticas, acciones, innovaciones institucionales o productos culturales,

para entender la lógica interna de su ideología y actos, es la que hasta la fecha ha demostrado «funcionar» mejor.

Adoptar este enfoque conceptual no significa ni mucho menos que los académicos deban dejar de lado su capacidad analítica profesional cuando intentan entender los factores sociales y psicológicos objetivos y las complejas causas históricas que llevaron (y llevan) al surgimiento de una ideología fascista concreta y su aceptación. Como es natural, los seguidores del fascismo eran y son en buena medida ajenos a tales factores y causas, y sólo pueden dar explicaciones mitificadas y para ellos llenas de valor sobre las razones de que abrazaran tal ideología, del mismo modo que todos los protagonistas de la historia sólo tienen una capacidad introspectiva limitada de las redes de causalidades que de hecho determinan sus vidas y provocan sus ideas y comportamiento en cualquier momento. Tampoco absuelve la «empatía metodológica» a los estudiosos de la obligación de aplicar los mismos valores humanísticos, sean laicos o religiosos, de los que los propios fascistas hicieron tanto caso omiso, al evaluar el impacto y consecuencias más amplias de su sistema de creencias y sus políticas como fuerzas históricas y morales. En particular, los valores humanísticos son un elemento fundamental a la hora de despertar la ambición de los historiadores de ofrecer una explicación completa, con base empírica y coherencia teórica del fascismo, de los crímenes sistemáticos contra la humanidad y de las espantosas consecuencias involuntarias que resultaron, con anterioridad a 1945, de los intentos más despiadados de hacer realidad las utopías fascistas que tantos millones de vidas se cobraron.

Tales valores también deberían estar presentes en la empresa académica colectiva de seguir y analizar la evolución del fascismo a partir de 1945, sobre todo porque la aplicación de la definición de trabajo a sus manifestaciones de posguerra a menudo exige que se establezcan distinciones muy matizadas entre dife-

rentes clases de extrema derecha que, vistas desde fuera, podrían parecer excesivamente pedantes y legalistas. El lenguaje especializado y las clasificaciones o teorías abstractas, que son parte consustancial de los estudios del fascismo, no deben tomarse como señal de indiferencia al enorme sufrimiento personal y tragedias provocados por cada caso de violencia fascista, del mismo modo que el lenguaje técnico de una revista de oncología no implica ninguna falta de interés por el paciente que está enfermo de cáncer. En concreto, el relato muy condensado y esquemático del capítulo 5 de este libro de la evolución de posguerra del fascismo no debería distraer la atención del lector de la tradición fascista de xenofobia, homofobia y misoginia militantes, de la violencia homicida y, en algunos casos, incluso de los planes genocidas (ahora reducidos a fantasías utópicas) a los que han dado lugar los persistentes intentos de gran cantidad de fanáticos, mucho después del fin de la época fascista, de hacer realidad sus sueños de un nuevo orden nacional o racial. Este libro ha sido escrito para hacer más inteligibles esos fenómenos desde un punto de vista humano, y no para reducirlos a definiciones abstractas.

En definitiva, la empatía metodológica sólo es una estrategia que se adopta para adentrarse en la visión del mundo afectiva y subjetiva y en el sistema de valores de los protagonistas del fascismo. Leon Tolstoi afirmó en *Guerra y paz* (1868) que «comprenderlo todo es perdonarlo todo», pero en el contexto de los estudios del fascismo ocurre lo contrario: entender el fascismo a partir de la empatía como fuerza histórica y política *no* es aceptar sus valores ni justificar sus acciones ni negar la inimaginable escala de atrocidades y crímenes contra la humanidad a los que han conducido los intentos de poner en práctica sus ideales. El resultado es el tipo de «doble pensar» que tan bien conocen sociólogos, antropólogos y psiquiatras modernos con respecto a los protagonistas humanos bajo estudio, los cuales se convierten

a la vez en sujeto y objeto de su investigación. Merece la pena que en este contexto hagamos hincapié en el hecho de que «empático» no significa «intuitivo» ni «subjetivo» por lo que a los datos de las fuentes primarias se refiere. Por muy esquemáticas o arbitrarias que puedan parecer las interpretaciones de la ideología fascista que resultan del enfoque empático, todas están basadas en la investigación empírica de primera mano —y, en los casos en que no, al menos de segunda— de textos (en el sentido más amplio del término) que documentan la percepción de los fascistas de su misión para renovar la raza o nación y de las acciones necesarias para lograrlo [7] .

El resto de esta guía de los estudios sobre el fascismo partirá de la explicación que doy en este capítulo de la ideología del fascismo genérico. En el capítulo 4 me centraré en sus consecuencias para investigar variantes distintas de la derecha revolucionaria de entreguerras, destacando tanto su sorprendente coherencia básica como, al mismo tiempo, la extremada heterogeneidad de lo que identifica como movimientos fascistas una vez que centra su atención en fenómenos ideológicos, sociales, económicos, políticos o culturales específicos. El capítulo 5 se concentra, por su parte, en mostrar que la visión fascista central que el enfoque empático ha conseguido identificar fue capaz de sobrevivir a la derrota de los regímenes fascistas en la Segunda Guerra Mundial. Pese a haber sido marginado con efectividad por la democracia liberal, gracias a su capacidad para generar cierto número de nuevas formas de organización, estrategias propagandísticas y expresión ideológica, el fascismo ha seguido sobreviviendo en un clima por lo general hostil a las formas verdaderamente revolucionarias del nacionalismo y el racismo.

El ultranacionalismo palingenésico La explicación que doy aquí del fascismo es una de varios enfoques y definiciones

congruentes, basados en el principio de la empatía metodológica, para entender el fascismo en términos de su propia visión y objetivos finales (son de destacar Payne, 1995: 14; Eatwell, 1995: 11; Gregor, 1999: 162, 166; Blinkhorn, 2000: 115-116; Shenfield, 2001: 17; Kallis, 2003; Mann, 2004: 13; Lyons [1997], 2016; Morgan, 2003: 13-14; Paxton, 2007: 218; Iordachi, 2009). Mi propia formulación de la definición de trabajo del fascismo que se propone en este capítulo hace uso del término palingenesia, del griego palin (de nuevo) y genesis (nacimiento), para referirse a la idea de los fascistas de un renacimiento, ya fuera inminente o más tardío. Es una palabra que probablemente no conozcan los estudiantes de habla inglesa, si bien existe en lenguas romances como el italiano y el castellano. Sin embargo, desde que apareció por primera vez en The Nature of Fascism (Griffin, 1991: 34-40) para solucionar el problema léxico que planteaba la ausencia de un adjetivo en inglés que derivara del término «renacimiento» (rebirth), ha sido ampliamente utilizado por la comunidad que se dedica a los estudios comparados del fascismo y por otros, sobre todo en su forma adjetival palingenésico . Posteriormente, su existencia como palabra «real» de las ciencias políticas ha sido reconocida por toda una autoridad como The Oxford English Dictionary (¡por no mencionar a Wikipedia!).

Cuando se usan «palingenésico» o «revolucionario» en el contexto de los estudios del fascismo, indican un gran cambio con respecto a los enfoques marxistas dominantes, que niegan al fascismo un verdadero estatus revolucionario como ideología, y a los enfoques liberales anteriores, que tendían a caracterizar el fascismo de acuerdo con sus negaciones (irracional, intolerante, antisocialista, antihumanista, antimoderno, patológico, etc.). En el caso de que los lectores se pregunten por qué en el

contexto del fascismo no es preferible usar simplemente el término político mucho más conocido (pero aún más cuestionado) de «revolución» en vez del de «palingenesia», es porque posiblemente (o así pienso yo) la teoría y acciones revolucionarias puedan considerarse manifestaciones de impulsores psicológicos y fuerzas ideológicas de mayor profundidad estructural que son los que dan forma a los objetivos y activismo de sus protagonistas, más que exclusivamente el utopismo político. Lo que precede y condiciona el compromiso con un nuevo orden es (sugiero) la añoranza visceral de que se produzca un cambio radical y una regeneración que sólo puede explicarse en parte por causas de crisis sociopolíticas objetivas, y que tiene una profunda dimensión simbólica y psicológica. Fue este un aspecto del concepto de «mito político» que interesó especialmente al pensador político francés Georges Sorel (Ohana, 1991). El intenso deseo psicológico de una limpieza, de una renovación por medio de la «destrucción creativa», halla expresión en los mitos regeneradores y las visiones utópicas de una sociedad totalmente nueva y en la creación de un «nuevo hombre» [8] que se puede encontrar en las revoluciones francesa (Ozouf, 1989), bolchevique (Pellicani, 2003), maoísta (Haglund, 1975) y de los Jemeres Rojos (e.g., Ponchaud, 1978), todas las cuales a la larga fracasaron tanto como los intentos revolucionarios del fascismo en el periodo de entreguerras (y dos de las cuales fueron proporcionalmente igual de destructoras de vidas humanas).

Así pues, las expectativas palingenésicas que se proyectan en la nación o raza son presentadas en mi versión del tipo ideal como unos impulsos psicológicos fundamentales de la violencia fascista, que *preceden* a la formulación de su misión transformadora y de sus políticas específicas en términos sociopolíticos. El deseo de una renovación total sigue siendo consustancial al fascismo de posguerra, pero, al haberse venido abajo su base populista, muchas formas de éste se han visto obligadas a seguir una

estrategia alternativa en la que ocultan deliberadamente las implicaciones intolerantes, totalitarias y violentas que supondría que alcanzasen su objetivo final. Hacen esto para que su extremismo fascista tenga cabida en una época en que el nacionalismo revolucionario sigue estando abrumadoramente desacreditado por ir asociado a los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

En mi versión de esta tercera vía para entender el fascismo, no emparejo el adjetivo «palingenésico» con «nacionalismo», sino con «ultranacionalismo» (Griffin, 1991: 26-55). La importancia que pretendo dar al prefijo «ultra» (en su significado de «más allá de» en latín) es la de que la idea de comunidad imaginada, la «nación», tan central al modo de pensar fascista, se ha desplazado irrevocablemente más allá del espectro de los ideales sociales que son compatibles con la democracia liberal. Durante ese proceso, el nacionalismo, por mucho que conserve una fachada de legitimidad democrática, ha quedado despojado de cualquier connotación humanística o igualitaria que podría adquirir en un contexto liberal o socialista como fuente de libertades y derechos individuales, cívicos y legales para todos. El «ultranacionalismo» fascista, por lo tanto, rechaza de forma visceral el «nacionalismo liberal». En la visión fascista del mundo, la nación a menudo se cosifica (se convierte en algo concreto y real) y personifica hasta el punto de que puede estar «enferma», «humillada» o «profanada» o ser «decadente», pero también puede ser «sana», «fuerte», «renacida», «gloriosa» o «sagrada». No obstante, hemos de dejar constancia de que el concepto orgánico de nación también se puede dar en un contexto no fascista, como es, por ejemplo, la idea romana clásica de «la ciudad eterna», la de los judíos de ser una «nación eterna», y la de cualquier forma extrema de patriotismo que sostiene que los que mueren por la causa nacional son «mártires» de una causa trascendental y sagrada que, al dar la vida, están trascendiendo la

mera muerte individual (Buc, 2015). Este mito era fundamental para garantizar que las hecatombes humanas de sacrificios rituales de todas las naciones que participaron en la Primera Guerra Mundial continuaran inexorablemente hasta alcanzar la cantidad de más de diez millones de combatientes muertos y otros veinte millones de heridos de gravedad.

Es importante que tengamos en cuenta que, aunque en el periodo de entreguerras la «ultra-nación» fascista (si se permite el neologismo) se identificaba abrumadoramente con el Estado-nación como contexto y marco del renacimiento nacional, incluso entonces los mitos del imperialismo, el pan-eslavismo, la pan-latinidad, un Nuevo Orden Europeo, un Gran Reich germano y una civilización occidental rejuvenecida, ampliaban en ocasiones el núcleo central de la comunidad imaginaria y la conciencia de pertenencia al mismo grupo de los fascistas más allá de los límites históricos y geográficos del Estado-nación político. En particular, y al menos mientras se estuvo expandiendo el imperio europeo, el omnipresente mito ario del nacionalsocialismo, combinado con la visión del Tercer Reich como custodio de la raza y cultura nórdicas y como arquitecto de una inmensa civilización nueva basada en la raza y con su centro en un Berlín reconstruido (que pasaría a llamarse Germania), dio lugar a fatuas fantasías de una comunidad nacional [2] y un destino racial que podrían integrar elementos globalizadores (Thies, 2012). Después de 1945, las revisiones europeas e internacionales del mito palingenésico y el espectacular ascenso del supremacismo blanco, acompañados por el declive del Estado-nación y del auge de organismos supranacionales y de la globalización, han alejado cada vez más al fascismo del restringido concepto de Estado-nación y han hecho que el nazismo deje de ser un movimiento con centro en Alemania para convertirse en un credo global de racistas blancos, que algunos denominan «Nazismo Universal» (véase el capítulo 5).

La capacidad de la ultra-nación para tener connotaciones tanto de un Estado-nación regenerado y de una civilización o raza renacidas, a veces simultáneamente, da a este componente del mito central fascista, o «mínimo fascista» —lo que el teórico Michael Freeden llamó su «núcleo imposible de eliminar»—, una flexibilidad muy específica y un atractivo afectivo dentro del contexto de los deseos palingenésicos en tiempos de crisis. Como fuerza emotiva, y como fuente de identidad y determinación, la fortaleza de la ideología fascista radica a menudo en la vaguedad y condición utópica de su visión, y no en que sea algo factible o realizable. Por lo tanto, el que neo-fascistas muy patrióticos y fanáticos de distintos países asistan a mítines internacionales (e.g., la convención anual que tiene lugar en Diksmuide, en Bélgica) o a congresos (e.g., el que organizó el Foro Internacional Conservador Ruso en San Petersburgo en marzo de 2015), es una paradoja, pero ciertamente no es ninguna contradicción.

La ultra-nación fascista puede entenderse como un producto supra-individual de la imaginación fascista que toma aspectos de la «madre patria» histórica, pero también de los pasados mitificados de la historia y la raza y de sus destinos futuros. Proporciona a los fascistas el foco mítico para que se sientan parte de una comunidad supra-personal en la que comparten ese sentido de pertenencia a ella, su identidad y su cultura (ya estén basadas en la historia, la lengua, el territorio, la religión o la raza, o en una mezcla de varios de estos componentes). Se anima al individuo a que sumerja por completo en ese ente místico su yo atormentado, enfadado o desorientado, con lo que éste se disuelve en una «comunidad identificativa» en lugar de formar parte de una «comunidad integradora», aquella que respeta la diferencia, el individualismo y la humanidad del «Otro» (Griffin, 1994). En algunos respectos, la «ultra-nación» también adopta aspectos del Dios judeocristiano: vive en y a través del

desarrollo del tiempo histórico, y a la vez que la eternidad supra-histórica del pueblo o raza. Además, en situaciones extremas —cuando la «madre patria» se ve amenazada o ésta así lo ordena— puede exigir amor, compromiso y sufrimiento de sus fieles hasta el punto de que lleguen literalmente al sacrificio final, lo que santifica sus vidas por medio de la muerte al tiempo que santifica aún más a la ultra-nación.

A nivel psicológico, la identificación con esa «ultra-nación» puede, por lo tanto, servir de portal a la trascendencia para aquellos individuos cuyas vidas han quedado destrozadas por agitaciones sociopolíticas y económicas que amenazan su identidad como personas, o que de otro modo podrían sentir que sus vidas interiores carecen de sentido, significado y esperanza por las crisis personales que sufren. El servicio heroico a esa entidad supra-personal les permite formar parte de su relato muy mitificado, de su historia, y quizá que conozcan de forma efímera e inmediata la redención e inmortalidad a la que se hace referencia en textos sagrados y en los rituales de entierros militares y ceremonias conmemorativas de soldados caídos por la patria que se celebran por todo el mundo (Mosse, 1990). No obstante, tengamos en cuenta que las dos guerras mundiales demostraron que, en tiempos de peligro para la nación, incluso los Estados-nación democráticos y liberales pueden llegar a desarrollar unas religiones políticas vehementes, intrincadas y al menos en parte espontáneas, que se basan en el imperativo moral del sacrificio «de sangre» individual a la comunidad nacional (e.g., Marvin e Ingle, 1999). La diferencia estriba en que las sociedades liberales no dejan de tener el nacionalismo civil y el liberalismo político como los fundamentos del orden social ideal al que la vida debería volver una vez superada la crisis (Gentile, 2006). En cambio, el fascismo no ve la nación sacralizada que pueda surgir cuando la democracia se encuentra *in extremis* en un momento de emergencia nacional o de guerra como un esta-

do de excepción, sino como el inicio de una nueva norma social. Allí donde se eliminaron las restricciones liberales en los años treinta y cuarenta, el fascismo intentó crear un clima continuo de patriotismo radical, reforzado en algunos casos por medio del terror, que exigía la entrega y sacrificio de toda una generación como condición previa para reemplazar una democracia liberal «enferma» por un nuevo orden totalitario y «sano» que estaría habitado, una vez terminadas las guerras, por una población de creyentes que, por medio de la ingeniería social, estarían purgados de conciencia religiosa, humanística o individual.

Esta explicación lleva implícito el que, siguiendo la tradición moderna temprana de concebir que los súbditos de un régimen constituyen un «cuerpo político», ya se autorregule éste autónomamente como planteó Francisco Suárez o se cree desde arriba como propuso Thomas Hobbes, el imaginario fascista convierte al «pueblo» en un ente *orgánico,* intrínsecamente antidemocrático y antiigualitario, al que se denomina con palabras como *Volk* (alemán), *volk* (holandés), *narod* (croata) o *poporul* (rumano). Aun así, es importante que no infiramos de esto que el fascismo es inherentemente racista desde un punto de vista biológico o genético. Cierto es que cualquier concepto orgánico de nación es intrínsecamente racista por la forma en que tiende a tratar las etnias o nacionalidades como entes singulares e idealizados que están amenazados por el mestizaje, la migración masiva, el cosmopolitismo, el materialismo, el individualismo o la absorción en organismos internacionales. Sin embargo, como quedará claro en el capítulo 4, la ultra-nación del imaginario político fascista no es necesariamente racista en términos biológicos, pseudo-científicos o eugenésicos. Tampoco está necesariamente obsesionada con «líneas de sangre», o con pureza o herencia racial. Tampoco es necesariamente «eliminacionista» (Goldhagen, 2007) o genocida (Kallis, 2008) al modo del nazismo, la Guar-

dia de Hierro rumana o la Ustacha croata, en el trato que da a otras nacionalidades, etnias y grupos ajenos al propio.

De lo que dijimos antes acerca de que la «ultra-nación» fascista no tiene por qué equipararse con el Estado-nación, se desprende también que el ultranacionalismo fascista no descarta forjar alianzas tácticas con otros ultranacionalismos dentro de una causa *supranacional* común para combatir a las mismas fuerzas internacionales de hostilidad o decadencia ideológicas que se considera que están destruyendo la nación orgánica. El ultranacionalismo, pese a su énfasis primordial en la necesidad de una palingenesia nacional o racial, puede así adquirir una importante dimensión internacional o transnacional que va más allá de cerradas divisiones culturales, lingüísticas o étnicas, hecho este que cada vez admiten más los estudiosos del fascismo (véase capítulo 6).

Una definición concisa del fascismo A partir de lo dicho hasta ahora, espero que la definición concisa que formulé en su momento en The Nature of Fascism tenga sentido, pese a la forma tan resumida en que «fenómenos individuales concretos» relacionados con el fascismo han sido «dispuestos en un constructo analítico unificado» o «imagen mental» que concuerda con la teoría del tipo ideal de Max Weber (véase la nota 2): «El fascismo es un género de ideología política cuya esencia mítica, en sus diversas variantes, es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista» (Griffin, 1991: 26). Al descomprimirla, esta formulación ofrece la siguiente solución a los «dilemas» que plantea el fascismo como concepto político a los recién llegados al campo o a los investigadores que previamente no se han provisto de su propia teoría: a) el fascismo genérico debería tratarse del mismo modo que otras ideologías

políticas que se refieren a pensadores, movimientos, regímenes, políticas o acciones cuya motivación es la perspectiva de conseguir hacer realidad su visión concreta de la sociedad ideal y del conjunto de valores políticos y culturales en que se basa; b) como ocurre con otras ideologías políticas genéricas, el fascismo se manifiesta de gran variedad de formas, algunas muy distintas entre sí, que pueden entenderse como miembros de una extensa familia de variantes afines del mismo tipo ideal;

c) la coherencia interna del fascismo como concepto genérico se revela una vez que estas variantes distintas se interpretan en relación con el **mito utópico central** de un estado ideal de la sociedad y la civilización, y las consecuencias prácticas de intentar llevar ese mito a la práctica en un contexto histórico concreto; *d*) el mito central, construido de acuerdo con el tipo ideal, consiste en que un «pueblo» orgánico, que forma una «**ultra-nación**», está en crisis y necesita ser salvado de su actual estado de desintegración y decadencia por una vanguardia formada por quienes son muy conscientes de las fuerzas que en ese momento la amenazan y están dispuestos a luchar para combatirlas (aunque, sobre todo en el periodo de posguerra, esa «lucha» no tiene necesariamente que ser física o violenta); *e*) el mínimo definitorio del fascismo genérico es, por lo tanto, que comprende una ideología y las políticas y prácticas que van relacionadas con ésta, centradas en la necesidad de movilizar energías **populistas** de renovación (la **palingenesia**) para conseguir el renacimiento de la ultra-nación e inaugurar un nuevo orden revolucionario, ya sea a nivel nacional o de civilización.

En el caso de que esta explicación siga pareciendo demasiado enrevesada o innecesariamente abstracta, espero que los siguien-

tes capítulos añadan carne empírica e histórica al esqueleto definitorio. Sin embargo, tal vez hasta que los estudiantes (en el sentido más amplio) no se enfrenten a regímenes, movimientos y fenómenos fascistas concretos, o a cuestiones teóricas relacionadas con ellos, no cobre de pronto vida el enfoque que aquí presentamos para usar el fascismo como concepto político clave. Si, llegados a este punto, todavía resulta abstruso y poco utilizable para redactar ensayos o realizar investigaciones, probablemente sea señal de que aún hace falta más trabajo en esta dirección.

La aplicación de Mosse de la empatía metodológica a los estudios del fascismo La comprensión «empática» del fascismo como visión positiva de una nueva sociedad tiene una larga pre-historia. Ya hemos visto que algunos teóricos marxistas, sobre todo Gramsci y después Vajda, reconocieron que había un elemento de radicalidad e innovación en el ataque de los fascistas a la democracia liberal que les ganó cierta verdadera adhesión populista incluso entre el «proletariado». Un comentarista no marxista, ahora bastante caído en el olvido, que llegó bien pronto a una conclusión similar fue Erwin von Beckerath, el cual en su Wesen und Werden des faschistischen Staates (Esencia y desarrollo del Estado fascista, 1927) ya vio en el régimen de Mussolini, que por entonces apenas contaba dos años, un intento creativo de combinar elementos del absolutismo del siglo xviii con una nueva clase de Estado autoritario moderno como solución integral a los problemas crónicos de la Italia liberal.

Más famoso, aunque no más influyente en la historiografía posterior, fue *The End of Economic Man: A Study of the New Totalitarism* (El fin del hombre económico: un estudio del nuevo

totalitarismo, 1939), del que más tarde se convertiría en gurú de la teoría de la administración en Estados Unidos, Peter Drucker. Este clásico olvidado presentaba la instauración del Fascismo y el Nazismo como intentos de solucionar la crisis existencial de la sociedad moderna en el periodo de entreguerras, lo que se pretendía lograr por medio de la sustitución del *homo economicus,* aquel que actúa en aras de sus intereses económicos propios, por una nueva era basada en el *homo heroicus.* Esta nueva especie de ser humano no viviría su época moderna desde el espíritu materialista de la razón instrumental, sino desde el espíritu comunitario del vitalismo radical. La predicción de Drucker estaba más en sintonía con el espíritu wagneriano extraído de la mitología nórdica, o con la profecía de Ernst Jünger sobre la aparición de una nueva raza de guerreros (Jünger, 1922) y de trabajadores heroicos (Jünger, 1932), que con el racionalismo económico de John Maynard Keynes o Henry Ford.

El primer intento razonado y coherente de entender el fascismo desde el punto de vista de los denominadores comunes que fuesen ostensibles entre las distintas visiones fascistas de renovación, o, por usar su frase, de sus «sueños» de cómo tendría que ser el nuevo mundo, lo hizo George Mosse en el número inaugural del *Journal of Contemporary History,* de 1966. Considerado en perspectiva, el primer número de la que llegaría a convertirse en una de las publicaciones más prestigiosas de su ámbito, se estaba adelantando a una nueva era de estudios del fascismo que cristalizaría tres décadas más tarde. Era un número monográfico sobre el «fascismo internacional» en el que sus distintos artículos trataban de movimientos e ideólogos de Francia, Italia, Rumanía, Noruega, Rusia y España, con lo que se reconocía plenamente la existencia del fascismo como concepto genérico que se manifiesta a través de diversas variantes. No obstante, el más innovador con diferencia fue el artículo de Mosse sobre «La génesis del fascismo» (1966a), publicado dos años después

de que *Variedades del fascismo,* de Eugen Weber, rompiera moldes en el campo de los estudios comparados del fascismo de forma casi subrepticia.

En él, Mosse describe el fascismo de entreguerras empleando exclusivamente unos términos que sus propios protagonistas y militantes entenderían: como una doble sublevación espiritual, tanto contra el nihilismo de una moralidad burguesa que se había «disuelto en la nada» por los hechos catastróficos de la Primera Guerra Mundial y el periodo que la siguió, como contra la atomización y alienación provocadas por el individualismo y el materialismo egoístas de la era moderna liberal. Situar las raíces ideológicas más profundas del fascismo en la «sublevación contra el positivismo» de finales del siglo XIX permite a Mosse reconocer sus vínculos estructurales con la celebración de los expresionistas del instinto y del «alma» en su «llamada a recuperar al "hombre completo" en teatro, pintura y poesía». Mosse también es capaz de evocar a través de la empatía el dinamismo de la experiencia fascista de la realidad como un proceso *alegre* venidero, una percepción que queda totalmente oscurecida cuando se da prioridad a la perspectiva de sus oponentes y víctimas como base para el entendimiento del fascismo. Gracias a que Mosse no sólo quiso reconstituir la ideología del fascismo, sino la tonalidad de su visión vitalista del mundo, o *Weltanschauung,* que subyacía a esa ideología, pudo afirmar que «todos los fascismos europeos daban la impresión de que el movimiento era abierto, un continuo éxtasis nietzscheniano». El fascismo, añade, hizo todo lo que pudo para sustituir el «caos del alma», engendrado por la era moderna, por «una nueva idea de comunidad» a la que daba cohesión «una nueva religión» que se «apoyaba en la tradición cristiana», a la que subyacía en esencia la celebración del surgimiento de un «nuevo hombre»: «El hombre que volvía a ser pleno, consciente de su arquetipo y de con quiénes lo compartía, un activista en el sentido de que no

tenía miedo a unirse a una revolución que haría que la sociedad se correspondiese con los deseos de su espíritu». Seis décadas después, Mosse podría haber escrito sobre los deseos *palingenésicos* del nuevo hombre y mujer.

La expansión del nuevo paradigma Yendo con contundencia contra las corrientes dominantes de pensamiento de las áreas académicas marxistas y liberales de su tiempo, el artículo de Mosse reconoce explícitamente el papel central que, para conceptualizar la ideología fascista y su práctica con efectividad, debe jugar el poner el foco empático en su visión de una inminente renovación nacional y una palingenesia cultural. Además, ese mismo artículo abraza incondicionalmente la tesis de que el intento coordinado para conseguir llevar a cabo esa visión cueste lo que cueste requiere que el fascismo sea visto como una revolución alternativa a su archienemigo, el bolchevismo. No obstante, el propio Mosse enfatiza que no se trataba de ningún mito de renovación total de carácter incondicional. No estaba condicionado, como en el caso de los bolcheviques, por el imperativo de conseguir «el control de los medios de producción» para construir una sociedad socialista desde cero. En su lugar, estaba modelado por el imperativo de conseguir una comunidad nacional, una comunidad unida por lo que los fascistas consideraban los valores «eternos» (o lo que Mosse llama «tradicionales») de la nación, por una visión del mundo e identidad compartidas y de raíces históricas, y por el jubiloso poder místico de pertenecer a la Nación —la «ultra-nación» en mi terminología—, que se concibe como un organismo forjado por una historia, cultura y raza comunes (aunque no necesariamente en el sentido biológico o eugenésico).

Casi por primera vez, el fascismo está siendo definido por alguien que no es fascista de acuerdo con los ideales positivos del movimiento acerca del futuro. Como insiste Mosse: «La revolución fascista no puede llegar a entenderse si la vemos meramente en sentido negativo, o si la juzgamos por entero a partir del predominio que logró el nacionalsocialismo [el nazismo] sobre ella a finales de los años treinta. Para millones de personas, satisfizo su fuerte necesidad de mezclar activismo e identificación: parecía encarnar su visión de una sociedad sin clases». Mosse está reconociendo claramente en este fragmento que, en la década de 1930, el impulsor psicológico del fascismo era un poderoso mito afectivo de pertenencia: «La aceptación de lo irracional parecía enraizar al hombre en su fuero interno, a la vez que lo convertía en miembro de una comunidad que no era artificial, sino espontánea» (Mosse, 1966a).

Con «La génesis del fascismo» Mosse estableció, al menos en principio, una base sólida para el paradigma palingenésico del fascismo genérico, aunque dicho paradigma aún tuviera que esperar tres décadas para hacerse valer. En dos publicaciones recientes, Mosse ya había aplicado al Tercer Reich lo que llamó su comprensión «antropológica» del mito central del fascismo, que establecía la necesidad de representar una cosmología concreta en el intento de conseguir una revolución cultural total que condicionaba los cambios sociales y políticos llevados a cabo por los nazis, e incluso sus políticas raciales y genocidas (Mosse, 1964, 1966b). Luego continuó esta serie de publicaciones con un importante estudio sobre el desarrollo del nacionalismo en el siglo XIX como nueva religión política que preparó el terreno para el nazismo (Mosse, 1975), así como con una recopilación de ensayos en cuya introducción pedía una revolución de terciopelo de los estudios del fascismo que se basara en la empatía metodológica con el modo en que los propios fascistas concebían su revolución (Mosse, 1979). Una de sus últimas publica-

ciones fue una selección de artículos que, en conjunto, destacan lo consistente que fue en el análisis que durante más de cuatro décadas Mosse llevó a cabo del impulso revolucionario que subyacía al fascismo genérico (Mosse, 1999). Un tema recurrente de este corpus de textos fundamentales es el intento del fascismo de crear un «nuevo hombre» y una «nueva mujer», lo que Emilio Gentile (2005) llama su pretensión de lograr una «revolución antropológica», que sólo ahora está recibiendo su debida importancia en los estudios comparados como uno de los componentes clave del totalitarismo fascista (Feldman *et al.,* 2017). La obra final de Mosse, *Haciendo frente a la historia* (2000), subraya el papel central de la empatía en el trabajo del historiador.

No obstante, como vimos en el anterior capítulo, pese a esa serie de contribuciones tan innovadoras a los estudios comparados del fascismo, el impacto de Mosse en la investigación que se llevaba a cabo en ese área fue mínima en un principio: se siguieron organizando congresos internacionales y escribiendo introducciones de libros como si el «fascismo» continuara siendo un enigma definitorio. Sin embargo, no estaba todo perdido. Aunque sus voces distintivas también quedaron ahogadas en la cacofonía que rodeaba al concepto de fascismo, en los años setenta varios investigadores de primer nivel ya estaban siguiendo, cada uno por su cuenta, líneas de estudio del fascismo que eran convergentes con el enfoque de Mosse. En Alemania, por ejemplo, Klaus Vondung (1971) estaba investigando los espacios sagrados y las complejas liturgias por medio de los cuales los nazis celebraban un renacimiento de Alemania que exigía devoción y sacrificio. Mientras, Klaus Theweleit (1987, 1991) había desarrollado una notable teoría psicoanalítica muy documentada sobre la dinámica del fanatismo nazi, la cual se centraba en el papel fundamental que jugó a la hora de convertirse la gente al nazismo la individualización incompleta (el proceso de convertirse en una persona completa). Tal carencia dio como resul-

tado la existencia de muchos miles de hombres en la Alemania de la República de Weimar que estaban por dentro «sin nacer», pero que se sintieron plenamente realizados y revestidos de autoridad una vez que por fuera se vieron transformados por el uniforme de su partido tanto en sentido material como ideológico, un cambio este que les permitió ser nazis fanáticos que ejecutaban órdenes.

En Italia, otro «solitario», el historiador Emilio Gentile, pese a la incomprensión de muchos de sus colegas, estaba inmerso en la prolongada tarea de hallar los orígenes del Fascismo en los aspectos disfuncionales del tardío proceso de unificación italiano conocido como el *Risorgimento,* en la intensa crisis cultural de Italia de finales del siglo XIX y principios del XX, y en la profunda crisis socioeconómica y política que siguió a la Primera Guerra Mundial (Gentile, 1972). La sensación muy extendida de atraso e inferioridad que todos esos factores comportaban, a lo que había que añadir una crisis de identidad nacional, alimentó en los estratos más patrióticos y anticomunistas de la sociedad el deseo de que se produjera una renovación nacional, que se llevaría a cabo por medio del surgimiento de una generación heroica de «nuevos hombres» nietzschenianos (Gentile, 1975), dirigidos por un líder nacional carismático (Gentile, 1976) que estaría a la cabeza de un tipo de Estado nacional completamente nuevo (Gentile, 1982).

Había diversas variantes de la visión fascista del nuevo orden, que iban de abrazar el pasado romano imperial de Italia a celebrar el progreso tecnológico al estilo del Futurismo de Giuseppe Marinetti, y haciendo mayor o menor énfasis en la importancia de la vida rural, la ciudad, la tecnología, la cultura y el imperio.

No obstante, lo que compartían todas las variantes del Fascismo, como demostró Gentile en su concienzudo estudio empírico de las fuentes primarias fascistas, era la visión de una Italia que finalmente le daría la vuelta a siglos de declive, atraso y

sumisión a los extranjeros, y entraría en una fase de renacimiento, creatividad y fuerza en todos los ámbitos de la vida nacional. La palingenesia resultante (término que el propio Gentile utiliza) se manifestó tanto en la construcción de autopistas y nuevas ciudades como en la fundación de organizaciones juveniles y en los planes para aumentar la tasa de natalidad y crear un imperio «africano».

Hacia una nueva oleada de colaboración en los estudios del fascismo En el mismo periodo en que Deák (1983) emitía su veredicto negativo sobre las perspectivas de que los estudios del fascismo llegaran a un consenso definitorio, el trabajo pionero de Gentile sobre el Fascismo italiano estaba siendo complementado por Pier-Giorgio Zunino, el cual se había afanado en reconstruir la ideología fascista a partir de muchos cientos de fuentes primarias que, en su momento, habrían sido desestimadas por considerarlas una cortina de humo para la explotación capitalista de las masas, o bien como propaganda cínica para justificar la dictadura personal y carente de ideología de Mussolini. Destacaba entre esas fuentes la convicción de que el Fascismo guiaba a los italianos de una era de «progresiva decadencia, de declive, de descomposición» hacia «la era de una nueva civilización cuya esencia nadie conocía». La instauración del régimen de Mussolini, por lo tanto, marcó el «inicio de un nuevo ciclo» de la historia, «el amanecer de una nueva época»: una respuesta nacional heroica a una crisis histórica objetiva de consecuencias globales (Zunino, 1985: 133-135).

En esos mismos años, Zeev Sternhell, israelí experto en la extrema derecha francesa, publicó su versión muy detallada y original de la ideología del fascismo genérico en el libro de Walter

Laqueur *Fascism: A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography,* en su momento uno de los pocos intentos de ofrecer a los lectores un análisis lúcido del fascismo genérico como un tipo de pensamiento político (Sternhell, 1976). Luego Sternhell resumió las ideas de ese capítulo en una entrada de enciclopedia (Sternhell, 1987) en la que, sin ser consciente de estar corroborando el artículo de Mosse de 1966 del *Journal of Contemporary History,* definió el fascismo como «un movimiento revolucionario» que se originó con el ánimo de ser una sublevación antiburguesa. Para Sternhell, uno de los rasgos que distinguen al fascismo es que su culto al «nacionalismo orgánico» se sintetizó con el «socialismo antimarxista» para producir una ideología que ofrecía «un rechazo del materialismo, en el que el liberalismo, la democracia y el marxismo eran vistos simplemente como aspectos distintos del mismo mal materialista». Otro rasgo es que ese culto iba dirigido a «sentar las bases de una nueva civilización», en cuyo centro radicaba la experiencia de pertenecer a una nueva comunidad nacional: Se consideraba que sólo una nueva civilización comunitaria y antiindividualista sería capaz de asegurar la permanencia de una colectividad humana en la que todos los estratos y todas las clases de la sociedad estarían perfectamente integrados, y se creía que el marco natural para tal colectivo armonioso y orgánico era la nación: una nación poseedora de una unidad moral que el liberalismo y el marxismo, dos agentes de guerra y desunión, jamás podrían proporcionar *(Ibid.:* 148).

La continuada idiosincrasia de las teorías sobre el fascismo de ese periodo queda ejemplificada por el hecho de que, mientras que para George Mosse (1966a) el nazismo representa la personificación más completa del fascismo genérico, para Sternhell (1976) su racismo biológico excluye al nacionalsocialismo de la familia de los fascismos. En consecuencia, argumenta que debe de ser tratado como algo *sui generis,* inclasificable, postura que

comparte A. James Gregor (1999). En Estados Unidos, mientras tanto, el viaje en solitario de otro investigador hacia lo que más tarde se convertiría en el consenso de trabajo sobre la esencia palingenésica del fascismo llegaba a su fin. En 1980 Stanley Payne saltó a la palestra con dos publicaciones fundamentales (1980a, 1980b). En ellas mostraba tanto la influencia de su colega George Mosse como del sociólogo y politólogo Juan Linz, que por entonces también estaban haciendo importantes contribuciones a los estudios del fascismo (Linz, 1976, 1980). Payne ofreció por primera vez una taxonomía coherente del fascismo como categoría distintiva de la extrema derecha, aprovechando su amplio estudio de la Europa de entreguerras y sus grandes conocimientos sobre el papel específico que había jugado el fascismo falangista en la España de los años treinta (Payne, 1961). De crucial importancia es su «descripción tipológica» de los objetivos ideológicos del fascismo genérico, en la que destacaba su dinámica revolucionaria aglutinadora tal y como la entendían los propios fascistas: La creación de un nuevo Estado autoritario nacionalista que no se basara meramente en principios o modelos tradicionales; la organización de alguna nueva clase de estructura económica nacional regulada, integrada y que abarcara a todas las clases sociales, ya se llamara nacional corporativismo, nacional socialismo o nacional sindicalismo; el objetivo de tener un imperio o lograr un cambio radical en la relación de la nación con otros poderes; la adhesión específica a un credo idealista y voluntarista que por lo general implica el intento de hacer realidad una nueva forma de cultura moderna, libre de ataduras y laica (Payne, 1980a).

Sin que lo supieran entonces, todos estos investigadores solitarios, por muy aislados que estuvieran dentro de sus respectivos círculos académicos inmediatos por su insistencia en la dinámica revolucionaria y *de futuro* del fascismo, estaban preparando el terreno para la espectacular «mayoría de edad» de los

estudios comparados del fascismo en la década de 1990 como una subdisciplina productiva y colaborativa de la historia y la política. En ese momento el enfoque empático de la naturaleza esencial del fascismo como ideología se trasladó de forma repentina, y casi misteriosa, de la periferia al centro de los estudios comparados, hasta el punto de que, después de varias décadas de confusión profesional, pareció volverse una cuestión de sentido común incluso para los historiadores que previamente se habían esforzado en hacer caso omiso de los estudios del fascismo. A partir de ahí, se hizo cada vez más «evidente» para los expertos que tenían que *creerse* el tan proclamado convencimiento de los fascistas de que se les había encomendado la misión de superar la atomización, decadencia y materialismo del mundo moderno creando un nuevo tipo de régimen nacionalista que estuviera enraizado en el pasado heroico, pero que también incluyese un futuro dinámico y transformador. Por ejemplo, nada menos que un experto mundial en el Tercer Reich como Ian Kershaw estaba ya preparado no sólo para clasificar el nazismo como una forma de fascismo, sino para afirmar que «la búsqueda de un renacimiento nacional subyace, por supuesto, a todos los movimientos fascistas» (Kershaw, 2004: 247).

Esa visión se había expresado por medio de millones de palabras en discursos, carteles, panfletos, periódicos, artículos y libros legislativos y literarios en los años veinte y treinta en muchas lenguas, pero por lo general había sido rechazada como mera «propaganda» tanto por marxistas como por liberales, por no entenderse con lo que vimos antes que eran sus connotaciones originales de «propagar la fe», sino como un cínico lavado de cerebro con el fin de lograr el monopolio del poder. Hacia mediados de los años noventa, tales fuentes primarias, en lugar de ser descifradas por su trasfondo «capitalista» reaccionario, o por lo que tenían de irracional y bárbaro, empezaron a ser cada vez más aceptadas como testimonios de una nueva fe laica, la

piedra fundamental de lo que era la creencia ciega en la inminente palingenesia de la ultra-nación. Conviene que señalemos que los textos ideológicos que se ocupaban de esa fe, o que tomamos como documentos de ella, no se limitaban a los discursos de líderes fascistas o a la propaganda oficial, sino que fueron producidos por una gran variedad de artistas, comentaristas sociales, periodistas, críticos culturales, científicos, defensores de la innovación dentro del propio fascismo e intelectuales.

Dentro del contexto de la «fe» fascista, también conviene señalar que, inevitablemente, el compromiso fanático, ciego y entusiasta con el credo fascista sólo se da en una minoría de los miembros de un gran movimiento fascista, una minoría que es aún más pequeña dentro de un partido fascista, e incluso más escasa dentro de un régimen entero. Como le ocurre a todos los movimientos sociopolíticos, cuanto más grandes y mayor éxito tienen, a su vanguardia original de fanáticos, para quienes la visión revolucionaria es la fuerza motriz, más se les unen oportunistas que carecen de una comprensión sofisticada de la ideología o de un compromiso absoluto con la visión que la sustenta. Una vez que un movimiento forma un régimen, no escasean en absoluto los compañeros de viaje y arribistas que acuden a servir al nuevo régimen sin convicciones profundas, situación esta que exploraba admirablemente, en el caso del Fascismo italiano, la película *El conformista* (1970), *Mefisto* (1981) en el del fascismo alemán y *Julien Lacombe* (1974) en el del francés. Otros muchos más serán «supervivientes» que sólo sirven de boquilla a la nueva norma y a su visión oficial del mundo, cuando en realidad se limitan a intentar seguir vivos por su propio bien y el de sus seres queridos, y su «verdadero yo» se ve obligado a realizar una «emigración interna», una actitud pragmática que se evoca en una famosa escena entre un soldado estadounidense idealista y un cínico italiano en la película antibelicista *Catch 22 (Trampa 22)* (1970).

Es significativo que las iniciales del Partido Fascista que se sellaban en el carnet de afiliación, PNF, se convirtieran en el acrónimo *per necessità familiare* (por necesidad familiar), y que los que se apresuraron a unirse al NSDAP tras la victoria de Hitler fueran llamados con desprecio por los que se habían unido antes de 1933 los *Märzgefallene,* «los caídos en marzo», una alusión irónica a una famosa estatua a las víctimas de las revoluciones de 1848 de Viena y Berlín. En los análisis del fascismo, las referencias a los «creyentes» sólo son aplicables al núcleo duro de los comprometidos ideológicamente, lo cual también ocurriría al reconstruir las creencias que forjan cualquier otra ideología, ya sea esta política o religiosa, puesto que se basa necesariamente en los testimonios de los más fanáticos, idealistas y fervientes, y no en los de los más indiferentes, cínicos y calculadores.

El establecimiento del nuevo paradigma Visto en retrospectiva, se aprecia que mi contribución a los estudios del fascismo, The Nature of Fascism, un prolongado intento de interpretar los rasgos definitorios del fascismo y de su historia como una fe del tipo ideal de renacimiento nacional, apareció en el momento oportuno, lo que le permitió tener cierto impacto, y era de por sí un síntoma de la nueva dirección de los estudios comparados del fascismo que «se respiraba». Apenas diez años antes, el libro probablemente se hubiera hundido sin dejar rastro. Sin embargo, al ser publicado en 1991, pudo articular y materializar la nueva oleada de acuerdo al menos parcial sobre el enfoque más efectivo que debían adoptar los estudios sobre el fascismo y el núcleo ideológico que dicho enfoque destacaba. (Durante algún tiempo me referí a la convergencia de opiniones de expertos resultante, de forma un tanto provocadora, como «el nuevo consenso» (Griffin, 1998, 2012a), una ex-

presión con la que jamás quise dar a entender que existiera una total unanimidad entre los estudiosos, o que ese consenso cada vez mayor fuese con mi propia formulación de la teoría).

Durante los años siguientes aparecieron más libros y artículos que concordaban con los esfuerzos pioneros de Weber, Mosse, Payne, Gentile y Sternhell, por más que apenas los citaban, los cuales ofrecieron definiciones del tipo nombrado antes con respecto al mito central palingenésico del fascismo. Resulta adecuado que la transformación se manifestara por primera vez de forma exhaustiva en los estudios del fascismo. El examen del aluvión de monografías y artículos anglófonos sobre el régimen de Mussolini que se publicaron en las dos décadas siguientes muestra que, en casi todos los casos, caracterizan su ideología y políticas básicas de forma «empática», a partir del punto de vista de la tarea que se arrogaron los propios fascistas de crear un nuevo tipo de Estado moderno, ya fuera en el área del ritual político (Gentile, 1996; Berezin, 1997), de la política cultural (Stone, 1998), de la pintura (Affron y Antliff, 1998; Braun, 2000), del imperialismo (Kallis, 2000), de la modernidad (Ben-Ghiat, 2001; Gentile, 2003), del Estado del bienestar (Quine, 2002), de la tecnología (Schnapp, 2004), del cine (Ricci, 2008) o de la política racial (Cassata, 2008).

Durante mucho tiempo Christopher Duggan perteneció a un círculo cerrado de historiadores británicos que no sólo parecía decidido a ridiculizar la reivindicación de los estudios comparados del fascismo de que eran una subdisciplina seria y coherente, sino a desacreditar la tesis de Emilio Gentile de que un puntal del Fascismo italiano fue la detallada religión política que creó, y que era esencial a su prolongado intento de conseguir una revolución en Italia que no sólo fuera política, sino también cultural, antropológica y secular. Así pues, cuando el propio Duggan usó fuentes primarias para documentar temas

fundamentales de la historia cotidiana e «íntima» de Mussolini con títulos como «Purificando el alma de la nación», «Transmitiendo la fe» o «La defensa de la raza» (Duggan, 2012), no quedó duda de que había tenido lugar una revolución de terciopelo en los estudios del fascismo y de que finalmente el enfoque empático y, por lo tanto, «culturalista» se estaba convirtiendo en el dominante.

Por lo que respecta a los estudios del nazismo, fue un indicio de los tiempos que corrían el que dos destacados historiadores británicos del Tercer Reich, que siempre se habían mantenido al margen de referirse al debate sobre el fascismo genérico o verse envueltos en él, aparecieran de forma espontánea dispuestos a manifestarse sobre el discurso del paradigma palingenésico. El capítulo 9 de la biografía de Hitler que escribió Ian Kershaw, «El ascenso al poder», que trata del fuerte y repentino éxito que tuvo su mensaje entre el electorado alemán tras el crack de Wall Street, está repleto de referencias a la perspectiva de un renacimiento, de un nuevo comienzo, de un nuevo inicio que estimulaba a sus seguidores fanáticos (Kershaw, 1998: 313-376). Richard Evans, por su parte, dedicó más tarde un capítulo de su estudio sobre la «llegada del Tercer Reich» a «La revolución cultural de Hitler» (Evans, 2004: 361-460), una frase que en su momento a George Mosse no le habría parecido que supusiese ningún problema, pero que habría enervado a una generación anterior de historiadores, convencidos del nihilismo moral y de la «anti-ideología» del nazismo.

Desde mediados de la década del 2000, el reconocimiento de la dinámica palingenésica del fascismo, se exprese o no en esos términos concretos, se ha convertido en algo natural para la mayoría de estudiosos que investigan el fascismo «putativo» (es decir, los fenómenos políticos cuyas credenciales fascistas todavía tienen que determinarse) de la Europa de entreguerras, ya sea en Alemania (Esposito, 2015b), Italia (Maulsby, 2014),

Gran Bretaña (Gottlieb y Linehan, 2004), Portugal (Costa Pinto, 2000), España (Cobo Romero *et al.,* 2016), Rumanía (Turda, 2008a), Hungría (Szele, 2015), Croacia (Yeomans, 2013), Noruega (Emberland, 2015), Suecia (Berggren, 2002), Estonia (Kasekamp, 2002), Ucrania (Shekhovtsov, 2008a) o Rusia (Umland, 2010), e incluso en algunos países fuera de Europa como Japón (Tansman, 2009), Sudáfrica (Beningfield, 2006; Marx, 2009), Argentina (Ballent, 2017) y Brasil (Trajano Filho, 2017). Ahora existe una perspectiva real de que el fascismo de entreguerras llegue a ser visto, no ya como el archienemigo de la modernidad, sino como el aspirante a arquitecto de una cultura moderna y un Estado totalitarios que tenían sus raíces en un pasado mitificado (Griffin, 2008).

Algunos consejos sobre la aplicación del paradigma empático Al ofrecer los siguientes consejos a los lectores que hayan quedado convencidos por la argumentación desarrollada hasta ahora de que se debe aplicar el enfoque empático a la ideología fascista, con su énfasis en las aspiraciones revolucionarias que yacían en el centro de su destructor ataque contra la civilización liberal y comunista, nuestra intención es despejar algunos malentendidos habituales y asegurar que su uso sea un recurso heurístico efectivo para la elaboración de ensayos o en cualquier investigación sobre el tema. Esto es especialmente necesario, ya que aquellos a quienes no impresiona esta estrategia interpretativa y las premisas que la subyacen —el principio de Weber de la «abstracción utópica» al formular definiciones, la percepción de Sorel de los impulsores míticos de las ideologías y el énfasis de Mosse en la empatía metodológica— no pueden ser simplemente dejados de lado. Ese grupo no sólo incluye a los muchos escépticos que participaron en un largo foro sobre la definición del fascismo que organizó la publica-

ción alemana Erwägen Wissen Ethik en 2006 (Griffin et al., 2014), sino también a estudiosos tan eminentes como Kevin Passmore (2002), A. James Gregor (2006) y Richard Bosworth (2009). En el capítulo 6 trataremos directamente de las peticiones actuales para que se cambie el foco de interés en los estudios del fascismo, de manera que puedan abordarse algunos aspectos desatendidos de su enmarañada historia, pero de momento nos basta con prestar atención a unas pocas advertencias que nos ayuden a evitar un enfoque demasiado simplista o «griffino-céntrico».

El primer punto a destacar es que esta estructura narrativa que he usado para resumir el debate sobre el fascismo inevitablemente dista mucho de ser neutral. Bien podrían los marxistas quejarse de que sus enfoques se presenten en el primer capítulo tan sólo para verlos a continuación implícitamente rechazados por inadecuados, y sin duda muchos de los categorizados como académicos liberales incoherentes o confusos discreparían de la imagen que planteo del caos conceptual del que formaron parte, y sobre todo de la argucia de pedir un «tercer enfoque» que sigue a ese panorama en el capítulo 2. Al dedicar un capítulo completo al «paradigma empático» del fascismo, no estoy ocultando mi interés profesional y emocional en presentarlo de la forma más convincente posible y en subrayar los rasgos particulares de mi versión de él. Para contrarrestar este «sesgo» intrínseco, animo a los lectores a que lean mucho, conserven su juicio crítico y, sea cual sea la definición que usen, muestren en su propio análisis que son plenamente conscientes de la naturaleza controvertida del término «fascismo», de la complejidad de tan largo debate y de la necesidad de que expongan la definición de trabajo o tipo ideal que prefieran de la forma más lúcida posible.

En segundo lugar, existe una peculiar tensión entre el análisis del fascismo genérico como «tipo ideal» y la tendencia del len-

guaje a narrarlo, cosificarlo y sintetizarlo hasta el punto de tratarlo como si fuera una entidad viva. Objetivamente, el fascismo no «surge», «se extiende», «cae», «sobrevive a la guerra» y «se reinventa» por medio de «la adaptación de su visión central a las nuevas realidades». Son los fascistas, o, más bien, unos seres vivos y complejos que, en un compartimento de sus vidas, hacen suyas las convicciones fascistas hasta el punto de actuar a partir de ellas, los que colectivamente interiorizan, desarrollan, interpretan y llevan a la práctica las ideas fascistas, y los que pueden sentirse motivados a adaptar su fe política conforme las condiciones sociopolíticas y la «dura realidad» van cambiando. Como tipo ideal, el fascismo genérico es un constructo, un armazón conceptual vacío, que no tiene vida orgánica o independiente propia: sólo los seres humanos, y los movimientos, organizaciones, instituciones y regímenes a los que estos dan vida, tienen algún tipo de existencia histórica «real», aunque el mismo hecho de escribir sobre ellos pueda imbuir a unos conceptos abstractos de una fantasmagórica operatividad propia. De igual modo, es importante que los que usen esta guía con fines prácticos tengan en cuenta que, por muchos rasgos concretos de un fenómeno o episodio histórico específico de los que se ocupan los estudios del fascismo que queden esclarecidos por determinada teoría, o que parezcan «encajar» en el enfoque que aquí recomendamos, eso no «prueba» que la teoría sea correcta, sino que tan sólo demuestra su valor heurístico.

También es importante que aquellos a los que este libro pueda llegar a influenciar no den a entender en sus propios análisis que el fascismo es ante todo una ideología. Ciertamente, aquí queda definido desde el punto de vista del tipo ideal sobre la base de sus rasgos ideológicos fundamentales, del mismo modo en que lo son la mayoría de demás conceptos políticos genéricos en las ciencias humanísticas. Sin embargo, como realidad histórica y contemporánea, lo que debe ser de primordial inte-

rés para el investigador es cómo la ideología fascista se ha llevado a la práctica por medio de textos, propaganda, planes, políticas, organizaciones, instituciones y acciones. En este contexto, la relación del fascismo con la doctrina es especialmente interesante, ya que pone de manifiesto la distinción entre, por un lado, la ideología entendida como «visión del mundo» parcialmente articulada (o lo que los nazis llamaban *Weltanschauung),* que exigía una acción radical o revolucionaria, y, por otro, la ideología entendida como una doctrina ortodoxa que deriva de un modelo intelectual totalmente completo de sociedad humana y cambio histórico, que pasa a ser adoptado por unos movimientos que intentan ponerlo en práctica (e.g., el anarquismo, el marxismo y el ecologismo).

En su artículo sobre la doctrina política y social del régimen fascista de Italia, que publicó en 1932 en la recién creada *Enciclopedia italiana,* Benito Mussolini se muestra muy lúcido a ese respecto. Afirma que su movimiento «no fue hijo de una doctrina desarrollada de antemano de forma muy detallada; nació de la necesidad de actuar, y desde el principio fue de por sí algo más práctico que teórico». Mussolini señala que, en cualquier caso, «los años previos a la Marcha sobre Roma [la que facilitó que el Fascismo entrara en el Gobierno a finales de 1922] fueron años de grandes dificultades, durante los que la necesidad de entrar en acción no permitía investigar ni desarrollar la doctrina por completo». Matiza esas palabras con una afirmación importante, en la que resuena el énfasis que pusimos antes de que el fascismo era como una religión laica del renacimiento nacional: «Puede que faltara una doctrina esmeradamente definida y cuidadosamente elucidada, en la que no faltaran todos sus titulares y párrafos, pero en su lugar había algo más decisivo: fe». Y continúa diciendo: Toda doctrina tiende a la acción humana directa sobre un objetivo concreto, pero la acción de los hombres también reacciona a la doctrina, la transforma, la

adapta a nuevas necesidades o la reemplaza por alguna otra cosa. Una doctrina, por lo tanto, no debe ser un mero ejercicio de palabras, sino un hecho vivo, y de ahí que el valor del Fascismo radique en que está marcado por el pragmatismo, pero a la vez tiene la voluntad de existir y la voluntad de conseguir el poder, y es un frente firme ante la realidad de la «violencia» (Mussolini, 1933).

Hitler es aún más radical en su negación del fascismo como ideología «pura». En *Mein Kampf (Mi lucha)* hace hincapié en que, aun proporcionando una «filosofía de vida» o «visión del mundo» como premisa necesaria para la existencia humana, sin embargo de por sí un *Weltanschauung,* «aunque sea mil veces correcto y de gran beneficio para la humanidad, siempre será irrelevante para dar forma práctica a la vida de la gente [la vida del *Volk*]». Para que eso ocurra, sus principios deben «convertirse en el estandarte de un movimiento en lucha» que debe garantizar «la victoria de sus ideas», de manera que los «dogmas del partido» pasen a ser «los nuevos principios de Estado de un pueblo, la *Volksgemeinschaft»* (Hitler [1926] 1922: 345-346).

Por lo tanto, en la aplicación del paradigma empático a los estudios del fascismo no se debería dar prioridad a teorías y definiciones, sino que dicho paradigma debería servir para llegar a reconocer la importancia del fascismo para sus creyentes, al menos en el periodo de entreguerras, como una enorme secuencia de «hechos vivos» que son llevados a cabo por un «movimiento en lucha» que está decidido a conseguir la palingenesia de la ultra-nación. Estos hechos han de ser cuidadosamente reconstruidos y analizados por medio de la investigación histórica y política, sin tratar el marco conceptual como algo objetivamente cierto o indiscutible o algo de interés fundamental. Tampoco debería tratarse jamás al fascismo como un fenómeno estático. Por el contrario, la historia del fascismo es la de un movimiento complejo en evolución, que adapta pragmáticamente sus princi-

pios básicos, objetivos y fórmulas ideológicas a las circunstancias en constante cambio que son exclusivas de cada país y región, pero siempre con una tendencia hacia el activismo revolucionario y el cambio.

Un último consejo es que tengamos en cuenta una de las frases más útiles de Bertolt Brecht: «LA VERDAD ES CONCRETA », que escribió en grandes letras sobre su escritorio. Es importante que los estudiantes que se embarquen en un proyecto relacionado con el fascismo adopten una definición o enfoque, fundamentalmente para que, siempre que sea posible, obtengan mayor comprensión de fenómenos concretos relacionados con seres humanos reales que se vieron atrapados en la vorágine de la historia. Por encima de todo, intenten terminar dedicándose a temas que les interesen y que les exijan considerable investigación personal y compromiso, un principio que, según Karl Popper, también resuelve el problema de la objetividad en las ciencias humanísticas (Popper [1957], 2002: 191). Sólo de ese modo desarrollarán una comprensión excepcional de un área especializada de los estudios del fascismo que quedará esclarecida por el enfoque teórico que adopten conscientemente, tras lo que llegarán los buenos resultados y fluirán nuevos conocimientos. Al dedicarse hasta donde las circunstancias lo permitan a teorías y fuentes *dentro del marco de su propio estudio independiente y de sus propias pasiones intelectuales,* harán suyos cualquier conocimiento e interpretación a los que lleguen y (esperemos) descubrirán la verdadera fascinación de los estudios del fascismo.

7 Por ejemplo, la teoría del fascismo que expuse en *The Nature of Fascism* (1991) se basaba en el exhaustivo estudio de una amplia selección de fuentes primarias que llevé a cabo para mi tesis doctoral. Fueron seleccionados por ser documentos de la ideología de una gran variedad de movimientos fascistas putativos en distintas lenguas, muy pocos de los cuales estaban disponibles en inglés. Ese proceso permitió determinar empíricamente las pautas temáticas asociadas con el «ultranacionalismo palingenésico» en las variantes «fascistas» de la extrema derecha, y considerar su ausencia el indicador de un tipo diferente de extrema derecha. Para una antología de textos que ejemplifican el mito palingenésico del nacionalismo fascista, basados en esta investigación, véase Griffin (1995). 8 Aunque se ha convertido en la forma habitual de referirse al producto de la revolución antropológica del fascismo, en la mayoría de contextos fascistas «nuevo hombre» alude a un nuevo ser humano, sea hombre o mujer, y es por lo tanto un término que induce a error. En alemán, *neuer Mensch,* que por lo general se traduce como «nuevo hombre», no especifica género. Para una rectificación del

sesgo de género en los estudios del fascismo, véase Gottlieb (2000). 9 Es una referencia a Anderson (1983), un innovador estudio sobre el papel de las fantasías compartidas en la construcción del sentido de nación por medio de esa comunidad nacional imaginada.

4
EL FASCISMO DE ENTREGUERRAS: VARIANTES DEL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

La cualidad proteica de la ideología fascista Mi esquemática definición del fascismo —que presenté por primera vez en The Nature of Fascism (1991) y he reproducido en el anterior capítulo como una de las muchas explicaciones convergentes y compatibles de sus principales características de que ahora disponemos— se refería al fascismo como una ideología política cuyo núcleo mítico de un «ultranacionalismo palingenésico» se mantuvo constante en todas «sus diversas variantes». Este capítulo pretende dar la tan necesaria sustancia histórica a los huesos pelados de una fórmula abstracta como ésa, mostrando que incluso una pequeña muestra de las variantes que surgieron entre 1919 y 1945 ilustra la notable variedad de especies del fascismo que produce el mismo núcleo definitorio «mínimo» o «ineludible» que el tipo ideal empático identifica.

Las diversas situaciones de crisis económica e inestabilidad política que vivieron tantos Estados muy distintos entre sí de las áreas occidentales y parcialmente occidentalizadas del mundo (Europa, Norteamérica y Sudamérica, Sudáfrica, Japón) durante el periodo de entreguerras, hicieron que el nacionalismo revolucionario adoptase una gran variedad de formas matizadas que se adaptaban a la situación de cada lugar. La diferenciación de especies del nuevo género político (lo que en la teoría de la evolución se conoce como «especiación») se intensificó por la imprecisión de los dos componentes de su mito central híbrido a los que nos referimos en el capítulo 3, esto es, la «ultra-nación» orgánica y su renacimiento. La especiación también se in-

tensificó por el hecho de que —en contraste con la teoría revolucionaria marxista, que sigue siendo reconociblemente homogénea pese a que se formen distintos dialectos nacionales— cada mito nacional fascista (o grupo de mitos) es el producto exclusivo de distintas corrientes nacionales de una mezcla de historia, cultura y fantasía colectiva, que a veces se viven por medio de una lengua nacional propia. El resultado de estos factores es que, como ideología al igual que como mito político, el fascismo tiene una marcada tendencia a adoptar diversas guisas, a ser «polimórfico». Una vez que consiguió suficiente base como movimiento populista en los caóticos años veinte y treinta para operar históricamente como movimiento (y, sólo en tres casos, como régimen en buena medida autónomo), produjo una notable diversidad de visiones y políticas específicas en el terreno de lo social, cultural y político a veces *incluso dentro del mismo partido,* y se mostró proclive a mezclarse extensamente con fenómenos no fascistas en su lucha por conseguir el poder.

La cualidad proteica del mito central del fascismo también ayuda a explicar que se intensificase la diversificación del género fascista tras la guerra, cuando los que lo habían apoyado tuvieron que adaptarse, pese a la derrota de las potencias del Eje, a un entorno histórico radicalmente nuevo que era muy hostil a los proyectos nacionalistas revolucionarios. Por lo general, no les quedó más remedio que encontrar alternativas a la combinación de fuerza paramilitar uniformada y movimiento populista, dentro de un partido político, para formar el «partido-milicia» que con tanto éxito había promovido el Fascismo italiano a partir de 1925 (Gentile, 2003: 1).

Conviene que destaquemos que, para ilustrar este rasgo del fascismo, este capítulo no tiene ninguna intención de producir una especie de *catalogue raisonné* de todas sus principales manifestaciones de entreguerras, y menos aún de proporcionar historias resumidas de ellas, lo cual, en cualquier caso, ya han hecho

otros admirablemente (e.g., Carsten, 1967; Payne, 1995; Morgan, 2003; Blinkhorn, 2000). Tampoco va a ofrecer una «metanarrativa» de una única entidad antropomorfizada llamada «fascismo» en la que, por lo general, el autor fusiona subliminalmente elementos tomados tanto del Fascismo italiano como del Nazismo. El «ser» engañoso que resulta puede entonces mostrarse emprendiendo un peligroso viaje que va de sus modestos inicios en Milán, justo después de la Primera Guerra Mundial, al periodo de lo que parece su irresistible triunfo entre finales de los años treinta y el otoño de 1941, tan sólo para luego terminar sucumbiendo paulatinamente a una derrota catastrófica a manos de los Aliados en 1945. Un efecto de un enfoque narrativo tan simplista y engañoso es que la gran cantidad de movimientos fascistas, de por sí muy originales, que nunca llegaron a obtener poder estatal autónomo en los años treinta y cuarenta tienden a ser ignorados, o son desestimados por considerarse periféricos a su manifestación paradigmática en las potencias del Eje europeo (la Italia fascista y la Alemania nazi) y, por lo tanto, con poco que revelar del género en su conjunto. Pese a la tendencia del lenguaje a cosificar y antropomorfizar, el fascismo es aún más obstinadamente un ente plural, polimorfo y político que el socialismo, el liberalismo, el feudalismo y muchos otros «ismos» políticos. Así pues, tiene sentido tratar cada movimiento en condiciones «de igualdad» cuando lo que se quiere es llegar a conocer el género, aunque, por supuesto, no por lo que se refiere a sus consecuencias históricas. Esto significa estudiar cada manifestación del fascismo como una variante única más del ultranacionalismo revolucionario, forjada por factores locales, y, por lo tanto, en potencia una fuente importante para entender mejor la naturaleza del fascismo como actor político y fuerza social, fracasara o no en su intento de conquistar el poder del Estado (Griffin, 2015a).

Un resultado inmediato de este enfoque es que ni el Fascismo italiano ni el Nacionalsocialismo ocupan aquí una posición «privilegiada» como reveladores de la esencia del fascismo, de su punto final o de su paradigma como ideología. Con eso no estoy negando que primero el Fascismo italiano, en los años veinte, y luego el Nazismo, en los años treinta, ejercieran una influencia fundamental como modelo para movimientos fascistas autóctonos en muchos países europeizados. Sin embargo, en el contexto presente los dos movimientos son tratados simplemente como variantes concretas del fascismo, el primero caracterizado por su intento de modernizar Italia, sobre todo a través de la activación del mito de su herencia romana, y el segundo por su racismo radical de base biológica y científica, por sus objetivos imperialistas enormemente ambiciosos y por su disposición a imponer por medio de la represión y el terror un proceso radical y despiadado de destrucción creativa en todos los ámbitos, lo cual no tuvo parangón en la Italia fascista. En definitiva, cada fascismo es entendido aquí tanto como algo propio de su género político más amplio y como algo idiosincrásico, y es estudiado tanto por sus aspectos únicos —que interesan especialmente a los historiadores que trabajan «idiográficamente»— como por los genéricos —de especial interés para los politólogos que trabajan «nomotéticamente»— (Levy, 2012).

Podemos ilustrar este principio tomando el Tercer Reich como ejemplo. Cierto es que fueron los aspectos únicos o excepcionales del Nazismo los que le permitieron jugar un papel tan devastador en la historia moderna cuando se convirtió en la base legal de un régimen. Antes de que Hitler llegara al poder, Alemania ya era una nación muy modernizada e industrializada con un poderoso aparato de Estado, una sociedad civil avanzada y una población profundamente patriótica. Así pues, se prestó a ser transformada en un poderoso régimen totalitario después de que su «difunto» Estado-nación democrático, la Repú-

blica de Weimar, entrara en un prolongado periodo de crisis. En comparación con el Fascismo italiano y con los demás fascismos de países menos desarrollados, el Nazismo quedó dotado de la capacidad única de cometer crímenes contra la humanidad a escala industrial. Sin embargo, sólo pudo traspasar la debilitada membrana protectora de la deteriorada democracia liberal por mor de las circunstancias excepcionales que resultaron de la situación extrema que siguió al crack de Wall Street. Gracias a la connivencia de las élites políticas y sociales, que temían más al caos y a la amenaza de la izquierda que al totalitarismo, se permitió que los nazis entraran en la ciudadela del poder estatal en 1933, con consecuencias catastróficas.

Pese a todas esas circunstancias excepcionales, hasta el estudio más superficial del mito central que impulsaba el intento de revolución totalitaria de los nazis indica que se trata del inminente renacimiento de la nación-raza de la decadencia en que había caído, una visión palingenésica que conformó y estructuró todo el ataque del régimen al sistema de Weimar y a las muchas categorías de seres humanos, ideologías e instituciones que el nazismo identificaba como enemigos de ese renacimiento, o como obstáculos para que se produjera. En ese sentido, incluso el nazismo, pese a la escala sin parangón de sus atrocidades, ha de ser considerado a la vez como algo único y como una manifestación del fascismo genérico, *en la misma medida que cualquier otra especie del género* .

Ahora pasaremos a aplicar este enfoque, que enfatiza lo único y lo genérico como dos aspectos de una política fascista bicéfala, a una pequeña selección de temas que encontramos en los estudios comparados del fascismo —la «ultra-nación», el mito fundamental, la política de género, el modernismo y la economía—, haciendo únicamente referencia a unos pocos de los muchos movimientos que surgieron en el periodo de entreguerras. Lo que sigue es inevitablemente superficial e incompleto.

A lo más a lo que puede aspirar es a indicar lo matizada que estuvo la textura histórica de los fascismos individuales de entreguerras, pese a pertenecer al mismo género político. Como la Italia fascista y la Alemania nazi son los únicos ejemplos de regímenes fascistas que se instauraron en tiempo de paz, parece apropiado que empecemos comparando su concepto de la ultra-nación que surgiría cual ave fénix una vez que se pusiera fin a la era «decadente» de democracia liberal y comunismo.

***La ultra-nación fascista** Aunque el concepto de una comunidad nacional orgánica que sufre un proceso de renacimiento es, según la definición del tipo ideal, denominador común de todos los fascismos, pronto queda claro, al examinar los mitos ultranacionalistas individuales del fascismo de la «era fascista» (1918-1945), que hay un amplio espectro de posibilidades por lo que respecta a la forma en que se puede concebir ese organismo. Además, un único movimiento puede albergar corrientes diversas, y a veces encontradas, de pensamiento nacional y racial si crece hasta el punto de incorporar a sectores importantes de las clases instruidas, que, como es normal, representan a muchas profesiones, visiones del mundo y disciplinas, todos con su propia idea de la nación o raza, su diagnóstico de su decadencia y sus recetas para los remedios que se necesitan con el fin de conseguir su renacimiento. Lo que dice David Roberts sobre la ideología del régimen de Mussolini podría aplicarse a todos los movimientos fascistas: era, en marcado contraste con la imagen de organización, homogeneidad y cohesión perfectas que presentaba su propaganda, una «mezcla desordenada» (Roberts, 2000: 208). La extremada heterogeneidad del nacionalismo orgánico fascista puede ilustrarse comparando las formas contradictorias en*

que la Italia fascista y la Alemania nazi imaginaban la ultra-nación.

La Italia mitificada que se encontraba en el centro del proyecto de renacimiento del Fascismo italiano era una amalgama caleidoscópica de varias ideas sobre la nación: la Italia monárquica, identificada con la casa de Saboya, que entraría en una era dorada; el Estado-nación unido, nacido del *Risorgimento,* que estaba siendo completado por el régimen de Mussolini; la Italia del «pueblo», anhelada por Giuseppe Mazzini, finalmente llevada a cabo por el *Duce;* la Italia heroica de las trincheras alpinas que se había enfrentado a los austríacos en la Primera Guerra Mundial ahora determinaría los valores del nuevo régimen; la «Gran Potencia» que por fin tendría su propio imperio africano emulando a la antigua Roma; la Italia histórica de las ciudades-Estado, de Dante, del arte renacentista que ahora inspiraría una nueva cultura italiana; la proto-Italia que dio al mundo la Iglesia católica y ahora estaba marcando el comienzo de una nueva civilización; la Italia rural del *strapaese* («híper-rural»), con su espléndida exuberancia agrícola, montañas majestuosas, colinas onduladas, viñedos, marinas, culturas regionales, pueblos medievales en lo alto de montañas y tradiciones locales que serían guardadas por Mussolini. Sin embargo, a la vez la nación renacida abrazaba la urbanización de la *stracittà* («híper-urbano») de la Italia futurista, con su avance tecnológico, sistemas de transporte futuristas, aviación, comunicación por radio, viajes transatlánticos, atletismo y deportes de espectáculo, arte y arquitectura modernistas, nuevas ciudades, un nuevo tipo de economía corporativista, un Estado del bienestar y poderosas fuerzas armadas que estarían equipadas con lo último en tecnología militar.

Desde el principio del régimen también hubo unas corrientes más siniestras que alimentaban el mito de la nación: una campaña de natalidad que quería estimular el crecimiento demográ-

fico de Italia y su salud racial (Quine, 2012); ciertas tendencias al antisemitismo, algunas procedentes de la propia Iglesia católica (Ben-Ghiat, 2001: 148-156); y una tradición propia de eugenesia y teoría racial (Cassata, 2011). Esa corriente racista, a la que en gran medida no se suele prestar mucha atención, y que refuta las falsas suposiciones de que el racismo del Fascismo italiano fue una importación tardía y nada italiana de la Alemania nazi, garantizó una abundante remesa de «expertos raciales», que en 1937 redactaron leyes contra el mestizaje para proteger a la raza italiana *(gente, stirpe, razza)* de contaminarse con sangre africana, y formularon las leyes raciales antisemitas de infausta memoria de 1938. Esas leyes invocaban el «hecho» científico de los orígenes arios de los italianos, pese a que Mussolini se hubiera burlado de la obsesión de los nazis con la pureza de su raza unos pocos años antes.

Como veremos a continuación, un componente mítico clave de todo ultranacionalismo fascista es el mito de la fundación de sus orígenes, que es anterior a su desarrollo hasta convertirse en Estado-nación. El mito fundacional dominante del Fascismo italiano era la idea de los italianos contemporáneos de que eran descendientes directos y herederos espirituales de los antiguos romanos. Esa herencia no se entendía en términos genéticos de pureza de sangre (lo cual habría sido una tontería, habida cuenta de la naturaleza multiétnica del Imperio Romano), sino como la fuerza impulsora de una generación a la que el redescubrimiento de su identidad romana animaría a lograr un renacimiento de su grandiosidad, que sería tan cultural, tecnológico y social como imperial y militar, y convertiría a Italia en una «Tercera Roma» (Kallis, 2014), a modo de contra-mito del «Tercer Reich». Así pues, fue la «romanidad» *(romanità)* de Italia la que sirvió de plantilla para mucha de la religión política, obras públicas, tipo de culto al *Duce,* política internacional, estética y arquitectura del Fascismo, y la que inspiró la enorme

exposición que se planeaba celebrar en el EUR de Roma para presentar la Italia fascista como el inicio de una nueva fase de la civilización mundial, como ocurriera con el Imperio Romano más de dos milenios atrás (Nelis, 2007; Kallis, 2014).

No obstante, el mito fascista era polimorfo y dinámico, y la *romanità* sólo una de las corrientes que forjaban la visión del Nuevo Hombre y Mujer fascistas que habitarían la Nueva Italia (Dagnino, 2016). Con el tiempo, la utopía fascista cambió significativamente del anticlericalismo y republicanismo del Fascismo «San Sepolcro» del principio a una ideología que incluía al Vaticano y a la monarquía, antes de entrar en una fase imperialista y luego militarista (1933-1943) que volvió a cambiar después del armisticio de 1943. En su última encarnación como República Social Italiana, que era un régimen títere del Tercer Reich, el Fascismo, ya firmemente anticlerical y antimonárquico, se convirtió en el aliado oficial del Nazismo para crear un Nuevo Orden europeo que había que defender para que no fuese destruido por Estados Unidos, la URSS y los judíos del mundo, con lo que ofrecieron una última proyección histriónica de la «nueva Italia», en la que sus raíces míticas se transplantaron de tierra romana a tierra aria.

La ultra-nación nazi Incluso este resumen muy condensado de las corrientes que operaban dentro de la cultura política del Fascismo italiano subraya lo simplista de contrastar excesivamente su ultranacionalismo «cultural» —lo que implícitamente viene a indicar que era relativamente inofensivo— con el «racismo biológico» de los nazis. Ciertamente el mito fundamental de que los alemanes descendían de una súper-raza aria (Poliakov, 1974) garantizó que la cultura oficial del Nazismo absorbiera una dosis mucho más tóxica de racismo de supuesta base científica

que el Fascismo italiano. Esa corrupción del concepto de nacionalismo la facilitó el hecho de que, a diferencia de lo ocurrido en Italia, durante más de un siglo la vida académica e intelectual alemana llevaba ofreciendo un entorno acogedor a cierto número de teorías nocivas, que incluían la eugenesia positiva y la negativa, los estudios genealógicos y hereditarios, la higiene social, la antropología racial y la geopolítica y poligénesis raciales (que negaban un origen y nivel de humanidad comunes a todos los grupos étnicos). En el periodo de la República de Weimar se dio a la «ciencia racial» tanto una organización central como mucha mayor legitimidad con la fundación, en 1927, del Instituto Káiser Guillermo de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia, una institución que colaboró en la creación del primer Estado racial con base científica del mundo (Burleigh y Wippermann, 1991; Weiss-Wendt y Yeomans, 2013).

Sin embargo, el ultranacionalismo nazi también era muy variado, y una de sus mayores contribuciones procedía del híper-patriotismo heredado del Segundo Reich y de la Primera Guerra Mundial, así como de fuertes tradiciones de un ultranacionalismo cultural que ampliaban la comunidad alemana imaginaria hasta abarcar el esplendor de sus catedrales medievales, su música barroca, su literatura romántica, y su imperialismo, colonialismo y chovinismo militar modernos, y también de celebraciones de la industria y tecnología alemanas y de unas cualidades del carácter nacional que no tenían nada de específicamente biológico. Una de las influencias más importantes del nacionalismo nazi era el movimiento *völkisch* del siglo XIX , que era de por sí muy heterogéneo y comprendía corrientes ocultistas (Goodrich-Clarke, 2004), paganas, de «sangre y tierra», coloniales, románticas y pseudocristianas, y sólo en algunos casos coincidía con el racismo «científico» (Mosse, 1975). El resultado es que el Nazismo, al igual que el Fascismo italiano, nunca

llegó a desarrollar un ultranacionalismo coherente. Más bien estableció uno que era una amalgama flexible y en constante cambio, en el que tanto la «ciencia racial» como el nacionalismo *völkisch* estaban formados por corrientes contradictorias, y conceptos clave como nórdico, germano, «sangre», *Volk* y *Art* (el «género» racial alemán sano) siguieron siendo tanto metáforas de las cualidades espirituales míticas del carácter nacional heroico como categorías materiales de la pureza racial (Weiss-Wendt y Yeomans, 2013).

Ya se racionalizara de forma pseudocientífica o a través de la fantasía *völkisch,* es la obsesión con la pureza racial de los alemanes la que determina el mayor contraste con el ultranacionalismo del Fascismo italiano. La promulgación de las leyes raciales de 1938 que afirmaban la ascendencia aria de los italianos y la exclusión de los judíos de la comunidad nacional italiana, contradecía el mito fundamental del Fascismo, que afirmaba que los italianos descendían de un Imperio Romano multiétnico, multicultural y de múltiples creencias religiosas, y sin duda iba en contra de las ideas de los italianos corrientes, que no se mostraron muy receptivos a ese «giro racista» de la propaganda fascista. En cambio, las Leyes Raciales de Nuremberg de 1935 concordaban con las fantasías de la herencia aria que llevaban propagándose y puliéndose en Alemania desde mediados del siglo XIX , y que gozaban de un considerable apoyo populista. Como resultado, mientras que el Fascismo italiano se centró durante buena parte de su existencia en «nacionalizar» a los italianos desde un espíritu totalitario que no llegaba a ser un aparato de terror, el nazismo se dedicó a «arianizar» y «nordificar» a los alemanes usando una propaganda de Estado omnipresente, una legislación racial, un sistema educativo e instituciones académicas totalmente «nazificadas», tanto en las humanidades como (siempre que era posible) en las ciencias naturales, y organizaciones de ingeniería social de masas que incluían un extenso

aparato de terror y un régimen de censura que se extendía por todas partes, así como organismos y asociaciones institucionales de todo tipo para promover e imponer una mezcla de corrientes biológicas, patrióticas y *völkisch* de conciencia racial. La «arianización» y la «nordificación» también calaron hondo en la estética del teatro ritual nazi (Niven, 2000), en los muchos experimentos para crear una pintura, escultura y arquitectura «alemanas», e incluso en el habla de los ciudadanos del Reich (Klemperer, 2006). En el documental de Leni Riefenstahl de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, *Olympia* (1938), los atletas alemanes se metamorfoseaban en héroes deportivos de la Grecia clásica para producir imágenes gráficas (al menos para los creyentes) de la revolución antropológica que estaba teniendo lugar en el Tercer Reich. Del mismo modo, el austero estilo grecorromano de la arquitectura civil nazi puede verse no como un símbolo de nostalgia del pasado, sino del renacimiento del espíritu ario por medio de la evocación de una estética «eterna» (Griffin, 2017). Ahí, como en tanto de la cultura nazi, se dio una fusión de estética y eugenesia (Maertz, 2017).

De lo dicho anteriormente debería quedar claro que lo que unía a los fascistas y nazis más entregados a la causa era el hecho de que ambos buscaban programas fascistas de renacimiento natural, pero lo que los separaba era su compromiso con unas combinaciones muy distintas de mitos ultranacionalistas. El resultado es que incluso elementos en apariencia comunes pueden ocultar profundas diferencias. Por ejemplo, las esculturas neoclásicas idealizadas de atletas masculinos desnudos en recintos deportivos son un rasgo tanto del régimen fascista como del nazi. Sin embargo, sería un gran error que supusiéramos que en los dos casos expresan la misma estética o la misma visión de una renovación nacional. El fascista convencido veía en tales obras el ideal clásico de la forma humana que debía ser emulado por los romanos modernos en la Tercera Roma de Mussoli-

ni. El nazi entregado reconocía en ellas un ideal eugenésico, un arquetipo de lo ario eterno, a un miembro de una súper-raza cuyos descendientes vivos más cercanos y «puros» en el mundo moderno eran los alemanes, y que volvería a vivir en un Tercer Reich que estaba siendo purgado de toda manifestación de lo degenerado y lo disgenésico. Esta comparación destaca el valor de contrastar mitos fundamentales como atajo para reconocer la especificidad de cada variante de la ideología palingenésica del fascismo acerca del renacimiento de la ultra-nación.

Las variedades de mitos fundamentales del fascismo Tanto el Fascismo como el Nazismo surgieron en países que sólo habían conseguido la unificación ya entrado el siglo XIX. La invocación de un pasado imperial primigenio (en el caso del Fascismo italiano) o de una fuente racial de creatividad cultural y heroísmo perdida en la noche de los tiempos (en el del Nazismo), permitía que un régimen fascista pergeñase un relato palingenésico de carácter mítico con el que se preveía el renacimiento de un antiguo periodo de grandeza, una explosión de creatividad cultural colectiva tras un prolongado intervalo de insignificancia histórica o de decadencia en el que no había un Estado que contuviese y encauzara las energías hereditarias de la comunidad nacional. Este patrón de grandeza pasada, decadencia y renacimiento es capaz de adaptarse a una amplia diversidad de contextos históricos y culturales, a partir de los cuales se forja el mito fascista.

El fascismo rumano (al que se conoce como Legión de San Miguel Arcángel o bien como Guardia de Hierro), que compartió en dos ocasiones el poder estatal antes de ser finalmente aplastado, ilustra lo muy originales, pero también muy intrincados, que podían llegar a ser otros mitos fundamentales y fanta-

sías sobre el renacimiento nacional en la Europa de entreguerras. Rumanía había conseguido escindirse del Imperio Otomano ya en época moderna, tras lo que su territorio se amplió enormemente como resultado de la Primera Guerra Mundial, de manera que en los años veinte casi un tercio de sus ciudadanos eran húngaros, alemanes, judíos, búlgaros y ucranianos. Para inventarse la ultra-nación rumana, los intelectuales de la Legión de San Miguel Arcángel recurrieron a su propia especulación histórica «étnico-genésica» sobre los orígenes de su pueblo (Bucur, 2002; Turda, 2015). Sin embargo, no la combinaron con la especulación eugenésica que tan extendida estaba en Rumanía por entonces, sino con elementos que se apropiaron de la proto-antropología de Europa del Este y de las tradiciones escatológicas de la Iglesia ortodoxa rumana acerca del fin de la historia de la humanidad. Como resultado, un pueblo orgulloso, heroico y orgánico, los dacios, homogéneo tanto en lo étnico como en lo espiritual, nació en la imaginación palingenésica de los Legionarios, que consideraban que sus descendientes (para entonces en su mayoría campesinos analfabetos) tenían la excepcional misión en la era moderna de purgar la nación de toda decadencia, crear el *omul nou* (el nuevo hombre) y conseguir la «resurrección colectiva».

Buena parte de la fantasía de la Legión sobre la ascendencia heroica de los rumanos modernos se centraba en el papel formativo que jugó en el nacimiento de la nación un grupo concreto de tribus, los antiguos dacio-getas. Eran un pueblo de la Edad de Hierro supuestamente de origen étnico indoeuropeo (¡ario!), que vivían en la zona y alrededores de los Montes Cárpatos y al oeste del Mar Negro, y fueron estudiados por una rama de la Tracología llamada Daciología. Los intelectuales de la Legión atribuían a esos pueblos tribales las cualidades heroicas y de resistencia cultural que permitieron a sus descendientes evitar la subyugación absoluta bajo el Imperio Romano en el siglo

II d.C., lo que posibilitó que se produjera el híbrido racial de dacio-romanos que más tarde se desarrollaría hasta convertirse en los modernos rumanos. Las concentraciones de la Guardia de Hierro a veces empezaban con una ceremonia de conmemoración de Decebal, al que se suponía el último rey dacio independiente (Cinpoes, 2016).

Esta corriente del fascismo rumano, que más o menos se ajustaba al método científico, se combinó de forma incongruente con un potente elemento pseudorreligioso que derivaba de la identificación de la condición de ser rumano con el cristianismo, un salto imaginativo que mezclaba en sí dos narrativas míticas. Para la religión política de la Legión era crucial incorporar elementos tomados de los rituales e iconografía de la Iglesia ortodoxa rumana, hasta el punto de que el renacimiento nacional dentro del tiempo histórico se fundía con la resurrección imaginada de naciones enteras el Día del Juicio Final. Esta tendencia se enriqueció con la identificación del movimiento con el arcángel San Miguel, cuyos poderes legendarios como aniquilador divino de dragones en la noche de los tiempos fueron transformados por la iconografía de la Legión para simbolizar implícitamente una despiadada guerra contra los muchos supuestos enemigos de la *tara* (patria) sagrada: los judíos, húngaros, alemanes, eslavos, gitanos, el Estado liberal, la monarquía corrupta, los comunistas, el cosmopolitismo y la propia modernidad. El resultado fue una devoción mística a la nación renacida y a su líder, Corneliu Codreanu (al que a veces se pintaba como un icono), que iba unida al culto a la muerte por martirio (Rusu, 2016: 249-273), en el que se sacralizaba tanto la muerte de los asesinos de la Legión como la de sus víctimas.

La obsesión de los ultranacionalistas rumanos con su supuesta ascendencia dacia se denomina técnicamente «protocronismo» (del griego, para referirse a «la era más antigua») (Turda, 2008b), y otros ultranacionalismos fascistas también se basan

en un mito «protocrónico», a falta de una Edad de Oro medieval o de principios de la era moderna más tangible que poder invocar como base para el anhelado renacimiento. Por ejemplo, la visión de la Ustacha de una ultra-nación croata atrapada en la lucha por la supervivencia contra una variedad de enemigos étnicos e ideológicos, se originó, como tantas de las «tradiciones inventadas» europeas sobre el concepto de nación, con el apogeo en el siglo XIX de la idea ilusoria de la existencia de un pueblo yugoslavo o balcánico distintivo, una especulación que también se prestaba a englobarse en el discurso de base más o menos científica de la proto-antropología física y cultural. Algunas corrientes de ese tipo de fabulación académica nacionalista dieron por supuesto que existía un genotipo serbio idealizado que era el componente fundamental de una identidad yugoslavo-adriática común. Como no podría ser de otra forma, enseguida esa tesis se vio rebatida por la afirmación de los nacionalistas croatas de que los croatas adriáticos eran distintos a los serbios y racialmente *superiores* a ellos, que ni siquiera eran adriáticos (o dinárides) (Bartulin, 2013). En la Segunda Guerra Mundial, tales ficciones académicas sobre diferencias raciales llegaron a tener consecuencias letales en los campos de concentración de la Ustacha croata.

Entretanto, en Hungría, los ideólogos del Partido de la Cruz Flechada hicieron uso de una década de exhaustiva especulación académica, también enraizada en el auge del nacionalismo de base más o menos científica del siglo XIX , acerca de los orígenes étnicos y carácter nacional único de una supuesta raza magiar primigenia (Turda y Gillette, 2014). Mientras en los años treinta los expertos raciales de los nazis estaban perfeccionando la ciencia sobre los arios, la legislación y el aparato de represión contra los no arios, en la Hungría de entonces los antropólogos, expertos raciales, filólogos y especialistas en eugenesia de creencias nacionalistas se dedicaban a crear su propia ul-

tra-nación. Pronto estuvieron reuniendo pruebas sobre la ascendencia de los húngaros contemporáneos de una raza de guerreros, que no eran ni arios ni indoeuropeos, en la que se mezclaban elementos ugrofineses con otros túrquicos y mongoles (la composición exacta variaba según cada teórico). Cuando miembros de la Cruz Flechada colaboraron con los nazis para exterminar a más de 450.000 judíos húngaros en el verano de 1944, lo hicieron basándose en un mito equivalente al de los otros, pero diametralmente opuesto, de pureza y superioridad raciales (Szele, 2015), ambos de los cuales identificaban a una gran cantidad de enemigos comunes a los que había que eliminar.

El mito protocrónico también jugó un papel fundamental en la nación imaginada de los fascismos escandinavos. Como era inevitable, el mito heroico de su ascendencia vikinga fue decisivo para el ultranacionalismo del Nasjonal Samling (Unidad Nacional) noruego, que usó runas y alusiones a mitos e imaginería nórdicos para su construcción del pueblo noruego como raza heroica primigenia. La variante nórdica del mito fundacional fascista sigue siendo fundamental en la corriente «odinista» internacional del neo-fascismo contemporáneo (Kaplan, 1997: 69-99). La misma necesidad de hallar unas raíces míticas se puso de manifiesto en la formación del Movimiento Patriótico Popular (IKL) finlandés, que se fundó en 1932 como continuación del Movimiento Lapua ultranacionalista después de que éste fuese ilegalizado. A diferencia de la Ustacha y de la Cruz Flechada, el concepto del IKL de una identidad primigenia estaba libre de todo racismo biológico, aunque no lo estaba de antisemitismo y del anhelo irredentista de lograr una «Gran Finlandia». Su idea de la singularidad finlandesa se basaba en sus diferencias lingüísticas y culturales radicales con los suecos y los rusos, así como en el impacto imperecedero del «Karelianismo», una forma de nacionalismo romántico que era reminiscente del Renacimiento Céltico irlandés y del movimiento *vö-*

lkisch alemán en arte y literatura, pero que veía en el poema épico nacional *Kalevala* la encarnación de un carácter nacional y una visión del mundo finlandeses únicos y que se estaban incorporando a la ultra-nación moderna (Karvonen, 1988).

La especulación protocrónica como base para las fantasías palingenésicas resultaba superflua si el pasado sí podía ofrecer una «edad de oro» histórica que se reviviría cuando se produjera la renovación cultural absoluta. En España, el Siglo de Oro (1492-1659), con su absolutismo monárquico, su poder imperial, la autoridad de la Iglesia y sus destacados logros artísticos, se convirtió en el modelo para el renacimiento cultural y político que el escritor Ernesto Giménez Caballero quería que se consiguiese en el régimen del general Franco (Wahnón, 2017). Del mismo modo, la Unión Británica de Fascistas buscó inspiración para una Gran Bretaña aún más grande en la era isabelina, en la que florecieron el arte, la poesía, el teatro y la música, el poder imperial y naval se expandió y la ciencia y la tecnología inglesas dominaron el mundo (Gottlieb y Linehan, 2004). En la misma línea, el Movimiento Nacional Socialista (NSB) holandés invocó la edad de oro holandesa del siglo XVII , cuando, una vez liberados del yugo español, el comercio, la ciencia, la fuerza militar e imperial y el arte del país se hallaban entre los de mayor prestigio del mundo. Entretanto, los fascistas franceses (y el régimen para-fascista de Vichy) estaban revisando el mito liberal del derrocamiento de la monarquía y desarrollando una «Revolución Nacional», antirrepublicana y autoritaria, que racionalizaba su agenda colaboracionista y antisemita (Arnold, 2000: 133-192). En Sudáfrica, el Ossewabrandwag (o Centinela de los carros de bueyes) identificaba la lucha de los bóers para crear una colonia viable antes de la ocupación británica como la prueba de que constituían una ultra-nación orgánica que en esos momentos experimentaba su renacimiento (Marx, 2009).

Uno de los mitos fundamentales más originales, que mezclaba fantasías protocrónicas con otras de una edad de oro, lo desarrolló Acción Integralista Brasileña (AIB). Habida cuenta de la compleja mezcla racial de un país en el que los indígenas y los descendientes de generaciones de colonizadores portugueses y de sus esclavos africanos se habían casado entre sí durante siglos, Plínio Salgado no podía permitirse nociones más o menos científicas de pureza biológica, eugenesia o de una mítica superraza ancestral. En su lugar, para él la esencia de lo brasileño *(brasilidade),* que proporcionaría la fuerza espiritual cohesiva que se necesitaba para el renacimiento del país, radicaba precisamente en su singular mezcla étnica y cultural, que había hecho posible el auge de Brasil como potente economía moderna y nación política. La AIB, por lo tanto, celebraba el mestizaje al que tanto temían los racistas nazis, la Legión, los hungaristas y la Ustacha (Turda y Gillette, 2014).

Hasta que su movimiento fue prohibido por el dictador Getúlio Vargas en 1938, Salgado hizo campaña para que se considerase Brasil un laboratorio ideal en el que demostrar el poder de una sociedad de mezcla racial para revitalizar una nación espiritual y culturalmente, y a partir de ahí política y económicamente, y así poner los cimientos para la «cuarta era de la humanidad» (Bottura, 2009). Una vez que Salgado se halló en el exilio en Portugal, Vargas estuvo encantado de promover el mito conciliador de la mezcla racial de la AIB durante su propio régimen.

Las variedades de políticas de género fascistas Los presupuestos patriarcales del fascismo en el campo de la política de género están bien documentados. Tanto con el Fascismo italiano como con el Nazismo, el cuerpo femenino (y en última instancia también el masculino) pertenecía al Estado

y tenía que servir a la comunidad nacional (Horn, 1994; Stephenson, 2001). Ambos regímenes afirmaban que, al devolverlas a sus papeles biológicos «naturales» de madres y amas de casa, habían emancipado a las mujeres de su «falsa» emancipación por parte del feminismo, que según la propaganda fascista era responsable de la esterilidad e histeria de la «mujer en crisis» (donna crisi), que había escapado de la esclavitud de la vida doméstica tan sólo para llevar una existencia trivial, vana y narcisista que desnaturalizaba a su género.

Sin embargo, estudios recientes han revelado un mayor grado de connivencia espontánea con el fascismo y de apoyo a éste por parte de organizaciones femeninas y de activistas individuales de lo que las ideas preconcebidas y simplistas sobre el patriarcado harían prever (Passmore, 2003). Es especialmente errónea la idea de que el fascismo simplemente quería devolver a las mujeres a los papeles que les asignaban los conservadores tradicionales. Cierto es que, una vez casadas, se animaba a las mujeres a que contribuyesen al aumento de la tasa de natalidad por medio de la combinación de una continua propaganda en la que se idealizaba la maternidad (en Italia con reminiscencias del culto a la Virgen), de incentivos económicos para sacar a las mujeres casadas de sus puestos de trabajo y de medallas para las familias numerosas. Aun así, la doctrina del fomento de la natalidad (o «natalismo») en los regímenes del *Duce* y del *Führer* hizo gala de un elemento claramente modernizador y anticonservador. Las innovaciones que se introdujeron para mejorar la salud demográfica de la nación, como la inversión estatal para la ayuda a la maternidad y la medicina infantil, se adelantó a determinados aspectos de la asistencia sanitaria a las mujeres que es normal en los Estados del bienestar democráticos modernos, pero sin el énfasis liberal en el individualismo o en los derechos de la mujer (Quine, 2002).

Además, ahora se animaba a las mujeres a que volvieran a experimentar su compromiso con la vida familiar, la vida doméstica y la maternidad dentro del contexto de una visión oficial que atribuía un papel heroico a su sacrificio por el bien de las generaciones futuras, un mito este que, por el poder del que parecía dotarlas, resultó muy atractivo para una minoría de mujeres que querían conseguir mayor relevancia tanto en la Italia fascista (De Grazia, 1992) como en Alemania (Pine, 1997), e incluso entre algunas antiguas sufragistas inglesas (Gottlieb, 2000). De forma coherente con esa nueva definición de los roles de género, que animaba a las mujeres a sentirse miembros plenos de la comunidad nacional, ambos regímenes incitaban a las mujeres jóvenes y adultas a unirse a organizaciones de masas con las que se pretendía integrarlas en la mentalidad fascista activista que operaba en ese momento, además de incrementar su fuerza física y su ética del trabajo. Eso tuvo como resultado que, para millones de mujeres alemanas, y sobre todo italianas, su primera experiencia real de la vida moderna consistió en participar en las actividades paramilitares uniformadas de alguna organización juvenil, en realizar trabajos auxiliares para las fuerzas armadas o en tomar parte en las actividades de ocio comunitarias (esta vez sin uniforme) de organizaciones de recreo como el Dopolavoro (Después del trabajo) o Kraft durch Freude (Fuerza a través de la alegría).

No obstante, no cuesta encontrar diferencias nacionales en las políticas de género fascistas. El entorno social profundamente católico del Fascismo italiano y el Falangismo español garantizó que, a diferencia de lo que ocurrió en el Nazismo, en Italia y España no se practicara la eugenesia negativa que en el Tercer Reich llevó a la esterilización o matanza de mujeres consideradas física o mentalmente deficientes, ni a la categorización de millones de mujeres de la Europa del Este y de la Rusia ocupadas como especímenes de una rama de la humanidad infrahu-

mana y racialmente inferior a las que, por lo tanto, sólo se podía dejar sobrevivir como esclavas del régimen. En los regímenes de Mussolini y Franco era imposible que las mujeres tuvieran que someterse al equivalente de la llamada Prueba Mischling (de mezcla racial) que sus homólogas alemanas tenían que hacerse antes de casarse para determinar la pureza aria de su sangre. Tampoco podría haberse dado ningún intento en un país (post) católico de imitar la iniciativa nazi del Lebensborn (Fuente de vida) para producir en serie niños sanos de padres arios, lo que incluyó la creación de instalaciones en las que los oficiales de la SS, a modo de sementales humanos, podían transmitir sus cualidades genéticas.

En tiempo de guerra, el Estado ustacha croata matizó aún más la política de género. La influencia de las teorías tomadas de las corrientes de Europa del Este acerca de la eugenesia, la higiene racial y la teoría demográfica en pro de la natalidad, se combinó con los presupuestos católicos que prevalecían para crear un «pensamiento contradictorio» *(doublethink)* en lo referente a cuestiones raciales. Se animaba a las mujeres croatas a que volviesen a la vida doméstica y cumplieran con su función «natural» de amas de casa, reproductoras y guardianas morales de la raza. La moral católica, reforzada por el notorio apoyo al régimen de parte del clero católico, también negaba a las mujeres el aborto e impedía que la Ustacha aplicara la eugenesia negativa para evitar que las mujeres croatas a las que no se consideraba sanas desde el punto de vista racial se reprodujeran, del mismo modo que protegió a los croatas que tenían alguna enfermedad hereditaria de una campaña de eutanasia al estilo nazi. Sin embargo, a diferencia de la Italia fascista, la milicia Ustacha no tuvo los mismos escrúpulos a la hora de decidir la suerte de sus «enemigos» seculares de raza (Yeomans, 2002). Como resultado, los campos de concentración de la Ustacha se convirtieron en cerrados campos de la muerte para «limpiar» a Cro-

acia de serbios, judíos y gitanos, tanto hombres como mujeres, a una escala que, en términos del porcentaje de la población que fue asesinada, fue similar a la de la «Solución final» de la Europa nazi. Sólo en el campo más grande, el de Jasenovac, se cometieron más de 80.000 asesinatos en actos individuales de brutalidad que no se escondían tras el anonimato de las matanzas masivas en cámaras de gas.

Está claro que, de haber llegado más fascismos al poder, cada régimen habría desarrollado su propia variante de política de género ultranacionalista. A juzgar por su ideología, sólo una minoría habrían identificado oficialmente a las categorías de mujeres a las que había que esterilizar o matar, y puede que algunos hasta hubiesen promovido la emancipación femenina, dentro de los límites de un Estado fascista, permitiendo el servicio activo a la nación incluso después del matrimonio. Sólo podemos especular acerca de cuántos movimientos fascistas, una vez reducidos a marionetas colaboradoras con el Tercer Reich, habrían aceptado en la práctica las políticas de eliminación de los nazis de sus supuestos enemigos raciales y genéticos, tanto mujeres como hombres, como parte del Nuevo Orden Europeo.

Las variedades de modernismos fascistas El grado en que cada fascismo abrazó o rechazó la estética del modernismo cultural en su sentido artístico-histórico convencional de nuevo fue muy variado. En contraste con el Tercer Reich, en el que la Cámara de la Cultura del Reich, de Goebbels, imponía una censura draconiana en todos los ámbitos de la producción cultural, el Fascismo italiano, que tenía un aparato propagandístico poco eficaz, no impuso ningún estilo oficial del régimen ni censura artística. En su lugar, regía el principio de un «pluralismo hegemónico» que admi-

tía todo tipo de creatividad artística siempre que se dedicara a ese renacimiento de Italia que haría posible el liderazgo providencial del Duce, o al menos estuviera asociado a él (Stone, 1998).

Como resultado, importantes talentos modernistas como Filippo Marinetti, Umberto Boccioni, Giuseppe Terragni, Adalberto Libera y Mario Sironi fueron algunos de los miles de italianos de gran creatividad que contribuyeron libremente a un extraordinario aluvión de pintura, escultura, diseño, fotografía, moda, cine, arte público, arquitectura y urbanismo contemporáneos, lo que incluyó la creación de nuevas ciudades, por no mencionar la profusión de arte y diseño de vanguardia, de publicaciones de bellas artes y de importantes proyectos culturales como la *Enciclopedia italiana* (que contenía muchas contribuciones de personas que no eran fascistas). Al colaborar de ese modo, estaban concediendo indirectamente legitimidad a un régimen que se jactaba de que, como parte de su proceso global de renovación, estaba inaugurando un renacimiento cultural e intelectual que era una expresión más del eterno genio de Italia.

Ese clima de renovación de la creatividad nacional se estimuló de forma proactiva por medio de un constante flujo de concursos, exposiciones y obras públicas visionarias, como fueron el nuevo sistema de *autostrada* o los estudios de Cinecittà, el Hollywood italiano. En su fusión del clasicismo romano con el escueto neoclasicismo de la «Nueva objetividad» de los años treinta, la nueva universidad de Roma, La Sapienza, diseñada por Marcello Piacentini, encarnaba el ideal del Fascismo italiano del «modernismo con arraigo», que evocaba los valores heroicos de un pasado glorioso (en este caso el de la antigua Roma), a la vez que se adhería por completo a la funcionalidad moderna (Kallis, 2014). Las «nuevas ciudades» fascistas como Sabaudia, construida al estilo propio del modernismo fascista sobre tierras arrebatadas a las marismas infestadas de malaria,

representaban la creación de una economía agraria supuestamente autárquica que iba unida a un urbanismo moderno, tecnología, higiene y política demográfica de vanguardia, llevadas a cabo dentro del espíritu «romano» de renovación nacional, y que producían imágenes de un equilibrio económico, ideológico y estético entre pasado y presente en el que fugazmente quedaba capturada la utopía fascista.

En Francia creció después de 1918 una prolífica cultura intelectual fascista que tenía sus raíces en la rebelión de *fin-de-siècle* contra la decadencia. En la práctica, apenas fue más allá de la primera fase de un proto-movimiento o pre-movimiento de ultranacionalismo utópico, y la única excepción de importancia, la Croix de Feu (Cruz de fuego), al final renunció a la revolución y se convirtió en un partido democrático. Aun así, pone de relieve la gran variedad de pensamiento cultural fascista de muchos miembros de la intelectualidad ultranacionalista francesa, que en los años treinta admirarían al Tercer Reich y que llegarían a ser más claramente protagonistas de la estética modernista que sus homólogos italianos. Para ellos, los valores de la nueva Francia no estaban esbozados en el neoclasicismo francés, sino en las obras de figuras como el pintor simbolista Maurice Denis, los arquitectos Le Corbusier y Auguste Perret, los escultores Charles Despiau y Aristide Maillol, la fotógrafa de la «Nueva Visión» Germaine Krull y el fauvista Maurice Vlaminck (Antliff, 2007).

Incluso la relación del nazismo con la estética del modernismo es mucho más ambivalente de lo que por lo general se cree. Durante décadas se pensó que la hostilidad del Tercer Reich hacia los estilos pictóricos más experimentales, tipificada en la «Exposición de Arte Degenerado» de triste fama de 1937, en el cierre de la Bauhaus (una fuerza fundamental de la arquitectura modernista), en la quema de libros «decadentes» y en la prohibición del jazz y de la música atonal, significaba que el fascismo

en conjunto no sólo era antimoderno, sino también antimodernista. Sin embargo, una facción de los líderes nazis veía el expresionismo alemán (el no comunista) como la encarnación de un espíritu faustiano que era arquetípicamente ario. En 1934 hasta se celebró en Berlín una exposición de *Aeropittura* italiana, una rama del futurismo, que se inauguró con un discurso visionario del poeta archi-expresionista Gottfried Benn. Mientras, Goebbels rendía homenaje a Edvard Munch (el pintor noruego de *El grito)* por su expresión del espíritu nórdico, y algunos oficiales de la SS, así como Goebbels, seguían siendo grandes aficionados al jazz pese a la censura oficial. En las artes visuales, el estilo racionalista internacional de arquitectura se usó en fábricas, puentes, centrales eléctricas e incluso en algunos edificios civiles, mientras que el diseño del Volkswagen era tan avanzado que en 2006 formó parte de la exposición «Modernismo: el diseño de un nuevo mundo», que organizó el Victoria and Albert Museum de Londres. Tal vez sea más sorprendente que en 1933 el propio Hitler hablara en una conferencia sobre cultura de la necesidad de que el diseño hiciera gala de «un funcionalismo que tenga una claridad cristalina» (Dyckhoff, 2002).

Visto desde ese ángulo, queda claro que el uso de un austero neoclasicismo para edificios civiles icónicos de los nazis, como la Casa del Arte Alemán o el aeropuerto de Tempelhof, no ha de entenderse como antimoderno, sino como la propia estética revolucionaria del nazismo, un híbrido de lo antiguo y lo moderno que de nuevo indica una forma del «modernismo con arraigo» típico del fascismo genérico (Griffin, 2017). Del mismo modo, los valores intemporales del proyecto de Speer para reconstruir Berlín de acuerdo con el espíritu «eterno» de la antigüedad clásica «aria», también pueden entenderse como modernistas en su paradójico carácter futurista de búsqueda de una eternidad nacional (Michaud, 2004).

En definitiva, en el contexto político revolucionario del fascismo de entreguerras es importante que no abordemos la cultura fascista únicamente a través de la habitual lente de las categorías estéticas que nos proporciona la historia del arte convencional. El «modernismo», una vez visto desde una perspectiva sociocultural o antropológica más amplia, no se refiere solamente a la experimentación estilística, sino que también invoca el espíritu de abrazar el constante cambio de la modernidad con la actitud vitalista y futura de lo que Peter Osborne llama «la afirmación de la temporalidad de lo nuevo» (Osborne, 1995: 142). Es una respuesta al aspecto de la vida moderna, dinámico y creativo-destructivo, que fue adoptado con entusiasmo por el futurismo y que resuena en la exhortación de Ezra Pound, una de las principales figuras del modernismo literario e importante propagandista del Fascismo italiano (Feldman, 2013), de «hacerlo nuevo» (Pound, 1935). En ese sentido, las ansias del nazismo de hacer estallar la continuidad de la historia con el experimento radical y totalizador de crear un nuevo orden sociopolítico puede entenderse como la mismísima encarnación del modernismo (Fritzsche, 1996). Por lo tanto, a sus distintos modos, tanto la Italia fascista como la Alemania nazi tal vez debieran ser considerados «Estados modernistas» (Griffin, 2007), pese a sus estilos culturales muy diferentes, a sus regímenes de control social y a sus obsesiones con los pasados míticos.

Las variedades de políticas económicas fascistas Asimismo, en economía no hubo un único modelo fascista que adoptar, más allá de la afirmación de que la economía debía promover el renacimiento de la ultra-nación en su primera fase y, a continuación, sustentar su nueva grandeza, con lo que los intentos de generalizar son arriesgados (Baker, 2006). Así pues, en contraste con el bolchevismo, no se veía la transformación del sistema capitalista como condición

previa para hacer la revolución. En su lugar, y como deja claro la película propagandística de Leni Riefenstahl, El triunfo de la voluntad, *oficialmente el principal impulsor del cambio tenía que ser el voluntarismo, la «voluntad» revolucionaria de la comunidad nacional renacida, que el líder carismático despertaría y orquestaría y que se canalizaría hacia la actividad heroica, la creatividad, la productividad y la innovación en todos los campos. Como es normal, ambos regímenes tendieron hacia una importante intervención estatal en la construcción de complejos industriales y militares, la consecución de la autarquía y la imposición de una economía de guerra de manera que pudieran realizar sus ambiciones imperialistas. Sin embargo, de haber ganado la guerra las potencias del Eje, cabe especular qué habría sido del capitalismo europeo, si bien el uso secreto que hicieron de bancos suizos como parte del esfuerzo bélico (Lebor, 1997) parece indicar que podría haber surgido algún tipo de sistema híbrido, en el que el Estado totalitario ejerciese el control al tiempo que trabajaba conjuntamente con instituciones monetarias internacionales.*

No hay duda de que, para los fascistas más radicales, el objetivo a largo plazo era remplazar la profunda desigualdad social y el individualismo atomizador, producidos por el capitalismo y la estratificación de clases, por una comunidad nacional cuyos miembros estuvieran protegidos de la explotación y las privaciones por un Estado altamente intervencionista que dirigiría la economía para salvaguardar los intereses de toda la nación, entendida ésta como un organismo homogéneo en lo étnico o en lo cultural. De ahí la declaración de Goebbels de que los nazis eran «enemigos mortales del actual sistema económico capitalista, que explota a cualquiera que es económicamente débil y que es injusto a la hora de distribuir la riqueza», y de que los nazis estuvieran decididos a «acabar con el viejo mundo y crear uno

nuevo, a destruir hasta la última piedra para dar paso a una nueva creación» (Pellicani, 2012).

Tanto las implicaciones palingenésicas y genocidas de esa visión, como la primacía de la política racial sobre la económica (Mason [1966], 1972), quedaron explicadas en un discurso que dio Hitler en 1938: El artífice creativo de este renacimiento es el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán [...] Tenía que limpiar Alemania de todos los parásitos para los que las penurias de la madre patria y de sus gentes eran una fuente de enriquecimiento personal. Tenía que reconocer el valor eterno de la sangre y la tierra, y elevarlos al nivel de las leyes que rigen nuestra vida (Hitler, 1942: 242).

Nunca se sabrá lo que en términos prácticos eso habría supuesto verdaderamente para la economía del Nuevo Orden Europeo de haber ganado la guerra las potencias del Eje. Entretanto, el Tercer Reich se mostró perfectamente preparado para utilizar el poder de las instituciones financieras independientes, la industria privada, las grandes empresas y el sector manufacturero, siempre que sirvieran a los intereses de la nación (Tooze, 2006).

Los fascistas italianos funcionaron de un modo igual de pragmático, mezclando el capitalismo liberal con la planificación estatal, el proteccionismo y la interferencia en el mecanismo de cambio para lograr la *autarchia* . Sin embargo, a diferencia del Tercer Reich, el régimen dio algunos pasos institucionales en la dirección de desarrollar una alternativa corporativista al capitalismo, más en la línea propuesta por los nacionalistas que por los nacionalsindicalistas, aunque no llegó a pasar de una fase embrionaria. Llegado el momento, las debilidades económicas del Fascismo italiano, y por lo tanto su vulnerabilidad militar, fueron decisivas a la hora de impedir que fuese un aliado solvente de los nazis y que tuviera un peso más decisivo en el Eje.

Las teorías orgánicas de Estados corporativos —católicos, autoritarios y fascistas— fueron características de la Europa de entreguerras (Costa Pinto, 2017), pero el modelo por el que abogó Alexander Raven Thomson en *The Coming Corporate State (El Estado corporativo que se avecina)* (1935), y que fue adoptado por la Unión Británica de Fascistas (BUF) como su política oficial, de nuevo habría producido una economía distinta del híbrido que surgió bajo el mandato del Fascismo italiano (Cerasi, 2017). Algunos ideólogos de la Guardia de Hierro rumana también se adhirieron al corporativismo en principio, pero, a diferencia de sus homólogos del Fascismo italiano, para ellos sólo sería una estrategia viable que podrían adoptar *después* de llevar a cabo la revolución nacional que limpiaría la nación de elementos indeseables, en su mayor parte judíos (Mota, 1933: 3; Platon, 2012). El Nazismo, por otro lado, improvisó una mezcla cambiante de economía de mercado y planificación estatal a partir de una base *ad hoc* que no habían previsto ninguno de los modelos corporativistas (Neumann, 2017; Tooze, 2006; Kershaw [1985], 2000: 47-69).

Lo que diferencia al Nazismo de todos los demás fascismos en lo económico y lo moral, no obstante, es que su variante racista del fascismo le dio patente de corso para crear un vasto imperio europeo que dependía cada vez en mayor grado no sólo de la producción agrícola y económica de los territorios conquistados, sino, hacia finales de la guerra, de al menos doce millones de «trabajadores forzosos», o esclavos, que estaban sometidos a diversos niveles de deshumanización, explotación y tormento físico y mental. Algunos de ellos terminaron sus días trabajando para empresas capitalistas construidas dentro de campos de concentración, como es el caso de la famosa fábrica Buna de Auschwitz, pero el paradigma empático parece indicar que fueron los sueños de Alemania de constituirse en una ultra-

nación renacida, y no los planes del capitalismo para aumentar sus beneficios, los que los esclavizaron.

Las variedades de fracasos fascistas A estas alturas, ya debería estar perfilándose un patrón fundamental de los estudios comparados de la «era fascista». Cualquier tema que se examina produce la imagen de una extremada heterogeneidad de fenómenos en la superficie, que coexisten con una homogeneidad fundamental que vemos con claridad cuando ponemos el foco de atención en la definición de trabajo genérica o matriz ideológica que (metafóricamente) está generando esas realidades fenomenológicas únicas. Una imagen óptica de esa paradoja sería un póster lenticular en 3D que mostrara dos imágenes: desde un ángulo de visión se vería un momento visual memorable de la historia de un movimiento fascista concreto, y desde el otro, la portada de un libro sobre el fascismo genérico (por ejemplo, éste), lo que permitiría al espectador pasar de una a otra simplemente cambiando de punto de vista.

La matriz quedó identificada en el anterior capítulo, a partir de la empatía metodológica, como la búsqueda de una nueva ultra-nación que resurgiría cual ave fénix de una sociedad liberal en crisis. La paradoja de poder ver un fenómeno político o histórico de carácter único, como por ejemplo fue el Holocausto, a la vez como manifestación de un concepto genérico (en este caso el de «genocidio»), resuelve el largo debate sobre si el nazismo fue «demasiado singular» o «extremo» para poder considerarse una forma de fascismo (Kershaw [1985], 2000: 20-46): fue tanto único como *parte* de un género de fenómenos (construidos a partir del tipo ideal) llamados «fascismo». De hecho, cualquier tema de los estudios sobre el fascismo, si se examina comparadamente, manifiesta el mismo síndrome de una extre-

mada heterogeneidad/particularidad *y* de homogeneidad/ «condición genérica», ya se trate de la relación del fascismo con el capitalismo, del antisemitismo, de la religión oficial, de religión política y políticas rituales, de políticas demográficas, de tradiciones y costumbres populares, de tecnocracia, trabajo, el Estado del bienestar, pintura, estética, cine, deporte, arquitectura, educación, organizaciones de masas, masculinidad, propaganda, control social, la ley y el sistema legal, el tiempo, la lengua u otras cuestiones específicas. De ese modo Roger Eatwell hizo una importante contribución teórica para entender que la diversidad y la homogeneidad se pueden conciliar en los estudios comparados del fascismo, cuando argumentó que la misma matriz de ideales y objetivos centrales se podía expresar en los distintos grupos de creencias y políticas de movimientos individuales que estuvieron en funcionamiento en diferentes hábitats históricos (Eatwell, 1992, 2009).

Incluso dentro del mismo movimiento hubo facciones rivales que adoptaron posturas radicalmente opuestas con respecto a diversas políticas (Roberts, 2000), y el estudio de la visión del mundo de los líderes nazis revela profundas divisiones sobre asuntos fundamentales como el antisemitismo y el papel del campesinado en el nuevo orden (Kroll, 1999). Sin embargo, por muy enconadas que fueran las disputas, todas las diferencias ideológicas y sobre políticas se adaptaban por lo general dentro de lo que se vivía *fenomenológicamente* como el «mismo» movimiento (Platt, 1980), que se basaba en el mito aglutinador —que a su vez le daba cohesión— del avance colectivo hacia el inminente renacimiento del pueblo en forma de una ultra-nación moderna y gobernada por un líder providencial.

No obstante, al concentrarnos con un exceso de detenimiento en temas individuales, corremos el riesgo de perder de vista otro de los rasgos genéricos más destacados del fascismo en su condición de nueva fuerza ideológica que estuvo en activo entre

1918 y 1945. Es un rasgo que, una vez más, adopta formas muy dispares, pero que en este caso sólo se hace evidente cuando se considera la «era fascista» como un todo: sus repetidos fracasos como forma política revolucionaria. De los muchos movimientos fascistas que surgieron en la Europa de entreguerras, sólo se puede decir de un puñado de ellos que llegaran a lo que Robert Paxton llama «la fase de arraigo», en la que se integra en el sistema político del país, y sólo dos, el Fascismo italiano y el Nazismo, alcanzaron la fase (de curioso nombre) de «llegada y permanencia en el poder», en la que lograron un grado bastante prolongado de hegemonía autónoma sobre el Estado y la sociedad en tiempo de paz (Paxton, 2004: caps. 4 y 5). La Ustacha croata, pese a su violencia genocida, llegó al poder al amparo de la guerra, en todo momento dependió en última instancia de las potencias del Eje y se desintegró rápidamente tras la derrota de aquéllas.

Por lo que se refiere a movimientos frustrados, hubo uno, la Guardia de Hierro rumana, que técnicamente compartió el poder —de hecho dos veces— antes de ser reprimido y finalmente eliminado, mientras que otros se vieron reducidos al papel de participar en los gobiernos títeres de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Hungría y la Italia «republicana» durante la ocupación nazi de esos países. Donde había regímenes autoritarios, los demás movimientos fueron aplastados (por ejemplo, en el Portugal de Salazar), o prohibidos (en el Brasil de Vargas) o absorbidos (en la España de Franco). Donde había democracias liberales, los fascismos fueron marginados en todas partes a excepción de en Italia y Alemania (Griffin, 1991: cap. 5). Por lo que respecta a la derrota final de las potencias fundadoras del Eje, el Fascismo italiano, según Paxton (2007: cap. 6), entró en una fase de entropía en la que empezó a transformarse en un Estado autoritario tradicional, mientras que el radicalismo cada vez más profundo del Nazismo lo llevó a ir aún más allá en sus

ambiciones militares e imperialistas hasta provocar su propia catástrofe.

Los historiadores han estudiado con detalle los posibles factores que dictaron que tanto la Italia fascista (Deakin, 1962; De Grand, 1991) como la Alemania nazi (Kershaw, 1999: caps. 9-16; Evans, 2004: caps. 5-7) perdieran el rumbo y terminaran por ser derrotadas militarmente. La cuestión crucial, en el contexto que nos ocupa, es si cada fracaso del fascismo, ya fuera como movimiento frustrado o como régimen, fue de por sí una contingencia que, por lo tanto, se podría haber evitado. O, en cambio, cabría plantearnos si es la variante individual de otro aspecto básico de la matriz fascista la que por lo general impide que, en primer lugar, conquiste el Estado y, en el caso de que consiga hacerse con el poder, *inevitablemente* condena todos sus intentos de llevar a la práctica sus utopías ultranacionalistas a que sólo sirvan para ocasionar distopías y catástrofes, por mucho que el modo preciso en que un régimen fascista fracasa siga siendo una contingencia.

Una vez más, este libro sólo puede abordar superficialmente una cuestión tan compleja, pero podemos señalar una serie de factores que parecen indicar que, independientemente de la profunda contingencia que pueda operar en el modo en que los regímenes fracasaron, el proyecto fascista siempre está condenado a malograrse. El primer factor obvio a tener en cuenta es la necesidad de espacio político (Linz, 1980) para que un grupúsculo fascista, o quizá inicialmente la fantasía revolucionaria de un solo individuo, haga la transición hasta convertirse en un movimiento que cuente con un sustancial impulso populista. Como los regímenes autoritarios tienen poder para acabar con cualquier amenaza a su hegemonía por la fuerza, sólo los regímenes democráticos liberales que experimentan una profunda crisis de legitimidad, que surge en una nación que padece una amenaza a su supervivencia como sistema completo, son los que

pueden permitir que un movimiento fascista «se haga con el poder» democráticamente. En el sentido más amplio, y de modos muy distintos, ésa es la situación que Mussolini y Hitler supieron aprovechar, aunque ambos habían empleado previamente la amenaza de dar un golpe de Estado paramilitar con muy distintos resultados. La falta crónica de espacio político decide la suerte de la mayoría de movimientos fascistas cuando todavía están en su infancia —antes y después de 1945—, y garantiza que las uvas de la ira fascista rápidamente se marchiten en la vid. De hecho, un factor fundamental de la marginación del fascismo es la ausencia de una crisis de identificación *subjetiva* lo bastante profunda y generalizada con el *statu quo* dentro del conjunto de la población, por muy extendidos que puedan estar los factores *objetivos* de crisis (para un estudio sobre el tema, véase Cronin, 1996).

Por lo que respecta a los dos regímenes que sí «llegaron al poder», varios factores genéricos condenaron a la ultra-nación palingenésica fascista y nazi a que siguiera siendo una fantasía terriblemente costosa para la humanidad. En primer lugar, y a diferencia de los regímenes autoritarios y conservadores, los regímenes fascistas dependen para ser viables de un constante dinamismo y extensión de su poder nacional e internacional que ningún Estado puede mantener. En segundo lugar, las ambiciones territoriales siempre conducen a conflictos, guerras y ocupaciones coloniales, las cuales, a menos que reporten considerables beneficios económicos para el colonizador, no pueden costearse indefinidamente sin llevar al país a la bancarrota (como le habría ocurrido al imperialismo fascista de no ser antes vencido). Incluso en el caso de que un imperio fascista sea capaz de crear un imperio totalitario, y de dirigirlo utilizando los recursos de sus enemigos conquistados de los que se apodera por la fuerza, como era la intención del Tercer Reich, está sometido a la ley de la «grandeza y decadencia de las grandes potencias»

que definió Paul Kennedy (1987), según la cual siempre terminan fracasando por una combinación de razones económicas, sociales, logísticas y militares que hacen que sean insostenibles. Además, la obsesión del Nazismo con el determinismo racial supuso que sus líderes fueran incapaces de hacer gala del pragmatismo que permitió que el Imperio Romano, y luego varios imperios coloniales europeos, durasen todo lo que lo hicieron convirtiendo a sus súbditos en ciudadanos.

Mucho antes de la inexorable decadencia del Tercer Reich, su área de principal apoyo y su cohesión interna habrían sucumbido al principal fallo del fascismo de entreguerras, entendido como sistema de poder estatal, que es su dependencia de un líder carismático, el cual, *por definición,* es irremplazable a menos que se forme una dinastía familiar, un punto débil que Mussolini y Hitler se cuidaron mucho de no tener en cuenta. Sin embargo, otros factores más profundos hicieron que incluso el régimen fascista más poderoso de la historia durara poco más de doce años, cuando afirmaba que estaría un milenio en el poder. Ambos regímenes totalitarios, y sus intentos de revoluciones también totalitarias, se basaban en la posibilidad de realizar una utopía de ingeniería social, y por lo tanto encallaron y se destrozaron contra las rocas de la naturaleza humana. Los seres humanos estamos dotados de un yo proteico (Lifton, 1993) que ni puede convertirse indefinidamente por la fuerza a una ideología, ni quedar reducido permanentemente a ser una unidad dócil dentro del plan de unos fantasiosos dominados por su orgullo desmedido, por mucho sufrimiento que les sea infligido y por mucha crueldad que padezcan a manos de los esbirros de aquéllos. El Estado del terror, por lo tanto, siempre es una parodia de la utopía revolucionaria y totalitaria que ese Estado pregona en su propaganda, y el mismo intento de hacer realidad esa utopía por medio de la fuerza y la violencia es un grotesco fracaso de liderazgo y de inteligencia política. Las revolu-

ciones antropológicas y temporales a las que dé lugar la fantasía palingenésica fascista nunca llegarán a ver la luz.

Esperamos que este capítulo haya mostrado que, para hacer que el vasto segmento de la historia moderna subsumido bajo el concepto «fascismo» sea accesible para el estudio o la interpretación como algo más que «una cosa detrás de otra» —o, como millones de no fascistas y víctimas lo experimentaron de verdad, un horror detrás de otro—, es fundamental que los investigadores puedan recurrir a un concepto genérico coherente que sirva de lo que se ha denominado «rejilla interpretativa», el cual distinga el fascismo de los no fascismos e identifique los síndromes que se repiten en sus ideas, políticas y acciones. Sin ese concepto, no hay nada que ayude a los investigadores a decidir qué movimientos y regímenes deben clasificarse como fascistas, o a entender el material relacionado con los sucesos de tantas historias nacionales dispares. Provistos de tal rejilla, empiezan a formarse espontáneamente patrones narrativos, factores causales comunes e imágenes interpretativas a partir de la aparente arbitrariedad y contingencia de los hechos. Tales imágenes se asemejan a las formas que misteriosamente salen de una estereografía tridimensional, en la que lo que parece un remolino abstracto y sin sentido de detalles y colores no se contempla de por sí, sino que se mira a través de él para centrarse en un punto que está *detrás* de la imagen (Levine y Priester, 2008). La matriz conceptual que propusimos en el último capítulo permite que surja una profunda homogeneidad —invisible para los que insisten en que los estudiosos del fascismo deben ceñirse simplemente a los hechos y dejar de lanzarse a búsquedas de definiciones inútiles—, de forma no menos misteriosa, de entre el fárrago de datos en bruto, y en apariencia aleatorios, asociados con el fascismo.

En el siguiente capítulo centraremos nuestra atención en discernir que la misma matriz de utopismo político que dio lugar

a tantos movimientos fascistas uniformados con anterioridad a 1945, se perpetuó en una profusión de fenómenos de extrema derecha muy diversos que no parecen tener mucho que ver con el fascismo de entreguerras. Aunque ya no son capaces de movilizar a multitudes de cientos de miles, este variado «neo-fascismo» tiene más valor para los politólogos que el de una mera curiosidad, ya que sigue engendrando odio y tiene la capacidad de inspirar actos concretos de discriminación y violencia que no tienen mucho sentido fuera del contexto de las visiones fascistas originales de un nuevo orden nacido del caos de la Europa de entreguerras.

5
EL NEO-FASCISMO: EVOLUCIÓN, ADAPTACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

La amenaza que supuso para el fascismo que el Eje perdiera la guerra Trasladar el foco de interés de los estudios comparados del fascismo de la Europa de entreguerras a la de posguerra significa adentrarse en un panorama político totalmente transformado. Entre 1945 y 1955, el orden político, social, económico y cultural sufrió a nivel internacional unos cambios estructurales que no fueron menos profundos, rápidos o inesperados que los que se combinaron tras la Primera Guerra Mundial para crear las condiciones originarias para que el fascismo irrumpiera en escena de forma tan inesperada como improvisada. Sin embargo, mientras que el fascismo se convirtió en aspirante a ocupar el poder del Estado en varios países, o al menos se comportó como tal, conforme la crisis mundial se acentuaba en los años treinta, las consecuencias de la nueva oleada de agitaciones sísmicas que sacudieron todo el orbe poco después de la Segunda Guerra Mundial demostraron ser letales para el fascismo como alternativa creíble a la democracia parlamentaria, el autoritarismo conservador y el comunismo.

En todos salvo en los antiguos países del Eje, la rápida recuperación tanto del liberalismo como del capitalismo en Europa Occidental y del Norte, lo que sucedió a la vez que Estados Unidos y la URSS surgían como superpotencias rivales enzarzadas en una Guerra Fría que en potencia podría llegar a ser catastrófica, restringió severamente el espacio político para todas aquellas formas revolucionarias de nacionalismo que eran movi-

mientos populistas, cuya retórica de renovación y renacimiento nacional y racial, en cualquier caso, ya estaba para entonces totalmente desacreditada. Haciendo uso de una frase de *Los siete pilares de la sabiduría,* de T. E. Lawrence, Kevin Coogan (1999) llamó a Francis Yockey, infatigable defensor y agente secreto de un supuesto imperio fascista internacional que debía surgir de las cenizas de la guerra, un peligroso «soñador de día» (Yockey, 1948). Desde 1945, infinidad de miles de oscuros «soñadores de día», desperdigados por todo el mundo, han dedicado sus vidas, solos o en pequeños grupos, al vano intento de llevar a cabo su versión actualizada de una utopía fascista, y a perfeccionar su estrategia de cómo ser fascista en una era postfascista, al igual que otros «supervivientes» más eminentes e impenitentes de la era fascista como fueron Oswald Mosley (1968; Macklin, 2007), Julius Evola (1953, 1961; Furlong 2011: cap. 6), Maurice Bardèche (1961) o Léon Degrelle (1969). Han mantenido su lealtad a la causa pese a la derrota militar absoluta de las potencias del Eje tanto en el escenario bélico europeo como en el del Pacífico, lo que supuso un coste total de más de setenta millones de vidas humanas, así como la revelación de millones de crímenes horrendos contra civiles como resultado de la represión, persecución y genocidio que se cometieron en nombre de un Nuevo Orden Europeo o de la Esfera de Co-prosperidad de la Gran Asia Oriental (pues, aunque técnicamente el Japón imperial no era fascista, existían suficientes afinidades para que se uniera a las potencias del Eje en 1937).

Desde que empezó la Guerra Fría a finales de los años cuarenta, los vientos del cambio histórico han soplado con fuerza contra la extrema derecha, lo que ha hecho que le fuese aún más difícil mantener viva la llama de su continua fe en el renacimiento ultranacionalista (la llama es uno de los símbolos predilectos del fascismo). Pese a lo seguro que se pueda sentir cada forma de fascismo de que al final conseguirá la «victoria», desde

la muerte de Mussolini y Hitler el nacionalismo revolucionario está atrapado en un limbo político perpetuo, o en lo que Armin Mohler, uno de los intelectuales neo-fascistas más influyentes, llamó, en su destacada obra *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932* (1950), el «interregno»: hasta para sus creyentes, la esperada palingenesia ha tenido que ser pospuesta indefinidamente (Griffin, 2000a, 2000b). Al encontrarse de pronto varados en un hábitat hostil, los fascistas se vieron obligados a desarrollar nuevas especies de organización, una vez que la era de los movimientos masivos de «encamisados» terminó para la derecha revolucionaria.

Aunque la democracia liberal occidental no se hubiera recuperado tan rápidamente, por difícil que pareciese dicha recuperación, tras la derrota del Eje (Kershaw, 2015), era en cualquier caso inevitable que se produjese una drástica reestructuración del fascismo (de lo que da cuenta el prefijo «neo»), después de que la visión de un nuevo tipo de ultra-Estado fascista se hubiese vuelto perniciosa y los conceptos de raza, eugenesia y antisemitismo que se identificaban con su variante nazi tuvieran asociaciones tan repulsivas para la gran mayoría. Eso era especialmente aplicable a los muchos millones de soldados que habían padecido los horrores, no ya de luchar contra las potencias del Eje, sino sobre todo de luchar para ellas, y a la cantidad aún mayor de civiles (lo que incluía a muchos millones de ciudadanos alemanes) que habían sufrido directa o indirectamente las consecuencias de las campañas militares del Eje y de los aliados. Las horripilantes imágenes de la liberación del campo de concentración de Belsen-Bergen y de los hornos de Auschwitz se quedaron grabadas en la memoria histórica colectiva de muchas generaciones sucesivas, e hicieron del antifascismo una posición inamovible en Occidente para los demócratas liberales y la izquierda. El intento de los idealistas occidentales de reinstaurar la hegemonía del humanismo quedó simbolizada con la publi-

cación, por parte de la recién fundada UNESCO en 1950, de la primera de cuatro declaraciones sobre la «cuestión racial». En su preámbulo se afirmaba que «la terrible gran guerra que ha terminado fue posible por la negación de los principios democráticos de dignidad, igualdad y respeto mutuo entre las personas, y por la propagación, en su lugar, apoyándose en la ignorancia y los prejuicios, de la doctrina de la *desigualdad* entre personas y razas» (UNESCO, 1969). La época fascista había terminado para siempre, y los augurios de posibles neo-fascismos eran escasos.

La polémica del «neo-fascismo»

No obstante, al igual que ocurre con cualquier otro aspecto del fascismo, el tema, e incluso la misma existencia, de un «neo-fascismo» tal y como lo estamos presentando aquí es discutible. Por lo tanto, es muy importante que los lectores que no estén familiarizados con la cuestión, y que se adentren en esta área especialmente compleja de los fenómenos políticos por motivos académicos, entiendan que la explicación que damos en este capítulo encaja con la tesis y «narración» generales del libro.

De lo que ya hemos dicho hasta ahora, la objeción más obvia a la que debemos enfrentarnos es que, al hablar del fascismo en términos evolutivos como un género que se «adapta» y «evoluciona» después de 1945 y entra en una nueva fase de especiación, estamos alterando considerablemente su estatus por arte de magia verbal. En vez de ser simplemente un constructo conceptual que deriva de un proceso de abstracción basado en el tipo ideal, los escépticos podrían alegar que el fascismo está siendo cosificado y, lo que es peor, *biologizado,* y de ese modo convertido en una forma de vida capaz de pasar por ciclos de enfermedad y salud, de supervivencia y extinción y de transformación evolutiva, en un discurso que curiosamente recuerda a có-

mo los fascistas hicieron de la nación algo orgánico. No obstante, tales acusaciones son fáciles de rebatir. Ya hemos señalado que el lenguaje tiene una tendencia inherente a cosificar y antropomorfizar una vez que un concepto genérico se usa en el discurso académico. Cualquier historia del capitalismo, socialismo, feudalismo, guerra, dictadura o terrorismo produce, sin que lo pueda evitar, oraciones que parecen sugerir que son entidades con un comportamiento biológico: «crecen», «caen», «se expanden», «retroceden», *etc.* Afortunadamente, el contexto analítico deja claro que tal «personificación» no tiene nada de siniestro, sino que sólo es pura jerga conceptual. Así pues, cuando en el prefacio de *La llegada del Tercer Reich,* Richard Evans habla del «auge» y «triunfo» del Nazismo y del estalinismo (2004: xxvii), sería absurdo acusarlo de tratar al Nazismo como un organismo dotado de su impulso vital supra-individual (lo cual es una forma de pensar propia del fascismo).

Por lo tanto, pedimos a los lectores que recuerden lo que dijimos en el capítulo 3 al hablar de los tipos ideales: que «el fascismo genérico es un constructo, un armazón conceptual vacío, que no tiene vida orgánica o independiente propia». En otras palabras, las metáforas personificadas u orgánicas que usamos en este capítulo para hablar del fascismo de posguerra son simplemente eso: metáforas. Sirven para transmitir la narración de la evolución del fascismo que surge cuando se aborda a partir del paradigma empático. No deberían transformarse, por la propensión de la mente a la dramatización, en una «fuerza» animada y supra-individual, como las arremolinadas neblinas verdes y púrpuras de envidia y maldad que incitan a la clase marginada de Moscú a rebelarse contra los Romanov en la película de Walt Disney *Anastasia* (1997).

Una objeción más sustancial podría ser la de si el tema del «neo-fascismo» se merece un capítulo entero, al igual que en el caso del fascismo de entreguerras. Al fin y al cabo, algunos li-

bros que afirman ocuparse del fascismo genérico hacen totalmente caso omiso del tema de las evoluciones de posguerra de éste (e.g., De Felice, 1977; Carsten, 1967) o tratan el neo-fascismo como una especie de epílogo de la historia principal, lo cual puede producir algunas interesantes reflexiones generales sobre el fracaso manifiesto del fascismo para conseguir prosperar después de 1965 (e.g., Payne, 1995: 496-522; Mann, 2004: 265-275; Paxton, 2004: 172-205). En el lado opuesto, los marxistas militantes ven, como era de esperar, al fascismo en acción en cualquier forma organizada de racismo, xenofobia, islamofobia o discriminación, como es el caso de las protestas contra la inmigración, las cumbres del G8 y todas las formas de totalitarismo de anti-izquierda, que atribuyen a la tendencia latente del capitalismo a generar exclusión social y discriminación. El modo en que periodistas y políticos manejan el término «fascismo» tampoco contribuye a crear un clima sereno de investigación forense. No es de extrañar que algunos no marxistas, en especial James Gregor (2006), hayan expresado su escepticismo acerca de todo el concepto del «neo-fascismo», y hayan criticado el abuso que hacen de él las ciencias sociales. Incluso los politólogos «liberales» de buena disposición podrían discrepar de la taxonomía que ofrecemos aquí y pedir que se incluyeran el «populismo de derechas» y el yihadismo dentro de su ámbito. Sin embargo, tal vez excluyeran a la Nueva Derecha europea y al Eurasianismo ruso, ya que no preconizan abiertamente la violencia, y descalificarían a la música que hace propaganda fascista y al punk racista sólo como fenómenos histriónicos y no de inspiración política, por más que, como veremos después, existen fundamentos para considerarlos seriamente un rechazo de los valores democráticos liberales, y expresiones de un utopismo político formado a partir de una fantasía ultranacionalista palingenésica.

En el contexto en que nos hallamos, debemos separar cuidadosamente «fascismo» de «populismo», ya que la supuesta amenaza cada vez mayor de éste a la democracia se confunde a menudo con una señal de la expansión del fascismo, y, además, mi propia definición habla de «ultranacionalismo populista». Así pues, conviene resaltar que, en los análisis académicos y en el periodismo bien documentado, el término «populismo», o, para ser más exactos, «derecha radical populista», se suele emplear para referirse a una forma de política intransigente, pero democrática y *no revolucionaria,* impulsada por una falta de confianza generalizada (de ahí lo de «popular») en las élites políticas y económicas, tanto a nivel nacional como internacional. Esa desconfianza va acompañada de la preocupación por el impacto que puedan tener en la identidad y soberanía nacionales fuerzas globalizadoras como el multiculturalismo, el comercio internacional, la deslocalización de industrias y la inmigración masiva (Moffitt, 2016).

En un perspicaz análisis, David Goodhart (2017) plantea que la fuerza motriz del populismo no es el anhelo fascista de conseguir una ultra-nación, sino que lo es la anomia, la sensación de una difusa amenaza existencial que procede de la vida moderna, de ser extranjero en tu propio país, de desear tener raíces, tener identidad y hallarte «en algún lugar» que te resulte familiar, en vez de vivir en el nuevo mundo del imaginario revolucionario. Los creyentes en esos «algunos lugares» quieren asegurar la democracia de la nación, que los derechos humanos que garantizan sólo sean disfrutados por la identidad étnica «de casa» (lo que produce una especie de «liberalismo etnocrático»), y que la cultura nacional no se vea contaminada por influencias «extranjeras». Así pues, habitan un universo fenomenológico distinto al de los «cualesquiera lugares», que se sienten cómodos en un mundo posmoderno, sin centro ni raíces, de multiculturalismo, viajes al extranjero por negocios y los espacios limina-

res de aeropuertos, restaurantes exóticos y hoteles de congresos que se muestran en la película *Up in the Air* (2009). Aunque los pertenecientes a los «cualesquiera lugares», o «donde sea», sean una minoría demográfica, también constituyen una mayoría dentro de las élites políticas, educativas, profesionales y económicas. De acuerdo con esta línea argumentativa, hay que diferenciar el populismo, tanto ideológica como psicológicamente, del fascismo, lo cual no quiere decir que algunos partidos populistas europeos de derechas no consigan el voto de «auténticos» fascistas. Por usar la distinción legal que establece el derecho constitucional alemán, el populismo de derechas es «radical», y por lo tanto legal, mientras que el fascismo es «extremista», y por lo tanto ilegal.

En cuanto a la idea de que el neo-fascismo apenas es un fenómeno residual del fascismo de entreguerras, ciertamente si lo que lo define principalmente es que tiene un líder carismático, un partido-milicia, paramilitares encamisados, políticas ritualistas, ansias de expansionismo territorial y un virulento anticomunismo, entonces en efecto no es que sea muy digno de atención como algo nuevo. Sin embargo, la postura de este libro es ante todo que, después de ofrecer una definición que da sentido al fascismo en su «época» como mito de un renacimiento ultranacionalista, es importante que por varias razones también ofrezcamos alguna idea de cómo seguir la historia del nacionalismo revolucionario en la era de posguerra. En primer lugar, está la legítima curiosidad humana de saber qué ha sido de tan poderosa fuerza de destrucción e inhumanidad premeditada, sobre todo en sus variantes nazi y croata, después de 1945. En segundo lugar, sin duda cierto grado de responsabilidad profesional obliga a los expertos en el fascismo a establecer con *exactitud forense* sus vínculos estructurales con otras formas recientes de extremismo de derechas, en particular por lo que se refiere al separatismo étnico extremista del tipo que se puso de ma-

nifiesto en la Guerra de los Balcanes, así como en diversos actos terroristas, campañas y guerras de motivación étnica, cultural o religiosa, lo que incluye los cometidos por «lobos solitarios» como Timothy McVeigh y Anders Breivik. En tercer lugar, es importante, dentro del contexto del intento de la Unión Europea de crear una sociedad internacional multicultural y armoniosa, que los expertos entiendan y evalúen la amenaza que supone para la democracia movimientos de extrema derecha actuales como el Jobbik (Movimiento por una Hungría Mejor), el Amanecer Dorado griego y el Partido Popular Nuestra Eslovaquia (LSNS), todos los cuales, como veremos, muestran fuertes elementos neo-fascistas. Tal vez también fuese de utilidad que se consultara a los expertos en el fascismo, al menos por parte de los medios de comunicación y de las instituciones oficiales, para que deconstruyesen históricamente y arrojaran luz sobre las insustanciales acusaciones de «fascismo» que algunos diplomáticos se lanzan mutuamente en casos de disputas territoriales.

En cuarto lugar, sólo a partir de unos profundos conocimientos históricos y de un minucioso análisis académico (lo que ha de ser un esfuerzo colaborativo), puede ser posible controlar la evolución del fascismo en sus diversas formas, reconstruir su genealogía y redes y ofrecer valoraciones bien informadas —*con base empírica y coherencia conceptual* — de las perspectivas de que algo que se asemeje al fascismo de entreguerras (aunque con aspecto distinto) pueda volver a ser una fuerza violenta en países concretos, o incluso como azote internacional. Lamentablemente, no son cualidades que se encuentren mucho en la mayoría de artículos periodísticos, blogs, documentales, libros o dictámenes de políticos que se han publicado en las últimas cinco décadas advirtiendo del inminente resurgimiento del fascismo (e.g., Eisenberg, 1967; Goslan, 1998; Lee, 1999).

Por último, entender el neo-fascismo también es importante para esclarecer los vínculos estructurales que puedan existir en-

tre éste y la «guerra contra Occidente» del Islam político y el yihadismo en general (al que a veces se llama «islamofascismo», lo cual puede conducir a equívoco). El punto fundamental que resulta de nuestro análisis es que, incluso en lo que tiene de más ritualista y de culto religioso, el fascismo no puede ir más allá de sacralizar unas políticas nacionalistas y racistas extremas, las cuales tienen sus orígenes en la sociedad rápidamente secularizada de la Europa del siglo XIX . El fascismo sigue siendo una fuerza laica, y por lo tanto es distinto del terrorismo islamista, que representa una forma extrema de la *politización y secularización de una religión* que se remonta a los orígenes del propio Islam. El que a algunos neo-nazis, en especial Ahmed Huber y David Myatt, les haya impresionado tanto el éxito de los ataques islamistas contra Occidente desde el del 11 de septiembre, que se han convertido al Islam y han adoptado nombres musulmanes (Michael, 2006), no implica necesariamente que exista una afinidad fundamental entre los dos credos.

El fracaso del neo-fascismo como fuerza revolucionaria populista La fuerza que tiene la derecha populista en Estados Unidos y Europa desde los años ochenta, en una época en que el ultranacionalismo revolucionario continúa tenazmente marginado en su condición de aspirante al poder estatal, pone de relieve una paradoja fundamental de la reciente historia del fascismo. No ha conseguido suficiente seguimiento popular en Estados Unidos y Europa, donde está condenado a permanecer en una fase de desarrollo atrofiada y de «pre-movimiento» en todas sus manifestaciones por lo que se refiere a su intento de tener un impacto que transforme la historia. Esa impotencia revolucionaria es la que prevalece desde 1945, pese a la sobreabundancia de condiciones y factores que, en teoría, podrían haber llevado a que se extendiera una sensación de que las identida-

des colectivas estaban en decadencia y su existencia sometida a una amenaza, ya sea en términos nacionales, raciales o de civilización, lo que puede llevar fácilmente a la creencia de que el establecimiento de una ultra-nación sana es la única forma de solucionar esos problemas. Éstos incluyen la crisis económica global de 2007-2008 y sus efectos a largo plazo, sobre todo los altos niveles de desempleo en la mayoría de países occidentales para muchos jóvenes, que tienen pocas perspectivas de encontrar trabajo o seguridad material en una época en que la expansión del consumismo, la globalización de la cultura americanizada y la «religión» del materialismo sigue ganando terreno y la secularización social continúa a ritmo acelerado. También hay una crisis extendida de identidad y sentido propios que provoca una epidemia de adicciones de muchos tipos, de la que un síntoma es el afianzamiento cada vez mayor de una cultura de drogas letales y alcohol entre la juventud mundial, y todo en un momento de importantes retos estructurales a la homogeneidad nacional y cultural tradicionales.

Uno de los retos más destacados es la fuerza que ostensiblemente cada vez más tiene el Islam en países europeizados (antes) cristianos, al tiempo que unas terribles crisis socioeconómicas y humanitarias en muchos países de Asia, Oriente Próximo, África Central y Latinoamérica, a menudo agravadas por situaciones de guerra, están empujando a muchos millones de personas a intentar llegar a Europa y Estados Unidos como migrantes económicos o refugiados políticos. Luego están el declive crónico de la base industrial europea y estadounidense frente al auge de China como superpotencia económica, la perspectiva de una segunda Guerra Fría con Rusia, la libre circulación de millones de personas de (actualmente) veintisiete nacionalidades distintas adonde tengan trabajo en la Unión Europea, la cri-

sis ecológica y demográfica cada vez más evidente, el abismo existente entre las élites capitalistas y dirigentes y la gente corriente… Invito a los lectores a que añadan más cosas a la lista. Incluso lo que para los liberales son desarrollos positivos, como la emancipación de la comunidad LGTBI, el aumento de la tolerancia multicultural y el trabajo de las ONGs para crear una sociedad global más justa, son considerados por algunos de la extrema derecha síntomas de decadencia moral.

Sin embargo, pese a esta plétora de lo que los fascistas de entreguerras habrían entendido como pruebas de una civilización en crisis, el neo-fascismo, con la excepción de los tres movimientos políticos con estructura de partido de Hungría, Grecia y Eslovaquia, sigue en su gran mayoría limitado a ser una subcultura marginal en todas las sociedades, sin apenas más actividad que organizar mítines y llevar a cabo constantes campañas propagandísticas y ataques físicos esporádicos contra los «otros demonizados» (con lo cual no pretendo minimizar el impacto devastador, y a veces letal, de tales agresiones a los individuos y comunidades que tienen en su punto de mira). Las muestras manifiestas de fervores nacionalistas revolucionarios son algo tan tabú en Occidente que los movimientos islamofóbicos o anti-islamización, como la Liga de Defensa Inglesa (EDL), Stop Islamization of Europe (SIOE) o Pegida (las siglas en alemán de «Patriotas europeos contra la islamización de Occidente»), hacen lo posible por desvincularse del neo-fascismo. El efecto de eso es que estos movimientos actúan en la práctica como las facciones activistas de partidos populistas de extrema derecha, como el Frente Nacional francés y Alternativa para Alemania, y no son síntomas del «auge del fascismo» (aunque la izquierda radical no estaría de acuerdo con esta categorización).

Con esto no niego que un pequeño, pero ruidoso, núcleo central de neo-fascistas en potencia violentos está inmerso activamente en varias partes del mundo en la lucha contra el «ge-

nocidio» de su nación que suponen la migración masiva, el multiculturalismo y la islamización, y la pérdida de soberanía nacional frente a organismos supranacionales como la Unión Europea y Naciones Unidas en todo el mundo occidentalizado. Aun así, deberíamos ver desde una perspectiva más amplia hechos como la organización del primer *hate-rock* festival por parte de Tom Metzger en 1988, al que asistieron unos cuantos cientos de supremacistas blancos, o incluso el festival de «rock de derechas» que se celebró en Turingia en 2017, que atrajo a unos seis mil neo-nazis a ultranza con ganas de compartir su ira por lo que consideran la difícil situación étnica que padece Alemania. Por más que la Derecha Alternativa, en parte supremacista blanca, recibiera mucha atención en los medios por su apoyo a Trump en 2016, y que las autoridades alemanas tuviesen identificados en 2017 a unos 12.000 extremistas de derechas con tendencia a la violencia, tales cifras deben ser contrastadas con el hecho de que más de 50.000 miembros del Ku Klux Klan hicieron una marcha a Washington en 1925 (Roberts, 2012), y en enero de 1932 los integrantes de las SA, la fuerza paramilitar nazi, ascendían a 400.000. Aún más elocuente es que en Alemania más de 100.000 personas protestaran contra una manifestación de Pegida a la que asistieron 20.000 (Huggler, 2015).

Las grabaciones de los desfiles, silenciosos e iluminados con antorchas, que organizaba el movimiento de los «Inmortales» por diversas ciudades alemanas, en los que los manifestantes llevaban máscaras teatrales idénticas y carentes de expresión, se hicieron virales en las redes sociales en 2012, y deliberadamente evocaban una escena del documental *El triunfo de la voluntad* . Tal sugerencia visual de que el nazismo era una fuerza dormida que estaba a punto de despertar para salvar a Alemania de las amenazas a su cultura, era una imagen publicitaria muy potente, pero que estaba anunciando una causa muerta: el Estado fe-

deral simplemente prohibió el movimiento. El contraste con lo sucedido en la República de Weimar no podía ser más evidente. El auge instantáneo, y la caída igual de instantánea, de *Die Unsterblichen* (los Inmortales) son emblemáticos de la intensa marginación y debilidad estructural del neo-fascismo como fuerza política del mundo contemporáneo en comparación con el periodo de entreguerras. El fracaso sistemático del neo-fascismo como movimiento, y aún más como partido político, se puede atribuir en buena medida a la llamativa ausencia, al menos cuando se compara con la República de Weimar de 1929-1933, de una sensación subjetiva y generalizada de que haya una crisis existencial de la nación y de la civilización liberal moderna lo bastante profunda para crear un amplio espacio político para las alternativas radicales, basadas en mitos de homogeneidad y renovación nacionales, raciales y culturales. El poco espacio que pudiera haber disponible lo han ocupado el populismo radical de extrema derecha, o bien la invasión del espacio público por parte del espacio personal o virtual, lo que de forma tan eficaz despolitiza la vida actual.

Una búsqueda a fondo en internet sobre el neo-fascismo nos podría dar la impresión de que contradecía esta insistencia que hacemos en su impotencia, incluso si apartamos el populismo y el islamismo de la ecuación. Nos podríamos hacer rápidamente la idea de que, de hecho, el neo-fascismo ha mostrado una extraordinaria capacidad para sobrevivir más de setenta años tras la derrota del Eje —seis veces más de lo que duró el Tercer Reich—, lo que ha llevado a una proliferación de partidos, movimientos y grupos por todo el mundo, y a producir muchos miles de encabezamientos y nombres que se pueden buscar en la web, los cuales se refieren a individuos y grupos que juntos constituyen una subcultura permanente de extrema derecha que es bastante resistente a las acciones judiciales. Sin embargo, la aparente abundancia de fenómenos neo-fascistas es en reali-

dad señal de su avanzada fragmentación e impotencia cuando lo comparamos con la «era del fascismo», en la que la alianza de tan sólo dos de sus variantes, el Fascismo italiano y el Nazismo, amenazó profundamente la hegemonía de la democracia liberal y del comunismo soviético y lanzó al mundo a una guerra que duró cinco años.

El mero número de minúsculos partidos y organizaciones neo-fascistas que están presentes en el ciberespacio recuerda más que nada a las escisiones de la mínima y totalmente inefectiva resistencia de los habitantes de Judea a la ocupación romana, tal y como se presenta en la película *La vida de Brian* (1979), de los Monty Python. La gran mayoría de grupos que albergan fantasías palingenésicas de regeneración nacional o racial que han ido surgiendo en muchas partes del mundo después de 1945, a menudo muy lejos del centro original de actuación del fascismo, sólo consiguen un número de afiliados activos tan insignificante como efímero, apenas reciben un apoyo público desdeñable y luego desaparecen sin dejar rastro (aunque no necesariamente sin causar primero auténticas intimidaciones y delitos de odio en zonas muy concretas en su breve periodo de existencia). Un grupo, por muy poderoso y ambicioso que pueda sonar en su página web, por lo general resulta estar mantenido por tan sólo un puñado de entusiastas con un sentido de la realidad bastante defectuoso, que están atrapados en su propio engaño y desprovistos de cualquier influencia práctica, por muchas visitas, comentarios o «me gusta» de los que se puedan jactar en esta era del ciberfascismo.

Fue sintomático del fracaso sistémico del neo-fascismo para convertirse en un movimiento de masas con eficacia política el que se frustraran los intentos de los líderes de Britain First, a mediados de la década de 2010, de convertir sus 500.000 «me gusta» de Facebook en un movimiento de masas para «recuperar su país». A sus mítines sólo acudieron un par de cientos de

seguidores de carne y hueso, a los que superaban enormemente en número los que se manifestaban contra ellos y los policías presentes. Sin la masa decisiva de seguidores reales y con vocación activista que es necesaria para proyectar una expectativa palingenésica masiva en la figura de un salvador laico, el cual pasa entonces a dirigir y coordinar el asalto de sus fieles al «sistema», es imposible que exista ningún verdadero líder carismático del fascismo en el periodo de posguerra. Eso hace que el aspirante a nuevo *Führer* sólo sea un fantasioso, un líder sin seguidores que está al mando de un movimiento que no se mueve, situación esta que se explora en la película *Imperium* (2016), de Daniel Ragussis, que muestra el total aislamiento y las políticas fantasiosas y desesperadas de los grupúsculos neo-nazis de posguerra, organizaciones que tienen una presencia en la web que parece indicar que son una poderosa fuerza de cambio, pero que en realidad sólo tienen un puñado de afiliados y a menudo poquísimo dinero.

Otro síntoma del fracaso estructural del neo-fascismo es la separación en elementos dispares de cierto número de componentes que, en cambio, pudieron unirse orgánicamente dentro del movimiento nazi por el tamaño y energía populista de su apoyo numérico a partir de 1929. El liderazgo, el partido electoral, el ala paramilitar, los ideólogos del partido, la maquinaria propagandística, los visionarios culturales e intelectuales, los matones, los esbirros y los sicarios, se han disgregado en el clima hostil posterior a 1945 para adquirir su propia vida independiente. Ofrecer un panorama general del neo-fascismo, por lo tanto, requiere que dividamos el tema en componentes individuales, que en su versión de entreguerras sólo se podían conocer como partes integrales de movimientos. Después de eso, nos ocuparemos de algunas variantes del neo-fascismo que habrían sido inimaginables en el periodo de entreguerras y que son decisivas para que siga sobreviviendo en la actualidad.

El fracaso de los partidos fascistas de posguerra Después de la Segunda Guerra Mundial, hubo intentos en los dos países europeos que habían formado el Eje de crear «partidos» nacionales que perpetuasen la causa fascista desde dentro de sus sistemas democráticos recién reinstaurados. El Movimento Sociale Italiano (MSI) unió a los antes intransigentes Repubblichini del norte de la República Social Italiana (RSI), o República de Saló, anticlericales y antimonárquicos (Quartermaine, 2000), con los fascistas recalcitrantes del sur, todavía nostálgicos de la primera encarnación del ventennio de Mussolini, o las dos décadas de dominio fascista. Una vez que se hubo despojado de su bagaje revolucionario y de la retórica del inminente renacimiento de Italia, el MSI entró en el sistema parlamentario como lo que parecía un respetable partido de centro-derecha, y pronto estuvo plenamente integrado en el sistema italiano de partidos junto con la Democracia Cristiana (DC) y el (no menos despojado de su carácter revolucionario) Partido Comunista Italiano (PCI). Los tres se dedicaron a sus tejemanejes mientras dominaban la vida política nacional hasta que, en la década de 1990, la campaña anticorrupción que surgió del proceso judicial llamado de «Manos Limpias» los obligó a todos a disolverse.

Entretanto, el MSI se había adaptado a la nueva hegemonía de la democracia occidental desarrollando una ambigüedad muy pulida (Feldman y Jackson, 2014): un discurso en clave en el que se construían las políticas y las promesas electorales de manera que los iniciados todavía pudieran discernir ecos de los sueños de entreguerras de alcanzar una grandeza épica, mientras que los no iniciados podían optar por creerse esa retórica exotérica por lo que tenía de democrática. Por ejemplo, cuando el MSI apoyó finalmente la entrada de Italia en la OTAN y en la Unión Europea, los fascistas nostálgicos no se lo tomaron esoté-

ricamente como una capitulación pragmática al nuevo orden mundial, sino como el apoyo a un «nacionalismo europeo» que tenía sus raíces en el respaldo pan-fascista a la lucha del Eje para defender el continente contra la ocupación estadounidense y rusa (Griffin, 2008). Los carteles propagandísticos del MSI muestran su continuo compromiso con un futuro modelado a partir de los días de gloria del Fascismo italiano, un mensaje que resumía el eslogan de su líder en los años setenta, Giorgio Almirante, antiguo jefe de propaganda de la RSI: «Nostalgia para el futuro» (Cheles, 1991).

Al neo-nazismo de partido no le fue mejor en Alemania. La República Democrática Alemana (RDA), controlada por los soviéticos, quedó en gran parte purgada de activismo nazi desde el principio, y el fascismo se presentó como un tumor cancerígeno que era endémico al capitalismo, en línea con la ortodoxia del Comintern. En la recién constituida República Federal de Alemania (RFA), los horrores de la guerra y el abrazo espontáneo de los valores de la sociedad civil durante los años de reconstrucción de la «economía del milagro», garantizaron que sólo una pequeña minoría, empeñada en negar las realidades del Tercer Reich, trabajara activamente para resucitar el movimiento nazi de preguerra. No obstante, pasada la generación que había vivido el conflicto bélico, el neo-fascismo llegó a convertirse en una importante válvula de escape para el descontento y la angustia de los adolescentes, unos jóvenes desafectos que abrazaron su credo racial e insignia para expresar su rechazo del multiculturalismo, de la inmigración masiva y del «sistema», más que en una seria demostración de compromiso revolucionario con un nuevo orden nacionalista (que es la razón por la que algunos expertos piensan que el neo-nazismo no debería tratarse seriamente como una forma de neo-fascismo). El intento poco disimulado de relanzar el NSDAP, primero como el Partido del Reich Alemán (1950) y luego en 1964 como el Par-

tido Nacionaldemócrata (NPD), estaba, por lo tanto, condenado al fracaso desde el principio, y ambos partidos se vieron obligados a rondar el borde de la legalidad sin llegar jamás a superar el umbral del 5 por ciento mínimo que establece la ley electoral alemana para tener representación en el parlamento federal (Nagle, 1970). Aunque el NPD consiguió un pequeño aumento de votos tras la enorme afluencia de refugiados que llegaron a Alemania en 2015-2016, su neo-fascismo quedó eclipsado por el populismo de Alternativa para Alemania, partido de carácter no revolucionario.

Fuera de Italia y Alemania, los partidos neo-fascistas siguen siendo aún más irrelevantes en la vida política que predomina en la mayoría de democracias europeas, al ser incapaces de rehabilitar su retórica de un nacionalismo radical tras los horrores del Tercer Reich. Si tomamos Gran Bretaña como ejemplo, el Union Movement (Movimiento por la Unión), que Oswald Mosley fundó en 1948, fue incapaz de aprovechar en su propio beneficio la creciente xenofobia que provocó el aluvión de inmigrantes afrocaribeños en el periodo de posguerra y las llegadas masivas de otras minorías étnicas, con lo que sistemáticamente sufrió apabullantes derrotas electorales hasta que terminó por disolverse en 1994. Entretanto, y aun en el apogeo de su presencia en las calles y en los medios en 1979, cuando supo aprovechar la grave crisis económica y política y la creciente preocupación sobre la inmigración, el Frente Nacional británico sólo consiguió el 0,6 por ciento de los votos en las elecciones generales que llevaron a Margaret Thatcher al poder. La llegada de ésta al puesto de primer ministro, que erróneamente algunos entendieron como señal de un endurecimiento contra la inmigración, marcó el fin del resurgimiento como fuerza electoral del fascismo en Gran Bretaña. Eso, junto con el auge del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) como fuerza rival a través de la cual canalizar las políticas identitarias a partir

de la década del 2000, garantizó que el intento de «modernización» del Partido Nacional Británico (BNP), que llevó a cabo Nick Griffin para disimular sus credenciales neo-nazis y acaparar el voto populista de derechas, no llegara a ninguna parte (Copsey, 1996; Griffin, 1996). Cuando, en las elecciones generales de 2015, los votantes británicos se enfrentaron a la decisión de elegir entre un auténtico partido populista de derechas y una imitación neo-nazi, fue el BNP el que fracasó estrepitosamente y el UKIP el que triunfó (Copsey, 2007; Mudde, 2007; Mudde y Kaltwasser, 2017).

Podemos apreciar un patrón similar en la suerte que corrió el MSI en Italia, en su momento el partido neo-fascista más grande del mundo. Después de que se refundara en 1995 en Alianza Nacional, partido populista de derechas, algunos fascistas intransigentes decidieron formar la Llama Tricolor (¡de nuevo la llama!) para mantener viva la verdadera tradición del fascismo italiano, pero rápidamente desapareció del mapa. Estos fracasos se repiten en la mayoría de Estados anteriormente comunistas, como es el caso de Rumanía, que vivió el ascenso de la Legión de San Miguel Arcángel (o Guardia de Hierro) hasta convertirse en una fuerza política populista de primer orden en los años treinta. El derrocamiento de Ceaucescu llevó a la aparición de varios partidos, tan minúsculos como ineficaces, que querían ocupar el lugar del que fuera el verdadero líder carismático del fascismo rumano, Corneliu Codreanu: partidos como una nueva Guardia de Hierro, Todo por la Patria (otro nombre por el que se conocía a la Guardia de Hierro original), Por la Patria y la Nueva Derecha. Así pues, como fuerza política organizada en partidos, el neo-fascismo ha sido en gran medida irrelevante en las políticas de posguerra.

La excepcionalidad de Ucrania, Hungría, Grecia y Eslovaquia Si hiciéramos caso a algunos comentaristas y políticos pro-rusos, Ucrania sería la principal excepción a ese patrón. A mediados de la década de 2010, argumentarían ellos, el neo-fascismo había conseguido de facto entrar en la vida parlamentaria de ese país hasta el punto de que se podría acusar a todo el gobierno de nazismo. Esas imputaciones se centran en el auge de Svoboda (Libertad), que obtuvo treinta y siete escaños entre 2012 y 2014 y ocupó brevemente tres puestos ministeriales en 2014, incluida la vicepresidencia. Cierto es que tanto Svoboda como el pequeño partido paramilitar Sector de Derechas tenían afiliados, en tiempos de la crisis entre Ucrania y Rusia, que recordaban con nostalgia el patriotismo militante que llevó a un sector de la población a colaborar temporalmente en 1941-1944 con la Wehrmacht, los Schutzmannschaft (batallón de policía auxiliar formado por efectivos colaboracionistas de los países ocupados por los alemanes), el Reichskommissariat Ukraine (Comisariado del Reich para Ucrania) y las SS, y a lanzarse a una limpieza étnica brutal y proto-genocida de polacos y judíos en el oeste del país. Cierto es también que los conflictos territoriales con Rusia —que cuenta con una importante subcultura de ultraderecha neo-fascista y populista propia (Umland, 2015)— han exacerbado la retórica del patriotismo militar y el auge del paramilitarismo nacionalista para defender Ucrania de la seria amenaza que supone el actual movimiento separatista de gente de etnia rusa, el cual, de forma extraoficial, cuenta con el apoyo del ejército ruso.

Sin embargo, en la práctica, por mucho que tengan lejanas raíces en el fascismo ucraniano, ambos partidos funcionan como movimientos de la extrema derecha populista, y a veces incluso sólo de la derecha populista, más que del nacionalismo re-

volucionario. Prueba de eso es la activa participación de Svoboda en las protestas pro-europeas y pro-democráticas de 2013, así como su posterior apoyo a la ratificación del acuerdo de asociación con la Unión Europea. Ese partido también respaldó la reforma constitucional para restringir el poder del presidente, justo cuando sus encuestas parecían indicar que el líder de Svoboda, Oleh Tyahnybok, obtendría el 28,8 por ciento de los votos. En cualquier caso, en 2017 su apoyo electoral había caído por debajo del 5 por ciento, con lo que apenas se puede afirmar que Ucrania sea un país nazi (Shekhovtsov, 2016).

Hay, no obstante, tres países en los que sus partidos fascistas han conseguido en mayor medida convertirse en parte integral del «sistema político» sin que por eso hayan tenido que sacrificar por entero su identidad extremista: Grecia, Hungría y Eslovaquia. Después de inscribirse en 1993 como partido político con una extravagante ambición irredentista de Grecia con respecto a los Balcanes, que en aquel momento se descomponían en facciones étnicas y religiosas enfrentadas, Amanecer Dorado adquirió varios componentes que durante algún tiempo lo convirtieron en la emulación europea más prominente de un movimiento fascista de entreguerras. Esos componentes incluían el rebuscado mito de un renacimiento nacional basado en las supuestas cualidades de la civilización helénica, pero formulado según los términos del racismo biológico ario de los nazis; el recuerdo nostálgico del régimen dictatorial, para-fascista y ultranacionalista de Metaxás de los años treinta (Kallis, 2010); y una religión política consistente en saludos romanos, amedrentadoras concentraciones con antorchas, la celebración de días simbólicos para la historia de la nación y la saturación de espacios públicos con banderas que lucían el antiguo símbolo griego de la eternidad, diseñado con toda la intención para que recordase a la esvástica nazi (Vasilopoulou y Halikiopoulou, 2015). Por lo que se refiere a su ideología, vierte su vitriolo sobre todos los

sospechosos habituales, y apela a la xenofobia populista, al antiamericanismo y, sobre todo desde que comenzó la crisis de deuda del gobierno griego en 2009, al antieuropeísmo, representado por la Unión Europea, y al sentimiento antialemán. Todo esto lo combina con un odio visceral al comunismo, al capitalismo y consumismo internacional (judío), y a la intelectualidad y cosmopolitismo cultural liberales (también judíos).

Sin embargo, tal vez sea su determinación de funcionar como un «partido-milicia de masas» lo que revela la profunda nostalgia de Amanecer Dorado por la era del fascismo, consiguiendo apoyo en campañas electorales al tiempo que sus activistas establecían vínculos de colaboración con los servicios de seguridad y se preparaban para asesinar al rapero de izquierdas Pavlos Fyssas, en lo que venía a ser una emulación de la violencia de la SA en tiempos de los nazis. Después de 2012, la combinación de las tribulaciones económicas aún más profundas de Grecia con la masiva avalancha de refugiados procedentes de Siria, Asia, África y otros lugares, creó la situación perfecta para alimentar el extremismo. No obstante, y pese a tan favorable conjunción de factores, su líder, Nikolaos Michaloliakos, nunca ha llegado a adquirir más que un «carisma de base» entre sus fieles (Eatwell, 2006), y en las elecciones al Parlamento Europeo de 2014 el partido sacó menos del 10 por ciento de los votos. Es significativo que Amanecer Dorado perdiera apoyos tras el asesinato de Fyssas.

En cambio, en esas mismas elecciones europeas Jobbik se convirtió en el tercer partido más importante de Hungría, con más de un 20 por ciento de los votos, pese a que se enfrentaba a los conservadores del Fidesz, el partido dominante. El propio Fidesz ya había adoptado políticas en contra de la Unión Europea, el multiculturalismo, la inmigración y el liberalismo (que en 2017 incluyeron el cierre de fronteras y ataques a las libertades fundamentales), con lo que quedó reducido el espacio polí-

tico disponible para la extrema-derecha. En 2016, el líder de Jobbik, Gábor Vona, que antes había sido dirigente de la unidad paramilitar Magyar Gárda Mozgalom, ya prohibida, perfeccionó el doble lenguaje ambiguo que desde 1945 es un requisito imprescindible para todos los partidos neo-fascistas si quieren sobrevivir. Mientras que Vona se ha esforzado en minimizar la imagen racista, antisemita y extremista del partido en los medios, y en mantener oficialmente a su organización dentro del redil de la derecha radical populista, los militantes de Jobbik han seguido llevando a cabo ampulosos rituales políticos que evocan la era de entreguerras del régimen de Miklós Horthy, antiliberal, anticomunista, antisemita y anti-Roma (y que, por asociación, también recuerdan a la Cruz Flechada, defensora del nacionalismo húngaro y colaboracionista, de Ferenc Szálasi). Entretanto, muchos de los ideólogos de Jobbik siguen difundiendo abiertamente mensajes antisemitas e irredentistas, y la literatura del partido mantiene el mito turanio que promulgara en los años treinta el nacionalismo húngaro, según el cual el carácter de nación orgánica del país procede de sus orígenes extraeuropeos como antigua tribu de Asia Central (para Szálasi, hasta Cristo era de extracción turania). Tal ambivalencia permite que Jobbik sea votado como partido de extrema derecha populista, o bien como partido neo-fascista cuya vanguardia revolucionaria, pese a la prohibición, sigue «presente» en espíritu en su núcleo emocional e ideológico.

Esta ambigüedad, igual de fundamental para el continuado éxito del Frente Nacional francés tanto como partido de extrema derecha como de derecha moderada, es sintomática de la adaptación del fascismo a lo que el antiguo líder del MSI, Gianfranco Fini, en su discurso de abril de 1994 ante la recién formada Alianza Nacional, llamó una era «postfascista». Las raíces extremistas de Jobbik, y en menor medida las del Frente Nacional, han dejado un halo fascista que se cierne sobre am-

bos partidos para aquellos que quieran verlo, por mucho cuidado que tengan de no comportarse como un movimiento fascista de entreguerras en los ruedos públicos (Blomqvist *et al.,* 2013).

El síntoma más reciente de la vitalidad potencial del neo-fascismo que se organiza en partidos políticos lo tenemos en el auge del Partido Popular Nuestra Eslovaquia (LSNS). Dicho ascenso puede atribuirse en parte al carisma personal (para sus seguidores) de su líder, Marián Kotleba, que en 2013 se convirtió en el primer gobernador provincial de Europa abiertamente neo-nazi. El LSNS consiguió trece escaños parlamentarios en 2016 tras una campaña que se caracterizó por unos burdos discursos de odio dirigidos contra las minorías étnicas, junto con alusiones a las campañas de exterminio del Tercer Reich como la solución para los problemas del país (Nociar, 2017). Todos estos partidos, así como cualquier otro de derechas que sea populista y rayano en el extremismo, tienen que ser observados muy detenidamente en busca de vínculos con la violencia y el terrorismo de extrema derecha, lo cual los excluiría del proceso democrático si queremos que el liberalismo conserve su hegemonía.

La subcultura clandestina de culto del neo-fascismo grupuscular Al parecer, hay más de 20.000 fragmentos de restos de satélites, o basura espacial, de tamaño más grande que una naranja, orbitando la Tierra. Probablemente sea similar la cifra de grupúsculos de extrema derecha, más grandes o más pequeños, más o menos efímeros, más o menos oscuros, que han surgido después de 1945. Cada uno a su manera, fomentan fantasías de un orden nacional o internacional revolucionario formado por pueblos orgánicos sanos, purgados de decadencia, que rebosan una renovada fuerza comunitaria y un poder estatal que obtienen de sus

raíces primigenias y principales, ya sean estas culturales o raciales. Estos grupúsculos también pueden ser considerados restos o basura al estilo de la espacial, fragmentos de lo que podrían haber sido proyectos utópicos a mucha mayor escala que se hicieron añicos tras la destrucción del Eje a manos de las mismas fuerzas anglo-norteamericanas y soviéticas a las que habían constantemente demonizado y subestimado por considerarlas sus enemigos inferiores tanto en lo cultural como en lo racial.

Dar una visión general de esos grupúsculos en una introducción sinóptica a un concepto clave como este del fascismo, y seleccionar algunos de ellos para comentarlos, no deja de ser problemático, ya que cada país tiene su propia subcultura clandestina de extrema derecha en constante cambio, forjada por unas condiciones históricas que le son exclusivas. Alexander Ross (2017), por ejemplo, nos ofrece un fascinante panorama, desde una perspectiva de izquierdas, de la subcultura fascista —vigorosa, heterogénea, pero todavía muy marginada— que ha crecido en Estados Unidos en la era posterior a 1945, la cual tiene profundas raíces tanto en el fascismo europeo de entreguerras como en la larga tradición existente en los propios Estados Unidos por lo que se refiere a la supremacía blanca y el colonialismo, además de amplias conexiones en la actualidad con la derecha populista (y por lo tanto democrática) a la que movilizó Donald Trump. Aunque por razones de espacio es imposible que demos aquí un informe exhaustivo de todas las formas de organización y actividad fascistas que han aparecido desde 1945, una concisa visión de conjunto nos permitirá subrayar la gran abundancia de actividad grupuscular, la cual, como ya hemos argumentado, es un síntoma tanto de la debilidad del neofascismo como de su fuerza.

Consideradas individualmente, la base de apoyo de cualquiera de esas organizaciones puede parecer tan minúscula que se

diría irrelevante en la vida política de un país, aun tratándose de un grupo relativamente desarrollado y sofisticado como puede ser el parisino Groupe Union Défense (GUD), de índole neo-fascista. El GUD, que adopta abiertamente la cruz celta, símbolo internacional de la supremacía blanca, se creó en respuesta a las protestas de estudiantes de izquierdas de Mayo del 68. Cinco décadas después tiene una presencia activa en la web, a través de la cual convoca a sus fieles a reuniones, coordina «acciones» y hace comentarios de carácter neo-fascista sobre los temas de actualidad, pese a lo cual apenas consigue aparecer nunca en los titulares.

Sin embargo, si consideramos formaciones grupusculares como el GUD (Griffin, 1999), Nouvelle Résistance (Bale, 2002), la Clandestinidad Nacionalsocialista alemana (Koehler, 2014), CasaPound (Castelli Gattinara y Froio, 2014), el Movimiento de Resistencia Nórdico de Noruega, Suecia, Finlandia e Islandia, el británico Acción Nacional (prohibido en 2016) y el aún más tenaz White Aryan Resistance (WAR, Resistencia Aria Blanca) como píxeles aislados de una imagen más grande, como pequeños nodos de una red muy extendida de radicalismo neo-fascista, muy dispares, que guardan cierta relación entre sí y que operan en todo el mundo occidentalizado, entonces revelan una importancia más profunda. El efecto total de muchos miles de tales grupúsculos, por muy efímeros que puedan ser individualmente, es que funcionan como una «subcultura clandestina de culto», dinámica e internacional, que permite que los que se unen a uno de ellos sientan que forman parte de un «orden» esotérico y que tienen una misión política clandestina que puede llegar a ser sagrada para ellos. El terrorista fascista Timothy McVeigh, por ejemplo, estaba influenciado por la ficticia organización clandestina supremacista blanca «La Orden», que aparecía en la novela *Los diarios de Turner* (Pearce [1978], 2013), en la que se describía un exterminio racial, y que también inspi-

ró a un violento grupúsculo neo-nazi que adoptó ese nombre de «La Orden». Tampoco es ninguna coincidencia que el ocultismo y los misterios paganos sean importantes en algunos grupos neo-fascistas (Goodrick-Clarke, 2003; Kaplan, 1997).

El efecto acumulativo de la extrema derecha grupuscular internacional es formar una «subcultura de oposición», permanente y latente (Kaplan y Lööw, 2002), por la que puedan pasar miles de individuos en su camino a la radicalización. Además, en una era tan dominada por internet, cada grupúsculo se puede asegurar de que baste con un clic de ratón para empujar a alguien ya predispuesto al nacionalismo radical a pasar a un fanatismo aún mayor y, en casos extremos, a cruzar el Rubicón de las fantasías compensadoras y adentrarse en el activismo violento.

En contraste con lo que sucedía con los partidos-milicia de entreguerras, buena parte del fascismo grupuscular es un fenómeno de vanguardia que no busca el apoyo populista ni fomenta el liderazgo carismático, sino que, en su lugar, sigue los principios de la «resistencia sin liderazgo» (Beam, 1992; Griffin, 2003b). Con la misma rapidez con que desaparecen formaciones en el microcosmos de la subcultura clandestina de culto de la extrema derecha, pueden surgir otras nuevas, y de esa manera preservan la intensidad de su red como influencia radicalizadora, al tiempo que la mantienen en buena medida a salvo de la capacidad de seguimiento, y más aún de control, de los servicios de inteligencia. Por poner dos ejemplos de su efectividad como transmisores de actitudes extremistas dentro del contexto del Reino Unido, fue el contacto que estableció por internet el retraído David Copeland (también influenciado por *Los diarios de Turner)* con el National Socialist Movement (Movimiento Socialista Nacional) de David Myatt en los años noventa, lo que lo decidió a lanzar una serie de atentados terroristas —que, de manera equívoca, han venido en llamarse propios de un «lo-

bo solitario» (Gable y Jackson, 2011)—, en los que puso una serie de bombas de clavos en Londres con el fin de instigar una guerra racial (McLagen y Lowles, 2000). Dos décadas más tarde fue el contacto habitual de Thomas Mair, que vivía en una tranquila ciudad de Yorkshire, con *National Vanguard,* la revista del grupúsculo neo-fascista estadounidense Alianza Nacional, el que contribuyó a que en 2016 dejara de ser tan sólo un fantasioso neo-nazi y se convirtiera en un terrorista asesino al matar a la diputada laborista Jo Cox. Sobrealimentada por el poder de internet, la subcultura clandestina de culto neo-fascista fomenta fantasías apocalípticas de renacimientos ultranacionalistas, ya sean inminentes o pospuestos, que se conseguirán empleando la violencia contra una sociedad decadente, con lo que proporciona un interior antidemocrático al paisaje en apariencia más democrático de los partidos populistas de extrema derecha y neofascistas.

La internacionalización del fascismo en el periodo de posguerra Internet también da impulso adicional a una tendencia del neo-fascismo grupuscular que se ha vuelto mucho más frecuente desde el fin de la era fascista: la internacionalización. En los años treinta, ciertos ideólogos como Drieu la Rochelle (Soucy, 1979), José Streel (1942) y Ezra Pound (Feldman, 2013) ya presentaban el fascismo como una fuerza de renacimiento pan-europea, y hubo intentos frustrados por parte de algunos seguidores de Mussolini, convencidos de la importancia «universal» de su movimiento para la civilización, de crear una Internacional Fascista (Ledeen, 1972; Kallis, 2016).

Cuando parecía que la guerra iba saliendo como quería Hitler, el Tercer Reich montó todo un aparato burocrático para empezar a planificar el Nuevo Orden Europeo de posguerra

(Herzstein, 1982), y, cuando la situación se volvió más desesperada, uno de los principales temas de la propaganda nazi y fascista de los dos últimos años de guerra fue la lucha por salvar Europa de ser destruida por Estados Unidos y la URSS. Algunos estudios comparativos recientes sobre el fascismo han empezado también a sacar a la luz otro sustancioso ejemplo de la dimensión profundamente transnacional del fascismo, al analizar los estrechos contactos e historias compartidas de los ultranacionalistas italianos y españoles tanto antes como después de la guerra (Albanese y Del Hierro, 2016). Aunque todavía queda mucho por hacer para que podamos trazar con precisión el grado de difusión que tuvieron el Fascismo italiano y el Nazismo gracias a la creación de los muchos movimientos de entreguerras que, como el Movimiento Nacional Socialista (NSB) holandés, de Anton Mussert, y el BUF, de Oswald Mosley, hibridaron la influencia de aquéllos con sus corrientes autóctonas de ultranacionalismo, lo cierto es que la idea de que el fascismo de entreguerras fuera un fenómeno exclusivamente nacional hace mucho que quedó desbancada.

No es de extrañar, por lo tanto, que después de 1945 el fascismo fuese presentado con frecuencia por aquellos de sus idealistas más fervientes que habían sobrevivido a la guerra como una lucha que no es que estuviera encaminada a lograr un renacimiento nacional, sino un renacimiento europeo, tema este que se materializó en la idea política de Mosley de «la nación europea», la formación del Nuevo Orden Europeo y la fundación de la publicación *Nation Europe,* todos los cuales tuvieron lugar en 1951 (Griffin, 2008). Entretanto, el estadounidense Francis Yockey, empedernido simpatizante nazi y antisemita, al que ya nos referimos con anterioridad, llevaba una vida muy peripatética con tal de materializar su visión de un nuevo orden fascista internacional, que en esa ocasión incluía a Estados Unidos, con el que refutaría las predicciones de Oswald Spengler de

que Occidente estaba en una fase de decadencia terminal y llevaría a cabo la revitalización de la civilización bajo un gobierno autoritario (Coogan, 1999). Pese a que mantuvo incansables contactos con los principales grupos fascistas europeos, a que publicó su obra principal sobre el neo-fascismo, *Imperium* (1948), a la que al poco siguió el manifiesto basado en ella, *La proclamación de Londres del Frente de Liberación Europeo* (1949), y a que fundó su propio grupúsculo, ese Frente de Liberación Europeo, también en 1949, la internacional fascista de Yockey no llegó a ser más que otra fantasía palingenésica. Cierto es que el Ku Klux Klan, Identidad Cristiana, Odinismo, Tercera Posición y gran número de grupúsculos de tendencia nacional bolchevique y nacional revolucionaria (Lee, 1999: 320-329) han operado internacionalmente o han formado clones en cualquier sociedad con una subcultura de extrema derecha que les fuese propicia. En la práctica, sin embargo, por lo general han seguido siendo invisibles para el gran público y totalmente incapaces de alterar el *statu quo* .

No obstante, la aspiración de globalizar el fascismo para contrarrestar la globalización económica y humanística, al estilo de Yockey, sigue viva. En septiembre de 2015, el Centro SOVA, una organización rusa que se dedica a controlar las actividades de la extrema derecha, hizo pública la invitación de un nuevo grupo ultranacionalista, el World National Conservative Movement, (WNCM Movimiento Mundial Conservador Nacional), a cincuenta y ocho agrupaciones neo-fascistas de todo el mundo en un intento más de crear una internacional fascista de verdadera eficacia (Shekhovtsov, 2015). Fue una nueva señal de la incontenible creatividad y ambición del neo-fascismo grupuscular, que demuestra que no se resigna a su impotencia objetiva y a su fuerte marginación. En diciembre de 2015, Vanguard News Network, página web de ultraderecha, anunció que cuarenta y cuatro partidos, organizaciones y grupos, junto a cierto

número de particulares, en su mayoría de Europa y Estados Unidos, habían participado en la conferencia por internet del WNCM. Ésta concluyó con la aprobación de «un manifiesto, programa y estatutos que regulan el funcionamiento del movimiento», además de formar «varios comités de trabajo que se ocupen de diversos temas que comprenden la ideología, información, manifestaciones, actividades legales, militares y de voluntariado, y trabajo humanitario *(¡sic!)* » [10] . Esta conferencia, por muy importante que pudiera ser para los fascistas de la globalización, volvió a pasar casi totalmente desapercibida, y sólo estuvieron al tanto de ella los ávidos observadores de la evolución de las actitudes extremistas.

La excepción más evidente a la falta de prominencia del neofascismo internacional es el neo-nazismo. Después de mudar su identidad nacionalista por la del supremacismo blanco, y de darle una nueva imagen a Hitler en la que no es que fuera el salvador de Alemania, sino de toda la raza aria, la mayoría de edad simbólica del neo-fascismo como movimiento universal tuvo lugar en 1962, mucho antes de la era de internet, con la fundación por parte de unos neo-nazis británicos de WUNS, World Union of National Socialists (Unión Mundial de Nacional Socialistas) (Jackson, 2017). Al cabo de menos de una década, el neo-nazismo también empezó a desarrollar su propia subcultura juvenil internacional, que incluía un distintivo estilo «cabeza rapada» de vestir y de aspecto físico, y que a mediados de los años setenta se apropió de elementos del punk y el heavy metal para crear su propio tipo lucrativo de rock duro, *música del poder blanco* o de *ruido blanco* (Lowles y Silver, 1998; Shekhovtsov, 2012). Un cambio tan radical e influyente del limitado nacionalismo del nazismo de los años treinta se merece su propio concepto: el Nazismo Universal.

Fue dentro de esta internacionalización del nazismo en la que la novela de William Pearce, *Los diarios de Turner* (1978),

consiguió tanta repercusión, al situar el supremacismo blanco en un amplio contexto histórico y geográfico y predecir un enfrentamiento final, un Apocalipsis racial entre los elegidos blancos y el resto del mundo tan vívido que el capítulo final se ha convertido en el equivalente del libro del Apocalipsis de la Biblia para los creyentes racistas. El neo-nazismo también ha producido otras formas muy sacralizadas de su visión de la salvación universal de la decadencia, como son la Iglesia Mundial del Creador y, más recientemente, el Movimiento de la Creatividad, en el que la doctrina aria (o «arianismo») se convierte explícitamente en un nuevo movimiento religioso. Asimismo, es la forma más «fiable» de extremismo racista en cualquier parte del mundo, y no sólo para la juventud desafecta que quiere afirmar su identidad blanca. Paradójicamente, la iconografía del Nazismo Universal a veces hasta ha servido de inspiración para los no blancos que defienden su pureza racial frente a lo que consideran amenazas, como es el caso del Partido Nacional Socialista de Turquía, antisemita y antiárabe, o el grupúsculo mongol Tsagaan Khas, radicalmente antichino.

Ciberfascismo, metapolitización, revisionismo histórico

Sin embargo, hay una serie de evoluciones dentro de la base ideológica y de la estrategia propagandística del neo-fascismo que quizá sean aún mucho más innovadoras con respecto al fascismo de entreguerras que su fingida democratización para convertirse en una fuerza política convencional de partidos, que su internacionalización para constituirse en entidad grupuscular a nivel mundial o que su globalización del credo racista alemán. Estas evoluciones son la «virtualización» del neo-fascismo en ciberfascismo, su «metapolitización» en «fascismo cultural» y la creación por parte del neo-fascismo de su propia escuela «revisionista» de la historia moderna.

El que se celebrara en 2015 el congreso online del WNCM, organizado por unos rusos, pone de relieve uno de los aspectos más originales del neo-fascismo: el que, desde el auge de internet, los movimientos muy físicos y reales, propios de la «era fascista», compuestos de seres humanos regimentados y por lo general uniformados que actuaban en tiempo real en un espacio tridimensional, han tendido a ser sustituidos por organizaciones que operan casi exclusivamente en el ciberespacio con una mínima existencia física. Aunque la longevidad de las organizaciones que se basan en su presencia en la web a través de una página propia es, por su naturaleza, muy difícil de predecir, a fecha de 2017 las tres anglófonas especialmente dignas de mención eran Stormfront, Daily Stormer y Metapedia. Suele ser tan fugaz y volátil la vida del ciberfascismo que instamos a los lectores a que usen esta sección introductoria como punto de partida para explorar la presencia actual de neo-fascismos dispares en su propio ciberespacio nacional e internacional, prestando especial atención a los hiperenlaces a otros fenómenos fascistas o de extrema derecha, ya sean virtuales, partidos, grupúsculos o activistas.

Stormfront surgió en un principio como sistema de tablón de anuncios online del Ku Klux Klan en los años noventa, hasta llegar a convertirse en uno de los sitios web más antiguos, consolidados y sofisticados de los que avivan la llama del odio y utopismo del supremacismo blanco. En 2017, por ejemplo, tomaba la precaución de presentarse a la defensiva en su página de inicio con el discurso exclusivista que no es el propio del odio racial ni de la supremacía blanca, sino de la ultraderecha populista: «Somos una comunidad de realistas raciales e idealistas. Somos nacionalistas blancos que apoyan la *verdadera* diversidad y una patria para *todos* los pueblos». A continuación, pasa a dejar claro su auténtico programa, aunque todavía a la defensiva: «Miles de organizaciones promueven los intereses, valores

y patrimonio de las minorías no blancas. Nosotros promovemos la nuestra». Más abajo da enlaces a las páginas de otras filiales de Stormfront de quince países, y ofrece a los visitantes muchas páginas de material supremacista blanco sobre una amplia gama de temas y noticias, así como la oportunidad de participar en sus foros de debate.

El Daily Stormer, cuyo nombre recuerda con toda la intención al periódico nazi antisemita *Der Stürmer,* se constituyó en 2013 para servir al movimiento de Derecha Alternativa neo-fascista estadounidense que en 2016 alcanzó notoriedad en los medios por su apoyo a Donald Trump. Un síntoma de la sofisticación cada vez mayor del ciberfascismo es el uso de esta web de la página *imageboard* (o tablón de imágenes) 4chan para difundir memes de internet entre una nueva generación para la que las redes sociales han reemplazado en buena medida a la realidad material tridimensional. Aún más sorprendente es que, en su ambición y determinación por luchar contra el humanismo liberal en el ciberespacio, la extrema derecha haya creado una alternativa neo-fascista a Wikipedia, que es Metapedia. Comenzó en 2006 como alternativa de la ultraderecha sueca al conocimiento humanístico «tendencioso» difundido por Wikipedia, y ahora tiene versiones en húngaro, alemán, inglés, castellano, sueco, rumano, estonio, francés, griego y eslovaco (Arnstad, 2015). No deja de ser intrigante que el breve artículo que Metapedia dedica al fascismo de entreguerras corrobore el papel definitorio que el mito palingenésico juega en su ideología, y de ahí que confirme el valor del enfoque empático para estudiarla, cuando afirma que la creencia central de ese fascismo de entreguerras era que «la raza y civilización europeas estaban inmersas en un catastrófico proceso de decadencia (por los efectos, por ejemplo, de ideologías nocivas y de la disgenesia) y sólo podían regenerarse por medio de cambios revolucionarios y de heroísmo» (Metapedia, 2017).

Ya antes de la era de internet, con lo que supone de posibilidad técnica para la «libre circulación de ideas fascistas», el neofascismo había experimentado un tipo de «virtualización» distinto y de carácter más intelectual con la aparición de la Nouvelle Droite, o lo que llegó a conocerse, después de que se extendiera más allá de Francia, como la Nueva Derecha Europea (ENR) (Sunic, 2012; O'Meara, 2013). Su principal estímulo fue la decisión deliberada de Alain de Benoist en los años sesenta de apartarse del discurso de la superioridad racial y la violencia revolucionaria para acercarse al de un renacimiento cultural, o, más bien, de un renacimiento nacional y europeo (De Benoist y Champetier, 2012), como solución al clima preponderante de decadencia terminal. Siguiendo la teoría de Gramsci de la «hegemonía cultural» como condición previa para la hegemonía política, la Nueva Derecha preconiza un «gramscismo de derechas». Al descifrarlo, eso significa que los fascistas de posguerra (aunque los ideólogos de la ENR intentan por todos los medios no referirse a sí mismos como tales) no deberían dedicarse más a intentar conseguir la derrota de la democracia liberal pluralista por medio de la violencia paramilitar o del combate político. En su lugar, deberían dedicar sus energías a una campaña continua de *meta* -política, es decir, a operar fuera del ámbito de la vida política de partidos para concentrarse en usar la producción intelectual y artística con el objetivo de vencer a las fuerzas del materialismo y la «panmixia» (o mestizaje) étnico y cultural degenerativos, así como el estado general de caos espiritual de la era actual. El objetivo último es preservar la diversidad y la «diferencia» étnica y cultural, de manera que surja una nueva forma de política que las defienda.

En la práctica, lo que produce este «etno-pluralismo» es una nueva forma de xenofobia y de «miedo al Otro», conocida como «racismo diferencial» (o «diferencialista») (Lentin, 2000), camuflada bajo capas de sofisticada ambigüedad o «doble len-

guaje». Insiste en el «derecho humano» a pertenecer a una cultura con sus propios rasgos distintivos y raíces históricas (la cual de forma mítica se concibe como idealmente homogénea y «pura»), que no esté contaminada por la migración masiva a la que ha dado pie el compromiso democrático liberal con el pluralismo (no en vano presentan la democracia como un «nuevo totalitarismo» que fomenta el «genocidio cultural»). Los dos principales precursores intelectuales del neo-fascismo meta-político son el italiano Julius Evola, fascista y euro-fascista racista, y el alemán Armin Mohler, al que ya conocimos antes como recopilador de un compendio muy influyente de fuentes (alemanas) de una nueva «Revolución Conservadora» de posguerra (Griffin, 2000b). La Nouvelle Droite francesa ha tenido una influencia demostrable en el éxito de la transformación del Frente Nacional de ese país en un partido populista de (ultra) derecha y, por lo tanto, de forma indirecta también en el auge de políticas populistas e identitarias de extrema derecha por todo el mundo. Aunque hay indicios de que Steve Bannon, que fue por un corto periodo de tiempo el principal estratega de Trump en 2017, es un ferviente admirador del «tradicionalismo» fascista de Julius Evola (Horowitz, 2017), es en Rusia donde el neo-fascismo de la Nueva Derecha ha tenido el mayor impacto manifiesto en la política oficial. Bajo el mandato de Putin se han reforzado las nociones geopolíticas de proteger la homogeneidad cultural y hegemonía de Rusia de la europeización, gracias a la prolífica tarea publicitaria de Aleksandr Dugin, que lleva dos décadas entregado a la misión de revitalizar el Eurasianismo dentro del patrón de la Revolución Conservadora (Shekthovtsov, 2008b).

Al año siguiente de que Alain de Benoist publicara en 1977 el texto fundamental para la revisión del fascismo en la dirección de la metapolítica, *Vu de droite* (Visto desde la derecha), se creó en Estados Unidos el Institute for Historical Review (Insti-

tuto para la revisión histórica) con el fin de que se dedicase a otra táctica «metapolítica» de hacer que las ideas fascistas sobre el renacimiento resulten más aceptables, en este caso no sólo poniendo en duda la relación directa entre el Nazismo y el Holocausto, sino el mismo hecho de que de verdad los nazis llegaran a cometer un genocidio sistemático de los judíos. En las numerosas publicaciones del instituto que son de carácter «negacionista», que incluyen la supuesta persecución de enemigos raciales, la negación del Holocausto, la minimización de los crímenes de guerra del Tercer Reich y el énfasis en los de los aliados, emplean el tipo de discurso y aparato académico propio de los historiadores profesionales —a veces con considerable sofisticación— para crear una contra-narrativa a la historia objetiva y real del *Shoah* u Holocausto. (En Estados Unidos, Jonah Goldberg [2008] usó una técnica similar para convencer a los lectores republicanos de que el fascismo tiene unas claras raíces izquierdistas que siguen siendo la base de la tradición demócrata de que el Estado intervenga en asuntos sociales).

Por medio de sus libros y publicaciones, el revisionismo histórico internacional lanza un aluvión de lo que podemos llamar «hechos alternativos» para convencer, tanto a los antifascistas como a sus propios correligionarios apologistas del Nazismo, de una serie de proposiciones: que no hubo ninguna campaña intencionada del Tercer Reich para cometer un genocidio de los judíos; que los campos de exterminio nunca existieron; que las cámaras de gas en realidad eran duchas; que la masacre de judíos en el este de Europa por parte de los escuadrones especiales de las SS, los Einsatzkommandos, es una mentira propagandística; que Hitler nunca dio la orden de exterminar a los judíos; que, en proporción, no murieron más judíos a causa de la guerra (¡dicen que sólo 600.000!) que personas de cualquier otro grupo étnico o categoría social; que los cadáveres escuálidos que se encontraron en los campos de exterminio estaban así por cul-

pa de los bombardeos estadounidenses, que interrumpieron el suministro de comida; que los judíos se inventaron la detallada «patraña» del Holocausto para justificar la creación del Estado de Israel; que, en cualquier caso, el asesinato masivo de judíos sólo fue uno más de los muchos genocidios que han tenido lugar en la historia y, por lo tanto, no debería permitirse que acapare el recuerdo de la guerra; que los aliados cometieron más crímenes de guerra que los nazis, etcétera (Lipstadt, 1993; Evans, 2002). No obstante, el revisionismo ha demostrado ser mucho más efectivo a la hora de acallar las voces de la conciencia de los fascistas, e insensibilizarlos contra su culpa colectiva, que a la hora de convencer a los antifascistas de la inocencia del Nazismo.

En Occidente, el negacionismo (que tiene una importante variante islámica) se puede practicar a muchos niveles distintos de sofisticación. Para muchos nazis universales, la negación del Holocausto forma parte de su campaña para perpetuar la del Nazismo contra los judíos, pero también es un modo de poner en duda la credibilidad de los argumentos antifascistas, al presentar el Nazismo como un intento heroico de evitar que los pueblos étnicos de la civilización occidental se suicidaran cayendo en el agujero negro del multiculturalismo, el materialismo, la globalización y la americanización. Instamos a los estudiosos del fascismo que estén leyendo este libro a que consideren que su compromiso con la metodología científica, al estudiar el fascismo, es fundamental para mantener viva la contraofensiva humanista al revisionismo histórico, y a todos los demás intentos de manipular el discurso y metodología académicos con el fin de justificar el supremacismo racial o cultural y la inhumanidad que se deriva de él.

El neo-fascismo terrorista Ya hemos mencionado la que quizá sea la innovación más alarmante de la evolución del neo-fascismo, que es su recurso a la violencia terrorista al estilo de la «resistencia sin líderes» de los lobos solitarios que no reciben órdenes de arriba. (Por supuesto, «terrorismo» es una palabra con una fuerte carga moral que implica la aceptación general de una serie de valores, pero esperamos poder usarla en el contexto de los intentos fascistas de llevar a cabo sus fantasías del renacimiento de una ultra-nación a través de la violencia extrema sin que resulte polémica para la mayoría de lectores). De nuevo estamos ocupándonos de un componente que, antes de 1945, era un rasgo recurrente de los movimientos fascistas más agresivos. Los grupos paramilitares de la «era fascista» hacían uso de la violencia para acabar con los enemigos ideológicos y raciales e intimidar a sus adversarios, y probablemente varios movimientos habrían instituido un aparato del terror al estilo nazi de haber estado en el poder, lo que les habría permitido imponer el «nuevo orden» y purgar a la nación de «decadencia» (Law, 2016). Los squadristi fascistas, la SA nazi (Gellately, 1991) y los escuadrones asesinos de los Legionarios rumanos (Clark, 2012), así como la milicia de la Ustacha croata (Tomasevich, 2001), a menudo emprendían con aterrador entusiasmo expediciones punitivas y campañas locales de intimidación. También esa característica del fascismo de entreguerras, que entonces estaba integrada en él, se ha escindido para convertirse en una fuerza autónoma y especializada de activismo neo-fascista. En su núcleo ideológico, el fascismo contiene la capacidad para que se dé el culto a la violencia catártica y transformadora, de acuerdo con la lógica de la «destrucción creativa» que se deriva de su imperativo de hacer la revolución contra el orden decadente existente (Forgacs,

1994; Albanese y Del Hierro, 2016); sin embargo, ahora no son movimientos, sino individuos los que llevan a cabo los actos más destructivos.

Siempre ha existido una tradición ininterrumpida de violencia fascista localizada y de bajo nivel que, en términos generales, podría entenderse como «terrorista» cuando su objetivo principal es infundir miedo a toda una categoría de seres humanos (judíos, migrantes, comunistas, minorías étnicas, gais, drogadictos, etc.) y echarlos del vecindario o del país. En ese sentido, el Ku Klux Klan, con sus cruces ardientes y sus linchamientos a cargo de encapuchados, fue un precursor del terrorismo racista moderno, aunque carecía del mito revolucionario que permitiera considerarlo una organización neo-fascista hasta que empezó a colaborar activamente con el neo-nazismo en los festivales arios que comenzaron a organizarse a finales de los años ochenta. En ese momento su supremacismo blanco entró en simbiosis con el mito palingenésico de los Fascistas Universales de que todo el mundo tiene que ser purgado de la sangre que no sea aria. En el Reino Unido se fundó en 1992 Combat 18, uno de los primeros grupúsculos dedicados en exclusiva a la violencia fascista en nombre de Adolf Hitler (a cuyas iniciales se refieren los dos dígitos del 18). Tiene células en varios países europeos y vínculos con violentos grupos de extrema derecha de Estados Unidos. Más recientemente apareció National Action (Acción Nacional), otro grupo británico dedicado a la violencia terrorista, pero fue prohibido en 2016. Ambos tienen homólogos dondequiera que el Nazismo Universal y el ultranacionalismo han desarrollado una subcultura de extrema derecha de cierta importancia, como es el caso de Rusia y sus grupúsculos como el RONA, el RFO «Memory» (Frente de Liberación Ruso «Memoria») y el Partido de la Derecha Rusa; aunque muchos de ellos tienen una existencia efímera, no dejan de ser importantes

para mantener la presencia amenazadora real de la subcultura clandestina de culto fascista (Verkhovsky, 2016).

Lo simplista que sería pensar que toda la violencia terrorista fascista es de carácter neo-nazi quedó claro cuando Matthew Heimbach, uno de los organizadores de la manifestación «Unite the Right» (Unid la derecha), que tuvo lugar en Charlottesville (Virginia) en agosto de 2017, y que culminó con lo que el fiscal consideró un ataque terrorista contra unos contra-manifestantes antifascistas, se puso para la ocasión una camiseta con la que no loaba a Hitler, sino a Cornelius Codreanu, el líder de la Guardia de Hierro rumana. Con anterioridad, al aparecer con otros miembros de la Derecha Alternativa para apoyar a Donald Trump en la Convención Nacional Republicana de julio de 2016, también había manifestado su admiración por José Antonio, Oswald Mosley (de la Unión Británica de Fascistas) y Léon Degrelle (del Partido Rexista belga), así como por Bashar al-Assad, Sadam Husein y el coronel Muammar el Gadafi. También es digno de destacar que, en Estados Unidos, un importante componente del supremacismo blanco es un movimiento que casi funciona como una secta, y que se basa en una variante racista y muy poco ortodoxa del cristianismo fundamentalista: Identidad Cristiana (CI).

Aunque en teoría cabría esperar que CI rechazase el paganismo del nazismo, en la práctica muchos de sus militantes se unen de muy buen grado a los nazis para atacar a enemigos comunes, y su antisemitismo, junto con el neo-nazismo, tuvo una importante influencia en David Copeland, el autor del atentado con bombas de clavos de Londres (McLagen y Lowles, 2000). Del mismo modo, por mucho que los miembros actuales del Ku Klux Klan todavía juren lealtad a una forma racista de protestantismo, no tienen reparos a la hora de asistir a festivales arios junto con miembros de la Iglesia del Creador, para los que la raza blanca ha sustituido a Cristo. La carrera política

de Tom Metzger, líder de Resistencia Aria Blanca, grupo abiertamente terrorista, revela la membrana porosa que existe entre el cristianismo racista y el paganismo neo-nazi en Estados Unidos, como demuestra muy gráficamente el documental de 1991 *Blood in the Face,* de Anne Bohlen, Kevin Rafferty y James Ridgeway.

El descubrimiento que hicieron las autoridades alemanas en 2011 de que la organización secreta Clandestinidad Nacionalsocialista llevaba más de una década cometiendo una serie de robos de bancos y de asesinatos de musulmanes (conocidos como «asesinatos del kebab»), subraya la continua capacidad de los grupúsculos neo-fascistas para adoptar la estrategia de la guerra terrorista «espontánea» contra la sociedad, aunque llevada a cabo por células muy pequeñas. Hay que estimar sus actos en el contexto de los 1.485 crímenes violentos con motivaciones de extrema derecha de los que sólo en Alemania se tuvo constancia en 2015 en el punto álgido de las protestas contra la inmigración, pocos de los cuales fueron el resultado de acciones premeditadas de grupos organizados (Koehler, 2016). En 2017, la base de datos sobre el terrorismo de ultraderecha del Instituto Alemán de Estudios sobre la Radicalización y la Desradicalización proporcionaba una lista muy preocupante de actividades neo-fascistas en la República Federal, que incluía a los 92 grupos e individuos que se había podido identificar que habían cometido actos terroristas de extrema derecha desde 1963; 123 atentados terroristas de ultraderecha con explosivos desde 1971, tanto los que habían tenido éxito como los que no; 2.173 incendios provocados desde 1971; y 229 casos de asesinato por motivaciones ultraderechistas desde ese mismo año (GIRDS, 2017). En comparación con la cantidad de crímenes que cometió el Nacionalsocialismo entre 1919 y 1945, esas cifras resultan insignificantes. No obstante, no debemos olvidar la capacidad que tienen pequeños fragmentos de la visión palingenésica total

del nazismo de entreguerras de impulsar a grupos desafectos para que sigan causando muerte, sufrimiento y miedo a pequeña escala local, y el hecho de que detrás de cada una de esas estadísticas hay otra vida perdida o destrozada. A veces, el terrorismo neo-fascista puede adoptar formas más importantes y con mayor elaboración ideológica como guerra continua contra «el sistema».

La campaña colectiva más mortífera y prolongada del terrorismo neo-fascista, o «negro», hasta la fecha fue la que tuvo lugar en Italia entre 1969 y 1980, los llamados «años de plomo». Con esa expresión se denomina a un periodo de gran trastorno de la vida pública, universitaria y política que fomentó deliberadamente la extrema izquierda revolucionaria con diversos atentados terroristas de las Brigadas Rojas contra el «sistema», así como por la extrema derecha revolucionaria que, con lo que denominó su «estrategia de tensión», quería provocar un golpe de Estado de derechas. Se produjo la connivencia directa de formaciones como Nuclei Armati Rivoluzionari, Ordine Nuovo, Avanguardia Nazionale, Ordine Nero, Terza Posizione y un montón de grupúsculos aún más pequeños, muchos de ellos seguidores de las doctrinas de Julius Evola, con elementos de dentro del gobierno, la policía y la judicatura. Al final, el neo-fascismo demostró estar demasiado marginado y fuera de sintonía con el clima pro-democrático de la época para suponer una verdadera amenaza a las estructuras del Estado, pero durante más de una década consiguió avivar la continua sensación de estar viviendo una crisis nacional (Ferraresi, 1996; Albanese y Del Hierro, 2016: 137-158).

El fracaso de todas las demás transformaciones del fascismo de posguerra para conseguir salir de su marginación, o para completar los primeros pasos que condujeran a hacer realidad su utopía, por muy profunda que fuese la crisis nacional, dejó una única salida final y desesperada al nacionalismo revolucio-

nario: los llamados atentados terroristas a cargo de lobos solitarios. Basándose en una táctica que ya habían utilizado en el pasado anarquistas, comunistas, separatistas, combatientes de la Resistencia francesa, fundamentalistas religiosos, antiabortistas y ecoterroristas, un solo individuo, comprometido fanáticamente con la causa de salvar su deseada ultra-nación de la decadencia, atenta contra algún símbolo del odiado «sistema» multicultural liberal, actuando en gran medida sin depender de ningún movimiento o grupúsculo. El acto más letal y conocido de ese tipo de violencia terrorista hasta el día de hoy por parte de la ultraderecha neo-nazi alemana fue el atentado en el Oktoberfest de Múnich de 1980, en el que murieron trece personas y doscientas veinticinco resultaron heridas a manos del extremista Gundolf Köhler. Desde entonces, Europa y Estados Unidos han vivido ataques esporádicos de lobos solitarios contra varios símbolos manifiestos de la amenaza a la «civilización aria» (por ejemplo, una familia multirracial [11] , un musulmán que volvía de sus rezos [12] , afroamericanos [13] , una diputada partidaria de la inmigración [14] y el Museo del Holocausto de Washington [15]).

Dos atentados anteriores a 2017, los de Timothy McVeigh y Anders Breivik, demostraron la extraordinaria capacidad de los nuevos recursos ideológicos y técnicos de que disponen los neofascistas para permitir que un fanático lleve a cabo prácticamente en solitario actos de destrucción mortales (y totalmente inútiles) contra lo que, para el asesino, son símbolos de lo que está corrompiendo y socavando la ultra-nación idealizada de su imaginación. Como ocurre con el terrorismo actual, unos ciudadanos inocentes que vivían sus existencias normales fueron transformados, y por lo tanto deshumanizados, por el modo de pensar palingenésico politizado en «Otros demonizados», y con su asesinato se pretendía «despertar» a la sociedad a una verdad más profunda sobre el mundo, o al menos minar su seguridad y creencias. Lo que en los años treinta intentaban miembros de

las unidades paramilitares de movimientos de masas, ahora lo puede realizar un solo individuo radicalizado por la subcultura clandestina de culto del neo-fascismo.

Al estudiar las motivaciones profundas del atentado que llevó a cabo McVeigh en el edificio administrativo Alfred P. Murrah de Oklahoma, en el que se cobró 168 vidas e hirió a otras 680 personas (Michel y Herbeck, 2001), y el de Breivik, que primero detonó un coche bomba en la zona de edificios gubernamentales de Oslo para después ejecutar a 69 asistentes al campamento de verano de la Liga de la Juventud en la isla de Utoya (Seierstad, 2015), nos damos cuenta de lo muy idiosincrásicas, complejas y sorprendentemente reservadas y socialmente aisladas que pueden llegar a ser las mentes de los neo-fascistas actuales. No sólo no tienen ninguna necesidad de pertenecer oficialmente a un movimiento jerárquico cuya lógica ideológica para practicar la violencia emane de un líder carismático o de una subdivisión especializada del partido, sino que su análisis subjetivo de la historia y de la necesidad de ejercer la acción revolucionaria para salvar a la ultra-nación mitificada ya no está sincronizado con la situación real y objetiva del mundo. Así pues, entran en un estado de fanatismo radical, en una especie de psicosis autoinducida (que rara vez es una psicosis clínica) en la que su obsesión es destruir lo que para ellos son objetivos simbólicos, pero sin que cuenten con la capacidad de evaluar de forma realista la racionalidad de sus propósitos ni las consecuencias de sus actos, pues sus valores éticos han quedado superados por las mayores exigencias morales de la «causa».

Mientras vivía años recluido por voluntad propia, Breivik aprovechó la comodidad de internet, que proporciona información sin tener que someterse a ninguna de las restricciones del rigor académico, para crear la elaborada base ideológica que sustentase su plan para «salvar» a Noruega de la islamización, la cual adoptó la forma de una historia alternativa, copiada y pe-

gada de diversas páginas web, de la guerra secular del islam contra la Europa cristiana. El resultado fue *2083: Declaración de la independencia europea,* un prolijo manifiesto que es un documento muy valioso para entender el modo de pensar del neofascista solitario en una época en que han surgido nuevas cuestiones, nuevas tecnologías, nuevas formas de comunicación y nuevas posibilidades para hacer la guerra a la sociedad que eran inconcebibles en la «era fascista».

La «ultra-nación» de fantasía de Breivik, que va cambiando entre Noruega, Europa y Occidente, y su fundamento ideológico basado en el arianismo, el cristianismo cultural y los valores guerreros *kitsch* que podemos encontrar en videojuegos como *Assassin's Creed,* es el producto de una mente que, totalmente desconectada de la realidad, intenta por todos los medios dotar a la vida de un propósito más elevado y sagrado (Griffin, 2012b). Los asesinatos que planeó tan cuidadosamente, y para los que se entrenó jugando horas y horas a *World of Warcraft,* se suponía que tenían que provocar un proceso de despertar nacional que llevaría al renacimiento de Europa como una sociedad homogénea, estable en el plano de lo existencial y «culturalmente» cristiana, digna de su heroico pasado y purgada de toda contaminación extranjera. Lo único que en realidad inspiraron fue el enorme santuario conmemorativo de flores que se formó en el exterior de la catedral de Oslo como homenaje espontáneo de la gente a las víctimas.

Aunque los neo-fascistas estén fuera de sintonía con el presente, siguen decididos a «hacer» historia Para los fascistas convencidos, los años treinta debieron de ser una época maravillosa en la que sus esperanzas palingenésicas de que se produjera un renacimiento nacional parecían, como escribió Seamus Heaney en La cura en Troya, rimar con la

historia, un Estado epifánico este del que el también poeta irlandés William Butler Yeats dejó constancia en una época en que él mismo había sido seducido temporalmente por la sensación de participar, a través de su apoyo al fascismo, en un cambio absoluto de carácter histórico (Cullingford, 1981: 75).

Después de 1945, las fuertes corrientes de una nueva era han pulverizado todos los planes que se ha inventado el fascismo, por mucho que pareciera que estos rimaban. Sin embargo, siempre quedarán algunos a quienes su búsqueda de un significado trascendental y de un cambio vuelve propensos a creerse la visión de que pueda amanecer un nuevo día para la civilización, aunque lo vean a través de las lentes deformantes de la nación, la raza y el odio. Cada nuevo acto de violencia neo-fascista, cada hecho con el que pretenden avivar el recuerdo de la época fascista, cada referencia a las culturas étnicas como entidades orgánicas con sus propios derechos políticos y destinos, es un recordatorio de que las ciencias humanísticas no deben cerrar aún el dossier del neo-fascismo ni tratarlo como una mera nota a pie de página de la era fascista.

10 El anuncio de que se había fundado el WNCM llevó a la revista online «libertaria» *Counterpunch* a publicar en septiembre de 2015 una excelente historia del neo-fascismo en la que mostraba que es una fuerza de grandes interconexiones internacionales. Véase Alexander Reid Ross, *Un nuevo capítulo de la internacional fascista,* www.counterpunch.org/2015/09/16/a-new-chapter-in-the-fascist-internationale/ . Para la lista de los setenta y un grupúsculos invitados por el WNCM a asistir (¿virtualmente?) a la sesión inaugural en 2015, véase www.sova-center.ru/files/xeno/parties.pdf . 11 Por ejemplo, en Estados Unidos el cabeza rapada neo-nazi Jessy Joe Roten disparó en 1999 contra el hogar de una familia multirracial. 12 El asesino fue el ucraniano Pavlo Lapshyn, conocido por su actividad racista y neo-nazi en su país de origen. 13 Referencia al neo-nazi Dylann Roof, que llevó a cabo una masacre en una iglesia de Charleston (Carolina del Sur) en 2015. 14 Referencia al asesinato de la diputada británica europeísta Jo Cox que perpetró Thomas Mair en 2016. 15 Referencia al tiroteo que llevó allí a cabo el neo-nazi James Wenneker von Brunn en 2009.

6
CONCLUSIÓN: FASCISMO, POST-FASCISMO Y POST *FASCISMO*

Cuatro principios rectores para el uso productivo del término «fascismo»

Justo al mismo tiempo que la «nueva ola» de estudios del fascismo iba cobrando impulso, Umberto Eco, el famoso intelectual y novelista italiano que había vivido en persona el Fascismo, publicó lo que ahora se considera un artículo clásico en el que identificaba catorce «rasgos comunes» de lo que él llamó el fascismo «eterno» o «ur-fascismo» (Eco, 1995). Lo que resulta intrigante es que ninguno de esos rasgos se corresponde con la definición que es la base de este libro, y que todos ellos se pueden encontrar en diversos movimientos o regímenes políticos que, según este libro, *no* son fascistas. Este aleccionador hecho subraya una vez más un punto que nunca debiéramos olvidar al trabajar en este área, que es el carácter controvertido del «fascismo» como término. Remedando un famoso comentario del *Pigmalión* de Bernard Shaw, podríamos decir que «es imposible que un experto en el fascismo abra la boca sin que consiga que otro experto lo odie o desprecie».

En aras de la claridad, quiero concluir esta introducción, inevitablemente personal, al fascismo como término clave de la teoría política, ofreciendo una serie de principios rectores para el estudio del fascismo (si bien es cierto que el cuarto y último tiene cinco sub-apartados nada menos). Espero que sirvan como resumen del principal argumento de este libro sobre la naturaleza y estatus del fascismo como concepto genérico de la ciencia histórica y política, y para subrayar la diferencia entre sus connotaciones antes y después de 1945. Finalmente termi-

naré dando algunos consejos sobre la necesidad de evitar las discusiones definitorias estériles y las disputas teóricas, y algunas sugerencias sobre adónde se dirigen los estudios comparados del fascismo y sobre el modo en que estudiantes e investigadores pueden contribuir al desarrollo y avance de esos estudios.

1. ***El tipo ideal.*** No puede haber una definición objetiva, puramente empírica y carente de polémica del «fascismo» (véase capítulo 1, nota 1). Eso se debe a que cualquier definición de un término genérico de las ciencias humanísticas es en el fondo un *tipo ideal* (véase capítulo 1, nota 2), un constructo artificial que funciona como recurso taxonómico (clasificador) y heurístico (investigador) que permite que se identifiquen y estudien comparadamente sectores de la realidad histórica y sociopolítica en relación con un concepto genérico (en este caso, el de «fascismo»). De ese modo esos sectores se pueden entender o investigar como variantes del patrón general de un fenómeno, o, por usar metáforas biológicas, como especies pertenecientes al mismo género, o que están relacionadas por «parecidos de familia» (véase capítulo 1, nota 2), *a la vez que no se niega la singularidad de cada uno de los especímenes* . Es una ilusión óptica causada por el lenguaje, o una falacia epistemológica (una mala interpretación de la relación entre conceptos y realidad y de cómo «conocemos» el mundo), que el fascismo sea una entidad «real» que se puede describir a partir de unas características «evidentes», que en esencia se pueda identificar objetivamente o que sea un actor histórico o social vivo con los rasgos de un organismo biológico, que crece, decae o actúa.
2. ***El paradigma empático.*** Para evitar cualquier ingenuidad metodológica, las nuevas investigaciones sobre el fascismo deberían ser conscientes, al menos en parte, de la

existencia de una larga tradición de estudios «marxistas» y «liberales» del fascismo genérico, así como del debate histórico, enmarañado y a menudo irascible, sobre su significado; no obstante, las nuevas investigaciones no deberían enredarse también en ese debate. Como mínimo, deberían mostrar cierto conocimiento de lo que hemos llamado en este libro el «enfoque empático» para definir el fascismo como una forma política, un enfoque que ha conseguido cada vez mayor aceptación y aplicación por parte de los estudiosos del tema desde los años noventa. Si un «nuevo» concepto idiosincrásico del fascismo se aplica a la investigación, entonces, en aras de la integridad académica, deberían quedar claros sus principales puntos de convergencia y divergencia con la teoría marxista y liberal establecidas y el «valor añadido» heurístico que aporta, de manera que la creciente comunidad de académicos que se dedican a los estudios comparados del fascismo puedan incorporarlo con mayor facilidad a su trabajo.

3. ***La base empírica del tipo ideal empático.*** Este tipo ideal discrepa tanto del enfoque marxista, que reduce el fascismo a mero agente o herramienta del capitalismo, como de la antigua tendencia liberal de verlo fundamentalmente como algo irracional, nihilista o indefinible. En su lugar, busca entender el fascismo, de forma genérica, a partir del modo en que los propios fascistas entendían su misión política. De ahí que el tipo original surgiese en un principio como resultado de un proceso, en buena parte inconsciente, de idealización abstracta, al que se dedicaron una serie de estudiosos que investigaron episodios concretos de la historia del fascismo con considerable detalle, al tiempo que se lo tomaban *en serio* (sin que eso significara en absoluto que aprobaban sus valores o programa) como una fuerza política que se basaba en lo que para los fascistas era

una ideología «positiva». Como tal, tenía su propio y característico diagnóstico del estado de la nación o de la historia contemporánea, y su propia visión del futuro o de la sociedad ideal que había que conseguir por medio de un proceso revolucionario de total transformación social. Los más destacados de esos estudiosos fueron George Mosse, Eugen Weber, Emilio Gentile, Zeev Sternhell y Stanley Payne. En los años noventa, mi contribución al perfeccionamiento de ese enfoque (Griffin, 1991) fue una de las diversas publicaciones de ese periodo que ayudaron a avanzar hacia la consecución de una teoría consistente del fascismo como forma de ultranacionalismo revolucionario.

La aplicación del tipo ideal a los fenómenos de posguerra que van asociados a la extrema derecha también ha demostrado su valor empírico a la hora de diferenciar al neo-fascismo de otras formas de ultraderecha, en particular del populismo que, aunque radical, todavía sigue siendo (técnicamente) democrático, y de las formas yihadistas de la política islámica (aunque en esta cuestión existe menos consenso académico). Un rasgo de la aplicación de mi variante de este tipo ideal es que, al subrayar que la idea visionaria de un renacimiento ultranacionalista es su núcleo fundamental e imprescindible, revela el parentesco con el fascismo de entreguerras de las versiones virtuales, intelectuales, «culturales» y pseudoacadémicas del activismo de extrema derecha como son las web ciberfascistas, la Nueva Derecha metapolítica y el revisionismo histórico.

4. ***Los componentes definitorios del tipo ideal «empático» del fascismo.*** Desde los años noventa no han dejado de crecer la validación empírica de la utilidad de este tipo ideal, la variedad de movimientos y fuentes primarias que

abarca esta subdisciplina y el número de estudiosos de distintos países que aplican el paradigma empático. El «tipo ideal» se formula de tantos modos como expertos hay dispuestos a definirlo, pero los elementos constantes y «definitorios» del llamado mínimo fascista, tal y como se presentan en este libro, se pueden resumir del siguiente modo: • *Ultranacionalismo.* El «fascismo» es una forma concreta de nacionalismo radical que se basa en la idea utópica de la nación como una entidad orgánica sana, poderosa y heroica (que en este libro llamamos «ultra-nación»), que una vanguardia nombrada a sí misma de ultranacionalistas militantes intenta hacer realidad, en primera instancia con o sin apoyo populista, aunque a la larga haya que movilizar a toda una «comunidad nacional» como resultado de la revolución fascista, ya sea esta violenta o cultural. La ultra-nación es una forma concreta de «comunidad imaginada» (Anderson, 1983) que no tiene necesariamente que coincidir con una nación histórica o un Estado-nación, como en el caso de la «raza blanca» que postulan el arianismo, el supremacismo blanco y el Nazismo Universal. El Nazismo de entreguerras, por ejemplo, ya desarrolló la idea de una comunidad nacional que combinaba elementos del Estado-nación alemán histórico y de la raza aria y nórdica supranacional. La ultra-nación tampoco tiene necesariamente que abarcar componentes tan comunes en el periodo de entreguerras como la eugenesia negativa, el racismo biológico, el terror de Estado, el corporativismo o el imperialismo. Ni siquiera el culto al líder, el paramilitarismo uniformado y las elaboradas muestras de religión política, tan característicos del fascismo de entreguerras, son tratados por el paradigma empático como rasgos definitorios del fascismo, y, en cualquier caso, se pueden encontrar en una gran variedad de políticas intransigentes de todo tipo.

El ultranacionalismo que se fundamenta en el proyecto de una ultra-nación renacida rechaza las ideas liberales de ciudadanía, multiculturalismo, individualismo y la igualdad de derechos humanos como la base de la sociedad, así como formas de nacionalismo que derivan de ideas liberales de ciudadanía, residencia y aculturación *(ius soli).* En su lugar, promueve el concepto de pertenencia afectiva a una comunidad nacional orgánica, ya esté contenida dentro de un Estado-nación, una identidad étnica global imaginada, una raza o cultura de base étnica, una pertenencia de tipo místico que hacen posible tales lazos antropológicos como la historia mitificada, la ascendencia, el lugar, el lenguaje, la cultura y la sangre *(ius sanguinis).* Algunos fascismos consideran que la eliminación o purga física de elementos ajenos o decadentes de la sociedad es la condición previa para que la ultra-nación pueda llegar a nacer, mientras que otros muchos no lo ven así. No obstante, todos están comprometidos con una ideología ultranacionalista revolucionaria (palingenésica) que se adapta a la situación de crisis en que se supone que se encuentra la «ultra-nación» imaginaria.

• *La creencia en una crisis que amenaza a la ultra-nación.* Se considera que esa ultra-nación orgánica latente que se quiere lograr por medio de la revolución fascista está expuesta a una amenaza inmediata o continua que pone en peligro su existencia. Esa amenaza se puede atribuir a una amplia variedad de factores que vienen determinados por las circunstancias históricas del momento, pero lo típico es que se exprese por medio de la idea de que existe una «cri-

sis», «decadencia» o «degeneración»: por ejemplo, el declive militar, industrial, demográfico, moral o cultural, la producción de arte «degenerado» o sin sentido, unos paisajes urbanos y una arquitectura anónimos, una humillación nacional, ya sea económica o militar, la pérdida de las esencias y virilidad nacionales, la pérdida de identidad, la erosión de la cohesión comunitaria, la amnesia colectiva con respecto a un pasado heroico, el mestizaje con «enemigos» raciales, ideológicos, disgénicos o morales, y la contaminación por parte de ideologías decadentes (e.g., el pacifismo, el comunismo, el cosmopolitismo, la globalización, el multiculturalismo, la corrección política), de culturas foráneas (e.g., la afroamericana, judía, eslava, islámica y el arte experimental, abstracto e ininteligible) o de prácticas sociales y movimientos perniciosos (e.g., el consumismo, la homosexualidad, el feminismo, los matrimonios mixtos, las redes sociales, el materialismo y el comunismo). Para el modo de pensar fascista, determinadas combinaciones de tales factores trabajan conjuntamente para socavar la cohesión de la comunidad nacional, la noción heroica de la ultra-nación y la posibilidad de alcanzar la trascendencia a través de la pertenencia nacional.

• *Llamamientos o planes para la conquista absoluta del poder político o cultural.* Algunos fascistas entregados a la causa están convencidos de que la situación catastrófica o la decadencia galopante que amenazan a la cohesión orgánica y fuerza de la nación, y por lo tanto al surgimiento de la ultra-nación, se pueden llegar a revertir por medio de un violento golpe de Estado militar o de una victoria electoral que cuente con el refuerzo de un potente movimiento populista, mientras que la Nueva Derecha trabaja para conseguir de forma gradual una revolución cultural que dé la hegemonía a los valores ultranacionalistas y rechace el

multiculturalismo, lo cual por su parte provocará una transformación política. Se supone que todos estos procesos llevarán con el tiempo a un «despertar» nacional y a un renacimiento completo en todos los ámbitos. En la práctica, la conquista fascista del Estado en Italia y Alemania fue el resultado de un proceso democrático respaldado por el uso intimidatorio de la fuerza paramilitar. La toma del poder en Croacia con el fin de llevar a cabo una revolución étnica sólo fue posible por la situación excepcional que se produjo temporalmente al ocupar el Eje los Balcanes.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el espacio político para los movimientos fascistas se encogió y la masa social que era fundamental para producir líderes carismáticos o llevar a cabo un golpe de Estado que tuviera éxito no llegó a materializarse, por lo que el fascismo ha tenido que cambiar radicalmente para adaptarse a la nueva situación. El «neo-fascismo» resultante ha adoptado muchas formas y ha empleado diversas estrategias para hacerse con el poder, que van de dar un golpe de Estado militar a ganar elecciones democráticas, pasando por el cambio de la hegemonía cultural en favor de los ideales fascistas, el uso de la violencia terrorista para desatar una guerra racial o despertar a la ultranación, o simplemente emplear el ciberespacio para mantener vivos el sueño fascista y la fe hasta que, en algún momento del futuro, las condiciones históricas favorezcan el surgimiento de un nuevo orden nacional o de la civilización. Con el declive del Estado-nación y la globalización de tantos fenómenos, cada vez es más frecuente que se conciba el «nuevo orden» fascista

y la regeneración de la ultra-nación en términos internacionales y transnacionales de una renovación europea u occidental en conjunto, y que se recurra al ciberfascismo a nivel mundial y a iniciativas metapolíticas, supranacionales y culturales.

• *El objetivo de crear un nuevo orden fascista (y neo-fascista).* En el periodo de entreguerras, la inversión de la decadencia se concebía por lo general en términos míticos arquetípicos como un renacimiento total e inminente cual Ave Fénix: un proceso de renovación, de regeneración, un nuevo amanecer, un nuevo comienzo. Esta palingenesia marcaría el inicio de una nueva era de grandeza nacional que haría uso de los recursos ocultos de lo que se entendía como una ultra-nación inmortal e invisible, que se basaba en unos valores primigenios y eternos y, en algunos casos (no en todos), en la «pureza» de una raza superior (que, por lo que a su ubicación geográfica se refiere, puede coincidir o no con un Estado-nación). Dicho de otro modo, siempre que era posible, los fascistas aplicaban instintivamente lo que los teóricos del nacionalismo llaman el concepto «primigenista» de la nación, como demostraron la noción nazi de que los alemanes eran una «raza aria», el culto de los fascistas italianos a la *romanità* y el mito de los orígenes turanios del pueblo magiar que fomentó el hungarismo. El mundo se vio obligado a presenciar los catastróficos resultados de los intentos fascistas de llevar a cabo su nuevo orden orgánico.

En la era de posguerra, aunque el mito palingenésico sigue siendo definitorio dentro de nuestro tipo ideal, la agenda para el renacimiento de la entidad que constituye la ultra-nación se ha vuelto más vaga e indefinida para muchos

fascistas. Todavía se presupone en general que el renacimiento de la ultra-nación desde dentro del Estado-nación es esencial para el proceso de regeneración que debe afectar a la civilización occidental hasta convertirse en un cambio radical en la historia mundial. Sin embargo, el neo-fascismo se caracteriza por tener tantas visiones y planes palingenésicos que es imposible generalizar sobre cómo ocurrirá ese renacimiento, sobre todo ahora que, para muchos fascistas, ese renacimiento ha quedado pospuesto indefinidamente y debe esperar a que la civilización liberal se desmorone desde dentro, lo que Julius Evola (1961) llamó «montar (cabalgar) el tigre». De ahí que el proceso de renovación de la sociedad rara vez se describa con detalle. Por ejemplo, en el apocalipsis racial que tiene lugar al final de *Los diarios de Turner* (Pearce [1978], 2013) se habla de «un huracán limpiador» que purgará al mundo de vida humana disgénica, pero el nuevo mundo ario que surgirá a continuación no está descrito, ni tampoco lo que ocurrirá después de la «Revolución Conservadora» que tanto deseaba Armin Mohler (1950). Para la mayoría de neo-fascistas, en especial los varios miles de nazis universales militantes del mundo y un puñado de terroristas empeñados en librar a su país de multiculturalismo, islamización e inmigración masiva, la lucha contra la decadencia del sistema en nombre de unos valores ultranacionalistas más elevados se ha convertido en un fin en sí mismo. Llevan a cabo esa lucha empleando muy diversos análisis y tácticas, pero —

en marcado contraste con la Europa de entreguerras, en que la amenaza de la violencia revolucionaria era muy real— la mayor parte del pensamiento de los neo-fascistas tiene poco que ver con la realidad, e incluso las fantasías de atacar el sistema que tanto les gustan no dejan de ser virtuales en su mayor parte.

• *Una visión moderna (modernista) del nuevo orden fascista que incorpora elementos de un pasado mitificado.* El nuevo orden, como quiera y cuando quiera que se conciba, aun en el caso del Fascismo futurista de Italia, extrae su fuerza vital (mítica) del «pasado utilizable» de la ultra-nación (ya sea nación, civilización o raza). Por lo tanto, es un error suponer que la búsqueda fascista de sus raíces y su interés por el pasado es un tanto reaccionaria o antimoderna. Por el contrario, el fascismo es una ideología dinámica y orientada hacia el futuro que aspira a conquistar, y que se ve a sí mismo como la alternativa viable y moderna al presente decadente. Se esfuerza por conseguir una «modernidad arraigada» y hasta puede entenderse como una forma de modernismo en sí mismo (Griffin, 2007).

Atrapar el pez sin enredarse uno en la red Hemos insistido a lo largo de este libro en que lo que distingue a los distintos tipos ideales de fascismo es su utilidad (su valor heurístico) cuando se aplican a cuestiones de estudio específicas. Además, no olvidemos que en la realidad humana abundan los fenómenos a los que se pueden aplicar varios tipos ideales que sean diferentes y sólo coincidan parcialmente. El Nazismo, por ejemplo, puede considerarse algo único y, a la vez, una forma de fascismo, totalitarismo, religión política, modernismo político, política paranoica o patriarcado autocrático, y sin duda también se le pueden aplicar

otros conceptos genéricos. Así pues, debemos tratar cualquier tipo ideal pragmáticamente, como una clave en potencia y no como la clave para el debate, y aplicarlo con inteligencia en lugar de hacerlo de forma mecánica y sin sentido crítico.

Como los tipos ideales crean en un debate un orden taxonómico (clasificatorio) artificial, los estudiantes no deben desconcertarse si se encuentran componentes ideológicos que aparentemente son contradictorios dentro del «mismo» movimiento fascista. El Fascismo italiano, por ejemplo, fue un fenómeno plural, en el que tenían cabida muchas teorías enfrentadas, e incluso filosofías, sobre cómo debería ser el nuevo Estado, así como corrientes conservadoras y futuristas, elitistas y populistas, burguesas y proletarias, urbanas y rurales, juveniles y gerontocráticas, revolucionarias y reaccionarias. Como resaltamos en el capítulo 3, también recibió la contribución profesional de muchos italianos que, aunque en el fondo no creían en la visión fascista en absoluto, aun así formaron parte activa del movimiento. Como todos los fascismos (y todos los sistemas políticos de la justificación ideológica que sea), el Fascismo italiano fue «una mezcla desordenada» (Roberts, 2000), que incorporó elementos como el catolicismo ultraconservador que se contradecía con el culto pagano de la *romanità,* la cual a su vez chocaba directamente con las visiones tecnocráticas y futuristas de la nueva Italia y con la teoría hegeliana de Giovanni Gentile del Estado ético, que fue la base para la definición oficial de la ideología fascista en la *Enciclopedia Italiana* .

Las implicaciones prácticas de ese «desorden» ideológico para los que quieren escribir ensayos lúcidos y coherentes sobre el fascismo están claras. A menos que su trabajo sea fundamentalmente sobre cuestiones definitorias, metodológicas o genéricas, recomiendo lo siguiente a los que se embarquen en el estudio de un tema que exija una definición de trabajo del fascismo: 1.

que demuestren que son conscientes de que se trata de un término controvertido; 2. que seleccionen o formulen una versión de la definición paradigmática que presentamos en este libro, o, si les ha convencido otra teoría o enfoque que rechace la necesidad de formular definiciones (e.g., Passmore, 2002), que la expongan y expliquen por qué es preferible aplicarla en ese contexto; 3. que pasen con la mayor fluidez posible a contestar a la pregunta en cuestión con argumentaciones con corroboración empírica y citando todas las fuentes, en un estudio que se centrará en los segmentos de realidades históricas o contemporáneas que queden dilucidados por el tipo ideal que se haya aplicado.

Al hacerlo, les debería guiar la pasión por la extraordinaria individualidad y singularidad de los fenómenos fascistas, más que su carácter genérico, y la fascinación por las historias humanas y las secuencias de hechos (a menudo terribles) que adquieren una dimensión adicional cuando se los sitúa de pleno en su contexto histórico y se entienden desde el prisma del tipo ideal empático que aquí hemos presentado.

El filósofo chino Zhuang Zhou lo expresó mucho mejor en el siglo IV a.C.:

> La red sirve para coger peces; cogido el pez, olvídate de la red. La trampa sirve para cazar conejos; cazado el conejo, olvídate de la trampa. La palabra sirve para expresar la idea; comprendida la idea, olvídate de la palabra. ¿Cómo podría yo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras, para poder hablar con él?

Así que tal vez este libro esté sugiriendo un quinto principio. Una vez que los estudiantes estén inmersos en el estudio del fascismo como realidad viva, histórica, política y humana, convendría que se olvidasen de la teoría del ultranacionalismo palingenésico que los ha ayudado a llegar hasta ahí. El tipo ideal de fascismo que ofrecemos en este libro debería entenderse como una red para atrapar realidades humanas escurridizas que de otro modo serían menos inteligibles, pero no deberíamos dejar que se convierta en otra especie de trampa, del tipo que dificulta el

estudio de la realidad empírica y actúa de obstáculo para la comunicación y colaboración con otros colegas, en lugar de facilitarlas. Y deberían recordar que, como dijo Brecht, «LA VERDAD ES CONCRETA ». La verdad académica o analítica que buscan determinar en sus ensayos también debería ser todo lo concreta en términos empíricos y humanos que sea posible.

Post* fascismo: *lo que se puede obtener de los estudios comparados del fascismo Llegados a este punto, después de leer el presente libro (es decir, una vez llegados a la fase post fascismo), puede que tengan dudas sobre si, habida cuenta de su carácter polémico y complejo intrínseco, no sería mejor dedicarse a otra área especializada de las humanidades (y no es que las demás áreas no tengan también sus propias complejidades, por supuesto). De ser ése el caso, les pido que consideren las siguientes cuestiones.

Por lo que se refiere a lo que los estudios del fascismo, como tema de las ciencias humanas, pueden hacer por los estudiantes, sin duda les proporcionan un terreno en el que desarrollar o perfeccionar muchas aptitudes que son fundamentales para un trabajo profesional que requiere una capacidad investigadora de alto nivel. Exigen una combinación de historiografía con una sofisticación conceptual y metodológica muy avanzada, e incluyen hechos cuya explicación traspasa las barreras artificiales que existen entre los enfoques políticos, sociológicos, antropológicos y psicológicos. Los estudios del fascismo son como una pista americana de obstáculos en la que se aprenden técnicas de investigación avanzadas.

Más allá de eso, los estudios del fascismo pueden ser el umbral por el que se acceda a un mejor entendimiento de muchos movimientos del pasado o de la historia contemporánea, en los que se da tal entrega fanática a una causa revolucionaria que

provocan actos extremos de violencia y brutalidad, como ocurrió en territorios bolcheviques, maoístas, camboyanos e israelíes en el siglo XX . También proporcionan una buena preparación para entender los abusos del poder estatal en nombre de un «pueblo» que está concebido en términos orgánicos, imprecisos y míticos, del que se sostiene que su bienestar moral está por encima de los derechos humanos individuales, como son el derecho a no ser torturado, a no ser ejecutado, a no ser detenido sin el debido proceso legal y a no ser perseguido por motivos étnicos o religiosos. Estos ejemplos subrayan el valor *humanístico* y *humanizante* de estudiar fenómenos que incluyen o producen actos premeditados de inhumanidad, y refuerzan el estatus de la historia y de las ciencias políticas como disciplinas esenciales de las humanidades.

La contribución a la siguiente fase de los estudios del fascismo Mis reflexiones finales van dirigidas a los estudiantes de posgrado que hayan consultado este volumen y se sientan con ganas de enriquecer la disciplina de los estudios comparados del fascismo eligiendo un tema concreto y dedicándose a investigarlo. Si no se centran en lo que pueden hacer los estudios del fascismo por ellos, sino en lo que ellos como investigadores pueden hacer por esos estudios comparados del fascismo, entonces se les abrirán infinidad de nuevas posibilidades. Para empezar, y habida cuenta de que la mayoría de estudios comparados del fascismo son anglófonos, todavía queda mucho trabajo por hacer para que los especialistas con las competencias lingüísticas y formación cultural apropiadas puedan añadir más piezas al rompecabezas de los fenómenos fascistas o para-fascistas que surgieron en el periodo de entreguerras en países como Polonia, la República Checa, la República Eslovaca, Bulgaria, Ucrania, los países balcánicos (aparte de Croacia) y

los países bálticos, sobre los que tan poco se ha escrito en lengua inglesa (Costa Pinto y Kallis, 2014).

Tales trabajos tendrían garantizada la difusión internacional, sobre todo si se hace el esfuerzo de integrar las conclusiones a que se llegue de acuerdo con el marco de los estudios comparados del fascismo, lo cual se consigue adoptando el enfoque empático al tratar cuestiones básicas de definición y clasificación, ya que, al menos de momento, se ha convertido en la *lingua franca* conceptual de este campo. La disciplina de los estudios del fascismo también necesita saber mucho más acerca del componente fascista que se ha detectado en los movimientos y regímenes ultranacionalistas que surgieron en el siglo XX en India, Oriente Próximo (sobre todo en Líbano), China, Japón, Sudáfrica y Latinoamérica (sobre todo en Argentina, Brasil y Chile) con una influencia directa del fascismo europeo, y sobre hasta qué punto el paradigma empático que aplicamos al fascismo puede llegar a enriquecer la comprensión de los fenómenos individuales desde una perspectiva internacional que sea pertinente. Esto podría llevar a una exploración del fascismo como fenómeno global que sea mucho más coherente desde el punto de vista metodológico que los estudios que existen sobre el tema (e.g., Larsen, 2001; Wippermann, 2009), los cuales basan su análisis en tipos ideales de fascismo tan idiosincrásicos que ponen en peligro su valor y utilidad para la investigación práctica en el campo de los estudios comparados.

Por lo que respecta al neo-fascismo, existe la necesidad permanente de que organizaciones que se preocupan por los derechos humanos lleven un seguimiento de lo que los ultranacionalistas revolucionarios publican en páginas impresas, en las redes sociales y en el ciberespacio, sobre todo en lo concerniente a sus concentraciones, festivales, conciertos, delitos de odio y ataques terroristas, sus intentos de hacerse pasar por activistas democráticos y sus esfuerzos revisionistas para rehabilitar el nazis-

mo o hacer campañas metapolíticas que regeneren a culturas homogéneas que, según ellos, están amenazadas por la modernidad y detengan el «suicidio étnico» y el «genocidio cultural» que les causan el multiculturalismo y la inmigración masiva. Sería enormemente valioso para esas agencias de control, así como para los que trabajan en las áreas del contra-extremismo, la contra-radicalización y la sociología de la violencia, que entablaran colaboraciones muy concretas y centradas con estudiosos del tema que cuenten con un sofisticado enfoque conceptual y metodológico del fascismo genérico. Eso abriría la puerta a un fructífero intercambio de conocimientos y a colaboraciones similares en otros países que también tienen que enfrentarse a la amenaza de la extrema derecha, y de ese modo se forjarían redes internacionales del tipo que ya existen para la lucha contra el terrorismo.

En cuanto al carácter de subdisciplina de los estudios comparados del fascismo, aunque no escasean los congresos y revistas que están dispuestos a publicar material innovador, se dio un gran paso adelante para crear un auténtico sentido de comunidad académica con la fundación en 2018 de la Asociación Internacional de Estudios Comparados del Fascismo (COMFAS), con sede en la Universidad Europea Central y en asociación con la publicación *Fascism: Journal for Comparative Fascist Studies* . Su objetivo es crear un foro virtual y, a través de sus congresos y talleres, también físico, para los investigadores del fascismo de entreguerras y de posguerra de cualquier parte del mundo que estén dispuestos a seguir con sentido crítico las tendencias que actualmente rigen en el campo, y ayudarlo a madurar hasta convertirse en una empresa verdaderamente internacional y multidisciplinar.

Más allá de llenar los muchos vacíos que existen y mantener la disciplina al día, hay tres importantes tendencias en la evolución de los estudios del fascismo que se deben tener en cuenta a

la hora de formular un tema de investigación original y definir las cuestiones y objetivos que implica. La primera, que tuvo como precursores a George Mosse (1974) y Emilio Gentile (1996), y a la que en ocasiones sus detractores tachan en tono desdeñoso de «culturalista», entiende el fascismo no sólo como un fenómeno político o ideológico, sino como uno cultural y antropológico social en el sentido más amplio (Griffin, 2002, 2007). Así pues, su principal interés es la relación del fascismo con las artes, arquitectura, filosofía, mitos, rituales, cosmología, simbología y la creación de espacios sagrados, lo cual es visto al menos en parte como un intento de revertir el desencanto moderno con el mundo por medio de proyectos utópicos que ofrezcan a sus conversos más fanáticos un significado, propósito, trascendencia y centro social y existencial. Queda mucho trabajo fascinante por hacer para profundizar en la comprensión de cómo el fascismo ofrece a sus conversos una forma de restablecer una sensación de tener raíces, un sentido en la vida y una «fijeza» con los que resistirse a lo que Zygmunt Bauman (2000) llamó la «modernidad líquida», y George Mosse, «la precipitación del tiempo» (Griffin, 2004). Son propios de lo que podríamos denominar este «giro antropológico» (por diferenciarlo de un «giro cultural») los estudios que investigan el culto al cuerpo (Mangan, 2000), el nuevo hombre (Sandulescu, 2004; Feldman *et al.,* 2017), una nueva conciencia nazi (Koonz, 2005), una nueva moralidad que incluso autoriza el genocidio (Kallis, 2008), la relación del fascismo con el tiempo (Esposito, 2015a), el mito tecnocrático (Esposito, 2015b), el modernismo (Griffin, 2007, 2017) y la búsqueda arquitectónica y urbanística de un centro sagrado (Kallis, 2014). Esta pujante área de los estudios del fascismo crea el espacio mental para que se produzca un torrente de temas de investigación en los que las empresas culturales y la producción de artefactos ad-

quieren una nueva importancia dentro de conceptos como «nacionalismo revolucionario» o «modernismo arraigado».

Estrechamente ligada a esta nueva ola está la petición de que no se trate el fascismo como una entidad monolítica, independiente y política casi «pura» que simplemente existe junto a otras formas de derecha intransigente y en buena medida es independiente de ellas. Como argumenta convincentemente David Roberts en *Fascist Interactions: Proposals for a New Approach to Fascism and its Era* (Interacciones fascistas: propuestas para un nuevo enfoque del fascismo y su era) (2016), es precisamente la naturaleza fisípara, facciosa y promiscua del fascismo, así como el intenso pragmatismo que caracteriza a su intento de llegar al poder a toda costa, lo que tanto lo predispone a los «enredos» transnacionales, a tomar cosas de modelos extranjeros y a la hibridación. Así pues, hace falta que no se estudie aislado, sino en sus interacciones, tanto con la derecha conservadora nacional como con las formas nuevas y muy dinámicas de derecha que surgieron en muchas partes del mundo occidentalizado después de 1918. Un mayor entendimiento del arraigo, trayectoria y relaciones con otros países que son propios de cada fascismo debería permitir que se llegase a determinar lo que Roberts llama «la dinámica trenzada que provocó una red de interacciones» que supusieron «un nuevo universo para la derecha» (2016: 224), en el que el fascismo sólo fue un «subconjunto» (2016: 227). Animo a los jóvenes estudiosos a que se planteen contribuir a esta nueva dirección de la investigación comparada, que hace que el fascismo deje de estar aislado de su entorno político más amplio.

Un tercer nuevo avance que abunda en posibles temas para tesis doctorales está relacionado con la dimensión transnacional del fascismo, antes en buena medida desatendida. Michael Ledeen (1972) escribió una obra pionera sobre los intentos de crear una internacional fascista, y Herzstein (1982) reunió algu-

nos esbozos fascinantes de los planes de los nazis para Europa tras la victoria definitiva del Tercer Reich. Yo intenté evaluar las iniciativas pan-europeas de los fascistas de antes y después de la guerra (Griffin, 2008), mientras que el mundo del neo-fascismo internacional quedó abierto con la investigación de Kevin Coogan (1999) sobre los intentos de posguerra de Francis Yockey de crear una internacional fascista. No obstante, ahora que el valor heurístico del paradigma empático del fascismo se ha consolidado lo suficiente para que sea algo que ya se da por sentado, la energía que de otro modo se podría haber desperdiciado debatiendo definiciones ha quedado libre para encargarse con mayor profundidad de aspectos del propio fascismo a los que no se ha prestado la debida atención. Además de sus relaciones con la derecha no fascista, un área que empieza a desarrollarse y que puede dar investigaciones muy fructíferas es la de los muchos episodios de *histoires croisées* e interacciones transnacionales, que destacan la necesidad de ver que en el fondo de las fantasías fascistas no estaba el Estado-nación sino la ultra-nación, ya fuera en su manifestación como Estado-nación o en la supranacional. Ya han aparecido obras pioneras en esa dirección, que hacen un exhaustivo estudio comparativo de las formaciones paramilitares del Fascismo italiano y del Nazismo cuando aún estaban en la fase de ser movimientos, en la que hubo una considerable fecundación cruzada (Reichardt, 2009), o tratan de los orígenes transnacionales del Fascismo italiano (Alcalde, 2016), o investigan las corrientes transnacionales del fascismo de Europa del Este (Iordachi, 2010) y de toda la Europa de entreguerras (Bauerkämper y Rossolinski-Liebe, 2017). Ha habido reconstrucciones del intenso intercambio de ideas y de activistas entre las subculturas fascistas y neo-fascistas españolas e italianas durante más de seis décadas (Albanese y Del Hierro, 2016), y de los vínculos entre el fascismo francés y el español (Mammone, 2015), que con el tiempo se integraron en

la «red neo-fascista global». Una investigación reciente sobre las conexiones entre la Rusia de Putin y la extrema derecha de Europa Occidental pone de relieve la gran cantidad de temas nuevos de estudio que provoca la rápida evolución del neo-fascismo, aun estando éste tan marginado (Shekhovtsov, 2017).

Los estudios del fascismo parecen estar ya listos para entrar en una nueva fase de productividad. Tendrán que ser otros los que juzguen si son aportaciones al enfoque empático a la teoría del fascismo que hemos explorado en este libro, y por lo tanto una extensión natural de él, o si suponen un nuevo punto de partida que relega el debate sobre el nacionalismo revolucionario y la palingenesia cultural al limbo académico de los paradigmas muertos.

¿Un nuevo fascismo?

Aunque estos consejos sobre hacia dónde se dirige la investigación más puntera de los estudios del fascismo no provoquen de inmediato unas epifanías que revelen algún tema de investigación que merezca la pena, el mero hecho de estudiar cualquier aspecto del fascismo en profundidad desde un espíritu humanístico tiene su propia recompensa, como ya he sugerido antes. Les puede ayudar a inmunizarse contra el fanatismo, contra la demonización de los «Otros», contra la adopción de una forma de pensar paranoica acerca de los enemigos del pueblo que, supuestamente, están destruyendo la sociedad y, por lo tanto, deben ser apartados o también destruidos.

Cuando lean este libro, probablemente la opinión pública occidental siga pensando que las amenazas violentas proceden casi exclusivamente del fanatismo islámico, sin darse cuenta del peligro permanente que la extrema derecha en todas sus formas supone para la salud de las sociedades democráticas de todo el mundo. Esperemos que este texto contribuya a corregir esa ten-

dencia. Habida cuenta de la continua necesidad humana de encontrar líderes en tiempos de crisis, y de la adaptabilidad y capacidad de transformación del propio fascismo, el consejo que dio en 1986 Primo Levi, superviviente de un campo de concentración, en una entrevista a la revista estadounidense *New Republic,* sigue sonando muy cierto hoy en día: Puesto que es difícil distinguir a los verdaderos profetas de los falsos, no es mala cosa sospechar de todos los profetas. Claro está que esta fórmula es demasiado simple para que sirva para todos los casos. Un nuevo fascismo, con su rastro de intolerancia, abusos y servidumbre humana, puede nacer fuera de nuestro país y llegar a él de puntillas o llamándose de otros modos; o también se puede desatar desde dentro con tal violencia que derrote a todas las defensas. Llegados a ese punto, ya no sirven los sabios consejos [...] y uno tiene que armarse de valor y oponerle resistencia, si bien también es cierto que el recuerdo de lo que sucedió en el corazón de Europa aún no hace tanto tiempo puede servir de apoyo y advertencia (Levi, 1986).

Si esto es un hombre, de Levi ([1947] 1960), es uno de los mejores testimonios jamás escritos de la supervivencia física, mental y moral del ser humano ante una brutalidad sistémica y una deshumanización sistemática. El que lo escribiera con tal lucidez y honestidad, sin odio, resentimiento ni afán de venganza después de pasar once meses en Auschwitz, explica que se convirtiese en un experto en la naturaleza del fascismo, no a través de la mente del historiador o el politólogo, sino a través de la conciencia, órganos, nervios y vigor torturados de una de sus millones de víctimas. Pese a su enorme sufrimiento físico y mental, Levi consiguió de algún modo conservar no sólo su capacidad de observación y raciocinio, sino también su humanidad. Sobrevivió y pudo ofrecer su testimonio. El extraordinario valor y fuerza del libro como documento de la experiencia de un solo ser humano del intento de genocidio de una raza ente-

ra, nos recuerda que, en nuestra búsqueda para entender el fascismo como concepto clave de la teoría política, no debemos nunca olvidarnos de las realidades humanas, a menudo tan terribles, que el término lleva implícitas. Por el contrario, si estudiamos el fascismo con una actitud inteligente, nos encontraremos con que nuestra imaginación histórica y política se agudiza e ilumina, no se embota ni se enturbia, y el espíritu humanista que debería estimularnos se vuelve más profundo.

A fin de cuentas, lo que hace del fascismo un concepto clave tal vez sea que, si se aborda con empatía metodológica y con el celo humanista de los investigadores, debería ayudarnos a pasar de saber únicamente *qué* cosas terribles han sucedido y continúan sucediendo en medio de una civilización avanzada en nombre de la nación o la raza, a llegar a entender, al menos parcialmente, *por qué* suceden. De ese modo, podremos hacernos una idea más clara tanto de los que, pese a todo lo ocurrido, están empeñados en hacer realidad la utopía fascista, como de los condenados a sufrir por su fanatismo, como seres humanos que forman parte de una militancia liberal proactiva de las democracias modernas. Y si una nueva forma de amenaza de extrema derecha a los valores europeos llega de puntillas a nuestras vidas o choca contra nuestra historia como un meteorito, probablemente sea útil contar con una sólida tradición académica, acostumbrada a ocuparse de sus antecedentes, que clasifique y evalúe esa nueva forma y, de ese modo, sea capaz de aportar información de base empírica a la respuesta de la sociedad.

En un mundo inundado de noticias falsas, teorías de la conspiración y fantasías espurias, no deja de ser interesante especular sobre lo que podría haber ocurrido si tal conjunto de *auténtica* información sobre el Fascismo italiano y el Nazismo, basada en la comprensión empática del fascismo genérico, esto es, *tomándose su visión del mundo en serio,* hubiera existido a mediados de los años treinta. Quizá hubiese permitido que los li-

bros de texto de las democracias occidentales evaluasen de manera realista las políticas exteriores del Eje, así como los objetivos a largo plazo de Hitler para Europa, el Este y sus inferiores raciales —principalmente los judíos, pero no sólo ellos—, y la practicabilidad de sus planes. De estar los dirigentes políticos y militares de las grandes potencias preparados para aceptar esas conclusiones, *y obrar en consecuencia,* quizá nunca habría habido una Segunda Guerra Mundial, y este libro habría sido muy distinto, o tal vez ni siquiera hubiese llegado nunca a existir.

REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA

Abdel-Samad, Hamed (2016): *Islamic Fascism* . Nueva York: Prometheus Books.

Adam, Peter (1992): *Art of the Third Reich* . Nueva York: Harry N. Abrams [*El arte del Tercer Reich,* 1992].

Adamson, Walter (1980): *Hegemony and Revolution: A Study of Antonio Gramsci's Political and Cultural Theory* . Berkeley: University of California Press.

Adorno, Theodor W., Frenkel-Brunswik, Else, Levinson, Daniel J. y Sanford, R. Nevitt (1950): *The Authoritarian Personality* . Nueva York: Harper & Row.

Mark, Affron, y Mark, Antliff (eds.) (1998): *Fascist Visions: Art and Ideology in France and Italy* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Albanese, Matteo y Del Hierro, Pablo (2016): *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and the Global NeoFascist Network* . Londres: Bloomsbury.

Alcalde, Ángel (2016): «War veterans and the transnational origins of Italian Fascism (1917-1919)», *Journal of Modern Italian Studies,* 21(4): 565-583.

Allardyce, Gilbert (1979): «What fascism is not: Thoughts on the deflation of a concept», *American Historical Review,* 84(2): 367-398.

Aly, Gotz (2007): *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State.* Nueva York: Metropolitan Books.

Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* . Londres: Verso.

Antliff, Mark (2007): *Avant-Garde Fascism: The Mobilization of Myth, Art and Culture in France, 1909-1939.* Durham, NC: Duke University Press.

Arendt, Hannah (1951): *The Origins of Totalitarianism* . Nueva York: Schocken [*Los orígenes del totalitarismo,* 1998].

Arnold, Edward (2000): *The Development of the Radical Right in France: From Boulanger to Le Pen* . Londres: Macmillan.

Arnstad, Henrik (2015): «Ikea fascism: Metapedia and the internationalization of Swedish generic fascism», *Fascism,* 4(1): 103-117.

Baker, David (2006): «The political economy of fascism: Myth or reality, or myth and reality?», *New Political Economy,* 11(2): 227-250.

Baldoli, Claudia (2003): *Exporting Fascism* . Oxford: Berg.

Bale, Jeffrey (2002): «National revolutionary groupuscule and the resurgence of left-wing fascism: The case of France's Nouvelle Resistance», *Patterns of Prejudice,* 36(3): 24-49.

Ballent, Anna (2017): «Faces of modernity in the architecture of the Peronist state, 1943-1955», *Fascism,* 6(1) [número especial sobre la arquitectura latina en la era fascista].

Bardeche, Maurice (1961): *Qu'est-ce que le fascism?* París: Sept Couleurs.

Bartulin, Nevenko (2013): *The Racial Idea in the Independent State of Croatia: Origins and Theory* . Leiden: Brill.

Bauerkamper, Arnd y Rossoli-ski-Liebe, Grzegorz (2017): *Fascism without Borders: Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe from 1918 to 1945* . Oxford: Berghahn Books.

Bauman, Zygmunt (1989): *Modernity and the Holocaust* . Ithaca, NY: Cornell University Press. [*Modernidad y Holocausto,* 2006].

Bauman, Zygmunt (2000): *Liquid Modernity* . Cambridge: Polity [*Modernidad líquida,* 2016].

Bauman, Zygmunt (2005): *Liquid Life* . Cambridge: Polity [*Vida líquida,* 2006].

Beam, Louis (1992): «Leaderless resistance», *The Seditionist,* 12, www.louisbeam.com/leaderless.htm .

Becker, Jasper (2002): «China is a fascist country», *The Spectator,* 23 de noviembre, www.prisonplanet.com/news_alert_112202_general2.html .

Beetham, David (1983): *Marxists in Face of Fascism* . Manchester: Manchester University Press.

Ben-Ghiat, Ruth (2001): *Fascist Modernities: Italy, 1922-1945.* Berkeley: University of California Press.

Beningfield, Jennifer (2006): *The Frightened Land: Land, Landscape and Politics in South Africa in the Twentieth Century* . Londres: Routledge.

Benjamin, Walter ([1936] 2008): *The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction* . Londres: Penguin [*La obra de arte en la época de su reproducción mecánica,* 2011].

Berezin, Mabel (1997): *Making the Fascist Self: The Political Culture of Interwar Italy* . Ithaca, NY: Cornell University Press.

Berggren, Lena (2002): «Swedish fascism: why bother?», *Journal of Contemporary History,* 37(3): 395-417.

Berman, Marshall (1983): *All that is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity* . Nueva York: Verso [*Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad,* 2013].

Biver, Nico (2005): «Trotskyist Parties», *Marxists Internet Archive,* www.broadleft.org/trotskyi.htm .

Blinkhorn, Martin (2000): *Fascism and the Right in Europe, 1919-1945.* Harlow: Longman.

Bloch, Ernst ([1935] 2009): *Heritage of our Times* . Cambridge: Polity.

Blomqvist, Anders, Iordachi, Constantin y Trencsenyi, Balazs (eds.) (2013): *Hungary and Romania beyond National Narratives: Comparisons and Entanglements* . Bern: Peter Lang.

Borgese, Giuseppe (1934): «The intellectual origins of Fascism», *Social Research,* 1(4): 458-485.

Bosworth, Richard (ed.) (2009): *The Oxford Handbook of Fascism* . Oxford: Oxford University Press.

Bottura, Juri (2009): *Spiritual Regeneration and Ultra-Nationalism: The Political Thought of Pedro Albizu Campos and Plínio Salgado in 1930s Puerto Rico and Brazil* . Nashville: Vanderbilt University.

Bracher, Karl (1973): *The German Dictatorship: The Origins, Structure, and Consequences of National Socialism* . Londres: Penguin [*La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo,* Madrid: Alianza Editorial, 1974].

Braun, Emily (2000): *Mario Sironi and Italian Modernism: Art and Politics under Fascism* . Cambridge: Cambridge University Press.

Brooker, Paul (1991): *The Faces of Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan* . Oxford: Oxford University Press.

Buc, Philippe (2015): *Holy War, Martyrdom, and Terror: Christianity, Violence, and the West* . Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Bucur, Maria (2002): *Eugenics and Modernization in Interwar Romania* . Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Bullock, Alan (ed.) (1977): *Fontana Dictionary of Political Thought* . Londres: Fontana.

Burger, Thomas (1976): *Max Weber's Theory of Concept Formation: History, Laws and Ideal Types* . Durham, NC: Duke University Press.

Burleigh, Michael y Wippermann, Wolfgang (1991): *The Racial State: Germany 1933-1945* . Cambridge: Cambridge University Press.

Caplan, Jane (1977): «Theories of fascism: Nicos Poulantzas as historian», *History Workshop Journal,* 3(1): 83-100.

Caplan, Jane (ed.) (1995): *Nazism, Fascism and the Working Class: Essays by Tim Mason* . Cambridge: Cambridge University Press.

Carsten, Francis (1967): *The Rise of Fascism* . Londres: Methuen [*La ascensión del Fascismo,* 1971].

Cassata, Francesco (2008): *«La difesa della razza»: politica, ideologia e immagine del razzismo fascista* . Turín: Einaudi.

Cassata, Francesco (2011): *Building the New Man: Eugenics, Racial Science and Genetics in Twentieth-Century Italy* . Budapest: Central European University Press.

Castelli Gattinara, Pietro y Froio, Caterina (2014): «Discourse and practice of violence in the Italian extreme right: frames, symbols, and identity-building in CasaPound Italia», *International Journal of Conflict and Violence,* 8(1): 155-170.

Cerasi, Laura (2017): «Rethinking Italian corporatism: Crossing borders between corporatist projects in the late liberal era and the Fascist corporatist state», en Antonio Costa Pinto (ed.), *Corporatism and Fascism: The Corporatist Wave in Europe* . Londres: Routledge, pp. 103-123.

Cheles, Luciano (1991): «Nostalgia dell'avvenire': The propaganda of the Italian far right between tradition and innovation», en Cheles, Ronnie Ferguson y Michalina Vaughan (eds.), *Neofascism in Europe* . Londres: Longman.

Cinpoes, Radu (2016): *Nationalism and Identity in Romania: A History of Extreme Politics from the Birth of the State to EU Accession* . Londres: I. B. Tauris.

Clark, Roland (2012): *European Fascists and Local Activists: Romania's Legion of the Archangel Michael* . Dissertation, University of Pittsburgh, http://d-scholarship.pitt.edu/11837/ .

Cobo Romero, Francisco, Hernández Burgos, Claudio y Del Arco Blanco, Miguel Ángel (eds.) (2016): *Fascismo y modernismo: política y cultura en la Europa de entreguerras (1918-1945)* . Granada: Comares.

Coogan, Kevin (1999): *Dreamer of the Day: Francis Parker Yockey and the Postwar Fascist International* . Nueva York: Autonomedia.

Copsey, Nigel (1996): *Contemporary British Fascism: The British Fascist Party and the Quest for Legitimacy* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Copsey, Nigel (2007): «Changing course or changing clothes? Reflections on the ideological evolution of the British National Party 1999-2006», *Patterns of Prejudice,* 41(1): 61-82.

Costa Pinto, Antonio (2000): *The Blue Shirts: Portuguese Fascists and the New State* . Boulder, CO: Social Science Monographs.

Costa Pinto, Antonio (2017): *Corporatism and Fascism: The Corporatist Wave in Europe* . Londres: Routledge.

Costa Pinto, Antonio y Kallis, Aristotle (eds.) (2014): *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Cronin, Mike (1996): *The Failure of British Fascism: The Far Right and the Fight for Political Recognition* . Londres: Macmillan.

Cullingford, Elizabeth (1981): *Yeats, Ireland and Fascism* . Londres: Macmillan.

Dagnino, Jorge (2016): «The myth of the New Man in Italian Fascist ideology», *Fascism,* 5(2): 130-148.

Dahrendorf, Ralf (1968): *Society and Democracy in Germany* . Londres: Weidenfeld & Nicolson.

De Benoist, Alain (1977): *Vu de droite: anthologie critique des idées contemporaines* . París: Copernic.

De Benoist, Alain y Champetier, Charles (2012): *Manifesto for a European Renaissance* . Londres: Arktos.

De Felice, Renzo (1976): *Fascism: An Informal Introduction to its Theory and Practice* . New Brunswick, NJ: Transaction Books.

De Felice, Renzo (1977): *Interpretations of Fascism* . Cambridge, MA: Harvard University Press.

De Grand, Alexander (1991): «Cracks in the facade: the failure of Fascist totalitarianism in Italy 1935-9», *European History Quarterly,* 21(4): 515-535.

De Grand, Alexander (1996): *Fascist Italy and Nazi Germany: The 'Fascist' Style of Rule* . Nueva York: Routledge.

De Grazia, Victoria (1992): *Women under Fascism* . Berkeley: University of California Press.

Deak, Istvan (1983): «What was fascism?», *New York York Review of Books,* 3 marzo.

Deakin, William (1962): *The Brutal Friendship: Mussolini, Hitler and the Fall of Italian Fascism* . Nueva York: Harper & Row.

Degrelle, Leon (1969): *Hitler pour mille ans* . París: Table Ronde.

Deutsch, Sandra (2013): «AntiSemitism and the Chilean Movimiento Nacional Socialista, 1932-41», en Simo Muir y Hana Worthen (eds.), *Finland's Holocaust: Silences of History* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Dimitrov, Georgi (1935): «The class character of Fascism», en *The Fascist Offensive and the Tasks of the Communist International in the Struggle of the Working Class against Fascism* (informe principal presentado en el séptimo congreso mundial de la Internacional Comunista, www.marxists.org/reference/archive/dimitrov/works/1935/08_02.htm .

Dobkowski, Michael y Wallimann, Isidor (eds.) (1989): *Radical Perspectives on the Rise of Fascism in Germany, 1919 to 1945* . Nueva York: Monthly Review Press.

Dobratz, Betty (1997): *White Power, White Pride! The White Separatist Movement in the United States* . Londres: Twayne.

Drucker, Peter F. (1939): *The End of Economic Man: A Study of the New Totalitarianism* . Londres: Heinemann.

Duggan, Christopher (2012): *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy* . Londres: Bodley Head.

Dyckhoff, Tom (2002): «Mies and the Nazis», *The Guardian* , 30 de noviembre, www.theguardian.com/artanddesign/2002/nov/30/architecture.artsfeatures .

Eatwell, Roger (1992): «Towards a new model of generic fascism», *Journal of Theoretical Politics,* 2(2): 161-194.

Eatwell, Roger (1995): *Fascism: A History* . Londres: Chatto & Windus.

Eatwell, Roger (2006): «Explaining fascism and ethnic cleansing: The three dimensions of charisma and the four dark sides of nationalism», *Political Science Review,* 4(3): 263-278.

Eatwell, Roger (2009): «The nature of "generic fascism": The "fascist minimum" and the "fascist matrix"», en Constantin Iordachi (ed.), *Comparative Fascist Studies: New Perspectives* . Abingdon: Routledge.

Eco, Umberto (1995): «Eternal fascism: Fourteen ways of looking at a blackshirt», *New York Review of Books,* 22 de junio, pp. 12-15.

Eichholz, Dietrich y Gossweiler, Kurt (eds.) (1980): *Faschismus-Forschung: Positionen, Probleme, Polemik* . Berlín Este: Akademie Verlag.

Eisenberg, Dennis (1967): *The Re-emergence of Fascism* . Londres: MacGibbon & Kee.

Emberland, Terje (2015): «Neither Hitler nor Quisling: the Ragnarok circle and oppositional National Socialism in Norway», *Fascism,* 4(2): 119-133.

Esposito, Fernando (ed.) (2015a): *Journal of Modern European History,* 13(1) [número especial: *Fascist Temporalities]* .

Esposito, Fernando (2015b): *Fascism, Aviation and Mythical Modernity* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Evans, Richard (2002): *Telling Lies about Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial* . Londres: Verso.

Evans, Richard (2004): *The Coming of the Third Reich: How the Nazis Destroyed Democracy and Seized Power in Germany* . Nueva York: Penguin [*La llegada del Tercer Reich,* 2012].

Evans, Richard (2009): *The Third Reich at War, 1939-1945.* Londres: Penguin [*El Tercer Reich en guerra,* 2013].

Evola, Julius ([1953] 2002): *Men among the Ruins: Post-War Reflections of a Radical Traditionalist* . Rochester, VT: Inner Traditions.

Evola, Julius ([1961] 2003): *Ride the Tiger: A Survival Manual for the Aristocrats of the Soul* . Rochester, VT: Inner Traditions [*Cabalgar el tigre,* 1987].

Feldman, Matthew (2013): *Ezra Pound's Fascist Propaganda,1935-1945.* Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Feldman, Matthew y Jackson, Paul (eds.) (2014): *Doublespeak. The Rhetoric of the Far Right since 1945.* Stuttgart: Ibidem.

Feldman, Matthew, Dagnino, Jorge y Stocker, Paul (eds.) (2017): *The 'New Man' in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45.* Londres: Bloomsbury.

Fernández Prieto, Lorenzo, Pan-Montojo, Juan y Cabo, Miguel (eds.) (2014): *Agriculture in the Age of Fascism: Authoritarian Technocracy and Rural Modernization, 1922-1945.* Turnhout: Brepols.

Ferraresi, Franco (1996): *Threats to Democracy: The Radical Right in Italy after the War* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Forgacs, David (1994): «Fascism, violence and modernity», en Jana Howlett y Rod Mengham (eds.), *The Violent Muse: Violence and the Artistic Imagination in Europe, 1910-1939* . Manchester: Manchester University Press, pp. 5-21.

Fourth Congress of the Comintern (1922): Theses on Communist Tactics, 5 de diciembre, www.marxists.org/history/international/comintern/4th-congress/tactics.htm .

Freeden, Michael (1994): «Political concepts and ideological morphology», *Journal of Political Philosophy,* 2(2): 140-164.

Freeden, Michael (1996): *Ideologies and Political Theory* . Oxford: Clarendon Press.

Fritzsche, Peter (1996): «Nazi modern», *Modernism/Modernity,* 3(1): 1-22.

Fritzsche, Peter y Hellbeck, Jochen (2009): «The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany», en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared* . Cambridge: Cambridge University Press, pp. 302-344.

Fromm, Erich (1941): *Escape from Freedom* . Nueva York: Farrar & Reinhart; publicado en Reino Unido como *The Fear of Freedom* , Londres: Routledge & Kegan Paul [*El miedo a la libertad,* 2012].

Furlong, Paul (2011): *Social and Political Thought of Julius Evola* . Abingdon: Routledge.

Gable, Gerry y Jackson, Paul (2011): *Lone Wolves: Myth or Reality?* Ilford: Searchlight.

Gellately, Robert (1991): «Rethinking the Nazi terror system: a historiographical analysis», *German Studies Review,* 14(1): 23-38.

Gentile, Emilio (1972): *'La Voce' e l'età giolittiana* . Milán: Pan.

Gentile, Emilio (1975): *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925*). Bari: Laterza.

Gentile, Emilio (1976): *Mussolini e La Voce* . Florencia: Sansoni.

Gentile, Emilio (1982): *Il mito dello stato nuovo: dall'antigiolittismo al fascismo* . Roma: Laterza.

Gentile, Emilio (1990): «Fascism as political religion», *Journal of Contemporary History,* 25(2/3): 229-251.

Gentile, Emilio (1996): *The Sacralization of Politics in Fascist Italy* . Cambridge, MA: Harvard University Press.

Gentile, Emilio (1997): «The myth of national regeneration in Italy: From modernist avant-garde to Fascism», en Matthew Affron y Mark Antliff (eds.), *Fascist Visions* . Princeton, NJ: Princeton University Press, pp. 25-45.

Gentile, Emilio (2003): *The Struggle for Modernity: Nationalism, Futurism, and Fascism* . Westport, CT: Praeger.

Gentile, Emilio (2004): «Fascism, totalitarianism and political religion: Definitions and critical reflections on criticism of an interpretation», *Totalitarian Movements and Political Religion,* 5(3): 326-375.

Gentile, Emilio (2005): «The Fascist anthropological revolution», en Guido Bonsaver y Robert Gordon (eds.), *Culture, Censorship and the State in Twentieth-Century Italy* . Oxford: Legenda, pp. 22-33.

Gentile, Emilio (2006): *Politics as Religion* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Georgescu, Tudor (2010): «Ethnic minorities and the eugenic promise: The Transylvanian Saxon experiment with national renewal in interwar Romania», *European Review of History/ Revue européenne d'histoire,* 17(6): 861-880.

Germinario, Francesco (2009): *Fascismo e antisemitismo: progetto razziale e ideologia totalitarian* . Roma: Laterza.

GIRDS (German Institute on Radicalization and De-Radicalization Studies) (2017): «Database on terrorism in Germany: Right-wing extremism and jihadism», www.girds.org/projects/database-on-terrorism-in-germany-right-wing-extremism .

Goldberg, Jonah (2008): *Liberal Fascism* . Nueva York: Doubleday.

Goldhagen, Daniel (2007): *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust* . Nueva York: Knopf Doubleday [*Los verdugos voluntarios de Hitler,* 1998].

Goodhart, David (2017): *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics* . Londres: Hurst.

Goodrick-Clarke, Nicholas (2003): *Black Sun: Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity* . Nueva York: New York University Press.

Goodrick-Clarke, Nicholas (2004): *The Occult Roots of Nazism: Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology* . Londres: I. B. Tauris.

Goslan, Richard (ed.) (1998): *Fascism's Return: Scandal, Revision, and Ideology since 1980.* Lincoln: University of Nebraska Press.

Gottlieb, Julie (2000): *Feminine Fascism: Women in Britain's Fascist Movement, 1923-1945* . Londres: I. B. Tauris.

Gottlieb, Julie y Linehan, Thomas (eds.) (2004): *The Culture of Fascism: Visions of the Far Right in Britain* . Londres: I. B. Tauris.

Gregor, A. James (1974): *Interpretations of Fascism* . Nueva York: Transaction Books.

Gregor, A. James (1979): *Italian Fascism and Development* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Gregor, A. James (1999): *Phoenix: Fascism in our Time* . New Brunswick, NJ: Transaction Books.

Gregor, A. James (2006): *The Search for Neofascism: The Use and Abuse of Social Science* . Nueva York: Cambridge University Press.

Gregor, Neil (1998): *Daimler-Benz in the Third Reich* . New Haven, CT: Yale University Press.

Griech-Polelle, Beth Ann (2015): «The Catholic episcopacy and the National Socialist state», en Jan Nelis, Anne Morelli y Danny Praet (eds.), *Catholicism and Fascism in Europe 1918-1945* . Hildesheim: Georg Olms.

Griffin, Roger (1991): *The Nature of Fascism* . Londres: Pinter.

Griffin, Roger (1994): «Integration and identification: Conflicting aspects of the human need for self-transcendence within ideological communities», *History of European Ideas,* 18(1): 11-23.

Griffin, Roger (1995): *Fascism* . Oxford: Oxford University Press.

Griffin, Roger (1996): «British fascism: The ugly duckling», en Mike Cronin (ed.), *The Failure of British Fascism: The Far Right and the Fight for Political Recognition* . Londres: Macmillan.

Griffin, Roger (1998): *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus* . Londres: Arnold.

Griffin, Roger (1999): «Net gains and GUD reactions: Patterns of prejudice in a neo-fascist groupuscule», *Patterns of Prejudice,* 33(2): 31-50.

Griffin, Roger (2000a): «Interregnum or endgame? The radical right in the "postfascist" era», *Journal of Political Ideologies,* 5(2): 163-178.

Griffin, Roger (2000b): «Between metapolitics and apoliteia: The Nouvelle Droite's strategy for conserving the fascist vision in the "interregnum"», *Modern & Contemporary France,* 8(1): 35-53.

Griffin, Roger (2002): «The primacy of culture: The current growth (or manufacture) of consensus within fascist studies», *Journal of Contemporary History,* 37(1): 21-43.

Griffin, Roger (2003a): «"Racism" or "rebirth"? The case for granting German citizenship to the alien concept "generic fascism"», en Werner Loh y Wolfgang Wippermann (eds.), *Faschismus kontrovers* . Stuttgart: Lucius & Lucius, pp. 81-89.

Griffin, Roger (2003b): «From slime mould to rhizome: An introduction to the groupuscular right», *Patterns of Prejudice,* 37(1): 27-50.

Griffin, Roger (2004): «Withstanding the rush of time: The prescience of G. L. Mosse's anthropological approach to fascism» en Stanley Payne, David Sorkin y John Tortorice (eds.), *What History Tells: George L. Mosse and the Culture of Modern Europe* . Madison: University of Wisconsin Press.

Griffin, Roger (2005): «Cloister or cluster? The implications of Emilio Gentile's ecumenical theory of political religion for the study of extremism», *Totalitarian Movements and Political Religions,* 6(1): 33-52.

Griffin, Roger (2007): *Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler* . Basingstoke: Palgrave Macmillan [*Modernismo y fascismo: la sensación del comienzo bajo Mussolini y Hitler,* 2010].

Griffin, Roger (2008):. «Europe for the Europeans: Fascist myths of the European New Order, 1922-1992», en Matthew Feldman (ed.), *A Fascist Century: Essays by Roger Griffin* . Londres: Palgrave: 132-180.

Griffin, Roger (2012a): «Studying Fascism in a Postfascist Age: From New Consensus to New Wave?», *Fascism* , 1(1): 1-17.

Griffin, Roger (2012b): *Terrorist's Creed: Fanatical Violence and the Human Search for Meaning* . Londres: Palgrave Macmillan.

Griffin, Roger (2015a): «Decentering comparative fascist studies», *Fascism,* 4(2): 103-118.

Griffin, Roger (2015b): «Fixing solutions: Fascist temporalities as remedies for liquid modernity», *Journal of Modern European History,* 13(1): 5-23.

Griffin, Roger (2017): «Futures set in stone: architectural projections of a "New Order" under interwar dictatorships», *Fascism,* 6(2) [número especial sobre arquitectura latina en la era fascista].

Griffin, Roger, Umland, Andreas y Loh, Werner (2014): *Fascism Past and Present, West and East: An International Debate on Concepts and Cases in the Comparative Study of the Extreme Right* . Stuttgart: Ibidem.

Haglund, Ake (1975): «Maoism: A new religious formation in the People's Republic of China», *Scripta Instituti Donneriani Aboensis,* 7: 43-54.

Hagtvet, Bernt y Kuhnl, Reinhart (1980): «Contemporary approaches to fascism: A survey of paradigms», en Stein Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Petter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism* . Oslo: Universitetsforlaget, pp. 26-51.

Hamilton, Alistair (1971): *The Appeal of Fascism: A Study of Intellectuals and Fascism, 1919-45* . Nueva York: Blond.

Hayes, Peter (1987): *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era* . Cambridge: Cambridge University Press.

Herf, Jeffrey (1984): *Reactionary Modernism: Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich* . Cambridge: Cambridge University Press.

Herzstein, Robert (1982): *When Nazi Dreams Come True: The Third Reich's Internal Struggle over the Future of Europe after a German Victory: A Look at the Nazi Mentality 1939-45* . Londres: Abacus.

Hitler, Adolf (1942): «Speech of 6 September 1938», en Norman H. Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler* , *April 1922-August 1939.* Oxford: Oxford University Press.

Hitler, Adolf ([1926] 1992) *Mein Kampf,* vol. 2. Londres: Pimlico [*Mi lucha* , 1995].

Horn, David (1994): *Social Bodies: Science, Reproduction, and Italian Modernity* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Horowitz, Jason (2017): «Steve Bannon cited Italian thinker who inspired Fascists», *New York Times,* 10 de febrero, www.nytimes.com/2017/02/10/world/europe/bannon-vatican-julius-evolafascism.html .

Huggler, Justin (2015): «Germany's Pegida anti-Islam movement vows to continue protests in Berlin and Munich», Telegraph, 19 de enero, www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/germany/113553 18/Germanys-Pegida-anti-Islam-movementvows-to-continue-protests-in-Berlin-and-Munich.html .

Iordachi, Constantin (2010): «Fascism in interwar East Central and Southeastern Europe: Toward a new transnational research agenda», *East-Central Europe,* 37(2-3): 161-213.

Ira, Kumaran (2016): «Neo-fascist Marine Le Pen launches 2017 French presidential election bid», 22 de septiembre, www.wsws.org/en/articles/2016/09/22/fnat-s22.html .

Jackson, Paul (2017): *Colin Jordan and Britain's Neo-Nazi Movement: Hitler's Echo* . Londres: Bloomsbury.

Junger, Ernst (1922): *Der Kampf als inneres Erlebnis* . Berlín: E. S. Mittler.

Junger, Ernst (1932): *Der Arbeiter: Herrschaft und Gestalt* . Hamburgo: Hanseatische Verlagsanstalt.

Kallis, Aristotle (2000): *Fascist Ideology: Territory and Expansionism in Italy and Germany,* 1922-1945. Londres: Routledge.

Kallis, Aristotle (ed.) (2003): *The Fascism Reader* . Londres, Routledge.

Kallis, Aristotle (2008): *Genocide and Fascism: The Eliminationist Drive in Fascist Europe* . Londres: Routledge.

Kallis, Aristotle (2010): «Neither fascist nor authoritarian: The 4th of August regime in Greece (1936-1941) and the dynamics of fascistisation in 1930s Europe», *East Central Europe,* 37(2-3): 303-330.

Kallis, Aristotle (2014): *The Third Rome, 1922-1943: The Making of the Fascist Capital* . Basingstoke: Palgrave McMillian.

Kallis, Aristotle (2016): «From CAUR to EUR: Italian Fascism, the "myth of Rome" and the pursuit of international primacy», *Patterns of Prejudice,* 50(4-5): 359-377.

Kaplan, Jeffrey (1997): *Radical Religion in America: Millenarian Movements from the Far Right to the Children of Noah* . Siracusa, NY: Syracuse University Press.

Kaplan, Jeffrey y Loow, Helene (2002): *The Cultic Milieu: Oppositional Subcultures in an Age of Globalization* . Walnut Creek, CA: AltaMira Press.

Karvonen, Lauri (1988): *From White to Blue-and-Black: Finnish Fascism, in the InterWar Era* . Helsinki: Finnish Society of Sciences.

Kasekamp, Andreas (2000): *The Radical Right in Interwar Estonia* . Londres: Palgrave Macmillan.

Kellner, Douglas (1989): *Critical Theory, Marxism, and Modernity* . Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Kennedy, Paul (1987): *The Rise and Fall of Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000.* Nueva York: Random House [*Auge y caída de las grandes potencias* , 2003].

Kershaw, Ian (1989): «The Nazi state: an exceptional state?», *New Left Review,* 1(176): 47-67.

Kershaw, Ian (1998): *Hitler: 1889-1936: Hubris* . Harmondsworth: Penguin [*Hitler: 1889-1936* , 2007].

Kershaw, Ian (1999): *Hitler: 1936-1945: Nemesis* . Harmondsworth: Penguin [*Hitler: 1936-1945* , 2007].

Kershaw, Ian ([1985] 2000): *The Nazi Dictatorship* . Londres: Arnold.

Kershaw, Ian (2004): «Hitler and the uniqueness of Nazism», *Journal of Contemporary History,* 39(2): 239-254.

Kershaw, Ian (2015): «Out of the ashes: Europe's rebirth after the Second World War, 1945-1949», *Journal of the British Academy,* 3: 167-183.

King, Gary, Rosen, Ori, Tanner, Martin y Wagner, Alexander (2008): «Ordinary economic voting behavior in the extraordinary election of Adolf Hitler», *Journal of Economic History,* 68: 951-996.

Kitchen, Martin (1973): «August Thalheimer's theory of fascism», *Journal of the History of Ideas* , 34(1): 67-78.

Klemperer, Victor (2006): *Lingua Tertii Imperii: A Philologist's Notebook* . Londres: Continuum [*La lengua del Tercer Reich: Apuntes de un filólogo,* 2016].

Koehler, Daniel (2014): «The German "National Socialist Underground" (NSU)», en Paul Jackson y Anton Shekhovtsov (eds.), *The Post-War AngloAmerican Far Right: A Special Relationship of Hate* . Ba-

singstoke: Palgrave Macmillan.

Koehler, Daniel (2016): *Right-Wing Terrorism in the 21st Century: The 'National Socialist Underground' and the History of Terror from the Far Right in Germany* . Londres: Routledge.

Koenigsberg, Richard (2015): «The nation as an immortal organism», www.libraryofsocialscience.com/newsletter/posts/2015/2015-02-05-RAK-organism.html .

Koonz, Claudia (2005): *The Nazi Conscience* . Cambridge, MA: Harvard University Press [*La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich,* 2005].

Kornhauser, William (1959): *The Politics of Mass Society* . Glencoe, IL: Free Press.

Koselleck, Reinhart (2002): «The temporalization of Utopia», en *The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts* . Stanford, CA: Stanford University Press, pp. 84-99.

Kroll, Frank-Lothar (1999): *Utopie als Ideologie: Geschichtsdenken und politisches Handeln im Dritten Reich* . Paderborn: Ferdinand Schoningh.

Laclau, Ernesto (1977): «Fascism and ideology», en Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism* . Londres: NLB, pp. 81-142 [*Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo,* 1986].

Laing, Ronald (1960): *The Divided Self: An Existential Study in Sanity and Madness* . Harmondsworth: Penguin [*El yo dividido,* 1978].

Laqueur, Walter (ed.) (1976): *Fascism: A Reader's Guide: Analyses, Interpretations, Bibliography* . Berkeley: University of California Press.

Larsen, Stein (ed.) (2001): *Fascism Outside Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism* . Nueva York: Columbia University Press.

Larsen, Stein, Hagtvet, Bernt y Myklebust, Jan Petter (eds.) (1980): *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism* . Oslo: Universitetsforlaget.

Lasswell, Harold (1933): «The psychology of Hitlerism», *Political Quarterly,* 4(3): 373-384.

Law, Randall (2016): *Terrorism: A History* . Londres: Wiley.

Lebor, Adam (1997): *Hitler's Secret Bankers: The Myth of Swiss Neutrality during the Holocaust* . Nueva York: Citadel Press [*Los banqueros secretos de Hitler,* 1998].

Ledeen, Michael (1972): *Universal Fascism: The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936.* Nueva York: Howard Fertig.

Lee, Martin (1999): *The Beast Reawakens: Fascism's Resurgence from Hitler's Spymasters to Today's Neo-Nazi Groups and Right-Wing Extremists* . Londres: Routledge.

Lentin, Alana (2000): «"Race", racism and anti-racism: Challenging contemporary classifications», *Social Identities Journal for the Study of Race, Nation and Culture,* 6(1): 91-106.

Levi, Primo ([1947] 1960): *If This is a Man* . Londres: Deutsch [*Si esto es un hombre,* 2014].

Levi, Primo (1986): «Primo Levi's heartbreaking, heroic answers to the most common questions he was asked about "Survival in Auschwitz"», *New Republic* , 17 de febrero, https://newrepublic.com/article/119959/interview-primo-levi-survival-auschwitz .

Levine, Gene y Priester, Gary (2008): *Hidden Treasures: 3-D Stereograms* . Nueva York: Sterling.

Levy, Jack (2012): «Too important to leave to the other: History and political science in the study of international relations», *International Security,* 22(1): 22-33.

Lewis, Paul (2002): *Latin Fascist Elites: The Mussolini, Franco, and Salazar Regimes* . Westport, CT: Greenwood Press.

Lifton, Robert (1993): *The Protean Self: Human Resilience in an Age of Fragmentation* . Nueva York: HarperCollins.

Linehan, Thomas (2007): «On the side of Christ: Fascist clerics in 1930s Britain», *Totalitarian Movements and Political Religions,* 8(2): 287-301 [número especial: 'Clerical Fascism' in Interwar Europe].

Linton, Derek (1989): «Bonapartism, Fascism, and the Collapse of the Weimar Republic», en Michael N. Dobkowski e Isidor Wallimann (eds.), *Radical Perspectives on the Rise of Fascism in Germany, 1919-1945* . Nueva York: Monthly Review Press, pp. 100-27.

Linz, Juan (1976): «Some notes toward a comparative study of fascism in sociological historical perspective», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide* . Berkeley: University of California Press, pp. 3-121.

Linz, Juan (1980): «Political space and fascism as a late-comer», en Stein Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Petter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism* . Oslo: Universitets-forlag, pp. 153-189.

Lipset, Seymour Martin (1960): *Political Man: The Social Bases of Politics* . Garden City, NY: Doubleday [*El hombre político: las bases sociales de la política,* 1987].

Lipstadt, Deborah (1993): *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory* . Nueva York: Free Press.

Lowles, Nick, y Silver, Steve (1998): *White Noise: Inside the International Nazi Skinhead Scene* . Londres: Searchlight.

Lukacs, Gyorgy ([1952] 1980): *The Destruction of Reason* . Londres: Merlin Press[*El asalto a la razón,* 1978].

Lunn, Eugene (1985): *Marxism and Modernism: An Historical Study of Lukács, Brecht, Benjamin, and Adorno* . Nueva York: Verso.

Lyons, Matthew N. ([1997] 2016) «What is fascism?», www.politicalresearch.org/2016/12/12/what-is-fascism-2/#sthash.RziH5ojF.dpbs .

Macklin, Graham (2007): *Very Deeply Dyed in Black: Sir Oswald Mosley and the Resurrection of British Fascism after 1945.* Londres: I. B. Tauris.

McLagen, Graeme y Lowles, Nick (2000): *Mr Evil: The Secret Life of Racist Pub Bomber and Killer David Copeland* . Londres: Abe Books.

Maertz, George (2017): «Eugenic art: Hitler's utopian aesthetic», en Matthew Feldman, Jorge Dagnino y Paul Stocker (eds.), *The 'New Man' in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45* . Londres: Bloomsbury.

Mammone, Andrea (2015): *Transnational Neofascism in France and Italy* . Cambridge: Cambridge University Press.

Manchester, William (1968): *The Arms of Krupp* . Boston: Little, Brown [*Las armas de los Krupp,* 1969].

Mangan, J. A. (ed.) (2000): *Superman Supreme: Fascist Body as Political Icon - Global Fascism* . Londres: Routledge.

Mann, Michael (2004): *Fascists* . Cambridge: Cambridge University Press.

Markwick, Roger (2009): «Communism: fascism's "other"», en Richard Bosworth (ed.) *The Oxford Handbook of Fascism* . Oxford: Oxford University Press, pp. 339-361.

Marvin, Carolyn e Ingle, David (1999): *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag* . Cambridge: Cambridge University Press.

Marx, Christoph (2009): *Oxwagon Sentinel: Radical Afrikaner Nationalism and the History of the 'Ossewabrandwag'* . Berlín: Lit.

Marxists Internet Archive Encyclopedia (1999-2008): «Fascism», www.marxists.org/glossary/terms/f/a.htm#fascism .

Mason, Timothy ([1966] 1972): «The primacy of politics - politics and economics in National Socialist Germany», en Henry A. Turner (ed.), *Nazism and the Third Reich* . Nueva York: Quadrangle Books, pp. 175-200.

Maulsby, Lucy (2014): *Fascism, Architecture, and the Claiming of Modern Milan, 1922-1943* . Toronto: University of Toronto Press.

Metapedia (2017): «Fascism (broad sense)», http://en.metapedia.org/wiki/Fascism_(broad_sense) .

Michael, George (2006): *The Enemy of my Enemy: The Alarming Convergence of Militant Islam and the Extreme Right* . Lawrence: University Press of Kansas.

Michaud, Eric (2004): *The Cult of Art in Nazi Germany* . Stanford, CA: Stanford University Press.

Michel, Lou y Herbeck, Dan (2001): *American Terrorist: Timothy McVeigh & The Oklahoma City Bombing* . Nueva York: HarperCollins.

Moffitt, Benjamin (2016): *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation* . Stanford, CA: Stanford University Press.

Mohler, Armin (1950): *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932.* Stuttgart: Friedrich Vorwerk.

Moore, Barrington (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* . Boston: Beacon Press [*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno* , 2015].

Morgan, Philip (2003): *Fascism in Europe 1919-1945.* Londres: Routledge.

Mosley, Oswald (1968): *My Life* . Londres: Nelson [*Mi vida* , 1973].

Mosse, George L. (1964): *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich* . Nueva York: Grosset & Dunlap.

Mosse, George L. (1966a): «The genesis of fascism», *Journal of Contemporary History* , 1(1): 14-26 [número especial sobre el fascismo internacional].

Mosse, George L. (ed.) (1966b): *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich* . Wisconsin: University of Wisconsin Press [*La cultura nazi* , 1973].

Mosse, George L. (1974): *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* . Nueva York: Howard Fertig [*La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas hasta el Tercer Reich* , 2005].

Mosse, George L. (ed.) (1979): *International Fascism: New Thoughts and New Approaches* . Londres: Sage.

Mosse, George L. (1990): *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars* . Nueva York: Oxford University Press [*Soldados caídos: la transformación de la memoria de las guerras mundiales* , 2017].

Mosse, George L. (1999): *The Fascist Revolution: Toward a General Theory of Fascism* . Nueva York: Howard Fertig.

Mosse, George L. (2000): *Confronting History: A Memoir* . Madison: University of Wisconsin Press.

Moța, Ion (1933): «Sub povara remanențelor», *Axa* , 2(23): 3.

Mozaffari, Mehdi (2017): *Islamism: A New Totalitarianism* . Londres: Lynne Rienner.

Mudde, Cas (2007): *Populist Radical Right Parties in Europe* . Cambridge: Cambridge University Press.

Mudde, Cas y Kaltwasser, Cristobal (2017): *Populism: A Very Short Introduction* . Oxford: Oxford University Press [*Populismo: una breve introducción* , Madrid: Alianza Editorial, 2019].

Muhlberger, Detlef (1991): *Hitler's Followers: Studies in the Sociology of the Nazi Movement* . Londres: Routledge.

Muhlberger, Detlef (ed.) (1998): *The Social Basis of European Fascist Movements* . Londres: Croom Helm.

Mulsoff, Andreas (2010): *Metaphor, Nation, and the Holocaust: The Concept of the Body Politic* . Londres: Routledge.

Mussolini, Benito (1925): «Celebrazione della vittoria», en *Omnia Opera di Benito Mussolini* . Florencia, La Fenice, vol. 29, pp. 439-441.

Mussolini, Benito (1933): *The Political and Social Doctrine of Fascism* . Londres: Hogarth Press; publicado originalmente en *Enciclopedia Italiana* de 1932 con el título «Fascismo».

Nagle, John (1970): *The National Democratic Party: Right Radicalism in the Federal Republic of Germany* . Berkeley: University of California Press.

Nelis, Jan (2007): «Constructing Fascist identity: Benito Mussolini and the myth of Romanità», *Classical World* , 100(4): 391-415.

Nelis, Jan, Morelli, Anne y Praet, Danny (eds.) (2015): *Catholicism and Fascism in Europe 1918-1945* . Hildesheim: Georg Olms.

Neocleous, Mark (1997): *Fascism* . Minneapolis: University of Minnesota Press.

Neumann, Franz (1942): *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism* . Londres: Victor Gollancz [*Behemoth: pensamiento y acción en el nacionalsocialismo: 1933-1944* , 2014].

Neumann, Klaus (2017): «Interwar Germany and the corporatist wave, 1918-1939», en Antonio Costa Pinto (ed.), *Corporatism and Fascism: The Corporatist Wave in Europe* . Londres: Routledge.

Niven, William (2000): «The birth of Nazi drama? Thing plays», en John London (ed.), *Theatre Under the Nazis* . Manchester: Manchester University Press, pp. 54-95.

Nociar, Tomaš (2017): «The Kotleba phenomenon», *Hate Speech International* , 3 de enero, www.hate-speech.org/kotleba-phenomenon/ .

Nolte, Ernst (1965): *Three Faces of Fascism: Action Française, Italian Fascism, National Socialism* . Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

O'Meara, Michael (2013): *New Culture, New Right: AntiLiberalism in Postmodern Europe* . Londres: Arktos.

Ohana, David (1991): «Georges Sorel and the rise of political myth», *History of European Ideas* , 13(6): 733-746.

Ortega y Gasset, José (1932): *The Revolt of the Masses* . Londres: W. W. Norton [*La rebelión de las masas* , Madrid: Alianza Editorial, 2014].

Osborne, Peter (1995): *The Politics of Time: Modernity and the Avant-Garde* . Londres: Verso.

Outhwaite, William (1983): *Concept Formation in Social Science* . Londres: Routledge & Kegan Paul.

Outhwaite, William (ed.) (2002): *The Blackwell Dictionary of Modern Social Thought* . Oxford: Blackwell.

Overy, Stephen (2001): «Gramsci and the German crisis, 1929-34: A historical interpretation of the Prison Notebooks», Tesis doctoral, University of York.

Ozouf, Mona (1989): *L'homme régéneré: essais sur la révolution* . París: Gallimard.

Pager, Tyler (2016): «Gary Johnson: Trump is a fascist», *Politico* , 23 August, www.politico.com/story/2016/08/gary-johnsontrump-fascist-227339#ixzz4LRuPKpSO .

Parsons, Talcott (1954): «Some sociological aspects of fascist movements», *Essays in Sociological Theory* . Glencoe, IL: Free Press, pp. 124-41.

Passmore, Kevin (2002): *Fascism: A Very Short Introduction* . Oxford: Oxford University Press.

Passmore, Kevin (ed.) (2003): *Women, Gender, and Fascism in Europe, 1919-45.* Manchester: Manchester University Press.

Paxton, Robert (2004): *The Anatomy of Fascism* . Nueva York: Knopf Doubleday [*Anatomía del fascismo* , Barcelona: Península, 2005].

Payne, Geoffrey (2006): «Methodological pluralism», en Victor Jupp (ed.), *The Sage Dictionary of Social Research Methods* . Londres: Sage, pp. 174-176.

Payne, Stanley G. (1961): *Falange: A History of Spanish Fascism* . Stanford, CA: Stanford University Press [*Falange: Historia del fascismo español* , 1986].

Payne, Stanley G. (1980a): «The concept of fascism», en Stein Larsen, Bernt Hagtvet y Jan Petter Myklebust (eds.), *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism* . Oslo: Universitetsforlaget, pp. 14-25.

Payne, Stanley G. (1980b): *Fascism: Comparison and Definition* . Madison: University of Wisconsin Press [*El fascismo* , Madrid: Alianza Editorial, 2018].

Payne, Stanley G. (1995): *A History of Fascism, 1914-1945.* Londres: UCL Press.

Pearce, William ([1978] 2013): *The Turner Diaries* . Raleigh, NC: Lulu Press.

Pellicani, Luciano (2003): *Revolutionary Apocalypse: Ideological Roots of Terrorism* . Santa Barbara, CA: Praeger.

Pellicani, Luciano (2012): «Fascism, capitalism, modernity», *European Journal of Political Theory* , 11(4): 394-409.

Petersen, Julius (1934): *Die Sehnsucht nach dem Dritten Reich in deutscher Sage und Dichtung* . Stuttgart: Metzler.

Pine, Lisa (1997): *Nazi Family Policy, 1933-1945.* Londres: Bloomsbury.

Pine, Lisa (2007): *Hitler's National Community* . Londres: Bloomsbury.

Platon, Mircea (2012): «The Iron Guard and the "modern state": Iron Guard leaders Vasile Marin and Ion I. MoÛa, and the "New European Order"», *Fascism* , 1(2): 65-90.

Platt, Gerald (1980): «Thoughts on a theory of collective action: Language, affect and ideology in revolution», en Mel Albin (ed.), *New Directions in Psychohistory: The Adelphi Papers in Honor of Erik H. Erikson* . Lexington, MA: Lexington Books, pp. 69-94.

Pohlmann, Friedrich (2008): «Bolschewismus und Nationalsozialismus: Ideologie, Herrschaftsstrukturen und Terrorsysteme der totalitaren Antipoden», *Totalitarismus und Demokratie* , 5(2): 163-203.

Pois, Robert (1986): *National Socialism and the Religion of Nature* . Nueva York: St Martin's Press.

Poliakov, Leon (1974): *The Aryan Myth: A History of Racist and Nationalist Ideas in Europe* . Nueva York: Basic Books.

Ponchaud, Francois (1978): *Cambodia: Year Zero* . Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Ponzio, Alessio (2017): *Shaping the New Man: Youth Training Regimes in Fascist Italy and Nazi Germany* . Madison: University of Wisconsin Press.

Popper, Karl ([1957] 2002): *The Poverty of Historicism* . Londres: Kegan Paul [*La miseria del historicismo* , Madrid: Alianza Editorial, 2010].

Poulantzas, Nicos (1979): *Fascism and Dictatorship* . Londres: Verso [*Fascismo y dictadura* , 1979].

Pound, Ezra (1935): *Make it New* . New Haven, CT: Yale University Press.

Quartermaine, Luisa (2000): *Mussolini's Last Republic: Propaganda and Politics in the Italian Social Republic (R.S.I.) 1943-45.* Chicago: Intellect Books.

Quine, Maria Sophia (2002): *Italy's Social Revolution: Charity and Welfare from Liberalism to Fascism* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Quine, Maria Sophia (2012): «Racial "sterility" and "hyperfecundity" in Fascist Italy: Biological politics of sex and reproduction», *Fascism* , 1(2): 92-144.

Rauschning, Hermann (1939): *The Revolution of Nihilism: Warning to the West* . Nueva York: Longmans, Green.

Rauschning, Hermann (1940): *The Voice of Destruction* . Nueva York: G. P. Putnam's Sons.

Reich, Wilhelm ([1933] 1936): *The Mass Psychology of Fascism* . Nueva York: Orgone Institute [*Psicología de masas del fascismo* , 1980].

Reichardt, Sven (2009): *Faschistische Kampfbünde: Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA* . Cologne: Bohlau.

Renton, David (1999): *Fascism: Theory and Practice* . Londres: Pluto Press.

Ricci, Steven (2008): *Cinema and Fascism: Italian Film and Society, 1922-1943.* Berkeley: University of California Press.

Riddell, John (2012): «Introduction», en Riddell (ed.), *Toward the United Front: Proceedings of the Fourth Congress of the Communist International, 1922.* Londres: Haymarket Books.

Riddell, John (2014): «Fumble and late recovery: The Comintern response to Italian Fascism», https://johnriddell.wordpress.com/2014/06/01/fumble-and-late-recovery-the-cominternresponse-to-italian-fascism .

Roberts, David (2000): «How not to think about fascism and ideology, intellectual antecedents and historical meaning», *Journal of Contemporary History* , 35(2): 185-211.

Roberts, David (2006): *The Totalitarian Experiment in Twentieth-Century Europe: Understanding the Poverty of Great Politics* . Londres: Routledge.

Roberts, David (2010): «Fascism, Marxism, and the question of modern revolution», *European Journal of Political Theory* , 9(2): 183-201.

Roberts, David (2011): «Reconsidering Gramsci's interpretation of Fascism», *Journal of Modern Italian Studies* , 16(2): 239-255.

Roberts, David (2016): *Fascist Interactions: Proposals for a New Approach to Fascism and its Era* . Nueva York: Berghahn Books.

Roberts, David y Griffin, Roger (2012): *European Journal of Political Theory* , 11(4) [número especial: The 'Fascist Revolution': Utopia or Façade? Reconciling Marxist and Non-Marxist Approaches].

Roberts, Hanna (2012): «The Ku Klux Klan unmasked: Extraordinary images from a divisive era capture a day of reckoning when 50,000 white supremacists marched on Capitol Hill», *Mail Online* , 12 de febrero, www.dailymail.co.uk/news/article-2100077/Ku-Klux-Klan-Extraordinary-images-divisive-era-capture-day-reckoning-50-000-white-supremacists-marched-Washington-DC.html .

Robins-Early, Nick (2015): «A field guide to Europe's radical right political parties», *Huffington Post* , 12 de febrero.

Robinson, R. A. H. (1981): *Fascism in Europe* . Londres: Historical Association.

Rohkramer, Thomas (2007): *A Single Communal Faith? The German Right from Conservatism to National Socialism* . Nueva York: Berghahn Books.

Ross, Alexander (2017): *Against the Fascist Creep* . Chico, CA: AK Press.

Rusu, Mihai (2016): «The sacralization of martyric death in Romanian Legionary Movement: Self-sacrificial patriotism, vicarious atonement, and thanatic nationalism», *Politics, Religion & Ideology* , 17(2-3): 249-273.

Saba, Paul (ed.) (1979): «The concept of "socialfascism" and the relationship between social-democracy and fascism», capítulo 9 de Bay Area Study Group, *On the Roots of Revisionism: A Political Analysis of the International Communist Movement and the CPUSA, 1919-1945* , www.marxists.org/history/erol/1946-1956/roots-revisionism/index.htm .

Salvatorelli, Luigi ([1924] 1977): *Nazionalfascismo* . Turín: Einaudi.

Sandulescu, Valentin (2004): «Fascism and its quest for the "New Man": The case of the Romanian Legionary Movement», *Studia Hebraica* , 4: 349-361.

Santoro, Lorenzo (2012): «Antonio Gramsci: The fascist leadership as modern reactionary Caesarism and the novelty of the corporative state», *Leadership* , 8(6): 277-286.

Schieder, Wolfgang (2008): *Faschistische Diktaturen: Studien zu Italien und Deutschland* . Gottingen: Wallstein.

Schnapp, Jeffrey (2004): «Rayon/Marinetti», en Pierpaolo Antonello y Simon Gilson (eds.), *Science and Literature in Italian Culture from Dante to Calvino* . Oxford: Legenda: 226-253.

Schoenbaum, David (1966): *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany 1933-1939* . Nueva York: Doubleday.

Scruton, Roger (1983): *A Dictionary of Political Thought* . Londres: Pan Books.

Seierstad, Asne (2015): *One of Us: The Story of a Massacre and its Aftermath* . Londres: Virago.

Shapira, Avraham (1996): «Individual self and national self in the thought of Aaron David Gordon», *Jewish Studies Quarterly* , 3(3): 280-299.

Sheinin, David y Baer Barr, Lois (eds.) (1996): *The Jewish Diaspora in Latin America: New Studies on History and Literature* . Nueva York: Garland.

Shekhovtsov, Anton (2008a): «By cross and sword: "Clerical fascism" in interwar Western Ukraine», en Matthew Feldman y Marius Turda (eds.), *Clerical Fascism in Interwar Europe* . Londres: Routledge, pp. 59-73.

Shekthovtsov, Anton (2008b): «The palingenetic thrust of Russian neo-Eurasianism: Ideas of rebirth in Aleksandr Dugin's worldview», *Totalitarian Movements and Political Religions* , 9(4): 491-506.

Shekhovtsov, Anton (2012): «European far-right music and its enemies», en Ruth Wodak y John Richardson (eds.), *Analyzing Fascist Discourse: European Fascism in Talk and Text* . Londres: Routledge, pp. 277-296.

Shekhovtsov, Anton (2015): «Russian politicians building an international extreme right alliance», Anton Shekhovtsov's Blog, 15 de septiembre, http://anton-shekhovtsov.blogspot.co.uk/2015/09/russian-politicians-building.html .

Shekhovtsov, Anton (2016): «The Ukrainian far right and the Ukrainian Revolution», en *New Europe College Black Sea Link Program Yearbook 2014-2015.* Rumanía: New Europe College, pp. 215-237.

Shekhovtsov, Anton (2017): *Russia and the Western Far Right* . Londres: Routledge.

Shenfield, Stephen (2001): *Russian Fascism: Traditions, Tendencies, Movements. Armonk* , NY: M. E. Sharpe.

Soucy, Robert (1979): *Fascist Intellectual: Drieu la Rochelle* . Berkeley: University of California Press.

Soucy, Robert (1986): *French Fascism: The First Wave, 1924-1933.* New Haven, CT: Yale University Press.

Stephenson, Jill (2001): *Women in Nazi Germany* . Londres: Routledge.

Sternhell, Zeev (1976): «Fascist ideology», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism: A Reader's Guide* . Berkeley: University of California Press, pp. 315-376.

Sternhell, Zeev (1986): *Neither Right, nor Left: Fascist Ideology in France* . Berkeley: University of California Press.

Sternhell, Zeev (1987): «Fascism», en David Miller (ed.), *The Blackwell Encyclopedia of Political Thought* . Oxford: Blackwell.

Sternhell, Zeev (2010): *The Anti-Enlightenment Tradition* . New Haven, CT: Yale University Press.

Stone, Maria (1998): *The Patron State: Culture and Politics in Fascist Italy* . Princeton, NJ: Princeton University Press.

Streel, Jose ([1942] 2010): *La révolution du XX ème siècle* , ed. Lionel Baland. París: Deterna.

Sunic, Thomas (2012): *Against Democracy and Equality: The European New Right* . Londres: Arktos.

Szabados Krisztian (2015): «The particularities and uniqueness of Hungary's Jobbik», en Giorgos Charalambous (ed.), *The European Far Right: Historical and Contemporary Perspectives* . Nicosia: PRIO Cyprus, pp. 49-57.

Szele, Aron (2015): *The Arrow Cross: The Ideology of Hungarian Fascism: A Conceptual Approach* . Budapest: Central European University, http://archive.ceu.hu/node/23962 [Tesis doctoral].

Tansman, Ian (ed.) (2009): *The Culture of Japanese Fascism* . Durham, NC: Duke University Press.

Theweleit, Klaus (1987, 1991): *Male Fantasies* , 2 vols. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Thies, Jochen (2012): *Hitler's Plans for Global Domination: Nazi Architecture and Ultimate War Aims* . Nueva York: Berghahn Books.

Thomson, Alexander Raven (1935): *The Coming Corporate State* . Londres: Action Press.

Thurlow, Richard (1987): *Fascism in Britain: A History 1918-85* . Oxford: Oxford University Press.

Tilles, Daniel (2014): *British Fascist Antisemitism and Jewish Responses, 1932-40.* Londres: Bloomsbury.

Tomasevich, Jozo (2001): *War and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945: Occupation and Collaboration* . Stanford, CA: Stanford University Press.

Tooze, Adam (2006): *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* . Londres: Allen Lane.

Trajano Filho, Francisco (2017): «The many faces of the same body: Architecture, politics and power in Vargas' regime (1930-1945)», *Fascism* , 6(2) [número especial sobre la arquitectura latina de la era fascista].

Trotsky, Leon (1933): «What is National Socialism?», *Modern Thinker* , octubre; www.marxists.org/archive/trotsky/germany/1933/330610.htm .

Trotsky, Leon (1934): «Bonapartism and Fascism», *New International* , 1(2): 37-38; www.marxists.org/archive/trotsky/germany/1934/340715.htm .

Turda, Marius (2008a): «Conservative palingenesis and cultural modernism in early twentieth-century Romania», *Totalitarian Movements and Political Religions* , 9(4): 437-453.

Turda, Marius (2008b): «National historiographies in the Balkans, 1830-1989», en Stefan Berger y Chris Lorenz (eds.), *The Contested Nation: Ethnicity, Class, Religion and Gender in National Histories* . Basingstoke: Palgrave Macmillan, pp. 463-489.

Turda, Marius (2010): *Modernism and Eugenics* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Turda, Marius (ed.) (2015): «Romania», en *The History of East-Central European Eugenics, 1900-1945: Sources and Commentaries* . Londres: Bloombury, pp. 271-361.

Turda, Marius y Gillette, Aaron (2014): *Latin Eugenics in Comparative Perspective* . Londres: Bloomsbury.

Turner, Henry A. (1975): «Fascism and modernization», en *Reappraisals of Fascism* . Nueva York: New Viewpoints.

Turner, Henry A. (ed.) (1985): *German Big Business and the Rise of Hitler* . Oxford: Oxford University Press.

Umland, Andreas (2010): «Aleksandr Dugin's transformation from a lunatic fringe figure into a mainstream political publicist, 1980-1998: A case study in the rise of late and post-Soviet Russian fascism», *Journal of Eurasian Studies* , 1(2): 144-152.

Umland, Andreas (2015): «Challenges and promises of comparative research into post-Soviet fascism: Methodological and conceptual issues in the study of the contemporary East European extreme right», *Communist and Post-Communist Studies* , 48(2-3): 169-181.

UNESCO (1969): *Four Statements on the Race Question* . París: Unesco.

Vajda, Mihaly (1976): *Fascism as a Mass Movement* . Nueva York: St Martin's Press.

Vasilopoulou, Sofia y Halikiopoulou, Daphne (2015): *The Golden Dawn's 'Nationalist Solution': Explaining the Rise of the Far Right in Greece* . Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Verkhovsky, Alexander (ed.) (2016): *The Ultra-Right Movement under Pressure: Xenophobia and Radical Nationalism in Russia, and Efforts to Counteract Them in 2015* . Moscú: SOVA Center Reports, www.sova-center.ru/en/xenophobia/reports-analyses/2016/04/d34247/ .

Von Beckerath, Erwin (1927): *Wesen und Werden des faschistischen Staates* . Berlín: Springer.

Vondung, Klaus (1971): *Magie und Manipulation: Ideologischer Kult und politische Religion des Nationalsozialismus* . Gottingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Wahnon, Sultana (2017): «The architectural myth of Spanish fascism: A new architecture for a new empire», *Fascism* , 6(2) [número especial sobre la arquitectura latina de la era fascista].

Weber, Eugen (1964): *Varieties of Fascism: Doctrines of Revolution in the Twentieth Century* . Nueva York: Van Nostrand.

Weber, Max ([1904] 1949): «Objectivity in social science and social policy», en Edward A. Shils y Henry A. Finch (ed. y trad.), *The Methodology of the Social Sciences* . Nueva York: Free Press.

Weiss-Wendt, Anton y Yeomans, Rory (eds.) (2013): *Racial Science in Hitler's New Europe, 1938-1945* . Lincoln: University of Nebraska Press.

Whittam, John (1995): *Fascist Italy* . Manchester: Manchester University Press.

Wippermann, Wolfgang (2009): *Faschismus: Eine Weltgeschichte vom 19. Jahrhundert bis heute* . Darmstadt: Primus.

Woodley, Daniel (2009): *Fascism and Political Theory: Critical Perspectives on Fascist Ideology* . Londres: Routledge.

Woolf, Stuart (1968): *The Nature of Fascism* . Londres: Weidenfeld & Nicolson [actas de un congreso celebrado por Reading University Graduate School of Contemporary European Studies].

Yahya, Harun (2002): *Fascism: The Bloody Ideology of Darwinism* , http://harunyahya.com/en/Books/658/Fascism-The-Bloody-Ideology-of-Darwinism .

Yannielli, Joseph (2012): «The nationalist international: Or what American history can teach us about the fascist revolution», *European Journal of Political Theory* , 11(4): 438-458.

Yeomans, Rory (2002): «Fighting the white plague: Demography and abortion in the independent state of Croatia», en Christian Promitzer, Sevastē Troumpeta y Marius Turda (eds.), *Health, Hygiene, and Eugenics in Southeastern Europe to 1945.* Pittsburgh: Pittsburgh University Press.

Yeomans, Rory (2013): *Visions of Annihilation: The Ustasha Regime and the Cultural Politics of Fascism, 1941-1945.* Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Yockey, Francis ([1948] 1962): *Imperium: The Philosophy of History and Politics* . Washington, DC: Legion for the Survival of Freedom [*Imperium* , 1978].

Yockey, Francis ([1949] 2012): *The Proclamation of London of the European Liberation Front.* Shamley Green, Surrey: Palingenesis Project [*La proclamación de Londres del Frente de Liberación Europeo* , 2002].

Zunino, Pier-Giorgio (1985): *L'ideologia del fascismo* . Bolonia: Il Mulino.

Título original: *Fascism*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2018 por Polity Press.
Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Edición en formato digital: 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-731-4

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es



ÍNDICE